

Sergio Ramírez Lamus

**Fermentos del poder:
Instantáneas de historia
política colombiana**

**archivos del Índice
Cali**

Sergio Ramírez Lamus

Primera edición, 2011

© Sergio Ramírez Lamus, 2011

© fundación editorial archivos del Índice, 2011

Apartado aéreo 25970, Cali

e-mail: archivosdelindice@yahoo.com

<http://www.archivosdelindice.com>

ISBN 978-958-44-9299-9

*Esta es una edición digital del libro que
archivos del Índice publicó en el año
2011. Se respeta fielmente el contenido
del mismo aunque se han introducido
algunas variaciones de tipo formal
(entre otras, la numeración de las
páginas).*

Reconocimientos

El presente trabajo proviene de una invitación de Archivos del índice y concluye al tenor de sus detalladas y pacientes observaciones. El texto que el lector tiene en sus manos no existiría sin esta intervención de los editores, cercana a la co-autoría. Consecutivo a esta gratitud –según reza el tópico– me responsabilizo por los desaciertos. Mi aproximación deriva de montajes a contrapelo de aquéllos de ilustres aficionados a la historia como Fernando González: el “método emotivo” de este antioqueño heterodoxo (incautamente ortodoxo y flagrantemente historicista) es precisamente aquél del cual se distancia el modelo aquí seguido.

De fascinaciones como las de González con el poder, llámese magnificencia de Bolívar o dictadura de Juan Vicente Gómez –de la entusiasta zona que confunde al cinismo con la franqueza– me han protegido condiciones objetivas: las consustanciales a cierto pasado universitario (el de un presumible “académico negativo” en la acepción de Alvin Gouldner). Que sea ésta una forma de admitir que aquí prosigo lo adelantado durante la etapa final de mi vinculación a la Universidad del Valle. A ese pretérito debo agradecer las luces que me llevaran al presente esfuerzo, cómodamente alejado de galanteos como los de un Fernando González esperanzado en el rédito sus bolivarianas adulaciones a Juan Vicente Gómez. La mordacidad a la sombra de alguna figura del poder, metamorfosis del satírico en estimable adulator – con o sin recompensa–, se extiende a otras figuras y épocas colombianas de la escritura interesada en la historia, v. gr. en lo perpetrado por J.A. Osorio Lizarazo como beneficiario de Rafael Leonidas Trujillo y quizás aun en esa documentada alegoría del comandante

Sergio Ramírez Lamus

infatigable que responde al título de *El general en su laberinto*. El *aurea mediocritas* de un universitario asediado por sus lecturas quedaría, por otra parte, relativamente a salvo de estas (si no de otras) distorsiones.

Preámbulo

Saludo al lector

Se citan y amplifican aquí diversas informaciones, exégesis e imágenes históricas, convocando la freudiana compulsión de repetición que recorre y consume al archivo¹.

Dependiendo de su disposición, el lector abocará este preámbulo antes o después de escudriñar el cuerpo del texto.

Relámpago

Allí donde el pensar llega al detenimiento en una constelación saturada de tensiones, aparece la imagen dialéctica².

En su texto *El tercer sentido*, Roland Barthes se refiere así a las evoluciones de lo irrisorio en un personaje en *Iván el*

¹ Cf. Jacques Derrida, *Archive fever. A freudian impression*, University of Chicago Press, Londres, 1996 (1ª edición en francés, 1995; trad. E. Prenowitz), p. 10 [las nociones de anarquía y anarcónica, por un lado, y de anarchívica y archiviológica, por otro].

² Walter Benjamin, *La dialéctica en suspenso: fragmentos sobre la historia*, Universidad ARCIS y Lom Ediciones, Santiago de Chile, s. f. (traducción, introducción y notas de P. Oyarzún Robles), p. 124. A lo largo de este libro se presentan en negrilla las citas textuales.

Terrible: Imaginémonos siguiendo ya no la maquinación de Efrosinia [...] sino tan sólo la inclinación de ese rostro, el velo negro, su opaca y pesada fealdad; obtendríamos [...] otra película³. Esta aproximación a los fotogramas de Eisenstein plantea una operación similar a la realizada por Walter Benjamin de cara a lo histórico: la continuidad se volatiliza.

Tanto la secuencia fílmica como la histórica son susceptibles de esta lectura vertical. En el segundo caso, la hilvanación narrativa o temporal de un historiador se detiene. Algún elemento se saca de contexto, injertado sin aparente solución de continuidad a un comentario o yuxtapuesto a otra crónica. Esto nos acerca a un procedimiento que, lejos de reconstruir el pasado, **'construye' mónadas históricas 'citándolas fuera de contexto'**⁴.

Montaje vertical

Para Eisenstein el montaje vertical, cuya expresión más acabada encontramos en la simultaneidad sonido-imagen, plantea en el cine una yuxtaposición ya anticipada en la pintura, por ejemplo en los cuadros del Greco que reúnen en una sola figura dos momentos del arco histórico –la contorsión del ataque y la del volver en sí–⁵. Este tipo de montaje propicia una convergencia (gráfica, audio-visual, pictórica, o de secuencias fíl-

³ Roland Barthes, *Lo obvio y lo obtuso*, Paidós, Barcelona, 1986 (1ª edición en francés, 1982; trad. C. Fernández Medrano), p. 63.

⁴ Irving Wohlfarth, "Refusing theology: some first responses to Walter Benjamin's arcades project", en *New German Critique*, n. 39, Fall 1986, pp. 3-24, p. 15. Me responsabilizo por la traducción de ésta y las citas subsiguientes referenciadas en inglés.

⁵ Cf. Sergei M. Eisenstein, *Cinematisme: peinture et cinema*, Complexe, Bruselas, 1980 (textos inéditos, recopilación de Naoum Kleiman, conservador del Gabinete Eisenstein en Moscú; traducción del ruso al francés, A. Zouboff), pp. 70-73.

micas) ausente en otros montajes, v. gr. aquellos que Eisenstein atribuye al cine de composición simple (primitivo) o al de composición múltiple (heredero de Griffith): éstos tienden a presentar elementos de una manera descriptiva, sin conseguir la yuxtaposición de la cual se desprende el excedente abstracto de una *imagen dinámica generalizante*.

Método de este trabajo: montaje literario. Yo no tengo nada que decir. Sólo que mostrar. No voy a hurtar nada valioso ni me apropiaré de formulaciones ingeniosas. Pero los andrajos, los desechos: éstos no los voy a inventariar, sino a hacerles justicia del único modo posible: usándolos⁶.

Benjamin enfatiza en numerosas ocasiones que aunque la relación del presente con el pasado es ciertamente una de tipo temporal, aquella del pasado con el presente es la de un orden no temporal de *imágenes*⁷.

La mónada reúne pasado y presente, no sólo en el sentido literal de imágenes del ayer y del hoy, cuanto en la forma de heterogéneos elementos del presente (discursos, pensamientos, teorías, informaciones, acontecimientos...) injertados al relato historiográfico como detonantes de **la verdadera imagen del pretérito** [que *pasa fugazmente*⁸.

Este *flash* resulta comparable a las paradojas del fotograma realzadas por Barthes: el cuadro hurtado a la normalidad secuencial o narrativa configura una imagen necia e imponderable, separada aunque inseparable del *continuum*. En el medio fílmico tal imponderable deriva de la congelación del 'movimiento', de una detención

⁶ Benjamin, *La dialéctica en suspenso...*, op. cit., p. 125.

⁷ H.D. Kittsteiner, "Walter Benjamin's historicism", en *New German Critique*, n. 39, Fall 1986, pp. 179-215, p. 201.

⁸ Benjamin, *La dialéctica en suspenso...*, op. cit., p. 50.

técnica del instante (fotograma) que impide su relampagueo, ya que éste *salta* sólo del movimiento secuencial; a ello obedece su carga magnética. La mirada fija en el fotograma busca algo ‘asible’ sólo de manera fugaz o espectral⁹.

Mónada, conjunto monista y unidad de montaje

Eisenstein se inspira en la heterogeneidad gráfica del ideograma o del montaje teatral del kabuki para formular primero el **montaje de atracciones** y luego el **conjunto monista**. Éste alcanza a desvanecerse en sus reflexiones y prácticas más tardías dedicadas al planteo de la **unidad de montaje**, noción afín tanto a los cánones del realismo estalinista como a los de la continuidad del cine hollywoodense. No obstante, también puede observarse en dicha **unidad** un método de construcción pleno de tensiones donde no falta el plano que salta del *continuum*, ceñido a una dialéctica que rehúsa la síntesis o la normalidad de la secuencia. Algo de la polivalencia igualitaria del conjunto monista –concurrency desjerarquizada de dramaturgia, escenografía y sonido– persiste en la **unidad de montaje**¹⁰.

Y así como en la secuencia fílmica podemos hablar de la tontería del fotograma (excedente in-significante), en la secuencia histórica cabría hacerlo de lo caduco, de aquello que el surrealismo percibiera como energía de lo obsoleto y Benjamin como expresión fantasmagórica de los sueños y deseos del pasado decimonónico¹¹. Para abocar dicha

⁹ El cuadro ‘como tal’ es inmóvil, congelado, y el cuadro ‘en movimiento’ viene a ser su subespecie, la mágica paradoja de un cuadro ‘muerto’ que cobra vida como aparición espectral. Slavoj Žižek, *The plague of fantasies*, Verso, Londres, 1997, p. 88.

¹⁰ Cf. las observaciones de Ben Brewster anexas a David Bordwell, “Eisenstein’s epistemological shift”, en *Screen* vol. 15, n. 4, 1974-75, pp. 29-143.

¹¹ Tras leer algunos motivos historicistas en Benjamin, concluye

fantasmagoría hace falta sumergirse en ésta, como lo hiciera el autor de marras en la ruina de antros suntuosos del comercio parisino, supérstites en el siglo XX como cristalizada fantasmagoría del siglo precedente¹². Quizás esto hiciera don Tomás Rueda Vargas con la historia de la independencia, si nos ceñimos a los ilustres discípulos que le percibieran confuso entre el pasado de los primates que estudiaba y aquel presente suyo de refinado maestro de la oligarquía bogotana¹³. Podría decirse que aquel señor pedagogo tenía algo de benjaminiano. **Porque nuestra historia reciente es el sueño que apenas olvidamos. Benjamin estaba persuadido, como Freud antes de él, de la imposibilidad de despertar de nuestros sueños mientras no despertásemos también a ellos: 'La utilización de elementos del sueño al momento del despertar, escribió, es el ejemplo de texto escolar del pensamiento dialéctico'**¹⁴.

Semejante encrucijada tocó a don Tomás. Contempló a sus infantiles discípulos como legatarios de la patria boba, observándolos como simpáticas encarnaciones de una inmemorial personalidad bogotana: **Nariño era un 'cachaco' bogotano de buena familia, como cualquiera de ustedes. [...] Era romántico y afrancesado, como lo somos todos. A la vez era rezandero y cristiano viejo,**

así Kittsteiner: **su materialismo sigue siendo historicista, porque en lugar de limitar el concepto de fantasmagoría a objetos producidos por el capitalismo, cuya rúbrica humana ha sido escamoteada, lo extiende a la historia misma.** "Walter Benjamin's historicism", op. cit., p. 214.

¹² **'Para comprender las Arcadas del suelo a las alturas, las sumergimos en el estrato más profundo del sueño, y hablamos de éstas como si nos hubiesen ocurrido a nosotros.'** *Ibíd.*, p. 201.

¹³ Cf. Alfonso López Michelsen, *Esbozos y atisbos*, Plaza y Janés, Bogotá, 1984, p. 173.

¹⁴ Wohlfarth, "Re-fusing theology...", op. cit., p. 23.

como todos lo somos también¹⁵. Podría pensarse que al interpelar de esta manera a su joven auditorio, el estudioso revelaba un estrato profundo de la fantasmagoría histórica¹⁶. Pero en su yuxtaposición de sueño y vigilia primaba un deleite etnocéntrico. Su despertar *al* sueño revertía en narcosis, y el augusto profesor pendía como Narciso de la superficie reflectante (del **como lo somos todos** [los bogotanos cultos]).

Despertar del sueño

Según enseña el Psicoanálisis, despertar del sueño en medio de la noche puede corresponder a una censura que reprime los contenidos perturbadores de lo onírico, manteniéndonos adormecidos *al* sueño. Rueda Vargas no despertaba así del sueño, si nos atenemos a la siguiente rememoración de su preceptiva: **Se trataba de relatos desordenados, pues don Tomás era lo contrario de un hombre disciplinado y sistemático. Desmontaba las estatuas de sus cabalgaduras de bronce y las ponía a andar con nosotros, con un morral a las espaldas, por los caminos de Colombia**¹⁷.

Con todo, debe concederse al legendario profesor del Gimnasio Moderno un lugar en el canon dialéctico, semejante al de Ranke y otros historicistas que, a diferencia de los filósofos de la historia, no incluían a Dios en el decurso histórico, pensándolo más bien equidistante de toda época (incluido aquí el presente). En

¹⁵ Eduardo Caballero Calderón, *Memorias infantiles*, Neira Impresores [edición de Lucía de Esguerra, 2ª edición], Bogotá, 1987, p. 151.

¹⁶ **La realización de elementos oníricos en el curso del despertar es el canon de la dialéctica. Es paradigmática para el pensador y vinculante para el historiador.** Walter Benjamin, *The arcades project* (trad. H. Eiland y K. McLaughlin), Harvard University Press, Cambridge, 2002, p. 464.

¹⁷ Caballero Calderón, *Memorias infantiles*, op. cit. p. 150.

razón de ello aquel historicismo abría la posibilidad de un salto dialéctico de cada época en su conjunto, seccionada del *continuum*, sustraída a la síntesis dialéctica o al reduccionismo escatológico de las filosofías de la historia¹⁸. No sorprende así que Benjamin remitiera al Flaubert de *Salambo*: **Witiko y Salambo <sic> presentan sus épocas como cerradas en sí mismas, ‘inmediatas a Dios’. Así como estas novelas hacen saltar del *continuum* temporal, de parecido modo tiene que (poder) hacer esto la exposición histórica**¹⁹.

Según sugiere Kittsteiner, la disputa de Benjamin con el historicismo no lo exime de compartir con éste numerosas premisas; la discordia se refiere esencialmente a esa concepción que supone factible determinar el pasado como realmente fue, y no como una temporalidad incompleta, abierta al porvenir. Si puede hablarse de un historicismo benjaminiano, éste jamás supone un **pasado como verdaderamente ha sido**. En el lugar de esta postulación narcótica, Benjamin contempla un pretérito cargado de energías susceptibles de estallar al estilo de la fisión nuclear²⁰.

Historicismo y cientificismo

Los historiadores cuya atención se centra en determinar la veracidad del documento expresan de manera palmaria la obsesión historicista. En Colombia Germán Colmenares habría dado un paso decisivo en la dirección de romper con esta engañosa ingenuidad, al cuestionar el tratamiento ‘forense’ de los documentos: en **Popayán: una sociedad esclavista, 1680-1800 [...] no se encuentra un solo rastro de un uso ‘forense’ de los documentos, y sí en cambio su transformación a través**

¹⁸ Cf. Kittsteiner, “Walter Benjamin’s historicism”, op. cit., pp. 175-188.

¹⁹ Benjamin, *La dialéctica en suspenso...*, op. cit., p. 95.

²⁰ Cf. Kittsteiner, “Walter Benjamin’s historicism”, op. cit., p. 188.

de formas relativamente sofisticadas que se derivan de su conocimiento de los modelos que usan los economistas en sus análisis y de algunas de las técnicas de trabajo de la New Economic History²¹. La ruptura con el historicismo conlleva precisamente la asunción ‘materialista histórica’ de las nociones que permiten configurar un artefacto historiográfico en condiciones de volatilizar o congelar el *continuum*: El historicismo postula la ‘imagen eterna del pasado’, el materialista histórico, una experiencia con éste que es única. [... En] el fundamento de la historiografía materialista hay un principio constructivo. Al pensar no sólo le pertenece el movimiento de los pensamientos, sino también su interrupción²².

Por lo demás, dada su apertura al porvenir, el pasado, como la historia, difícilmente puede considerarse científicamente. Kittsteiner cita al respecto a William Stern, autor plausiblemente conectado a la constelación historicista estudiada por Benjamin, y quien al igual que Nietzsche, Scheler, Schlegel y Heussi, destaca la maleabilidad del pasado (los poderes retroactivos de épocas ulteriores): La rigidez petrificada del pasado es válida sólo como una abstracción de las ciencias naturales, no aplicable a la historia²³.

Montaje, ruina y verdad espectral

El ensamble de fragmentos historiográficos (el recurso al montaje) se deshace de la obsesión referencial del historicismo. De la arbitrariedad del montaje se desprende la fugacidad de un choque, un flash que juega con los reflejos nerviosos. Dicha imagen

²¹ Renán Silva, “La servidumbre de las fuentes”, en *A la sombra de Clío*, La Carreta Editores, Medellín, 2007, pp. 43-74, p. 63.

²² Benjamin, *La dialéctica en suspenso...*, op. cit., p. 63 [tesis de filosofía de la historia XVI y XVII].

²³ Cf. Kittsteiner, “Walter Benjamin’s historicism”, op. cit., p. 191.

inapresable deriva de una reiteración del fantasma, más de la verdad recurrente del espectro que de algún referente objetivo y transparente²⁴. Esto nos remite a lo alegórico, a los enigmas y desafíos interpretativos que derivan de la yuxtaposición arbitraria de fragmentos, a un pensamiento cifrado, pleno de ruinas u omisiones, análogo al de los dominios de una epistemología barroca: **'Hay buenas razones para que todo lo que vemos en la naturaleza exterior sea ya para nosotros una escritura, una especie de lenguaje por signos al que, sin embargo, le falta lo esencial: la pronunciación, la cual el hombre simplemente debe haberla recibido de alguna parte'. 'De alguna parte' tiene que sacarla entonces el alegorista, quien no deja así de reconocer en la arbitrariedad una manifestación radical del poder de la sabiduría**²⁵.

Nuevo historicismo

La práctica del montaje historiográfico puede reñir con la 'Nueva Historia' en tanto ésta recula hacia lo forense, infatuándose con las evidencias y la verdad referencial (la escena del crimen, **el pasado como verdaderamente ha sido**). Un ejemplo de dicho resurgimiento historicista podría encontrarse en la crítica de Jorge Orlando Melo al libro de Germán Arciniegas, *Bolívar y la Revolución*. Sin demeritar esta denuncia de un manejo sesgado de los documentos como el que impide a Arciniegas ponderar la coyuntura en la cual el Libertador considerara las bondades de convertir a Colombia en un protectorado británico, la perspectiva del montaje historiográfico sospecha, sin embargo, de la empatía con el poder implícita en el precepto forense que orienta dicha imputación: **lo que se requiere es analizar con la mayor precisión las condiciones de la**

²⁴ Cf. Derrida, *Archive fever...*, op. cit., p. 87.

²⁵ Walter Benjamin, *El origen del drama barroco alemán*, Taurus, Madrid, 1990 (de la edición en alemán, 1963; trad. J. Muñoz Millanes), p. 178 [cita de Franz von Baader].

época, las restricciones que imponía la situación política, económica y militar, las alternativas disponibles para aquellos que debían tomar las decisiones²⁶.

Prosiguiendo el símil, la mónada se comporta como un acelerador de partículas ultraminúsculas. Impide el restablecimiento de cualquier adormecida o adormecedora continuidad: **El concepto de mónada, engañoso en tanto evoca a una entidad auto-suficiente, no puede disociarse de la técnica del shock, ni de aquella saturación de tensiones, en medio de la cual cristaliza el pensamiento. [...] Lejos de ser auto-suficiente, esta mónada benjaminiana se encuentra cargada eléctricamente de contradicciones que amenazan con volatilarla a cada momento. Y su clausura elevadamente relativa –relativa porque el historiador y su presente se incluyen en ella– sólo intensifica la dialéctica que la recorre: no existe lugar en el cual la dialéctica produzca efectos más subversivos que un ámbito cerrado²⁷.**

Cuando en la mónada un elemento arcaico revela la relativa novedad del presente, tal elemento puede definirse como imagen dialéctica²⁸. Ahí **el principio de**

²⁶ Jorge Orlando Melo, "Bolívar y la revolución", en J. G. Cobo Borda (ed.) *Arciniegas de cuerpo entero*, Planeta, Bogotá, 1987, pp. 294-300, p. 300 (reseña publicada inicialmente en 1984).

²⁷ Phillipe Ivornel, "Paris, capital of the popular front or the posthumous life of the nineteenth century", en *New German Critique*, n. 39, Fall 1986, pp. 61-84, p. 68.

²⁸ **Debemos subrayar que Benjamin sólo identifica como prehistórico lo que es nuevo en la historia. Su concepción es dialéctica. No existe "lo primitivo", biológico u ontológico, que resista la transformación histórica.** Susan Buck-Morss, *Dialéctica de la mirada. Walter Benjamin y el proyecto de las arcadas*. Visor, Madrid, 1995 (1ª edición en inglés, 1989; trad. N. Rabotnikof), p. 88. O en palabras del propio Benjamin: **ningún**

construcción es el montaje, donde los elementos ideacionales de la imagen permanecen irreconciliados, en lugar de fusionarse 'en una perspectiva armonizadora'²⁹.

Dialéctica sin tercer término

Al no saber renunciar a la síntesis realizada en el tercer término, la dialéctica pierde derecho a erigirse en materialista. Como tal, debe rechazar con energía una actualización o una metamorfosis experimentadas por anticipado [...] En cambio, asumiendo su carácter de oxímoron, es decir planteando los datos de un problema que no está en sus manos resolver, al menos no conscientemente, no si se lo sabe, sólo entonces seguirá siendo materialista. Si sigue siendo dialéctica o si no conserva de la dialéctica más que la contradicción que se aporta a sí misma, no se zanjará sin dificultad³⁰. O en palabras del propio Benjamin, la ambigüedad es la manifestación alegórica de la dialéctica, la ley de la dialéctica parada³¹.

Esta dialéctica recuerda la de los choques y yuxtaposiciones convergentes de Eisenstein. Traslapes que no conducen a una síntesis culminante, cuanto a la detonación de un elemento excedente. Este tipo de dialéctica diferiría –pese a algunos textos de Eisenstein– de aquélla canonizada por el estalinismo. Y bajo su lupa podría aparecer un Eisenstein que al seguir el

hecho es histórico meramente por ser una causa. Habrá de serlo, póstumamente, en virtud de acaecimientos que pueden estar separados de él por milenios. *La dialéctica en suspenso...*, op. cit., p. 65.

²⁹ *Ibídem*, p. 84.

³⁰ Pierre Missac, *Walter Benjamin de un siglo al otro*, Gedisa, Barcelona, 1988 (1ª edición en francés, 1987; trad. B. E. Anastasi de Lonné), página 115.

³¹ Walter Benjamin, "París, capital del siglo XX", en *Poesía y Capitalismo. Iluminaciones II*, Taurus, Madrid, 1980 (de la edición alemana de 1980; trad. J. Aguirre), pp. 173-190, p. 185.

mecanicismo reflexológico de Pavlov, pugnaba con las teorías establecidas durante aquella coyuntura soviética. Tendríamos que preguntarnos si la reflexología, al permitir a Eisenstein la posibilidad de perturbar los reflejos condicionados consolidados, y propiciar nuevos reflejos, no cifraba entonces una dialéctica renuente a la síntesis. Y si así a los argumentos dialécticos de Eisenstein que un comentarista considera “deslavazados”³² en virtud de los vaivenes del pensamiento marxista bajo el estalinismo, cupiera vérselos como una teorización dialéctica censurada, deformada.

Metáfora y concepto

Los **elementos ideacionales irreconciliados** pueden recordarnos la versión más estándar de aquello que Eisenstein denominara **montaje intelectual**, i.e. esas secuencias que, según lo señala Noël Burch, encuentran una existencia marginal en el cine dominante (la **montage sequence** hollywoodense). En el montaje intelectual se pone de presente una reversibilidad (¿irreconciliabilidad?) dialéctica entre elementos figurativos y conceptuales. Así lo sugiere Marie Claire Ropars-Weuilleumier tras examinar la secuencia-montaje de los dioses en *Octubre*, cinta a la cual dedicara un prolongado seminario: **Las imágenes ya no constituyen una metáfora del concepto; es el concepto el que reencuentra su origen metafórico, sometido a la presión de imágenes convertidas en objetos, ya no símbolos: cada objeto no es otra cosa que un fragmento/sinécdoque de una noción cuya generalizante abstracción releva a la metáfora. O, dicho de otro modo, es el concepto el que se parece a las imágenes, no las imágenes las que se asemejan al concepto: Dios no es más que una metáfora, dice en**

³² Cf. David Bordwell, *El cine de Eisenstein*, Paidós, Buenos Aires, 1999 (1ª edición en inglés, 1993; trad. J. García Vásquez), pp. 154-155 y 160-161.

realidad esta acumulación de metáforas de Dios³³.

Secuencia

A pesar de la afinidad entre los cambios de plano de la unidad de montaje eisensteiniana con la secuencia hollywoodense, en aquélla siguen vigentes las tensiones de la yuxtaposición. Por eso ahí un *flash* sigue emitiéndose, si bien en el marco de una saturación menor de choques/atracciones. De esta secuencia monádica se abstrae una imagen, un elemento abstracto como el que puede evidenciarse mediante un título, un epígrafe o un pie de foto periodístico.

Micro-secuencias

En la unidad de montaje Eisenstein propone la posibilidad de organizar la secuencia clásica en subsecciones dramáticas, mediante el giro hacia un nuevo conjunto de orientaciones direccionales, i. e., 'cruzando la línea'. En la secuencia de las escaleras de Odessa de Potemkin, se otorga un estatus privilegiado a los planos del coche de bebé que rueda escaleras abajo, precisamente en virtud de esta organización³⁴.

Cabe reiterar entonces que la **unidad de montaje** también propicia un salto del *continuum*. Y ello regiría también en el caso de sus versiones menos radicales (hollywoodeneses o estalinistas), si tenemos en cuenta que aun en la forma originaria de la secuencia hollywoodense –el cine de composición múltiple de Griffith, virtual reino de los montajes paralelos– pese a que la linealidad de las sucesiones evade las yuxtaposiciones y los relampagueos consiguientes,

³³ Gregory Ulmer, *Applied gramatology: post(e)pedagogy from Jacques Derrida to Joseph Beuys*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1985, p. 281.

³⁴ Noël Burch, *To the distant observer: form and meaning in the japanese cinema*, University of California Press, Los Angeles, 1979, p. 299.

todavía saltan de la progresión algunos elementos; éstos provienen de los nexos de la gramática cinematográfica griffithiana con la literatura de Dickens; al caracterizar el **laconismo cinematográfico** de Dickens, Eisenstein destaca su **captura en passant de detalles claves**³⁵. Y nos refiere a la siguiente caracterización del equivalente dickensiano de lo instantáneo y nimio en la secuencia: **la mancha de grasa en un vestido, un gesto extravagante ocasionado por la timidez, un mechón de cabellos rojizos que asoma de la peluca cuando su portador pierde los estribos**³⁶.

Epígrafes y micro-secuencias

El que mira una revista ilustrada recibe de los pies de sus imágenes unas directrices que en el cine se harán aún más precisas e imperiosas, ya que la comprensión de cada imagen individual aparece prescrita por la serie de todas las imágenes precedentes³⁷.

De suerte que así como el presente trabajo se propone interrumpir secuencias, v. gr. la cuasi-hollywoodense de Alberto Lleras sobre la época de la independencia, relanza de todas formas alguna dimensión secuencial, bajo unidades tensionadas por citas y comentarios yuxtapuestos, hasta el punto que cruza la línea (lo que en la puesta en cuadro cinematográfica se conoce como eje), al modo de un espacio de rodaje monádico, de 360 grados³⁸.

³⁵ S.M. Eisenstein, *Film form. Essays in film theory*, Harvest, New York, 1949 (edición y traducción de Jay Leyda), pp. 212-213.

³⁶ Zweig, en *Ibíd.*, p. 210.

³⁷ Walter Benjamin, "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica", en *Sobre la fotografía*, Pre-textos, Valencia, 2007 (de la edición alemana de 1977; trad. J. Muñoz Millanes), p. 107.

³⁸ Ese fue el 'ángulo' de rodaje de Eisenstein. Mientras que el precepto hollywoodense de los 180 grados vuelve

Lo así yuxtapuesto en micro-secuencias configura el conjunto irregular, fractal, de un pasado minado de presente. La mónada que así extrapola y traspone el pasado al ángulo o escala del presente, pone de manifiesto algo otrora ilegible.

*Fractales*³⁹

Resulta sorprendente la legibilidad de estas dos citas, una de Benjamin y otra de Eisenstein, a la luz de los principios de la geometría fractal de Mandelbrot:

Un problema central del materialismo histórico que debería ser visto al final: ¿Debe el entendimiento marxista de la historia adquirirse necesariamente a expensas de la perceptibilidad de la historia? O: ¿de qué manera resulta posible realizar la conjunción de una elevada cualidad gráfica <Anschaulichkeit> con la realización del método marxista? La primera etapa de esta faena será la de trasladar el principio de montaje a la historia. Esto es, reunir construcciones a gran escala a partir de los componentes más pequeños y exactamente cortados. En efecto, descubrir el cristal del acontecimiento total en el análisis del pequeño momento individual. Y así, romper con el naturalismo histórico vulgar. Capturar la construcción de la historia como tal. En la estructura del comentario.⁴⁰

imperceptibles los cambios de plano, la mónada de 360 grados los pone de presente; de esta manera bloquea la transparencia ilusoria y propina un *shock* al observador.

³⁹ *Grosso modo*: el objeto fractal es irregular (no entero como el de la geometría euclidiana) y se repite a diferentes escalas (v. gr. el perfil de una playa reitera los contornos microscópicos del grano de arena). Cf. Benoit Mandelbrot, *La geometría fractal de la naturaleza*, Tusquets, Barcelona, 1997 (1ª edición en inglés, 1977; trad. J. Llosa).

⁴⁰ Walter Benjamin, *The arcades project*, op. cit., p. 461.

El plano aislado explotará en una cadena de planos [... y así tendrá lugar] la desintegración de una forma grande y sólida en una serie de formas más pequeñas que [hacen] eco de la más grande en el perfil y movimiento, reintegrando[se] luego estas formas más pequeñas en el nuevo conglomerado de una forma grande análoga, que, sin embargo, sugiere una narración o significación semántica distinta⁴¹.

Legibilidad de lo histórico

- ‘El índice histórico de las imágenes significa no sólo que éstas pertenecen a un tiempo particular, sino ante todo que éstas devienen legibles sólo en un tiempo en particular’⁴².
- El pasado ha dejado imágenes en textos literarios, comparables a aquellas que imprime la luz en una placa fotosensible. Sólo el futuro posee los reveladores suficientes para escudriñar activamente estas superficies a la perfección. Muchas páginas de Marivaux o Rousseau albergan un significado misterioso que los primeros lectores de estos textos no habrían podido descifrar por completo. André Monglond. *Le Prérromantisme français*, vol. 1, *Le Héros prérromantique* (Grenoble, 1930), p. xi (N15a, 1)⁴³.

Aquí aparece comparativamente reivindicada la obsoleta historiografía del aficionado. El profesionalismo historiográfico tiende a impedir la detonación del fragmento que el presente histórico revela con nitidez. El historiador profesional censura dicha revelación *amateur* del pasado en el presente, tal y como

⁴¹ S.M. Eisenstein, *Hacia una teoría del montaje*, vol. 1 (edición de M. Glenny & R. Taylor), Paidós, Buenos Aires, 2001 (1ª edición en inglés, 1991; trad. J. García Vásquez), pp. 84-85.

⁴² Kittsteiner, “Walter Benjamin’s historicism”, op. cit., pp. 211-212.

⁴³ Benjamin, *The arcades project*, op. cit., p. 482.

puede apreciarse en la siguiente exhortación a una narrativa del *continuum*: **es evidente que el antiimperialismo de Bolívar, y sobre todo su oposición a los Estados Unidos, no puede trasladarse fácilmente a las luchas nacionales del siglo XX sin deformar su sentido: [...] como ocurre con la famosa frase sobre las miserias de que plagarían los Estados Unidos a Hispanoamérica, [frase citada] sin mencionar la continuación, donde se enuncia una política de subordinación al imperio británico⁴⁴.**

Parangones

La yuxtaposición irregular del pasado y el presente, revela asimismo algún **fenómeno originario**; el parangón resalta lo primigenio de ciertas recurrencias, v. gr. las de una variopinta clase política.

Fenómeno originario

El Ur-fenómeno (fenómeno originario) remite a Goethe y su teoría de los colores, a una especie de embriología que postula arquetipos cristalizados en la naturaleza: **El ur-fenómeno –el surgimiento de colores a partir de la luminosidad y la oscuridad, las rítmicas mareas y flujos de la gravitación terrestre, el origen del cambio climático, el desarrollo del organismo vegetal a partir de la hoja [...]– es algo diferente del fenómeno habitual, que tiende a mostrar esta forma fundamental en la apariencia de borrosas mezclas y difracciones⁴⁵.**

Para Simmel, el ur-fenómeno supera la separación entre la ley y la cosa: **no es otra cosa que la ley intemporal dentro de la observación temporal; es lo general que se revela inmediatamente en una forma particular. [...] El azul del cielo nos revela la ley fundamental de la cromática. Ya no buscaríamos nada**

⁴⁴ Melo, “Bolívar y la revolución”, op. cit., p. 299.

⁴⁵ Buck-Morss, *Dialéctica de la mirada...*, op. cit., p. 89.

detrás de los fenómenos: ellos mismos son teoría⁴⁶. Benjamin relanza el ur-fenómeno en el ámbito histórico, destacándolo en su aproximación a las ruinas de los suntuosos albergues de la mercancía en el París del siglo XIX): **la serie de formas históricas concretas de los Pasajes, [se despliega] del mismo modo que la hoja permite desplegar, a partir de sí misma la variedad abundante del mundo empírico de las plantas**⁴⁷. De suerte que el mamut de las Arcadas decimonónicas clarifica al elefante mercadotécnico, avatar de aquel troglodita fetichismo de la mercancía.

En dicha medida, determinadas secciones del presente texto se refieren a los fundadores del dominio político colombiano. A estas figuras, a estos primates, se los examina con base en una especie de *revival* o repetición alterada de esa historia centrada en el prócer que los historiadores universitarios conocen –hará ya medio siglo– como ‘Historia Académica’⁴⁸. Se modifica, eso sí, dicho discurso, interrumpiendo y alterando la historiografía que celebra al héroe, velo retórico que Germán Carrera Damas⁴⁹ caracterizara como fábula compensatoria o paliativa frente a los ideales irrealizados de la guerra de independencia. Dicho autor se refiere a Venezuela, pero podría haberlo hecho en similares términos, *mutatis mutandis*, al resto de la nación colombiana después de Bolívar. Que el teniente coronel Chávez Frías persista en tales mistificaciones no sólo

⁴⁶ Ibídem, loc. cit.

⁴⁷ Ibídem, loc. cit.

⁴⁸ Hay cierto enredo terminológico en la denominación ‘historiador académico’. La fuerza del término deriva de los historiadores universitarios, profesionales que se refieren de esta manera a al amateurismo de sus predecesores. Estos, a su turno, se asumen más como escritores que como historiadores.

⁴⁹ Germán Carrera Damas, *El culto a Bolívar*, Alfa, Caracas, 2003 (1ª edición, 1970), capítulo IV.

confirma una tenacidad retórica; también pone de manifiesto la energía de lo obsoleto.

Para relanzarla de manera monádica, a esta antigua primatología –incluidas sus vertientes negativas o díscolas (v. gr. la aproximación a Santander de Fernando González o Laureano Gómez y la de sus precursores Eladio Urisarri y Simón Bolívar⁵⁰)– ha de injertársele otra perspectiva acerca del primate, junto a elementos historiográficos posteriores al auge de la historia académica, al parecer aún reconocidos como ‘Nueva Historia’. Pero en este injerto debe prestarse cuidado además a algunos de los historiadores académicos más laboriosos (v. gr. Moreno de Ángel o Duarte French)⁵¹. Estos últimos ya plantean una zona de transición entre la antigua primatología y su ruptura, aunque quizás sea Indalecio Liévano Aguirre el más emblemático ejemplar del tránsito entre la vieja retórica primatófila y una investigación de los contenidos económicos hasta entonces reprimida. Encrucijada de la cual emergen Jaime Jaramillo Uribe y sus discípulos.

Conviene señalar que los académicos desplazados por esta ‘Nueva Historia’ fungieron como arcontes ⁵²,

⁵⁰ En efecto, la proverbial ‘intemperancia de lengua’ de Simón Bolívar se habría plasmado en el *Diario de Bucaramanga*, transcrita o deformada por Perú de Lacroix. Las ocasionales diatribas del prócer caraqueño se vuelven monotemáticas y sistemáticas en el caso de las *Cartas contra Santander*, atribuidas al Dr. Eladio Urisarri. Fernando González repetirá el tono satírico, ejecutando extemporáneamente aquello que sus predecesores realizaran en el marco de la contemporaneidad.

⁵¹ Estos asumen los desarrollos de historiadores ‘colombianólogos’ no nacionales, como Bushnell y Safford, cercanos al idioma de la ‘nueva historia’ colombiana.

⁵² Acerca de estos patri-arcas, caracterizados por Jorge Orlando Melo como historiógrafos aficionados, **usualmente vinculados a familias destacadas en el acontecer político nacional o regional** (“Medio siglo de historia de Colombia: notas para un

depositarios y renovadores del patri-archivo de la historia política colombiana, amplificando lo consignado en intercambios epistolares mediados por mulas o navíos⁵³. Estos patri-arcas consolidaron cierta línea interpretativa que reiteraba –por lo general sin la cita del caso– algunos contenidos del mencionado expediente. Éste debió aguardar a Pilar Moreno de Ángel para conocer la modestia de un creciente rigor citativo: adjunción del documento a los tópicos de la interpretación primatólatra. Los arcontes parecen haber reconocido los méritos de este método primatófilo más cauto, al acoger a doña Pilar como miembro de número⁵⁴ en la corporación de Germán

relato inicial”, en F. Leal Buitrago y G. Rey (eds.) *Discurso y razón. Una historia de las ciencias sociales en Colombia*. Uniandes/Fundación Social, Tercer Mundo editores, Bogotá, 2000, pp. 153-177, p. 155), véase Derrida, *Archive fever...*, op. cit., p. 2. Corre a cargo de estos personajes la edición oficial de expedientes primatófilos, por ejemplo la voluminosa y aparatosa impresión del archivo del general Santander durante la presidencia Virgilio Barco (incluidas derivaciones como el ‘Archivo Nariño’).

⁵³ Técnica archivística cuyas consecuencias y derivaciones merecen investigarse. Cf. Derrida, *Archive fever...*, op. cit., pp. 16-17.

⁵⁴ Con doña Pilar se credencializa por primera vez a una mujer como numeraria de la Academia Colombiana de Historia. Y no sólo eso. Su perfil fluye hacia el de los arcontes helénicos. Presidirá la Biblioteca Nacional (1975-1979) y el Archivo General de la Nación (1981-1989), en relativo paralelismo con Jaime Duarte French, primer director de la Biblioteca Luis Ángel Arango (1958-1983). La obra comparativamente más rigurosa de estos dos primatólogos se vincula así al fuero domiciliario del archivo (cf. Derrida, *Archive fever...*, op. cit., p. 3). A este tren habrán de engancharse neo-arcontes o ‘nuevos historiadores’ como Jorge Orlando Melo y Margarita Garrido (encargados de la Biblioteca Luis Ángel Arango). En cuanto a la creciente incorporación de mujeres al topos del arconte, queda abierto el camino a consideraciones freudiano-lacanianas: ¿no

Arciniegas, firme propagador de la especie según la cual **la mujer no es un sujeto competente para ciertos menesteres y profesiones que pertenecen a los hombres**⁵⁵.

Primatología negativa

Cabe proponer una emergente primatología, dividida entre la perspectiva vulgar/republicana y la filosófica, en lo que hace a una **antropología del hombre en su exaltación**, en concordia y discordia con las siguientes palabras: **En su especialidad de describir hombres, los antropólogos debieran elevarse lo bastante como para poder hablar de sujetos heroicos y proféticos, sin tomar la perspectiva del ayuda de cámara o el republicano**⁵⁶.

Sería esta otra forma de terciar en la 'alianza maníaca', cercana a la del filósofo en este otro pasaje de Sloterdijk: **Para el filósofo que quiera ser cómplice del hombre en lo más elevado de los hechos humanos se plantea la labor de ser terciador en la alianza maníaca, y, a la vez, el testigo escéptico. Frente a una humanidad entusiasmada de modo múltiple y contradictorio, a él le toca el papel de actuar como comparatista de expediciones maníacas.** ⁵⁷

obedece la feminización del arconte a un anárquico superyó materno revertido en ley mortificada por el espectro del padre (Nombre-del-padre lacaniano)? Detengámonos en esta ironía psicoanalítica: la ponderada historiografía política de doña Pilar Moreno de Ángel parece corresponder a una ley razonada o paterna, mientras que las retóricas exaltadas de sus colegas-predecesores parecen manifestar el desafuero de la ley materna. ¿A qué puede obedecer tan paradójica inversión?

⁵⁵ Cf. Carlos Lleras Restrepo, *Borradores para la historia de la república liberal*, tomo 1, Editora Nueva Frontera, Bogotá, 1975, p. 280.

⁵⁶ Peter Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*, Pre-textos, Valencia, 1998 (1ª edición en alemán, 1993; trad. E. Gil Vera), p. 39.

⁵⁷ *Ibíd.*, p. 56.

La regla elemental de esta naciente primatología consistiría en desasociar al primate del devenir de una historia prácticamente sagrada. He aquí una cita-contraejemplo: **La historia de la civilización no recuerda hoy las emulaciones y rivalidades de Alejandro el Macedonio y de sus grandes tenientes, y solamente ha quedado en pie el hecho de la expansión del pensamiento griego en el Asia remota [...] tampoco mide a Julio César por los vítores o por los clamores de venganza de sus contemporáneos sino por la realización trascendente del ideal romano**⁵⁸. Otro principio neo-primatólogo consistiría en conectar los intereses del primate con un determinado statu-quo. De esta manera evitaríamos incurrir en el recuento fascinado que embellece el horror histórico. Podemos recurrir aquí a otra cita-contraejemplo: **esa absorbente pasión que nos unió, para pelear entre colombianos en hostil abrazo, fue el doloroso remedio para la disolución que nos amenazaba. Colombia, sin partidos, habría sido tal vez la presa de los caudillos de región, el terreno más propicio en América para los feudalismos despóticos. El alma nacional está también modelada con ese material de odios y de sangre, de injusticias y de atropellos, de insurrecciones y de subyugaciones, y no hay nada que sea despreciable en lo que es uniforme, esencial y homogéneo del pueblo**⁵⁹.

⁵⁸ Manuel José Forero, "Santander, escritor y periodista", en *Escritos sobre el general Santander*, Colección de oro del militar colombiano, vol. XI, tomo 1, Bogotá, 1980, pp. 235-272, cita en la p. 270.

⁵⁹ Alberto Lleras Camargo, *Reflexiones sobre la historia, el poder y la vida internacional*. (compilación de Otto Morales Benítez), Bogotá, Tercer Mundo, 1994, p. 111. Resulta dicente que quien así otorgara un carácter edificante a los odios políticos hubiese sido el artífice del pacto (Frente Nacional) que los suspendía.

Por lo demás, la *Nueva Historia de Colombia* de editorial Planeta ocupa ya un lugar en los expendios de libros abandonados. Querría esto decir que a la corriente universitaria y sus manuales también les cobija hoy el aura de lo obsoleto; no en vano en esa antología se codeaban los nuevos con sus predecesores. Tal vez aquella nueva ola engrosaba desde entonces la galería de anticuadas historias oficiales.

Es factible que la citación de estos últimos expedientes, ‘fuera de contexto’, los dialectice, neutralizando su estatuto oficial como narrativas lenitivas del drama nacional colombiano. Tal sería mi pretensión. Pero a ésta he de agregar la de insistir en imágenes del pasado como las sugeridas por un analista de la historia política colombiana –Fernando Guillén Martínez–, de escasa repercusión en el canon de la renovación, dado que en la ruptura propugnada por Jaramillo y sus seguidores, **la historia política, que se identificaba con los rasgos de la historia tradicional, [desaparecía] casi por completo de la investigación; [... con excepciones como el] libro de Molina sobre el liberalismo, y el ambicioso intento sociológico de Fernando Guillén Martínez⁶⁰.**

⁶⁰ Melo, “Medio siglo de historia de Colombia...”, op. cit. p. 163. La escasa influencia de Guillén podría dar cuenta de la persistencia, aún hoy, de los revaluados esquematismos de Nieto Arteta (progresistas comerciantes versus retardatarios latifundistas, sin complicaciones o matices). Véase, por ejemplo, José Fernando Ocampo T., “Regeneración y hegemonía política (1880-1902)”, en J. F. Ocampo (ed.) *Historia de las ideas políticas en Colombia*, Instituto Pensar/Taurus, Bogotá, 2008, pp. 145-179, texto que relanza el esquematismo de las primeras aproximaciones marxistas a la historia de Colombia (muy en las antípodas de lo sostenido por el filósofo colombiano que invoca a Benjamin en su presentación del volumen).

Coda

En las instancias del presente trabajo que abordan la embriología del prócer se destaca cierta reversibilidad dialéctica, como cuando el logos de la ilustración constitucionalista revierte en dominio brutal, y el Hombre de las Leyes celebra embriagado sobre el producto de un fusilamiento. Reversión o (re)conversión que anticipa otras muchas, parecidas a las de nuestra actualidad más reciente, donde nos encontramos a un Álvaro Uribe Vélez que abandona los devaneos izquierdistas⁶¹, para alcanzar por último el estatus de líder emblemático del derechismo iberoamericano.

Volatilidad originaria

La transformación de Santander al cabo de la batalla de Boyacá, de estudioso bartolino en tirano bestial, puede examinarse a la luz de la idea de historia natural, tal y como Benjamin la introduce en sus consideraciones sobre el drama barroco alemán. El término historia natural constituye de por sí una cristalización dialéctica: **de tal modo que lo natural aparece como signo de la historia y la historia, donde se da de manera más histórica, como signo de la naturaleza**⁶².

En la misma inestabilidad dialéctica podemos situar al Bolívar del *Discurso de Angostura*, nutrido del **fondo de la oscura antigüedad** y desde entonces volátil en su adhesión a unos principios liberal-republicanos que

⁶¹ Como secretario general del Ministerio de Trabajo, de 1977 a 1978, **trabajó activamente en el decreto 1468 de 1978 sobre libertades sindicales**. Joseph Contreras-Fernando Garavito. *Biografía no autorizada de Álvaro Uribe Vélez (El Señor de las Sombras)*, Oveja Negra, Bogotá, 2002. p. 58. También suele hablarse de juveniles veleidades de izquierda del Uribe Vélez estudiante.

⁶² T.W. Adorno, "La idea de historia natural", en *Actualidad de la filosofía*, Paidós, Barcelona, 1991 (1ª edición en alemán, 1973; trad. de J. L. Arantegui Tamayo), pp. 103-104, p. 126.

pugnan con su ideal de imperio o unificación continental; ironía relativamente ligada a los paradójicos efectos políticos del helenismo: **Vengo a que sería fácil el acuerdo con esa mirada que destacaría un oxímoron en la ciudad imperial, en el imperio macedónico: la interpretación como una paradoja del hecho de que el Imperio de Alejandro, conformado a través de su fulgurante combate con el imperio de los persas, transmita al mundo la cultura política, genuinamente antiimperial, de las polis griegas (valga la redundancia)**⁶³.

A la confusa definición de los antagonismos ideológicos se contrapone en Colombia la nitidez del prócer político. El ur-fenómeno radica aquí tanto en el carácter volátil de los caudillos militares (Bolívar, Mosquera), como en la gregaria catadura de esos barones ‘civilistas’, cuya cifra militar encarna en el general o coronel de excepción, ajeno a las coacciones de la moderna jerarquía militar: hacendado a la cabeza de una milicia de peones y arrendatarios.

Asunto cenagoso

Mientras Guillén Martínez considera que el Frente Nacional habría tenido innumerables antecedentes en la historia de Colombia, al punto que la divisoria liberal-conservadora no habría sido más que un atávico recurso de la elite⁶⁴, Malcolm Deas considera dicha perspectiva como mera expresión de las tradiciones retóricas del país⁶⁵.

⁶³ Patricio Peñalver, “Contextos de Imperio”, en *Revista de Occidente* no. 259, diciembre 2002, pp. 63-89, p. 89.

⁶⁴ Cf. Fernando Guillén Martínez, *El poder político en Colombia*, Planeta, Bogotá, 2008 [1ª edición, 1979], passim.

⁶⁵ Cf. Malcolm Deas, “La tradición civilista”, en F. Cepeda Ulloa (ed.) *Fortalezas de Colombia*, Planeta, Bogotá, 2005 (1ª edición, 2004), pp. 35-45, p. 43.

Fernán González, por otra parte, remite el origen del clericalismo conservador y su contrario liberal a una procesión estimulada por el arzobispo Mosquera durante la *guerra de los supremos* (en ese momento el liberal Obando se calificaba a sí mismo como ‘restaurador y protector de la religión del crucificado’)⁶⁶.

Nitidez del primate

Pese a su renovadora perspectiva económico-política, aun Liévano Aguirre reitera esa mentalidad primatológica que personifica la energía de la masa histórica en un número reducido de hombres fuertes: **Bolívar, Obando, Mosquera y Núñez** [comprenderían] **que el verdadero elemento de la nacionalidad, aquél por el cual valía la pena luchar, no estaba en los estratos epidérmicos de la nación, sino en la gleba anónima.**⁶⁷ Asunto reiterativo: **Nariño no se escaparía [...] al odio de la Fronda, como no se escapó Carbonell ni escaparían después Simón Bolívar, Obando, Mosquera y Núñez.**⁶⁸

Liévano soslaya las reversiones de Nariño (de primer centralista a último federalista) Mosquera (de conservador a liberal), Obando (de realista a patriota) o Núñez (de radical a “regenerador”). Pero sí subraya las volteretas de Santander (de miliciano centralista a federalista en la patria boba, de centralista a federalista en la convención de Ocaña).

Tal podría ser el ur-fenómeno correspondiente al diluido Uribe Vélez, hacendado emergente, mandatario

⁶⁶ Cf. Fernán González, “La guerra de los supremos”, en *Gran Enciclopedia de Colombia* no. 2, Círculo de lectores, Bogotá, 2007, pp. 175-218, pp.198 y 200-201.

⁶⁷ Indalecio Liévano Aguirre. *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1966 (1ª edición, 1964), p. 791.

⁶⁸ *Ibíd*em p. 736.

aficionado a ejercitar su físico en compañía de la soldadesca, orquestador de ejércitos de civiles (en el contexto de ‘concejos comunitarios’), detenido al filo del segundero en su intención de liquidar la separación de poderes democrática, no sabemos si por obra de una legalidad vigorosa o dado algún desgarre entre la verticalidad militar y el deseo de mantener las apariencias civilistas.

Advertencia

Las cosas no tienen nombre sino en Dios. Dios las ha llamado mediante la palabra creadora por sus nombres propios. Pero en el lenguaje de los hombres están las cosas sobredenominadas. [... La sobred denominación] es sin duda el fundamento lingüístico más hondo de la tristeza y (desde el punto de vista de la cosa) del enmudecimiento⁶⁹.

Existe una fluida continuidad entre la exaltada retórica de los historiadores académicos y el lenguaje decimonónico: Libertador, Libertador-presidente, Hombre de las Leyes, Héroe de esta o aquella batalla, o aun retahílas como ‘Supremo director de la guerra, general en jefe del ejército restaurador y protector de la religión del Crucificado’ (José María Obando). Pomposidad que también resurge hoy, cuando el teniente coronel Chávez revive junto a *El Correo del Orinoco* los excesos lingüísticos de la iconografía política decimonónica (República Bolivariana de Venezuela, Alianza Bolivariana para los Pueblos de nuestra América, Sistema de Areperas Socialistas, Ministerio del poder popular para esto y lo otro etc.).

⁶⁹ Walter Benjamin, “Sobre el lenguaje en cuanto tal y sobre el lenguaje de los hombres”, en *Obras*, libro II, vol. I, Abada Editores, Madrid, 2007 (1ª edición en alemán, 1989; trad. J. Navarro Pérez), pp. 144-162 y 160.

Afectaciones análogas habrían impregnado el verbo castizo de nuestros historiadores académicos, pronto a auto-consagrarse en la figura de ‘dones’ insignes (don Tomás Rueda Vargas, don Laureano García Ortíz), elevados al panteón de plumíferos primates decimonónicos⁷⁰.

No enumeraré mis afinidades (complicidades) o diferencias con el discurso de los integrantes de dicho mausoleo. Pero sí comentaré algo del caso de Alberto Lleras Camargo, a quien no sabría yo si incluir en el elenco de los académicos de la historia. Comencemos por señalar que su fascinación con la figura de Tomás Cipriano de Mosquera resulta por demás significativa en quien aparece elegido por un jurado de historiadores del momento (2010) como el mejor presidente de Colombia en su historia. Se trata del mismo presidente al cual retirara su admiración fervorosa un humorista del siglo

⁷⁰ Estatus sobredesignado del cual encontramos numerosos ejemplos en la temprana post-colonialidad, v. gr. en estas primeras líneas de una carta dirigida por el venezolano Pedro Briceño Méndez a don Antonio Nariño (Ospino, 28 de mayo de 1821): **Su excelencia, el Libertador presidente, ha visto la nota que en el 1º del corriente se sirvió vuestra excelencia dirigirle. Su excelencia ha celebrado que hubiera vuestra excelencia llegado a encargarse del gobierno tan oportunamente [...] Su excelencia se felicita a sí mismo por la acertada elección que hizo en vuestra excelencia y congratula a vuestra excelencia por la parte que ha tomado en aquel augusto acto.** Lo planteado por Benjamin con respecto a la sobredesignación subraya la dimensión melancólica de toda esta bombástica. En este sentido el desorden bipolar del actual presidente venezolano conecta con su afiebrado cultivo de la verbosidad grandilocuente. El *salto de tigre al pasado* (cf. la tesis XIV de Walter Benjamin, *Tesis de filosofía de la historia* del ‘comandante’ Chávez apuntaría más a una moda lingüística que a las proezas revolucionarias de Simón Bolívar.

anterior⁷¹, declarándolo artífice del mecanismo mediante el cual **los liberales y conservadores de arriba** [compartían] **hermanablemente el poder y el presupuesto para que los de abajo no siguieran matándose por él**⁷²; o, asimismo, señalándolo como un civil intachable paradójicamente partícipe de una concepción carnal o caudillista del poder: una que habría preferido **la ruina de [su] partido a la posibilidad de que un miembro de su generación llegara antes que él, elegido por el voto soberano del pueblo, al solio de los presidentes**⁷³.

Determinado matiz separaría a Alberto Lleras, artífice de los discursos de Alfonso López Pumarejo⁷⁴, de don Laureano García Ortíz, secretario de Aquileo Parra, considerado el desprecio profesado por el segundo hacia los **escritores innominados**, propagandistas o grises protagonistas de la política que nuestro tiempo denomina *ghost writers*. Como secuaces del mando, dichos innominados se perfilan como cronistas menos oblicuos de los giros diabólicos del poder. El que Lleras lo haya ejercido de manera maquiavélica y sin embargo irreprochable, quizás apunte al hecho de que la clase política en Colombia traza una divisoria entre sus integrantes cultivados, cómplices visionarios de la barbarie histórica, y sus integrantes directamente matones o brutales, aún no estrechamente vinculados a la

⁷¹ Caí en cuenta de que la mayor preocupación de Alberto Lleras no es el Partido Liberal, sino que no se caiga el Partido Liberal, y pienso que en la defensa obstinada de esta tesis oportunista e inmoral está la clave de todos sus claroscuros y claudicaciones. Lucas Caballero Calderón, *Memorias de un amnésico*, El Áncora Editores, Bogotá, 1982, p. 146.

⁷² *Ibídem*, p. 141.

⁷³ *Ibídem*, p. 135.

⁷⁴ López tenía ideas pero no sabía escribirlas o le daba pereza hacerlo y a Lleras Camargo le pasaba exactamente lo contrario. *Ibídem*, p. 131.

tradición del centro colombiano, otrora repleto de unas elites letradas ligadas a los altos cargos. El caso de Alberto Lleras viene a ser en este sentido tanto paradigmático como excepcional, sugiriéndonos que su carácter autodidacta expresa el máximo logro de una familia política unida tradicionalmente al magisterio desde que su mastodonte (ur-fenómeno) o padre fundador, Lorenzo María, conjuntara a sus hazañas docentes una nerviosa, mediática e inestable adyacencia al poder: la misma que habrá de caracterizar en lo sucesivo a los *ghost-writers* de la coyuntura actual (fines del siglo XX y comienzos del XXI)⁷⁵.

El propagandismo, el velo iconográfico que esboza a los primates de la nación colombiana a base de excesos denominadores, debe diferenciarse. Lo grandilocuente del teniente coronel Chávez Frías puede hallarse en algunos historiadores académicos de una manera que se refina o disuelve un tanto en quienes acceden a erudiciones menos inmediatas y a refinamientos literarios más evidentes, v. gr. Alberto Lleras Camargo, Tomás Rueda Vargas o Germán Arciniegas. Parodiando a éstos, recorre el presente texto cierto remedo de la vieja primatología. Me refiero entonces a Simón Bolívar como El Libertador, a Santander como Hombre de las Leyes, etc.⁷⁶

Debo señalar asimismo que el elemento primatológico negativo de enunciadores contemporáneos de los personajes (Simón Bolívar vía de Lacroix, Urisarri), a pesar del elemento irreverente, sostiene, como sus continuadores (L. Gómez o F. González) el exceso retórico

⁷⁵ Don Lorenzo María Lleras no fue un *ghost writer* pero sí podría haber sido el ur-fenómeno de éste(os), quien(es) a su vez constituye(n) la(s) version(es) más variada(s) de aquel perfil intelectual.

⁷⁶ Merece investigarse hasta qué punto conserva también la 'nueva historia' estas sobredenumeraciones.

denominador. Otros textos contemporáneos en su relato, como las *Memorias* de don Salvador Camacho Roldán o las *Memorias infantiles* de Eduardo Caballero Calderón podrían compararse también en este sentido. Es factible que el primero establezca delicadamente una pauta retórica que habrá de verse amplificada por la historia académica, esa misma que en el segundo se refina o diluye sin llegar a esfumarse por completo.

Sólo el surgimiento de la 'Nueva Historia' generalizó en la historiografía colombiana una rigurosa remisión a las fuentes. Los académicos fusionaban alegremente la recopilación documental con las declamaciones retóricas. De ahí que en algunas citas del presente trabajo, relativas a textos de Bolívar o Santander, no pueda señalarse la fuente original. De otra parte, mientras ésta haya podido establecerse, he obviado citar la edición que la recopila, asunto por demás evidente en casos como el *Discurso de Angostura*. Ello obedece sólo parcialmente a una parodia de la vieja primatología.

Sergio Ramírez Lamus

Instantáneas de historia política

¿No seremos todos descendientes de curas? Por lo menos todos somos doctores *utroque*, mitad canónicos y mitad civiles, confesionario y congreso. Voltaire un día y reverendo Padre al otro. La Nueva Granada olía toda ella a hijo de dañado y punible ayuntamiento⁷⁷.

Quiero y es mi voluntad que se conserve siempre en mi familia, según el más inmediato parentesco conmigo, los siguientes efectos: la caja de polvo con el busto de George IV, Rey de Inglaterra, que me fue presentada en su nombre siendo yo Vicepresidente de Colombia: la camándula de piedras finas que me regaló el Sumo Pontífice Gregorio XVI...⁷⁸

⁷⁷ Fernando González, *Santander*, Editorial Bedout, Bogotá, 1971 (1ª edición, 1940), p. 34.

⁷⁸ Del testamento de Francisco de Paula Santander.

Sergio Ramírez Lamus

Primer desglose: por el camino del héroe

Del centro y sus satélites

(en la impronta de Fernando Guillén Martínez I)

¿Era Ud. acaso un príncipe que por su cuna tuviese derecho a mandar este país, y que Ud., renunciándolo, quería más bien someterse a la ley fundamental? ¿En qué consistía su moderación? De qué se desprendía Ud.? ¿Creía Ud. desde entonces que la Nueva Granada era su patrimonio? [...] ¿era Ud. tan fatuo que creyese que su nacimiento le daba derecho al mando de este país? ¿Juzgaba Ud. que la Nueva Granada era el pequeño conuco de su padre? ¿Hablar de nacimiento en una República?⁷⁹

En la diatriba del doctor Urisarri⁸⁰ la cuna de Francisco de Paula Santander resulta indisociable del conuco, precario resguardo de árboles de cacao. Desde su llegada a la capital, mozalbete de limitados recursos, becario del colegio de San Bartolomé, protegido de su tío –el canónigo catedralicio Nicolás Mauricio de Omaña–, hasta

⁷⁹ Los Sin Cuenta, *Cartas contra Santander. Réplica a las memorias del Hombre de las Leyes* [compilación, introducción y notas de Vicente Pérez Silva], Planeta, Bogotá, 2000 (1ª edición por entregas, 1837 a 1838), pp. 62-63.

⁸⁰ El anónimo-pseudónimo de “Los Sin Cuenta” –se asegura– enmascara la identidad del doctor Eladio Urisarri, cuñado de don Rufino Cuervo y tío del eminente filólogo Rufino José Cuervo.

su presidencia de la república de la Nueva Granada, Santander ha demostrado tino y tenacidad en la persecución del poder. Urisarri y compañía lo recalcan, mofándose de las pretensiones de altruismo del poderoso general; y moderan su risa para secundar la sentencia pseudo-solemne del satírico más anciano: **'Santander dice la verdad en esto; cuando él vino aquí estaba enteramente desnudo, él se ha vestido; se hallaba hambriento, y él se ha saciado; tenía sed de riquezas y las ha adquirido, bien que a costa de esta patria a quien tantos males ha causado, y a quien, si pudiera, llevaría a su ruina'**⁸¹.

Imagino a los doctores de esta tertulia rezumando desprecio hacia el oriundo de un lugar próximo a Venezuela, personaje desdibujado en su perfil hacendario pese a su vinculación a una oligarquía municipal –al fin y al cabo hijo del gobernador de la ciudad y provincia de San Faustino de los Ríos– advenedizo en el contexto de la capital del otrora Virreinato de la Nueva Granada y quizás por eso mismo demasiado obvio a la hora de afianzar sus rentas como prestante ciudadano capitalino, alto burócrata, hacendado y general. El emergente ofende a estas sensibilidades refinadas, acostumbradas al recato de **los señores Mosqueras, [d]el general Herrán y otros muchos [que] han tenido buenas relaciones y nunca se les ha oído hacer de esto un mérito particular**⁸². Santander regresa de su exilio en Europa jactándose de lo elevado de sus roces: entre los aduladores de su séquito se cuenta el príncipe Pedro Bonaparte, heraldo de la categoría cosmopolita del general cucuteño: **El día que llegamos a Cartagena pasó revista a la guardia en simple redingote (de saco-levita), sin que el uniforme militar le hiciera falta para imponer admiración y respeto. [...] He conocido todas las majestades de Europa, y puedo**

⁸¹ *Cartas contra Santander...*, op. cit., pp. 132-133.

⁸² *Ibídem*, p. 96.

asegurar a ustedes que no he conocido a nadie en quien la naturaleza hubiera impreso con caracteres más fuertes el don del mando que en el General Santander⁸³.

En 1820, es decir, un año después de haber entrado a la patria, se gloriaba Santander ante algunos de que el menaje de su casa no lo daba por doce mil pesos, y que no le había costado nada: y cuando vino no había traído **camisa**⁸⁴. Para el doctor Urisarri éste es el resultado de un cobro ruin y exagerado de los méritos hechos durante la independencia, por demás cuestionables (procede a citar a Bolívar): **Santander, [... un] miserable a quien yo saqué de la abyección y de la nada. Sin [...] mí él no habría tenido ascensos en el Ejército, porque no los merecía; y sin mí él estaría pobre como nació**⁸⁵.

San Faustino de los Ríos

Al casco urbano de San Faustino de los Ríos lo distingue la corona con el título de ciudad, en virtud del coraje de sus pobladores frente a las amenazas de los indios motilones. Conoce a lo largo de la colonia momentos de prosperidad e importancia en el conjunto de las ciudades neogranadinas, gracias a las rentas que percibe del puerto al cual debe su nombre, emplazado en la confluencia de los ríos Zulia, Pamplonita y la Grita. **Núcleo de familias importantes y centro agrícola de primer orden, creció como la espuma, y asimismo se deshizo su antiguo florecimiento**⁸⁶. Don

⁸³ Cf. Horacio Rodríguez Plata, "Santander regresa del exilio", en H. Rodríguez Plata y J. C. Rodríguez (comp.) *Escritos sobre Santander*, tomo 2, Biblioteca de la Presidencia de la República, Administración Virgilio Barco, Bogotá, 1988 (1ª edición, 1980), pp. 313-335, p. 328.

⁸⁴ *Cartas contra Santander...*, op. cit., p. 125.

⁸⁵ *Ibíd.*, pp. 64-65.

⁸⁶ Luis Febres Cordero, *Del antiguo Cúcuta –datos y apuntamientos para su historia*, Biblioteca Banco Popular, vol. 72, Bogotá, 1975 (1ª edición, 1917), p. 470.

Juan Agustín Santander rige estos parajes cuando, tras su reedificación arquitectónica bajo el gobierno de don Buenaventura Flotas y Sepúlveda (posesionado en 1740), la ciudad vuelve a languidecer: **Tan visible desarrollo descaeció completamente a principios del siglo XIX, en que el Virrey Mendinueta, en su ‘Relación de Mando’ (1803) aconsejaba ‘la extinción del pequeñísimo Gobierno de San Faustino’ así como su agregación al corregimiento de Pamplona**⁸⁷. Todo indica que durante la vida de Francisco de Paula Santander, esta ciudad se encaminaba definitivamente hacia las ruinas brumosas de algún *lost world*: **ha sido siempre la ciudad de San Faustino tan infortunada [...] que el primer sabio del Nuevo Reino vertía esta dolorosa frase [...]: ‘De la navegación de San Faustino y camino de Uru al Apure sólo podemos decir que nada sabemos. Nuestras tinieblas se condensan en proporción que nos acercamos a Maracaibo’**⁸⁸. Y a inicios del siglo XX, en 1917: **El viajero que la visite sólo encontrará su historia en la muda y secular firmeza de las cercas de piedra y los muros carcomidos, y en los espaciosos tanques de mampostería, donde antes se beneficiaba ‘la tinta generosa del añil’, invadidos ahora por la lujuria de la maleza y el cieno fétido de los pantanos**⁸⁹.

El magnate mantuano y el mediano cultivador de cacao cuyas pretensiones de hidalguía se apoyan en la escolaridad ponen de manifiesto cunas muy dispares. Si nos remitimos a las páginas del *Diario de Bucaramanga*, tal vez con la misma brutal ingenuidad del siglo XXI con la cual el tenientísimo coronel Hugo Chávez Frías las supone transcritas por Perú de Lacroix “en tiempo real”, tendríamos que a pesar del efecto nivelador del ejército

⁸⁷ Ibídem, p. 472.

⁸⁸ Ibídem, cita de la p. 473.

⁸⁹ Ibídem, p. 469.

bolivariano, éstas refrendan las huellas de la cuna en los oficiales del ejército republicano.

Generales distinguidos

Gil Fortoul ofrece la enumeración de los bienes que el padre de Simón Bolívar [...] declaró poseer cuando contrajo nupcias [...]: 285 500 pesos en efectivo; dos haciendas de cacao; cuatro casas en Caracas, incluyendo esclavos; plata acuñada por valor de 46 000 pesos; una quinta: dos trapiches de caña incluyendo casas para los esclavos; una hacienda de añil; tres hatos de ganado; copropiedad de ciertas tierras, cuya valuación no indica el autor; nueve casas en la Guaira; todo el valle de Aroa; las minas de Cocorote; 697 fanegadas de cacao y 2 421 libras de añil depositadas en ese momento en Cádiz; 119 fanegadas de cacao y 1 185 libras de añil enviadas a Veracruz⁹⁰. La fortuna de los Santander, cultivadores de cacao, no puede compararse con la anterior, pese a corresponder a la de una clase privilegiada, influyente en su región de origen, rica en haciendas y socialmente segura⁹¹.

En el perfil socioeconómico de Santander no faltan los activos de nacimiento y educación que Bolívar echa de menos en Flórez: **Yo conozco a Flórez; en astucia, sutilezas de guerra y de política, en el arte de la intriga y en ambición, pocos le aventajan en Colombia. Tiene un gran talento natural, que está desarrollando él mismo por medio del estudio y de la reflexión; sólo ha faltado a Flórez el nacimiento y la educación**⁹². Flórez se encuentra en las antípodas de la

⁹⁰ Sergio Bagú, *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina*, Grijalbo, México, 1992 (1ª edición, 1949), pp. 98-99.

⁹¹ Cf. Pilar Moreno de Ángel, *Santander-Biografía*, Planeta, Bogotá, 1989, pp. 32-45.

⁹² *Diario de Bucaramanga. Vida pública y privada del libertador Simón Bolívar*, FICA, Bucaramanga, 1999 (1ª edición [Cornelio Hispano], 1912), pp. 61-62.

virtud de los generales nobles: El **marqués** [general de división Francisco Rodríguez del Toro...] es el **prototipo de la franqueza, de la amenidad y de la jovialidad de nuestros buenos antepasados: es verdaderamente noble en sus sentimientos, en su conducta, como lo es por el nacimiento; nadie más generoso, más servicial y mejor amigo; es el Epicuro caraqueño [...]** Sostuvo enseguida S.E. que el general Sucre es de familia noble y antigua, y que es falso lo que se ha dicho sobre su nacimiento. [...] Sucre es **caballero en todo**⁹³. Cabe imaginar a Santander en un lugar social equidistante de Flórez y de Rodríguez del Toro, acaso tocado por sombras análogas a las que disputan la distinción de Sucre.

Urisarri interroga de esta manera a Santander: **¿Hablar de nacimiento en una República?** A ojos del mordaz santaferño el nativo del valle de Cúcuta usurpa las atribuciones coloniales del establecimiento capitalino, como si la propiedad de Hatogrande hubiese derivado de un derecho genealógico y no del despojo infligido a un clérigo realista. Así nos lo recalca tras un hipotético parangón relativo al mayordomo del disputado latifundio: **Si Cuéllar día y noche le estuviese diciendo a Ud. que a él le debía el estado próspero de su hacienda, y que le había servido tantos años, aumentado el número cada 1º de enero, ¿no tendría derecho para decirle: Si tú me has servido, yo también te he pagado; yo he comprado tus servicios satisfaciendo el precio más allá de lo que podías esperar?**

Dice Ud. que *ninguna recompensa le ha sido dada por privilegio especial* y nos admira semejante descaro. El haber militar que correspondía a Ud. como general de brigada, que era su grado el 15 de febrero de 1819, fue de quince mil pesos; Ud. recibió una hacienda cuyo

⁹³ Ibídem, pp. 87-88.

terreno sólo valía más de treinta mil, y una casa que no valía menos de nueve mil; y el excedente de veinticuatro mil ¿no fue privilegio especial?⁹⁴

La expresión *clase política* podría referirnos a advenedizos como Santander, periféricos empeñados en conquistar una posición en el centro⁹⁵. De ser así, el término contiene un conjunto variopinto de emergentes *del común*, como aquellos de la revuelta anticolonial del siglo dieciocho, pequeños propietarios, comerciantes y artesanos, principalmente del Socorro y de Antioquia, resentidos y agresivos frente a los *reinosos*, doctores burócratas y grandes hacendados del centro propiamente dicho, a quienes se suma un agregado de payaneses o cartageneros, obligados a gestionar sus intereses hacendarios desde la capital, dada la hegemonía de los criollos burócratas del altiplano central. Los comuneros del Socorro y descendientes de éstos como Francisco de Paula Santander, constituirán tipos emergentes, quizás algo menos solventes que los comerciantes de la costa Atlántica en materia de compadrazgos y alianzas de parentesco con el grupo asentado en la capital. Y si a Francisco de Paula puede tildársele de **típico representante del federalismo hacendario de la 'patria boba'**⁹⁶ ello responde menos a la condición terrateniente de su familia provinciana, para obedecer más a los hilos tendidos por ésta hacia la capital y el Colegio de San Bartolomé⁹⁷. En dicha medida dista Santander de algunos

⁹⁴ *Cartas contra Santander...*, op. cit., p. 126.

⁹⁵ Este significado de "clase política" coincide y también difiere de lo bosquejado en Marco Palacios, *La clase más ruidosa y otros ensayos sobre política e historia*, Norma, Bogotá, 2002. Ver *Epílogo*.

⁹⁶ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 272.

⁹⁷ En el apasionado denuesto de Fernando González, el canónigo Omaña afianza en el centro a la familia Santander-Omaña: **Así como le consiguió la alcaldía [de San Faustino] a Juan Agustín, hace tiempo que está intrigando por una beca en el seminario de San Bartolomé.** González, *Santander*, op. cit.,

sucesores suyos como Aquileo Parra o Rafael Uribe Uribe, en situación más precaria de cara al centro, santandereanos o antioqueños cuyo patrimonio no alcanza a disponer de propiedades en el altiplano central y por lo tanto tampoco del prestigio asociado al poder político capitalino.

República naciente y doctores del centro

Reza así la diatriba de Rafael Uribe Uribe en *El Autonomista* (1899), endilgada a la generación de doctores hacendados-comerciantes que le antecederían en la dirigencia del partido liberal: **Se hicieron ellos jurisconsultos en los juzgados y Fiscalía, en los tribunales y en la Corte; nosotros litigando pobremente ante una administración de justicia banderiza [...]; se formaron ellos militares bajo el uniforme, mandando tropas veteranas al servicio del gobierno; nosotros en las filas aleatorias de la revolución, y leyendo las teorías de los tratadistas; en las cátedras universitarias, se instruyeron en las reuniones públicas, en las Legislaturas y Congresos tuvieron escuela de oratoria; en los gobiernos de los Estados y ministerios nacionales se hicieron estadistas; en las Legaciones aprendieron diplomacia; y con la tranquilidad del tiempo que deja la posesión de los empleos, cultivaron la literatura, y otros ramos del saber. ¿Qué cosas semejantes pueden decirse de los desventurados que les hemos sucedido? Ni honores ni gajes tuvimos nunca del partido; sólo sacrificio nos cuesta**⁹⁸.

Si centramos nuevamente la atención en el linaje del general de brigada premiado con la hacienda que perteneciera al clérigo Bujanda, resulta factible que la

p. 32.

⁹⁸ Ocampo, "Regeneración y hegemonía política...", op. cit., p. 168.

disminuida prestancia de su estirpe lo haya inclinado hacia una actividad letrada periodística, asistida por un conjunto de secuaces mediáticos, y mal que le pese a abolengos ofendidos como el de Urisarri, relevos del emergente *reinoso* de los tiempos virreinales, del letrado-burócrata en busca de fortuna. Y así como la trayectoria de Santander habría señalado una solemne incorporación de la clase política emergente a la establecida clase hacendaria cundiboyacense, otros adeptos suyos no habrían conocido esos tintes del crepúsculo apoteósico, persistiendo en la diurna monotonía de los adyacentes al poder. O si no que lo digan los propios descendientes de Lorenzo María Lleras, uno de esos **mocitos insufribles**⁹⁹ a órdenes del general, según la proclama del irritado Urisarri. Pasadas unas décadas su familia persiste mediatizada, satélite, encarnada en letrados marginales, decorosamente pobres como habrían de estarlo aun a alturas del siglo veinte con todo y su acceso al poder ejecutivo, sujetos a las peripecias de los cargos políticos y sus ramificaciones en empresas de carácter privado, al estilo de sus inveteradas ocupaciones docentes: los Lleras **no fueron, pues, 'doctores', como la inmensa caterva de abogaditos tomistas que lograban pasar por el cedazo del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario o por San Bartolomé, únicas fuentes legítimas de sabiduría regeneradora. La Universidad Republicana, el Externado, el Colegio de Rueda o el de Araújo fueron sus hogares intelectuales. De allí salían en incursiones más bien fugaces a la prensa y a la política, y volvían a sus clases, siempre pobres, siempre satisfechos de su existencia dura y ansiosos de saber un poco más de lo que habían escogido como su preferencia intelectual**¹⁰⁰.

⁹⁹ *Cartas contra Santander...*, op. cit., p. 148.

¹⁰⁰ Alberto Lleras, *Mi gente*, El Áncora Editores, Bogotá, 1991 (1ª edición, 1976), pp. 119-120.

Bifurcación y convergencia de las elites

Si nos ceñimos al testimonio de Carlos Lleras Restrepo, aún a alturas del siglo XX el latifundismo emblematiza la riqueza en Colombia: **La suerte no me trajo a la cuna herencia de tierras ni esperanza de recibirla, ya que mis antepasados, inmediatos y remotos, fueron sin excepción gente pobre. [...] En ese medio nací yo [...] Así acabé bachiller mondo y lirondo, y del difícil arte de la agricultura sólo viene a recibir las primeras lecciones cuando aquel clérigo de quien ya hablé alguna vez se empeñó en hacerme traducir, palabra a palabra, las cuatro geórgicas virgilianas**¹⁰¹.

Cuando el terrateniente personifica tanto el poder, resulta ineluctable la conversión del comerciante en latifundista. De ahí que el torniquete hacendado-comerciante se afiance complejamente a lo largo de la historia colonial y republicana. Guillén Martínez sugiere una repartición del poder político criollo entre funcionarios-comerciantes (centralistas) y abogados-hacendados (federalistas)¹⁰². En la emergente república, sumida en una contradictoria economía tabacalera (1845-50), el mismo autor concluye su lectura de Frank Safford con las siguientes palabras: **las mismas personas y familias son, a la vez, latifundistas, comerciantes y financieros, desenvolviendo en nuevos campos su antiguo poder social terrateniente, reforzado con los mecanismos y con el aparato tecnológico del capitalismo ecuménico** ¹⁰³ . Nos encontraríamos ahora frente a una hegemonía del modelo cultural hacendario, latente bajo la máscara de un nuevo secularismo. El embozo adquiere contornos cada vez más invasivos, así que a alturas de la llamada *Regeneración*, **en las más importantes ciudades**

¹⁰¹ Otto Morales Benítez, *Liberalismo: destino de la patria*, Plaza y Janés, Bogotá, 1987 (2ª edición aumentada; 1ª edición, 1983), p. 229.

¹⁰² Cf. Guillén Martínez, *El poder político...*, op.cit. p. 249-257.

¹⁰³ *Ibidem*, p. 305.

colombianas, las tiendas de artículos suntuarios importados de Europa pertenecen a terratenientes vinculados a la siembra y exportación del tabaco (o a la recolección y venta de la quina, en menor número). Y estos tabacaleros-comerciantes son, a su turno, quienes vinculan esas nuevas utilidades al negocio bancario. Uno de ellos, Salvador Camacho Roldán, consiguió promover y conferir especiales privilegios al Banco de Bogotá (creado en 1870), actuando como secretario de Hacienda y Fomento del presidente Eustorgio Salgar [...]

En 1875 otro grupo de comerciantes-hacendados, funda el Banco de Colombia. Luego, [el de] Crédito Hipotecario [es] orientado por otro latifundista, comerciante y político: José María Quijano Wallis. En 1881 hay ya 42 bancos en todo el país, doce de ellos en Cundinamarca.

Importa subrayar que, casi sin ninguna excepción, *los latifundistas y empresarios agrícolas son igualmente los grandes comerciantes y los socios de las nuevas instituciones financieras*¹⁰⁴. Lo anterior riñe abiertamente con el esquema invocado por Nieto Arteta (comerciantes y manufactureros presuntamente progresistas contra latifundistas reaccionarios): en lugar de los grandes propietarios a la 'vieja usanza' [aparecen ahora los] empresarios mercantiles del latifundio. Pastor Ospina trata de vender en los Estados Unidos 20.400 fanegadas de tierra baldía representada en vales comprados a militares empobrecidos. José Eusebio Caro 'propone al señor Julio Arboleda, abrir entre los dos compañías de comercio para traer aquí mercancía de Europa, poniendo capitales iguales y partiendo por mitad las ganancias [...]'. Y se trata de los dirigentes más aguerridos e intolerantes de la 'reacción'¹⁰⁵.

¹⁰⁴ Fernando Guillén Martínez, *La regeneración. Primer Frente Nacional*, Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1986, p. 77.

¹⁰⁵ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 324.

El nieto de Lorenzo María Lleras define las características intelectuales de su linaje, no sin antes haber rememorado a su padre, vástago del mocito insufrible denostado por Urisarri, arrendatario de lujo a punto de suceder a los viejos doctores hacendados que asumen perfiles comerciantes y sustituyen el fundo por los salones de negocios citadinos, cual *dandies* palaciegos al estilo de don Antonio Nariño, en cuyo predio prosperará el más emblemático de sus clubes. Quizás debido a un estatus más elevado que el de los mayordomos, según lo indica su enlace matrimonial con una de las familias más esclarecidas de doctores latifundistas del centro, el arrendatario Lleras no deja atrás los arreos para ocupar asiento en ese club cuyo título evoca al antiguo jinete orejón en el idioma inglés de la nueva hegemonía comerciante. Como hijo de uno de los primeros integrantes de la clase política nacional de la joven nación, se ubica en un estrato cuasi-aristócrata adyacente a otros advenedizos: **Mi padre era hacendado, sin hacienda, cosa que yo ignoraba. En Hato Grande, en Boyerito, tierras de la Sabana, en Saritana, de Chipaque, era la encarnación del amo, del patrón, y la extensión de ese concepto entre los campesinos y los arrendatarios de la región, lo hacían modesto, pero autoritario jefe de pueblos, de una categoría social y política que otros hombres de las aldeas circunvecinas, mucho más acaudalados, no lograban alcanzar, como el boticario, el herrero, el médico mismo, el notario. Estaba, me parece a mí, más o menos al nivel del cura**¹⁰⁶. A diferencia de otros arrendatarios y mayordomos legatarios de los socios del Jockey este meta-arrendatario **seguía pegado a la tierra [...] Su piel parecía [...] oscura, como de moro. [...] Su mesa [...] no se distinguía mucho de la comida de los arrendatarios. [...] Don Felipe disponía, en cierta forma, de la vida del grupo humano**

¹⁰⁶ Lleras, *Mi gente...*, op. cit., p. 129.

que le había correspondido en suerte y que estaba ligado no a él, sino a la hacienda, desde tiempos lejanísimos. Allí habían nacido casi todos los arrendatarios, allí vivieron, allí nacerían sus hijos, por los siglos de los siglos. El fundo era su límite moral e intelectual¹⁰⁷.

Jockey Club

Se daba en la sabana el remoquete de orejón a los hacendados de solera en virtud de un detalle de su atuendo. El orejón raizal se tocaba con un gran pañuelo rabo de gallo que se anudaba en la cabeza –a la manera de los contrabandistas de Sierra Morena– en forma que la puntas le colgaban nuca abajo, como las orejas de un conejo en reposo. Encima se ponía la jipa. Sobre los hombros y cubriéndole el tronco, la ruana, sobre la cual podía venir el bayetón rojo por debajo, azul por encima. Ambas prendas, ruana y bayetón, de espesa lana. Ellas le valieron a los habitantes del reino, un apelativo no desprovisto de implicaciones sociológicas: *los lanudos*, como gustaba llamarles el Libertador¹⁰⁸.

Orejones fueron los tíos maternos de don Antonio Nariño, a su turno heredero del perfil comerciante de su padre peninsular. Legatario de las maneras y de la pompa residencial del mercader burgués, sus domicilios serán a su turno legado para los orejones cundiboyacenses que asumen progresivamente los refinamientos de un perfil urbano, mientras parte del dominio territorial pasa a manos lugartenientes: **Las fincas de la Sabana estaban muy cerca de la ciudad, [...] cuando todavía las señoras vivían en las fincas rurales, acompañando a sus varones rudos y olorosos a boñiga. Así que en cuanto se mejoraron las vías de**

¹⁰⁷ Ibídem, pp. 131-133.

¹⁰⁸ Enrique Caballero Escobar, *Incienso y pólvora. Comuneros y precursores*, Editorial Pluma, Bogotá, 1980, p. 275.

comunicación toda esa especie exótica se fue para la ciudad, y los caballeros, tostados de sol sabanero, pasaban las tardes en el Jockey y el Gun Club, hablando de cacerías, de novillos, de caballos, y jugando partidas peligrosas de póker y tresillo, hasta el alba. [...] Pero las haciendas iban quedando en manos de los mayordomos y se iban produciendo procesos silenciosos de transferencia que los hicieron dueños en una o dos generaciones¹⁰⁹.

La sede del principal club de señores lanudos y la del poder ejecutivo en Colombia derivan de la figura mundana de don Antonio, quien naciera en el hoy Palacio de Nariño y fuera apresado en su domicilio, eventual sede del Jockey Club de Bogotá¹¹⁰.

Pero si el hijo de don Lorenzo María curte su piel en las faenas del campo, éste, en cambio, habría permanecido abrigado en recintos más urbanos, precariamente contiguo al poder ejecutivo, plumífero, pedagogo, periodista en la nómina de escritores oficiales de los regímenes de Santander y Obando, a órdenes de estos generales, artífice de ofensivas mediáticas, émulo de las querellas de prensa entre Nariño y el Hombre de las Leyes, en una posición análoga a la de quienes agitan las banderas liberales en el ámbito de una opinión patrocinada por el Estado. Este Lleras alumbró así a criaturas de la clase política que fusionan al pequeño hacendado con el literato alcanzado durante el período de la *Regeneración*.

Plumíferos y política

He aquí el perfil de algunos adversarios radicales de la Regeneración, trazado por Guillén Martínez: **Aquileo Parra**, [... ha dicho A. Pérez Aguirre] **representaba a un sector de ‘modestos hacendados y pequeños**

¹⁰⁹ Lleras, *Mi gente...*, op. cit., p. 132.

¹¹⁰ Cf. Caballero Escobar, *Incienso y pólvora...*, op. cit., p. 177.

comerciantes'. Nativo de Vélez, inició su carrera política local actuando en su tienda de bocadillos, en medio de sus pequeños negocios de quina y hasta el final de su vida apoyó su prestigio nacional sobre estos grupos de sus congéneres y coterráneos 'comerciantes y agricultores', que en 1885 se sublevaron contra el presidente Solón Wilches¹¹¹.

No muy diferente es la procedencia ni resulta distinta la actitud de **los conservadores históricos** que en Santander van a constituir un poco más lentamente la otra vertiente de la oposición contra el nacionalismo regenerador: **Son profesores y jurisconsultos como Carlos y Luis Martínez Silva, descendientes de familias de modestos hacendados**¹¹². En otro pasaje procede Guillén a re-caracterizarlos: la oposición la encabezan **parlamentarios, profesores y periodistas de exiguos recursos económicos, como Carlos y Luis Martínez Silva, Rufino Gutiérrez y libreros o poetas como Rafael Pombo y Jorge Roa**¹¹³.

Queda algo en el tintero: la vinculación matrimonial de Felipe Lleras con la familia del general Sergio Camargo, miembro de **la constelación boyacense de Acosta, Gutiérrez y los Sarmientos, Pedro José y Siervo**¹¹⁴, o en términos similares (los de Guillén Martínez), integrante de **los complejos familísticos de Boyacá, vinculados a la hegemonía latifundista**¹¹⁵ y por lo mismo al poder ejecutivo de la nación. Dicha alianza matrimonial entre el hijo del plumífero y una doncella de la poderosa constelación daría cuenta del estatus estrambótico de don Felipe, hacendado sin hacienda. Explicaría además su falta de blasones militares o su modesto aunque prestante

¹¹¹ Guillén Martínez, *La regeneración...*, op. cit. p. 55.

¹¹² *Ibidem*, p. 56.

¹¹³ *Ibidem*, p. 61.

¹¹⁴ Lleras, *Mi gente...*, op. cit., p. 27.

¹¹⁵ Guillén Martínez, *La regeneración...*, op. cit. p. 54.

señorío sobre arrendatarios de menor peso, ajeno al estatus del general comandante de un escuadrón de peones.

Linajes presidenciales

La constelación de poderosos generales-hacendados boyacenses de la Regeneración prosigue el afianzamiento genealógico que postulara a Mosquera y Herrán como avatares criollos de las dinastías europeas: **Siendo presidente, [Herrán] contrajo matrimonio con la hija de Tomás Cipriano de Mosquera, [lo que llamaría Obando] ‘la casa de Herrán’, como si hablara de los Orleans o de los Guisas¹¹⁶. Poco más adelante, del grupo familiar Acosta-Camargo o el de la familia Gutiérrez, [proviene] tres expresidentes de la República: Santos Acosta, Sergio Camargo y Santos Gutiérrez. Podría incluirse en este grupo al poderoso hacendado llanero Gabriel Vargas Santos, último caudillo militar del radicalismo colombiano¹¹⁷.**

Camargo, rico terrateniente de la región boyacense de Miraflores, vecina de Casanare, [...] era casado con doña Trinidad Acosta, hermana del general Santos Acosta¹¹⁸.

Dada esta vinculación de los grandes terratenientes del centro con el alto gobierno, podría cuestionarse la explícita homología que plantea Lleras Camargo entre sus ascendientes maternos y paternos; como si contemplando a su padre ante la pólvora hiciese caso omiso de la precariedad hacendaria de los Lleras: **Y así, mientras del blanco cuerno pulido caía sobre el cartucho la negra pólvora, que olía a batallas y a gloria, yo debía consolarme, de seguro, pensando que sólo por haber estado entre rejas no se le podía llamar, como a otras gentes de mi familia, coronel, general,**

¹¹⁶ Lleras, *Mi gente...*, op. cit., p. 71.

¹¹⁷ Guillén Martínez, *La regeneración...*, p. 54.

¹¹⁸ *Ibidem*, p. 64.

sino simple y civilmente don Felipe. [...] La guerra en ambas ramas de mi familia fue, en efecto, ocupación contingente y común, a la cual los varones tenían que apecharse, especie de impuesto bárbaro a los lentísimos progresos individuales con que se iba dominando, muy poco a poco, la pobreza general de la nación¹¹⁹.

Cabe preguntarse si este cuasi-hacendado responde o no a cierto modelo de constitución de la clase política como el que puede inferirse de los escritos de un inspector del gobierno en días de la Regeneración¹²⁰, quien atribuye a los **propietarios menores**, caciques y gamonales –plausibles mayordomos, terratenientes cooptados o recientes propietarios–, el calificativo de **orejones**. Herederos del vistoso bayetón del doctor latifundista de antaño, éstos admiran, envidian o desean los lujos de la vida bogotana que sus superiores sociales, ahora propietarios ausentes, despliegan en el Jockey Club. Como neo-orejones pugnan en el ámbito del poder local, mientras sus ídolos de la ciudad lo hacen en el campo de los altos cargos de la nación. Pero, legatarios del indumento prestigioso de los ahora ausentes, con el paso del tiempo podrán acceder asimismo a los cargos del poder nacional y, en el mejor de los casos, mediante alianzas matrimoniales con las familias del centro, escamotear su precario origen caciquil. El caso de Lleras Triana difiere de este escenario hipotético en un punto: el origen de su prestancia se remonta a un progenitor secuaz de Santander, ocasionalmente adscrito a la nómina del Estado en virtud de sus dotes de agitador literario. El relevo generacional de este último perfil por el de mayordomo de mayordomos, adyacente a los gamonales

¹¹⁹ Lleras, *Mi gente...*, op. cit., p. 16.

¹²⁰ Rufino Gutiérrez, citado en Malcolm Deas, *Del poder y la gramática*, Tercer Mundo Editores, Bogotá 1993, p. 211.

neo-orejones, no podríamos confundirlo con un movimiento regresivo –del poder central al poder local–, porque la alianza matrimonial con una poderosa constelación de hacendados del centro afianza los nexos con la élite del país granadino. Queda así sugerida una importante diferencia entre clase política local –de raigambre matona o gamonal– y clase política nacional –de estirpe literaria, periodística o escolar–.

Legado territorial y legado indumentario

De los escritos de los literatos de Bogotá, en su mayoría terratenientes semiabsentistas, se deduce claramente que el gamonal o cacique no es normalmente un hacendado, en el sentido elegante de la palabra, aunque puede ser un importante terrateniente local: no todo tipo de tierras tienen prestigio social¹²¹.

Las secuelas indumentarias del advenedizo al dominio territorial resultan análogas a las que hoy podemos vislumbrar en otra nación de la antigua Colombia: el lujoso ropero del teniente coronel Chávez Frías, sus criticadas corbatas italianas, etc., prosiguen una apropiación sucesoria; pero el desenfreno subvierte el código del atuendo oligárquico con el uniforme militar o la sudadera tricolor. Fue así como en una reunión con el presidente colombiano (Santa Marta, 2010), resultaron copiosas las resudaciones del teniente coronel venezolano debidas al ajuar de su elección.

Otra especie muy distinta de emergente, este sí granadino (presidente colombiano), surgido ya no de un paupérrimo sector rural sino de las oligarquías municipales cafeteras, figuró en la década de los ochenta (siglo XX) vestido de mamarracho ciclista en la tapa de un importante seminario. Este exabrupto indumentario recuerda el de sus antecedentes decimonónicos. El incongruente guardarropa del joven

¹²¹ *Ibidem*, loc. cit.

Francisco de Paula Santander planteaba ya un roce entre consumados y precarios refinamientos: su **vestido** [le daba] **la apariencia de una sota de baraja española; pero así y todo era gallardo; y como tenía buenos modales y conversación fácil y agradable, hacía olvidar lo pobre, extravagante y raído de su vestimenta**¹²².

En la comunidad gastronómica con los arrendatarios subalternos ¹²³, al señor Lleras Triana, hijo de un adyacente al poder del centro, cabría imaginarle como a Francisco de Paula Santander, *aficionado a la contabilidad menuda* (expresión de don Tomás Rueda Vargas), y así develado en su condición emergente: **Al mismo tiempo que Ud. cobraba con tanta urgencia esos dos mil y pico que se le debían, otros ciudadanos beneméritos que habían sacrificado sus fortunas, que habían combatido la dictadura y la usurpación, que no tenían ni haciendas, ni casas, ni dinero en los bancos ni en sus baúles, hacían la generosa renuncia de todo lo que se les debía, y hasta de sus grados militares, bien adquiridos**¹²⁴. Ud. pedía cuentas a sus mayordomos de los pichones, de las palomas, de los huevos de las gallinas, de los requesones y de otras menudencias, [...] se molestaba por uno o dos reales de exceso en el gasto de su casa, [hasta el punto] **que uno de ella estuvo preso por media botella de vino que se bebieron los criados, y un soldado fue o estuvo próximo a ser apaleado por un pollo que se perdió en Palacio**¹²⁵.

No es seguro que los pulcros descendientes del hacendado sin hacienda puedan haber hecho a un lado el

¹²² Luis Segundo Silvestre, en Moreno de Ángel, *Santander...*, op. cit, p. 53.

¹²³ Cf. Lleras, *Mi gente...*, op. cit., pp. 131-133.

¹²⁴ *Cartas contra Santander...*, op. cit. p. 99.

¹²⁵ *Ibidem*, p. 132.

alarde de los méritos o la insistencia en los cobros del enriquecido cucuteño, **acreedor despiadado** a cuyas órdenes se colocara el entonces efebo y más tarde patriarca Lorenzo María, aquel Santander mortificado por la opinión que censurando sus cobranzas ¹²⁶, estigmatizaba su prosperidad, atribuyéndola a ingresos **procedentes de multas o de rescate de bienes embargados que en el desorden en que todo se encontraba se [le] entregaban [sin] enterarse a tesorería**¹²⁷.

Hasta aquí el parangón Lleras-Santander. Porque en la alianza Lleras-Camargo, el segundo apellido plantea resonancias muy distintas. Representa a esa **hegemonía latifundista** que asociándose a la exportación de cultivos comerciales, se ensaya por último en la gestión de bancos o expendios de artículos suntuarios. En este viraje de los terratenientes hacia el capital financiero y sus mobiliarios, la figura originaria del comerciante Antonio Nariño se concilia con la de sus adversarios, relevando los forcejeos entre comerciantes centralistas y federalistas terratenientes de la colonia independentista: los aposentos del tío Nicolás Camargo eran **para nosotros, pueblerinos [hacendados] y pobres [arrendatarios], cosa de magia. Salones con muebles europeos, comedor con vajillas francesas, de orla dorada, vinos a las comidas, y habitaciones espaciosas para los niños, que, además, tenían nursery, como en las novelas que leía**

¹²⁶ Nariño, Lozano, Álvarez, Bolívar, Castillo, Mosquera, Caycedo, Obando y Márquez, todos han cobrado sus respectivos sueldos y dispuesto de ellos libremente. ¿No es un encarnizamiento odioso notarlos sólo en mí? “Apuntamientos para las memorias sobre Colombia y la Nueva Granada por el general Santander”, en *Cartas contra Santander...*, op. cit., pp. 161-246, p. 217.

¹²⁷ Cf. *Cartas contra Santander...*, op. cit. p. 130.

incansablemente doña María¹²⁸. Sobre este punto vuelve a insistir Lleras Camargo:

Don Rafael era probablemente el más orgulloso pero no el más importante Camargo de toda la familia. Era comerciante, oficio que estaba entre los más altos, de mejores proventos y más empenachado *status* en esa época, antes de la llegada de los judíos. Los grandes nombres colombianos figuraban todos en las dos calles de Bogotá dedicadas al comercio, la Real y la de Florian. Eran las de las familias que habían dado, y seguían dando, al país, presidentes, ministros, obispos y tenderos. Probablemente había ocurrido ese fenómeno excepcional en el mundo, muy raro en América, por las inmensas dificultades de transporte de la Costa a la sierra central, en donde asentaba la capital.

Cuando llegaron los primeros espejos y pianos, los comerciantes que los importaron debieron sentirse en el mismo pie de importancia histórica que los conquistadores españoles. [...] El presidente Concha tenía librería [... así como] el ministro Roa, pequeña y agazapada frente a la Librería Camacho Roldán [...] Pero, además, un apellido de prócer, Ricaurte, iba a la cabeza de una tienda de artículos para caballero, como se decía en ese tiempo. [...] Los Samper Uribe, en cuyo *Almacén del Gallo* había trabajado mi padre antes de la última guerra, tenían, además, droguería. Y así, la oligarquía mercantil se asentaba vigorosa sobre las demás capas sociales. Con el producto de sus transacciones se educaban los herederos de la casta en Oxford, en Cambridge, en Harvard¹²⁹.

Hacendados comerciantes

A mediados del siglo XIX los hacendados-burócratas

¹²⁸ Lleras, *Mi gente...*, op. cit., p. 142.

¹²⁹ *Ibidem*, p. 156-158.

estaban estrechamente vinculados al comercio exportador y a la venta de mercancías importadas y los europeos se sorprendían al encontrar a un antiguo ministro de Relaciones Exteriores vendiendo varas de tela inglesa al día siguiente de su retiro del gobierno.

El ejemplo más característico de la triple calidad de hacendado, funcionario y comerciante es el citado por Le Moyne quien encontró a Joaquín Acosta, hijo del corregidor de Guaduas y casi su propietario [...] dirigiendo su negocio en una 'tienda abierta entre bultos de azúcar, tabaco y drogas'. Safford añade que a lo largo de todo el siglo XIX tanto los hacendados de la sabana como los dirigentes políticos tenían tiendas donde vendían géneros importados ¹³⁰. Tan emblemático como el de la familia Acosta sería el caso de la familia Samper: Miguel Samper nació en Guaduas [en] 1825, y su hermano José María en Honda [en] 1828. Eran hijos de José María Samper y Tomasa Agudelo. José María Samper (el padre) era hijo a su turno de un comerciante español avecindado en Honda [...] Doña Tomasa Agudelo pertenecía a una rica familia de terratenientes de la zona ribereña del Magdalena. [...] Miguel Samper Agudelo contrajo matrimonio en 1851 con Teresa Brush, hija de otro comerciante, éste de origen inglés y radicado en Cartagena [...] había venido a América como oficial mercenario¹³¹. Los Samper establecen también alianza matrimonial con los ya mencionados Acosta.

De estos actores económicos deriva, durante la 'Regeneración', un estamento bancario vinculado a las finanzas del Estado: Quizá no estará de más añadir que fueron comerciantes y banqueros vinculados a la explotación tabacalera (Salomón y Bendix Koppel, socios de Koppel y Schloss) tales como José Camacho Roldán, hermano de don Miguel y de don Salvador (el

¹³⁰ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit. p. 314-315.

¹³¹ *Ibidem*, p. 355-356.

primero de los cuales gerenciaba en Nueva York una casa de comercio, favorita de Núñez, con el nombre de Camacho Roldán y Van Sickel) quienes obtuvieron para el regenerador los empréstitos necesarios para la fundación del Banco Nacional¹³².

Esta nueva afición al lujo no pugna aún con los antiguos modos de asociación entre terratenientes y peones/arrendatarios: **No diré que me preocupara por la miseria circundante por mucho tiempo, porque como nadie parecía darse cuenta de ella, me fui connaturalizando con sus formas y sus gentes. Los contrastes no eran muy violentos. La pobreza dominaba todo. Y la ciudad era una mezcla de modos de vivir, conjuntamente, entre ricos y pobres. En todas las casas de los primeros, generalmente de dos pisos sobre la calle, vivían abajo, o tenían sus tiendas, los artesanos, y se oían en la calle sus alegatos, sus imprecaciones y hasta los ecos de sus juergas rudas y agresivas. La idea de vivir en barrios separados y exclusivos enclaves de clase, no existía en la ciudad, hecha a la española¹³³.** Persiste esa **pobreza general de la nación** que Lleras percibe como trasfondo de las guerras civiles decimonónicas.

En el curso de tales conflagraciones, la pauta de contigüidad entre dominantes y subalternos propia del latifundio le gana la partida al modelo militar napoleónico/bolivariano, de asociaciones más burocráticas y seculares. De ahí que las memorias de Lleras, nacido a comienzos del siglo veinte, se sostengan en una duermevela entre las evocaciones infantiles y la crónica de un siglo diecinueve cuyas peonadas a órdenes del sable terrateniente remiten a lo más originario de una **industria cultural**, a la conjunción del gladiador

¹³² Guillén Martínez, *La regeneración...*, p. 81.

¹³³ Lleras, *Mi gente*, op. cit., p. 153.

victorioso con la víctima secuestrada y masacrada en la arena.

De modo que los **macheteros** que se regocijan en la guerra resumen al gladiador, al sacrificado y su público, obligando a los césares del fundo a embarcarse en aventuras circenses: **la base popular [impone] a la élite el uso de la violencia como cemento integrador de la lealtad partidaria**¹³⁴. Cosa que da lugar a un país partido **cada vez más hondo, en dos, a todo lo largo del territorio, y en dos partes que se necesita[n] para subsistir porque su pugna [es] la razón misma de [su existir]. Algo común y nacional, lo primero de ese género que después del rey y del libertador se [oye] en toda la nación**¹³⁵.

Milicias hacendarias e industria cultural

Un resumen pintoresco de las milicias del latifundio lo suministran las andanzas bélicas de don Justo de Castro, hacendado militante de la ‘patria boba’: **En el camino se le fueron sumando a este Cid sabanero sus compañeros de ferias y fiestas en los pueblos. Y de cacerías de venado. Y de corridas de toros. Y de peleas de gallos. Según la pinta y las dimensiones de su respectiva hacienda y la cantidad de trabajadores que aportara, el generalísimo iba dispensando títulos y jerarquías y armando entre sus íntimos su estado mayor, a medida que pernoctaban en las fincas del itinerario, en donde se mataban terneros cebados y se tocaba en las noches triple y guitarra mientras se entonaban coplas satíricas.**

Alguien debería escribir un ensayo documentado sobre la manera como se han ido dispensando grados militares a lo largo de nuestras guerras civiles, de las cuales esta es la primera... El hecho es que en todo el siglo XIX generales fueron, por derecho propio, los grandes hacendados. Los que ponían la gente y

¹³⁴ Guillén Martínez, *La regeneración...*, op. cit., p. 63

¹³⁵ Lleras, *Mi gente...*, op. cit., pp. 22-23.

suministraban las armas y las cabalgaduras. Coroneles los hacendados medianos. Suboficiales los que se presentaban espoleando algún jamelgo. Y tropa... la peonada¹³⁶.

La cuadrilla de don Justo desconoce la racionalidad burocrática del moderno ejército napoleónico-bolivariano; para su asociación hacendaria de raigambre colonial las jerarquías abstractas resultan mortificantes; así se infiere de la siguiente descripción del ejército secular bolivariano: **Un sistema de escalafonamiento y de ascensos fundados en los servicios, [...] la paulatina eliminación de las fronteras de raza para la movilidad social, la aparición de un sistema de lealtades cada vez más alejado de las vinculaciones interpersonales puramente privadas, es decir, de lealtades abstractas y referidas a una tarea técnica, son rasgos evidentes de esta burocracia, que exacerba y estorba tanto a los hacendados –generales de Nueva Granada– como a los aristócratas limeños o a los caudillos llaneros y a los restos de las familias mantuanas de Caracas**¹³⁷.

Es plausible que esa lealtad abstracta y meritocrática de los ejércitos decimonónicos deteriorara la organización de la guerra civil como industria de entretenimiento masivo para patrones y subalternos, como ese **ejercicio alegre que, con sus tiros y sus gritos, sus asaltos y atropellos a la propiedad y la mujer del prójimo, rompía la sórdida rutina del trabajo, desde el alba a la noche, del mezquino salario, de las comidas sin sabor, las tediosas borracheras en la venta y los menudos hechos de violencia, crueldad y celos**¹³⁸. En el circo diseminado a lo largo de un territorio nacional a los espectadores del coliseo romano los reemplaza una nación imaginada. O al menos esto nos sugiere Peter Sloterdijk, para quien lo

¹³⁶ Caballero Escobar, *Incienso y pólvora...*, op. cit. pp. 275-276.

¹³⁷ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit. p. 277.

¹³⁸ Lleras, *Mi gente...*, op. cit., pp. 16-18.

esencial de la industria cultural no radica en las ornamentaciones y objetos producidos en torno al circo, como pensaba Alois Riegl –autor original de la noción– cuanto en **el duelo de entretenimiento y el deporte de fascinación sangrienta** cuyos antecedentes remiten a los **juegos de lucha con espadas que, en sus orígenes, tenían lugar en los rituales funerarios etruscos** que habrían de relanzarse luego hasta constituir a Roma en un verdadero **Hollywood de la crueldad**¹³⁹.

La guerra civil colombiana plantea claramente un *star system* gladiatorio: **En realidad sólo la guerra creaba prestigio nacional y, por consiguiente, oportunidades para las elecciones al congreso, a la presidencia, o los nombramientos para el ministerio y la diplomacia. De la montonera se salía al senado, con un poco de buena suerte y arrojo. Lo que sí parecía imperdonable era el miedo. También se despreciaban las virtudes menores de la frugalidad, la castidad, la piedad, la sobriedad, impropias de guerreros. Es probable que hasta el fin de la centuria, que en realidad sólo concluyó en 1910, las estructuras mismas de esa sociedad paupérrima fueran la causa de la guerra**¹⁴⁰. La existencia de protagonistas del estado de guerra plantea asimismo una contraparte infortunada y anónima: **el otro aspecto de la guerra –la imposición de su violencia a los humildes, el flagelo para los pobres–, no era menos evidente. Camacho Roldán, hombre de paz, lo describe así en sus memorias: [...]** Este procedimiento se extiende luego a los campos, primero en los caminos públicos, después en las hosterías y lugares de expendio de bebidas fermentadas, más tarde en las chozas mismas y en los bosques donde los infelices son cazados como fieras a

¹³⁹ Peter Sloterdijk y Hans-Jürgen Heinrichs, *El sol y la muerte*, Siruela, Madrid, 2004 (1ª edición en alemán, 2001; trad. G. Cano), p. 122.

¹⁴⁰ Lleras, *Mi gente...*, op. cit., p. 25.

veces con el empleo de perros, y en otras con el de disparos de pistola y de fusil a los fugitivos¹⁴¹.

En este avatar del circo romano los Césares de la región central granadina se ven obligados al patrocinio de costosas y sangrientas aventuras: **En las regiones cuya estructura social se ha desarrollado conforme al modelo piramidal de la hacienda, con criterios paternalistas-autoritarios de tipo familístico, triunfa rápidamente la necesidad de estimular la agresividad y la cohesión partidarias, arrastrando en esa actitud, mal de su grado, a las élites de la cima, si quieren conservar su prestigio y dominio sobre la base política. Es este el caso de Boyacá, Santander, el Tolima y de la mayor parte de Cundinamarca**¹⁴². Con el tiempo (durante la 'Regeneración') los estamentos financieros de las clases dominantes comienzan a resentir lo anterior: en 1889 **todos los banqueros habían comprendido en qué sentido la Regeneración trabajaba en su provecho. Y odiaban la guerra, exigida por la base 'popular'**¹⁴³. No obstante, paralelo a este acorde de lo que hoy se cacarea como 'confianza inversionista', persisten valores ligados al heroísmo circense u honorífico de la guerra. En la intensificada dramaturgia de la confrontación partidista también la clase victoriosa puede verse así arrastrada hacia la peripecia trágica por cuestiones de honor familiar, pues **el partido [funciona] como un grupo cuasifamilístico, en cuya cohesión y beligerancia descansa la seguridad de sus miembros en lucha abierta contra un grupo rival**¹⁴⁴.

A dicho respecto aparecen **particularmente interesantes la conducta y la suerte de uno de los compañeros de Camargo [en el playón de la Humareda]: el general Pedro José Sarmiento [...],**

¹⁴¹ Ibídem, pp. 22-23.

¹⁴² Guillén Martínez, *La regeneración...*, op. cit. p. 58.

¹⁴³ Ibídem, p. 60.

¹⁴⁴ Ibídem, p. 57.

Presidente del Estado de Boyacá y simpatizante de Núñez, fue atacado por los revolucionarios de Santander y hecho prisionero. Pero enterado de que Camargo comandaba la revolución [...] marchó a combatir en las filas de los tradicionales latifundistas liberales de su Estado. En la Humareda encontró la muerte¹⁴⁵.

Pero así como en la línea de Guillén Martínez podemos formular un relanzamiento partidista de los lazos hacendarios a lo largo del siglo diecinueve, con el mismo autor podemos examinar su reconfiguración en el contexto urbano. Es así como durante el gobierno de José Hilario López, jóvenes radicales de rancieros linajes, irónicamente apodados ‘gólgotas’ en virtud de la insistente vociferación de uno de sus miembros, azuzados por la revolución de 1848 en Francia, indigestados de romanticismo ingenuo y socialismo utópico¹⁴⁶, fungen como preceptores de los artesanos y contribuyen a su organización en *sociedades democráticas*. **No obstante –y esto es lo decisivo– las sociedades democráticas fueron cobrando vida propia, creando un nuevo modelo de estructura asociativa que no estaba prevista en los cálculos ni en las intenciones de sus asiduos mentores y organizadores “gólgotas”¹⁴⁷.**

Gólgotas y draconianos

El 25 de septiembre de 1850 tuvo lugar la reunión pública de una sociedad de jóvenes estudiantes del Colegio de San Bartolomé, con el nombre de *Escuela Republicana*. [...] Esas sesiones, muy concurridas,

¹⁴⁵ *Ibíd.*, p. 67.

¹⁴⁶ **Todavía no habían llegado a la Nueva Granada los modelos literarios del desencanto** (Flaubert, Stendhal). Germán Colmenares, *Partidos políticos y clases sociales*, La Carreta Editores, Medellín, 2008 (1ª edición, 1968), p. 121.

¹⁴⁷ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit. pp. 326-327.

despertaron en la capital un movimiento cultural considerable y contribuyeron a precisar los puntos en que el partido liberal pedía renovaciones. Libertad de imprenta absoluta, tolerancia religiosa, aceleración de la libertad de los esclavos, reforma de algunas instituciones civiles, formación de códigos civil y criminal sencillos en lugar de la enredada legislación española, libertad comercial en las aduanas, abolición de la pena de muerte, todas esas materias [...] influidas sí por dos acontecimientos: el uno, la reciente publicación de la *Historia de los girondinos* de Lamartine, leída con avidez por nuestra juventud, y el otro la revolución francesa de 1848 [...]. La impulsión de la Escuela Republicana no fue general en sus efectos, sobre todo al partido liberal. Una parte de él, compuesta de hombres maduros que habían atravesado los malos días de la dictadura de Bolívar y sido víctimas después de la persecución obstinada de 1841 a 1843, [...] eran de concepto que a sus adversarios debía aplicárseles, llegado el caso, procedimientos semejantes, no miraba con buenos ojos las predicaciones de libertad, generosidad y garantías para todos, repetidas por jóvenes inexpertos. Juzgaban que todas esas libertades constituirían una república montada en el aire, y esas frecuentes alusiones de los jóvenes a las doctrinas del *Mártir del Gólgota*, llegaron al fin a serles indigestas. El doctor José María Samper, en quien esas citas del Mártir habían sido más frecuentes, había sido objeto de una crítica burlesca por parte del doctor Mariano Ospina en *La Civilización*, y apoderándose de ella los disidentes liberales dieron el nombre de Gólgotas a los miembros de la Escuela [...]. Estos, en cambio, aprovechando la ocasión de las ideas contrarias a la abolición de la pena de muerte por delitos políticos,

emitidas por algunos de sus oponentes, bautizaron a todos ellos con el nombre de *Draconianos*¹⁴⁸.

Atuendos y discordias

La asociación equívoca entre juveniles ideólogos de la oligarquía y artesanos se rompe ante el descontento de éstos con las medidas librecambistas agenciadas por un gólgota (Florentino González) en paradójica colusión con el gobierno de Mosquera (1845-1849). Más tarde se trenzarán en duelo ruanas y casacas, configurando un plexo de artesanos en simpatía con los liberales draconianos; cachiporras y cuchillos confrontarán bastones y puñales, hasta precipitar en 1854 el golpe de estado del general Melo.

Tres indumentarias (ruana, casaca burguesa de origen hacendario y casaca castrense) escenifican por un lado la intención gólgota de cancelar el pretérito y por otro la de unos draconianos tan reacios a relevar *del todo* al ejército permanente (eco de Bolívar) como a tolerar el *laissez-faire* económico o la autonomía de los pulpitos.

Ruanas y casacas

Es todavía palpable la procedencia campesina de los *cachacos*. En palabras de Lleras Camargo: **Ahora comenzaba la lucha política a tomar aspecto de riña de clases, pero todavía no era más que una riña. Los artesanos eran, obviamente, proteccionistas. Los cachacos comenzaban a tener ya veleidades librecambistas. Los cachacos, mozos fuertes de segunda generación de campesinos, salían por las tardes a desafiar a los *guaches*, y se daban golpes y garrotazos, en tosco silencio** ¹⁴⁹. A esta segunda generación de campesinos se refiere Tirado Mejía en los

¹⁴⁸ Salvador Camacho Roldán, *Memorias*, Bolsilibros Bedout, Medellín, s. f. (1ª edición, 1923; texto inconcluso, por muerte del autor en 1900), pp. 199-201.

¹⁴⁹ Lleras, *Mi gente...*, op. cit., pp. 60-61.

siguientes términos: **Los comerciantes, abogados y tribunos que por su atuendo europeo se denominaban ‘cachachos’, quedaron en la fracción ‘liberal gólgota’ que proponía el libre cambio**¹⁵⁰.

Las ruanas hostilizadas por los cachacos se perfilan así en un volante de la época: **Los proletarios, es decir la gente de ruana y alpargata, la gente patriota sin ambición, forman la mayoría granadina. En la República hay 2.000.000 de ruanas, y unos pocos miles de casacas. Para las casacas son las presidencias, los portafolios, las diputaciones, las gobernaciones, las tesorerías. Para las ruanas, la bala, la lanza, la desnudez, el hambre y la muerte**¹⁵¹.

A la fricción entre *guaches* y cachacos la acompaña un elemento intermediario, la casaca castrense. Una que puede corresponder tanto al cachaco de procedencia terrateniente como al modesto militar de carrera. No discriminar en el ejército de corte bolivariano/napoleónico a las casacas granadinas de procedencia hacendaria puede sugerir falsas paradojas, como la planteada por Álvarez Restrepo: **Curiosamente los liberales que habían luchado durante 23 años contra todo lo que dijera fuerzas armadas, títulos militares, hegemonía con charreteras, acogen a un militar, que a su título sucedía a otro militar, el General José Hilario López, quien a su vez había tenido como antecesor nada menos que al Gran General Tomás Cipriano de Mosquera**¹⁵².

Por lo demás, la casaca hacendaria sugiere un *dandismo* periférico. Guillén cita a Safford: **Los jóvenes**

¹⁵⁰ Álvaro Tirado Mejía, “El estado y la política en el siglo XIX”, en *Nueva Historia de Colombia*, vol. 2, Planeta, Bogotá, 1989 (1ª edición 1978, 1981), pp. 155-183, p. 173.

¹⁵¹ Gustavo Vargas Martínez, “Una década decisiva”, en *Gran Enciclopedia de Colombia* no. 2, Círculo de lectores, Bogotá, 2007, pp. 227-246, p. 235.

¹⁵² Antonio Álvarez Restrepo, *Los golpes de estado en Colombia*, Banco de la República, Bogotá, 1982, p. 81.

dandies ‘cachacos’ desarrollaron la costumbre de usar un vestido diferente cada día. Prácticamente todos estaban profundamente endeudados con sus sastres. Cita que complementa el siguiente comentario: **Aunque en términos de comparación con los consumos de lujo de Europa, la sociedad neogranadina resultara austera y en ocasiones bárbara, [...] las ‘élites’ habían conseguido la coronación de su poder social [...]. No es extraño que [...] los comerciantes importadores, se convirtieran en héroes nacionales y encontraran el paso hacia la movilidad ascendente con halagadora facilidad**¹⁵³.

Radicales

Los gólgotas emblematizan el liberalismo secular y cosmopolita que sucede a las guerras de independencia hispanoamericanas. Aspiran a eliminar el pasado: licenciar el ejército permanente, separar iglesia y estado (nada de patronatos, ni regios ni republicanos), “liberar” la economía (nada de proteccionismos que recuerden los diezmos e impuestos de la economía colonial controlada) y asimismo la educación (nada de títulos académicos): **El caso colombiano no es tan ampliamente conocido, pero en realidad ningún otro país constituyó un modelo tan estereotípico del liberalismo de mediados de siglo. [...] En Colombia, como en otra parte, una de las causas de la apertura fue un cambio generacional que llevó al poder a los primeros líderes nacionales educados íntegramente en escuelas republicanas en vez de coloniales y expuestos directamente a una gama más amplia de ideas extranjeras de lo que había sido posible antes, cuando los contactos con el extranjero aunque nunca faltaban eran más complicados**¹⁵⁴.

¹⁵³ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 314.

¹⁵⁴ David Bushnell, *Ensayos de historia política y social siglos XIX y XX*, La Carreta Editores, Medellín, 2007, p. 120.

Algo pugna aquí desde la desnudez de los ejércitos que ganaran la independencia. El artesanado reniega de sus mentores gólgotas: en la hegemonía de doctores y generales-hacendados no puede ocultarse ya el antagonismo estructural (dominantes-dominados) de la nación granadina. Los sublevados unen sus banderas a las del general Melo, oficial de extracción popular en el secular ejército de raigambre mantuana. En respuesta a ello, el civilismo radical acentúa su hostilidad hacia la milicia bolivariana, al modo de sus antecesores santanderistas: las acciones de los gólgotas quedan así retroactivamente develadas como argucias del polo dominante para remozar las apariencias de una ancestral asociación entre oligarcas y dominados.

Centauros y oligarcas

Asedia a los artesanos el fantasma de ese 'ejército de espectros' de llaneros semidesnudos que lograra nuestra independencia: **Es fama que en el Pantano de Vargas y Boyacá se pelearon algunos republicanos con camisa de mujer**¹⁵⁵. Es bien distinto el mérito de Franklin y de Washington, que consiguieron en París ejércitos prestados, a la gloria de Bolívar, que libertó cinco repúblicas con la precaria materia prima humana que el trópico puso a su disposición. [...] Nuestra independencia fue primero un sueño de idealistas burgueses, y después una *pelotera* de descamisados en despoblado¹⁵⁶. De este trance surgirá el centauro, cuya noción de la vida y de la muerte se [asocia] con el hambre. [...] C]aballería veloz, irresistible y aplastante: [...] tropa –ni venezolana ni neogranadina– simplemente llanera[,] vencedora de los tercios españoles¹⁵⁷.

¹⁵⁵ Tomás Rueda Vargas, *Escritos*, vol. 1, Antares, Bogotá, 1963, p. 51.

¹⁵⁶ Caballero Escobar, *Incienso y pólvora...*, op. cit., p. 234.

¹⁵⁷ Joaquín Tamayo, "Santander", en *Escritos sobre el general*

El levantamiento de los artesanos reafirma asimismo la diabólica dualidad de otro fantasma: **Los altos grados del ejército estaban ocupados por oficiales que habían participado en las guerras de independencia. Unos de ellos –Mosqueras, Herranes, Caicedos etc.–, tenían una boyante posición económica y el título militar no era más que complemento para la conservación del poder político. Por el contrario, otros oficiales de extracción popular y enlistados en las filas libertadoras desde temprana edad –como Melo–, estaban ligados al ejército como su única posibilidad de subsistencia. Cuando la situación [licenciamiento de oficiales y disminución del ejército regular] se caldeó y los artesanos se organizaron con otros sectores populares para exigir los aranceles de protección, la situación de clase se hizo palpable en la milicia y el ejército se dividió¹⁵⁸.**

Este ejército escindido lo habían diseñado algunos aristócratas comerciantes de Venezuela, expuestos a la influencia de **Europa [y sus] ideas ‘rationales’ y ‘modernas’** [como a ninguna] **otra [oligarquía] de las colonias españolas¹⁵⁹**. ‘Mantuanos’ que desconocían las obligaciones comunitarias del modelo hacendario, alejados **de los intereses populares de los ‘pardos’ y [sin] verdadera influencia sobre ellos¹⁶⁰**, de ahí la ‘guerra de castas’ ¹⁶¹ venezolana. Las huestes bolivarianas, desprovistas de las reciprocidades que pautaran en la Nueva Granada el vínculo entre peones y hacendados, replicaban el modelo secular de la *Grand Armée* napoleónica. Ello se pone de manifiesto en el perfil de un importante general maracucho: **Rafael Urdaneta encarna perfectamente el tipo de mantuano**

Santander, Colección de oro del militar colombiano, vol. XI, tomo 1, Bogotá, 1980, pp. 171-190, cita en las pp. 178-179.

¹⁵⁸ Tirado Mejía, “El estado y la política...”, op. cit., p. 173.

¹⁵⁹ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 269.

¹⁶⁰ *Ibidem*, loc. cit.

¹⁶¹ Cf. fragmento ‘Guerra de castas’, *infra*.

venezolano que ha entregado su provenir y su destino al nuevo esquema *de militar europeo*, desdeñando incluso sus antiguas ventajas como miembro de una poderosa familia de Maracaibo. Estricto y celoso oficial de carrera, debe mucho más al cumplimiento de los reglamentos y a la severa obediencia al nuevo orden castrense que a las intrigas de los caudillos o a los compadrazgos regionales¹⁶². Quizás este severo ascetismo castrense explique la identificación de Bolívar con la parquedad del modelo vestimentario de la alta oficialidad napoleónica: ¡Qué estado Mayor tan numeroso y tan brillante tenía Napoleón, y qué sencillez en su vestido! Todos los suyos estaban cubiertos de oro y ricos bordados, y él sólo llevaba las charreteras, un sombrero sin galón y una casaca sin ornamento alguno; esto me gustó, y aseguro que en estos países hubiera adoptado para mí aquel uso si no hubiese temido que dijese que lo hacía para imitar a Napoleón, y a lo cual hubiesen agregado después que mi intención era de imitarlo en todo¹⁶³.

El militarismo modernizante de los mantuanos siempre irritó a la oligarquía granadina, y con particular virulencia a los emergentes del séquito de Francisco de Paula Santander. Su conspiración contra la vida de Bolívar no habría sido más que el episodio semifinal de un pique de largo aliento: Santander, los dos hermanos Azuero, Francisco Soto, Diego Fernando Gómez, hubieron de marchar al exilio, no porque el proceso mostrara pruebas claras de su participación en el intento de asesinato, sino en cuanto directores intelectuales de la lucha política antimilitar de los hacendados-doctores granadinos¹⁶⁴.

Paramilitarismo radical

Para los gólgotas la revolución de la Independencia

¹⁶² Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 285.

¹⁶³ *Diario de Bucaramanga...*, op. cit., p. 74.

¹⁶⁴ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 286.

[...] no había sido gran cosa como revolución. Así por lo menos lo sugiere J. M. Samper, para quien la emancipación había fundado una República... apoyada en los cimientos de un trono. [...] Nada más adecuado que suprimir el ejército [...] 'y' organizar una oligarquía vitalicia [al mando de] una multitud armada y obligada a obedecerle ciegamente'¹⁶⁵. El radicalismo liberal parece patentar aquí un modelo paramilitar. Lo latente en tan paradójica conjunción de civilismo y militarismo habrá de revelarse en 1854, cuando la élite granadina reacciona en bloque contra la sublevación de Melo: **Como es lógico, tanto civilismo implicaba el armamento de los que tenían dinero, tal como se vio en la campaña que en seguida se emprendió contra el dictador Melo y sus aliados**¹⁶⁶.

La inmovilidad del depuesto Obando pondrá en evidencia una pugna no zanjada entre la ascética casaca napoleónica que admirara Bolívar y el uniforme barroco del estanciero coronado. De allí derivará también la afinidad entre los desafueros de Melo y los de la milicia venezolana.

Complejo de bastardía

Pese a deber su elección (1853) a la facción de draconianos y artesanos, **Obando sanciona la Constitución de aquel año, expedida por gólgotas y conservadores para mermarle atribuciones**¹⁶⁷. De ahí que el golpe de estado de Melo movilice el apoyo de los artesanos.

La inacción de Obando es de doble vía. Aparte de dar vía libre a los gólgotas, también se perfila como cómplice relativamente involuntario de su derrocador (Melo). Lo cual puede leerse desde un punto de vista

¹⁶⁵ Colmenares, *Partidos políticos...*, op. cit., p. 125.

¹⁶⁶ Tirado Mejía, "El estado y la política...", op. cit., p. 173.

¹⁶⁷ *Ibidem*, loc. cit.

indumentario: **Él, que lucía los alamares de General de la República y que era al mismo tiempo el jefe supremo de la nación, ¿por qué se entregaba con tanta mansedumbre?**¹⁶⁸ La sugerida inconsecuencia vestimentaria de Obando se hace aún más evidente si comparamos su conducta con una posterior, la del general golpista Santos Acosta, segundo designado del presidente Mosquera, instado a sucederle por las vías de hecho: **Inicialmente vacila, pero luego acepta y sólo pide que el golpe se aplase hasta el día en que le hayan terminado un uniforme de lujo que su sastre le está confeccionando**¹⁶⁹. Obando, por otra parte, no solía permanecer fiel a las exigencias del atuendo; había hecho un curso completo de (re)conversiones: de realista a patriota; de cacique **de las masas populares del suroeste en [...] querella con la aristocracia de Popayán** a mandatario nacional¹⁷⁰; de Supremo insurrecto durante la guerra de los conventos –autoproclamado ‘restaurador y defensor de la religión del crucificado’– a presunto enemigo de la religión; de pomposo mariscal a gobernante anodino. Su atribulado letargo hamletiano condensaría un complejo conflicto iconográfico, asociado a su vinculación genealógica con Tomás Cipriano de Mosquera (**El bastardo de José Irragori y el supuesto descendiente de los condes de Niebla y de Guzmán el Bueno [...] en su juventud compartían la fraternidad de la pequeña ciudad, muchas cosas, como parientes clandestinos que no hablaban jamás de sus oscuros vínculos vitandos**)¹⁷¹. Ello habría derivado en el forcejeo del bastardo (el “Edipo colombiano”) con la heráldica bolivariana de su violento rival y consanguíneo: al fin y al cabo las clases altas granadinas consideraban a los militares **carentes de las calidades de cuna y educación para descollar en**

¹⁶⁸ Álvarez Restrepo, *Los golpes de estado...*, op. cit., p. 87.

¹⁶⁹ *Ibidem*, p. 107.

¹⁷⁰ Cf. Bushnell, *Ensayos de historia política...*, op. cit., p. 19

¹⁷¹ Lleras, *Mi gente...*, op. cit., p. 63.

la sociedad y en la política. Desde luego, algunos oficiales combinaban el rango militar con el prestigio social; entre éstos, sin embargo, los más prominentes, como el general Tomás Cipriano de Mosquera, tendían a ser bolivarianos comprometidos¹⁷².

Oficiales arbitrarios

Era de noche, y Melo encontró la situación [una transgresión de su orden de acuartelamiento], para su rígida interpretación disciplinaria de la regla prusiana, intolerable. Discutió con el cabo, y parece que en la lucha para darle de planazos con el sable, lo atravesó de parte a parte. [...] Y ya en manos de los congresistas el episodio suscitó una campaña abierta contra Melo, y contra el supuesto irregular manejo de su cuartel, donde se aseguraba que mantenía animales, además del ganado de los húsares y sus propios caballos. Se decía que Melo recorría la ciudad de noche con el escuadrón para tranquilizar al presidente, pero tiraba bombas contra el cuartel y contra el propio palacio, para alarmarlo¹⁷³.

La índole del general Melo dista poco de la de algunos bravucones plebeyos de la oficialidad venezolana, como ese legendario coronel confusamente sindicado de homicidio y caprichosamente fusilado por el general Santander: **Algunos, como Infante, que no era un vulgar tropero, sino un despierto soldado que a fuerza de bizarría y desconcertantes arrojós había ganado por riguroso ascenso el grado de coronel, se enquistaban torpemente en los barrios bajos y allí se dedicaban –en un estropicio del ocio–, a alborotar al vecindario con toda suerte de bravuconadas**¹⁷⁴.

¹⁷² David Bushnell, *Colombia una nación a pesar de sí misma*, Planeta, Bogotá, 2003 (1ª edición en inglés, 1994), p. 127.

¹⁷³ Lleras, *Mi gente...*, op. cit., pp. 92-93.

¹⁷⁴ Jaime Duarte French, *Florentino González*, Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1982 (1ª edición, 1971), pp. 79-80.

La eventual (re)conversión ideológica de José María Samper al partido conservador define lo equívoco de la alianza entre gólgotas y artesanos. Prevalece finalmente lo encumbrado de la familia Samper, compendio de comerciantes, hacendados y mercenarios británicos. Cuando su togado recula de nexos con la plebe, repite lo esbozado por Santander en medio de los preparativos para la Convención de Ocaña, cuando refiriéndose a las plausibles banderas de la facción boliviana, se expresara en los siguientes términos: **¿Cuál puede ser el resultado? Una guerra interior en que ganen los que nada tienen, que son muchos, y que perdamos los que tenemos, que somos pocos**¹⁷⁵. El doctor gólgota reanuda los ardides de la camarilla del Hombre de las Leyes, volátil amalgama de jurisprudencia y militarismo-civilista (sic), contrapuesta a un dictador que secundan las masas.

Cuando el ideólogo radical retrocede, abandona asimismo la impronta de Nariño, su factible predecesor, caudillo primigenio de la plebe bogotana ¹⁷⁶ ; este alejamiento lo acerca al tradicional dominio de los letrados latifundistas granadinos. Su (re)conversión alivia el inveterado reconcomio que suscita en los latifundistas la axiología de los comerciantes, cual lo sugiere el que este hijo de mayoristas y hacendados atribuya un definitivo perfil conservador al Hombre de las Leyes:

Con el tiempo, cuando conocí por lecturas y conversaciones la vida de Santander, [...] me convencí de que aquel personaje, [que] como hombre de gobierno, había sido, en su calidad de émulo y antagonista del Libertador, jefe del partido liberal, en realidad tenía el temperamento mucho más conservador que liberal y había modificado

¹⁷⁵ Carta a Vicente Azuero, enero 18 de 1828, Ocaña. Este tipo de consciencia clasista explicaría la (re)conversión del gólgota.

¹⁷⁶ Cf. Liévano Aguirre, "La dictadura de Nariño", en *Los grandes conflictos...*, op. cit., pp. 741-761.

mucho sus ideas de 1828 a 1840. Creo firmemente que si hubiera vivido diez o quince años más, habría acabado por ser el jefe del verdadero conservatismo granadino¹⁷⁷.

El oriundo de Honda asume al fin su identidad de integrante de la élite nacional residenciada en Santa Fe y pone entre paréntesis la atávica pugna de la cúpula (entre hacendado y comerciante o centralista y federalista); reaviva así una antigua axiología terrateniente adversa a la **plebe insolente** capitalina, constituyéndose en el visible opositor de una insurrección plebeya de raigambre bolivariana: fenómeno originario de lo que el siglo veinte colombiano conocerá bajo el nombre de Frente Nacional.

Frentes nacionales

El consenso dirigido a frenar la insubordinación de los artesanos replantea las discordias económicas y políticas de la élite federalista/centralista granadina, proyectándolas como matices de una vigorosa comunidad de intereses: **José Hilario López y Tomás Cipriano de Mosquera; Mariano y Pastor Ospina, Pedro Alcántara Herrán, Julio Arboleda, Manuel Murillo Toro...**, todos los que ayer incitaban a la Nueva Granada a destrozarse en la guerra intestina, reaccionan ante el reto de las nuevas formas de asociación que les disputan el poder. Algunos, como Mosquera y Herrán, viajan desde los Estados Unidos, *abandonando sus prósperos negocios de comercio*. Otros, como Obaldía, no recuerdan su pasado como organizadores de las sociedades democráticas y sólo piensan en el exterminio del 'usurpador'¹⁷⁸.

¹⁷⁷ José María Samper, 'Santander en 1840', en *Escritos sobre el general Santander*, Colección de oro del militar colombiano, vol. XI, tomo 1, Bogotá, 1980, pp. 107-110, cita en la p. 108.

¹⁷⁸ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 330-331.

Se imponen entonces talanqueras a la chusma otrora partidaria de Nariño y Carbonell¹⁷⁹, plebe reprimida que habrá de retornar acéfala, una y otra vez, durante la 'Regeneración' o en el 9 de abril de 1948: **Es esta masa la que el lenguaje coloquial bogotano de fin de este siglo denomina 'la guacherna' (la horda de los 'guaches', etimológicamente emparentada con la designación de los guerreros {guaches} del pueblo muisca [...]). Esta población anómica y turbulenta se escapaba al control político directo de los 'gamonales' y jefes de clientela regionales y al dominio de los caudillos partidistas urbanos**¹⁸⁰.

Guillén otorga un carácter consuetudinario a coaliciones como el Frente Nacional (1958-1974). Cristalizarían durante coyunturas de inserción problemática en la economía mundial, o cuando **se produce un acentuado incremento de las migraciones internas desde el campo hacia las ciudades, creando las masas culturalmente anómicas o semi-anómicas, cuya integración al medio urbano es lenta, difícil y en ocasiones imposible**¹⁸¹.

Soberanía fracturada

Podría apreciarse a Melo en tanto producto de la modernizante nivelación que sucede a la guerra de castas, una vez que como militares los mantuanos aspiran a constituir una *Grand Armée*. Dicha prescripción dialéctica de las castas contrasta con la tensión irresoluble que marca la palestra granadina de bastones y cachiporras, en medio de ruanas que se confunden con uniformes a la europea. Escena que junta las jerarquías civiles con el ejército bellamente uniformado que surge en Carabobo.

¹⁷⁹ Cf. Liévano Aguirre, *Los grandes conflictos...*, op. cit., p. 755, p. 787.

¹⁸⁰ Guillén Martínez, *La regeneración...*, op. cit. p. 30.

¹⁸¹ *Ibidem*, loc. cit.

De una u otra forma, durante la guerra de independencia los valores estrictamente militares no marcan la pauta en el variopinto escalafón hacendario, cuya jerarquía en las nóminas del ejército regular depende menos del mérito militar que del cálculo maquiavélico de Bolívar: asunto denegado por los hagiógrafos del procerato granadino que atribuyen al resentimiento mendaz de Perú de Lacroix la descalificación de las proezas de Ricaurte o Girardot, caracterizadas en el *Diario de Bucaramanga* como meras fábulas¹⁸².

Uniformes, galas y escalafones

El carácter simultáneamente civilizador y nivelador del ejército bolivariano se condensa en la anécdota relativa a un sargento/subteniente que el Libertador convida a su mesa en Bucaramanga: **A la hora indicada llegó Freyre, y el mismo Libertador le indicó el puesto que debía ocupar y en su actitud, Su Excelencia vio que, efectivamente, aquel oficial no tenía trato alguno.**

Sucedió durante la comida que el general Soublette dijo: ‘alférez Freyre, pásame tal cosa’; entonces el Libertador observó al general que debía decirle ‘señor oficial’. Hubo otro incidente: Freyre, para servirse de un plato que estaba bastante distante de él, se puso en pie y estirando el cuerpo y los brazos se sirvió de dicho plato en el suyo. El Libertador le dijo entonces:

Señor oficial, no se moleste usted así en servirse; cuando un plato no está a su alcance, pida al que lo tiene al frente, porque es menos trabajo.

Después de la comida el Libertador me dijo: es bien rústico su oficial de Estado Mayor; sin embargo, que venga todos los días a almorzar y comer le desbastaremos y haremos su educación [sic]¹⁸³.

¹⁸² Cf. *Diario de Bucaramanga...*, op. cit., pp. 156-157

¹⁸³ *Ibidem*, pp. 97-98.

La nivelación miliciana se plantea indisociable de las galas del uniforme. Éstas atenúan las jerarquías sociales demasiado visibles en los atuendos pobres o vistosos. Los otrora descamisados encadenan entonces el tónico de la auto-estima al poder de las armas: **El 16 de abril, en la noche, Melo está en su cuartel, sombrío y meditabundo, sentado en un banco. [...] Hace que todos los húsares vistan sus uniformes europeos, de presillas húngaras, y altas gorras que mejoran mucho el aspecto de los nativos sabaneros. [...] Los] trescientos húsares salen a formar en cuadro en la plaza. Pero allí ya hay una multitud. Los democráticos han llegado antes. De ruanas y bayetones, con palos y fusiles, y sombreros divisados con cinta roja, están listos. Melo se yergue sobre los estribos y da un grito, que suena y resuena en la lúgubre noche santaferña: -¡Abajo los gólgotas!**¹⁸⁴

Aun los generales de la oligarquía granadina promovían una masificación de la moda militar: **El ejército que el general Santander nos envió a Venezuela, en 1820, se batió en Carabobo, así como usted lo ve, de grande uniforme y guante blanco**¹⁸⁵. [Comentario del historiador venezolano Eduardo Blanco a Cornelio Hispano a raíz de la sorpresa de éste frente a un fresco de Tobar].

El ejército bolivariano se debatía entre la democratización del uniforme con su escalafón meritocrático, y la manipulación maquiavélica del statu quo, si nos ceñimos a estas presuntas palabras de Bolívar: **La República ha tenido ocho generales en jefe: yo, Mariño, Arismendi, Urdaneta, Páez, Bermúdez, Sucre y el almirante Brión, todos venezolanos, excepto Brión, que era extranjero; [...]**

¹⁸⁴ Lleras, *Mi gente...*, op. cit., p. 94.

¹⁸⁵ Abel Cruz Santos, "Aspectos de la vida de Santander", en *Escritos sobre el general Santander*, Colección de oro del militar colombiano, vol. XI, tomo 1, Bogotá, 1980, pp. 155-169, cita en la p. 169.

todos han merecido aquel eminente grado. Por otra parte, no se puede citar un militar de la Nueva Granada cuyos servicios hayan podido merecerle el empleo de general en jefe. [...] Padilla, Fortoul y Pey nunca hubieran sido nombrados por mí generales de división si no hubieran sido granadinos. Morales, Rieux, Antonio Obando, González, Mantilla y otros estarían todavía en los grados más inferiores de la milicia y no hubieran llegado hasta el grado de general de brigada si fueran venezolanos¹⁸⁶. Palabras que reiteran otras que el Libertador habría dirigido antes al mismo Perú de Lacroix: **Así es; así ha sucedido y sucede todos los días, replicó S.E., sin ignorar yo que es un gran mal, pero un mal necesario, porque si en tal o cual época no hubiera yo nombrado general a Fulano y a Mengano, a pesar de sus pocos servicios y escasos méritos, me hubieran hecho una revolución, siempre difícil de sofocar**¹⁸⁷.

Según la presunta transcripción de los pareceres de Bolívar en el *Diario de Bucaramanga*, la oficialidad granadina sólo accede al heroísmo en un mundo de ficciones que potencian la moral del recluta. Leguleyos, hacendados, **señores lanudos** al calor de las chimeneas de Tunja, Pamplona o Santafé, representan para Bolívar la pernicié de **un espíritu de localidad bien perjudicial a los intereses generales de la República y a su estabilidad** tal y como lo señalarían **los tiempos lamentables y de terror de los años 13 y 14 [...] tiempos de furores, de barbarie y de guerra civil entre Nariño y Baraya, [tiempos de] la insensata y malvada dictadura de Álvarez, que por orden del Congreso general de la Unión desbarató él en diciembre del año 14**¹⁸⁸. Sin que esto quiera decir que el estereotipo historiográfico que

¹⁸⁶ *Diario de Bucaramanga...*, op. cit., pp.156-157.

¹⁸⁷ *Ibidem*, p. 151.

¹⁸⁸ *Ibidem*, op. cit., p. 155.

venimos reiterando (lanudos parroquiales y civilistas frente a militares mantuanos cosmopolitas) haya correspondido rotundamente a las opiniones del período en cuestión: en las diatribas del doctor Urisarri, por ejemplo, Santander obedece menos al perfil que le atribuye el historiador Liévano Aguirre (jefe supremo de la oligarquía granadina, leguleya y anti militar) y más al de secuaz del militarismo venezolano.

Lanudos y mantuanos

Se cita mucho la ironía de Bolívar con respecto a los ilustres delegados al Congreso de Cúcuta: **Piensen esos caballeros que Colombia está cubierta de lanudos, arropados en las chimeneas de Bogotá, Tunja y Pamplona, no han echado sus miradas sobre los caribes del Orinoco, sobre los pastores del Apure, sobre los marineros de Maracaibo, sobre los bogas del Magdalena, sobre los bandidos del Patía, sobre los indómitos pastusos, sobre los goagibos del Casanare**¹⁸⁹.

Estas consideraciones traslucen el pique entre mantuanos y oligarcas granadinos que da lugar a caricaturas como la de Fernando González: **En los valles del Guaire y del Aragua, vecinos al mar y a las islas, se establecen los nobles guerreros y se enriquecen: cacaotales, y ganado en los llanos. Allí el criollo es rico, dueño de millares de esclavos, y viaja a Europa. En Nueva Granada es pequeño funcionario, escriba y jurisperito**¹⁹⁰.

La inquina entre granadinos y venezolanos no habría destacado siempre a Santander en el lugar de cabecilla de los primeros, según se infiere de dos momentos en la diatriba de Urisarri: 1. **Ud. halagaba las inmensas y exuberantes pretensiones militares; opinaba que el país era de los libertadores, y decía con**

¹⁸⁹ Carta a Santander, 13 de junio de 1821, San Carlos.

¹⁹⁰ González, *Santander*, op. cit., p. 43.

frecuencia que uno solo de ellos valía más que todos los pueblos juntos. [...] V]ociferaba que los abogados (así llamaba Ud. a los que no eran militares) habían perdido la República, y que la querían volver a perder con sus leyes y sus teorías; [...] y como entonces Bolívar era su ídolo, porque todavía no tenía Ud. las aspiraciones que desplegó posteriormente, era su fe política que él debía mandar siempre¹⁹¹. 2. La prodigalidad con que Ud. confería grados militares, recargando inútilmente los gastos públicos, el empeño que tenía en dar ascensos a los que lo adulaban, aumentó la lista militar en tales términos, que al ver la oficialidad de Colombia se habría creído que tenía un ejército superior al de Napoleón. Hubo tiempo en que sólo en esta capital había más oficiales que soldados, y en toda la República más generales y coroneles que compañías. Ud. lograba con esto militarizar el país, ensanchar la base de su autoridad militar y hacerse partidarios para sostenerse siempre en el mando¹⁹².

Bajo esta última perspectiva, el general cucuteño no habría sido el cabecilla indiscutible de los señores lanudos. Más bien habría señalado al Libertador los derroteros del estado de excepción. Mediante la hermenéutica de un artículo constitucional, habría delineado tanto la soberanía castrense venezolana como esa democracia desdialectizada que el socarrón Urisarri denomina **tiranía constitucional**, factible embrión de los estados de sitio y conmoción interior del siglo veinte colombiano.

Tiranía constitucional

El reproche del doctor Urisarri sugiere afinidades entre las argucias leguleyas de Santander y aquellas que

¹⁹¹ *Cartas contra Santander...*, op. cit., p. 61.

¹⁹² *Ibidem*, p. 79.

habrán de extralimitar el estado de excepción en nuestro siglo XX: En Colombia, el funcionamiento normal de las instituciones ha sido más bien la excepción que la regla: desde 1948 el estado de sitio ha reinado casi todo el tiempo (Pécaut). [...E]n 30 años de gobiernos liberales y conservadores, 1958 a 1988, el estado de sitio tuvo una vigencia de 22 años, 2 meses y 22 días¹⁹³. El ataque de Urisarri perfila a Santander como virtual precursor de lo anterior: Desplegó Ud. ese espíritu escribano para entender la Constitución y las leyes a su amaño, dándoles interpretaciones violentas, haciéndolas decir lo que no decían, y extendiéndolas o restringiéndolas como mejor le conviniese. En el artículo 128 encontró, sobre todo, un tesoro inagotable para la arbitrariedad. Investiéndose de facultades extraordinarias a cada paso, y creyendo que por la disposición del artículo citado podía hacer cuanto no estaba en las facultades del Ejecutivo, daba leyes, suspendía el imperio de las existentes y reunía a la vez todos los poderes¹⁹⁴.

El perfil dictatorial de Bolívar habría contado con la complicidad de este mismo constitucionalismo antidemocrático: Cuando Bolívar entró en esta ciudad y se encargó del poder ejecutivo, quiso con un rasgo de pluma suspender la Constitución y quiso revestirse de todo el poder discrecional que juzgaba necesario en la crisis en que la República se encontraba; pero Ud. le manifestó que ese paso disgustaría a los liberales, y, hábil en este arte desgraciado de engañar a los pueblos con palabras, le sugirió la idea de no hablar de suspensión de Constitución y usar de la plenitud del poder de la manera que quisiese. Bolívar se sorprendió de esta indicación porque no creía que en Colombia pudiera ejercerse una tiranía

¹⁹³ Pedro Medellín Torres, *El Presidente sitiado. Ingovernabilidad y erosión del poder presidencial en Colombia*, Planeta, Bogotá, 2006, p. 60.

¹⁹⁴ *Cartas contra Santander...*, op. cit., p. 68.

constitucional; mas Ud. le descifró el enigma leyéndole el artículo 128, de cuya disposición él no tenía noticia. [...] comenzó a expedir decretos, muchos de ellos redactados por Ud., derogando leyes, suspendiendo otras y dictando varias; y en fin, resolvió seguir a Venezuela dejando a Ud. encargado del Ejecutivo sólo respecto a algunos departamentos y prohibiéndole mandar en otros. Así quedó esencialmente desnaturalizado el gobierno, y sin vigor la Constitución de Cúcuta. [...] Ud. no era sino el instrumento de las voluntades de Bolívar, y no el vicepresidente de Colombia, y Ud., que por el puesto que ocupaba debiera más bien que otro alguno oponerse con firmeza a que se desvirtuase el Código de que Ud. había recibido su poder, en lo que no habría hecho sino llenar una obligación sagrada, fue el primero en prestar apoyo a tan escandalosas infracciones [1826, al regreso de Bolívar del Perú] ¹⁹⁵.

Estado mundano y estado de excepción

Si su contemporáneo Urisarri veía en Santander a un precursor del Bolívar tiránico, en el siglo XX autoproclamados heterodoxos reiteraban más bien el malgastado estereotipo *Bolívar-genio-ultramundano versus Santander-leguleyo-de-este mundo*.

En dicha clave repulsaba el profesor Rafael Gutiérrez Girardot al ortodoxo académico Germán Arciniegas, crítico de la representación garciamarquina de Santander en *El general en su laberinto*. El reparo del académico de la historia lo reducía el académico de la 'Hispanística' ¹⁹⁶ a una manifestación acartonada y mundana de la metrópoli parroquial (Bogotá) y su canon político.

Y aunque tal defensor de *El general en su laberinto* subrayaba el despropósito de juzgar una obra literaria

¹⁹⁵ Ibídem, pp.86-87

¹⁹⁶ Rafael Gutiérrez Girardot se destaca como co-fundador del departamento de 'Hispanística' de la Universidad de Bonn.

en función de su rigor historiográfico, avalaba asimismo el señalamiento garciamarquino del prócer cucuteño como virtual epítome del santaferño mezquino, opositor de Bolívar y Sucre, campeones íntegros de **‘un solo país libre y único desde México hasta el Cabo de Hornos’**¹⁹⁷.

Para Gutiérrez Girardot el Libertador que suspende el marco constitucional tampoco correspondía al perfil de los tiranos seculares: **Bolívar no fue dictador en el sentido moderno de la palabra, sino precursor de una figura jurídico-constitucional que hoy se llama ‘estado de excepción’**¹⁹⁸. (Enrevesado soslayo tanto de los orígenes extralegales de la soberanía como de la *guerra a muerte* pauta por el excelso caraqueño, hombre lobo aforado, al margen de la ley común). El catedrático de la Universidad de Bonn no advertía las resonancias cínicas y totalitarias de su re-citado Bolívar macondiano: **La verdad es que aquí no hay más partidos que el de los que están conmigo y el de los que están contra mí... Y aunque no lo crean, nadie es más liberal que yo**¹⁹⁹.

En 1893, otro intelectual exilado hacía también alardes de heterodoxia, en la dirección opuesta. Para él Santander, hereje, contrariaba al rebaño ortodoxo: **La libertad de conciencia tuvo en él su primer apóstol y el escolasticismo oficial sufrió de su mano el primer golpe**²⁰⁰. Y ello precisamente en virtud de circunstancias ordinarias o ajenas a la excepción ultramundana: **No fue profetizado ni profeta; nadie anunció su venida; no hubo señales atmosféricas en su nacimiento y en**

¹⁹⁷ Rafael Gutiérrez Girardot, “El Bolívar de García Márquez y su actualidad”, en *Tradición y Ruptura*, Mondadori, Bogotá, 2006, pp. 201-216, p. 212.

¹⁹⁸ *Ibíd.*, p. 214.

¹⁹⁹ *Ibíd.*, loc. cit.

²⁰⁰ José María Vargas Vila, “Santander”, en *Escritos sobre el general Santander*, Colección de oro del militar colombiano, vol. XI, tomo 2, Bogotá, 1980, pp. 377-382, cita en la p. 381.

su bautismo; no tuvo alucinaciones a lo Juana de Arco; no dialogó con los astros ni platicó con lo desconocido; ni sintió el espíritu divino; ni retó al destino desde las cumbres inflamadas²⁰¹.

El torniquete que comunica a Bolívar y Santander, paradigma de fusión y animadversión en la cúpula del poder, puede contemplarse como una diarquía en la cual la refriega de los secuaces mima y amplifica el duelo vanidoso de dos co-soberanos **impotentes para contener la voraz turba de aprovechadores que amenazaban con repartirse los despojos del mando una vez disuelta la Gran Colombia**²⁰².

Carisma

Al ausentarse de Bogotá el Libertador el 22 de septiembre de aquel año memorable [1819], decía a los habitantes de Cundinamarca en su proclama de despedida: **‘Al separarme de la Nueva Granada, yo no me aparto de vosotros, yo os dejo en Santander otro Bolívar’**²⁰³. Queda engranada así una diarquía ligada al carisma de la personalidad del Libertador, distante de cualquier concepción democrática del poder. Se convoca aquí, más que la alternancia democrática, una bifurcación del poder análoga a la de la antigua China, adonde el emperador ejercía su poder sagrado en conjunto con una burocracia de **gestores al pie de la letra** que sólo **conocen el arte de gobernar**²⁰⁴. Es dable imaginar así a Santander como al primer ministro de una corte imperial cuyo emperador-errante comete el

²⁰¹ Ibídem, p. 380.

²⁰² Duarte French, *Florentino González*, op. cit., p. 118.

²⁰³ Cruz Santos, “Aspectos de la vida de Santander”, op. cit., p.164.

²⁰⁴ Cf. Claude Lefort, *La incertidumbre democrática. Ensayos sobre lo político*, Anthropos, Barcelona, 2004 (Edición y traducción de Esteban Molina), p. 31.

error de delegar parte de las funciones de su perfil sagrado. La adhesión fanática de los letrados-burócratas republicanos a la figura del primate cucuteño podría deberse más a esto que a los entusiasmos de su ideología liberal. Esta camarilla representa menos a una burocracia sometida al poder sagrado que a los secuaces de un pintoresco tirano constitucional: **Tal repartición de funciones entre el Libertador y el Vicepresidente, promulgada, sostenida y defendida [...] por los letrados adictos a éste último, se tomaba como la natural e irrevocable delimitación de los campos en que uno y otro podían moverse**²⁰⁵. No pocas de las contradicciones y falsas posturas que en materia ideológica y aún de simple mecánica administrativa se imputan hoy al general Santander, no proceden de su temperamento ni de sus convicciones, sino que le fueron impuestas casi a la fuerza por los acuciosos consejeros del radicalismo antibolivariano²⁰⁶.

La tensionada diarquía da lugar al fusilamiento de Santander en efígie y a la conspiración contra la vida de Bolívar. En el primer caso, simulación peligrosa; en el segundo, conato. El elemento virtual (irrealizado/irrealizable) juega aquí en primer plano; es factible que en virtud de ello a ciertos protagonistas condenables los cobije uno u otro manto de inmunidad. Algo lógico cuando los desahogos involucran a la figura del soberano —en estos dos casos, silueta entre bastidores que impulsa a los secuaces a un juego homicida—.

El fusilamiento en efígie, bajo auspicios de la **querida loca** de Bolívar, Manuela Sáenz, escenifica un simulacro que compromete a un conjunto de actores genuinos; la travesura despliega así un realismo que pone de manifiesto la fragilidad de los límites entre lo liminar y lo

²⁰⁵ Duarte French, *Florentino González*, op. cit., p. 85.

²⁰⁶ *Ibidem*, p. 126.

oficial. No falta el patán de los ejércitos modernos (en la figura de un legionario irlandés), ni la reacción airada de otro personaje altamente escalafonado, asimismo integrante de la hueste secular, el general Córdova; tampoco escasea la sanción altiva de un Bolívar que, censurando el hecho de dientes para afuera, reafirma la inmunidad de su séquito.

La conspiración septembrina, por otra parte, recalca la relativa inmunidad del otro polo altivo, previamente establecida cuando en medio de la indisposición hacia el régimen dictatorial, Santander se proyecta como virtual embajador ante la Unión Americana, simultáneo secuaz y adversario del Libertador Presidente. Queda patente entonces su carácter incombustible, análogo al del Bolívar de ese momento, *plus d'homme* o muerto-vivo lacaniano, simultáneamente imperecedero y prematuramente senil, revelación de la ruina patética y del coloso amenazante.

El águila bicéfala finalizó recordándonos el sanguinario desafuero de una riña de gallos. Así lo consignó Bolívar en el delirio de su declive: **El no habernos compuesto con Santander nos ha perdido a todos**²⁰⁷.

Inmunidades liminares

Poetas, docentes, aventureros, estudiantes, soldados ignorantes, oficiales descontentos, personajes liminares, habrían sido los conspiradores del 25 de septiembre de 1828: **el profesor de filosofía de San Bartolomé, un poeta, unos estudiantes, unos antiguos alumnos del mismo claustro, aliados a una comparsa de oficiales descontentos, de soldados ignorantes y a dos o tres aventureros de tipo internacional, sorprendieron en altas horas de la noche la guardia del dictador**²⁰⁸. A

²⁰⁷ Frase de Bolívar en carta a Urdaneta (Barranquilla, 6 de noviembre de 1830).

²⁰⁸ Rueda Vargas, *Escritos*, op. cit., p. 112.

esta comparsa corresponden en el bando rival los nada liminares actores del asesinato del vicepresidente, simulado bajo auspicios de Manuela Saenz: el canónigo Francisco Javier de Guerra y Mier administra los santos óleos y el inculto coronel irlandés Richard Crofton conforma y dirige un pelotón de fusilamiento con soldados del batallón de granaderos²⁰⁹.

Por un lado, personajes de la escena liminar se comprometen en la brutalidad del tiranicidio. Por otro, personajes de la escena oficial se trasladan al ámbito de la simulación. Aquí y allá parece regir cierto estado de excepción ligado a la figura –en este caso dividida– del soberano.

El carácter inmune o la situación de excepción del soberano aparece patente en la presunta interpelación de Santander a sus secuaces: **‘Déjenme ustedes alejarme del país y dispongan su suerte sin mi intervención para que no haya ningún pretexto para contrariar sus esfuerzos...’** [...] **¿Pero hacia donde se aleja...? Hacia Washington.** [...] **¿Enviado por quién? Por el gobierno de Bolívar, a representar en la Casa Blanca un gobierno abominable, en su concepto peor que el que existía antes del 20 de julio**²¹⁰.

No menos inmune y excepcional resulta el carácter espectral del último Bolívar, *zombie* que emerge de las enormes extensiones del campo de batalla suramericano, recordándonos a don Antonio Nariño, quien asomara de los lejanos presidios del imperio español como *revenant*, tal cual lo sugiere don Tomás Rueda Vargas²¹¹ y según lo recalca otro comentarista: Nariño comete **dos faltas que pudieran llamarse de urbanidad histórica. El haberse precipitado a nacer un**

²⁰⁹ Cf. Moreno de Ángel, *Santander...*, op. cit, pp. 434-436.

²¹⁰ Abelardo Forero Benavides, *Grandes fechas*, Fondo de publicaciones de la Cámara de Representantes, Bogotá, 1979. p. 131 [Forero cita a Florentino González].

²¹¹ Cf. Rueda Vargas, *Escritos*, op. cit., p. 67.

poco antes de tiempo, y el haberse demorado un tanto en morir²¹².

Bolívar dictador parece convocar la figura inerte del Cid Campeador, coloso terrorífico y, en la estela del imperioso Nariño, la de inmortal comandante de la plebe bogotana: **El pueblo que siempre es más sabio que todos los sabios tomó sobre sí la carga que no puede llevar la nación misma, que es la de conservar su gloria, pero este pueblo generoso ha querido que un pobre ciudadano [Yo, Simón Bolívar] se encargue del peso más abrumador que pudiera confiarse apenas con justicia a un inmortal²¹³.** Inmortal-pobre-ciudadano, Libertador-Presidente a solicitud del pueblo, gloriosa personificación de la libertad y asimismo ruina de los campos de batalla, despojo humano.

Soberanos vivos-muertos

El lugar liminar, vivo-muerto del soberano lo dramatiza el coloso de la antigüedad romana: **El coloso no es [...] un simple sustituto del cadáver. Más bien, dentro del complejo sistema que regula en el mundo clásico la relación entre los vivos y los muertos, representa, de forma análoga al cadáver, pero de manera más inmediata y general, la parte de la persona viva que se debe a la muerte y que, en cuanto ocupa amenazadoramente el umbral entre los dos mundos, ha de ser separada del contexto normal de los vivos. [...] El rito de la imagen en la apoteosis imperial romana debe ser considerado a la luz de lo anterior. Si el coloso representa siempre, en el sentido que hemos visto, una vida consagrada a la muerte, esto significa que la muerte del emperador (a pesar de la presencia del cadáver, cuyos restos son ritualmente inhumados) libera un suplemento de vida sagrada que, como**

²¹² Caballero Escobar, *Incienso y pólvora...*, op. cit., p. 178.

²¹³ Cf. Moreno de Ángel, *Santander...*, op. cit., p. 432.

sucede con la de aquel que ha sobrevivido a la consagración, es necesario neutralizar por medio de un coloso²¹⁴.

Encarnizamiento bicéfalo

La autovirulencia del soberano bicéfalo nos refiere a un posible tercer término entre los opuestos clásicos amigo-enemigo.²¹⁵ Remite al proceso autoinmune instaurado durante la guerra a muerte declarada por Bolívar (terrorismo y violencia fundacional)²¹⁶; proceso que prosigue el leguleyo Santander, campeón de una legalidad que poco tiene que ver con la justicia y mucho con las peripecias de una determinada dinámica social y política²¹⁷.

Propedéuticas

¿Cómo no pensar esta bicefalia crítica en términos de la crianza de sus protagonistas? Mientras Bolívar se debatía de una intimidad problemática con sus tutores seculares –Miguel Sanz, Simón Rodríguez y Andrés Bello–, Santander conocía el encierro de los jóvenes de la elite granadina, masificados bajo el fantasma de los jesuitas en el Colegio de San Bartolomé²¹⁸. Una vez establecida la

²¹⁴ Giorgio Agamben, *Homo sacer: el poder soberano y la nuda vida*, Pre-textos, Valencia, 1998 (1ª edición en italiano, 1995; trad. A. Gimeno Cuspinera), pp. 128 y 130.

²¹⁵ Cf. Giovanna Borradori/Jacques Derrida, “Deconstruir el terrorismo: Derrida”, en *La filosofía en una época de terror. Diálogos con Jürgen Habermas y Jacques Derrida*, Taurus, Bogotá, 2003 (1ª edición en inglés, 2003; trad. J. J. Botero y L. E. Hoyos), pp. 197-244, p. 216.

²¹⁶ Cf. *Ibíd.*, p. 237.

²¹⁷ Cf. *Ibíd.*, p. 233.

²¹⁸ Me parece lícito atribuir a una fascinación con la congregación expulsada, la sonada anécdota de un idólatra del Colegio de San Bartolomé, don Mariano Ospina Rodríguez: solía travestirse, atravesando los oscuros callejones santafereños vestido de jesuita.

república, el cucuteño y sus secuaces acentúan los elementos ilustrados de aquel plantel, pugnando de manera inconsecuente (dogmática) con reverencias idolatradas de la ortodoxia bartolina como don Francisco Margallo y Duquesne. De manera análoga, el aristócrata caraqueño representa la secularización. Ya hemos visto cómo en el ideal de su ejército el ascenso responde a una racionalidad de los méritos que demuele el caduco paradigma de las castas. En este racionalizado escalafón, ocupa sin embargo un lugar la proeza o la *hybris* heroica que no cabe en los patrones civilizatorios invocados por Santander y sus secuaces, cuyo paradigma escolar-masivo adversa las pedagogías oligárquicas que glorifican el arrojo y la hidalguía. No obstante, Bolívar antecede a Santander en el interés por Joseph Lancaster y la domesticación de las masas puede depender, según veremos, de la castrense propiciación de un modelo heroico teñido de valores mercenarios.

Catolicismo secular

Aunque desprovistos de preceptores jesuitas, los bartolinos personificaban una esquizofrenia sectaria: por un lado cómplices del catolicismo reaccionario y por otro adalides feroces del pensamiento secular. Mientras que el séquito del general Santander aspiraba a desterrar al prelado Margallo, castigándolo por su encarnizada oposición a Bentham, aquél, fanático de otro estilo, restaba seriedad a esta pugna: **El doctor Margallo cumplió la penitencia impuesta con retiro de diez días en la recoleta de San Diego. Cuenta la crónica que al salir de allí el levita, se encontró con el general Santander, en una tienda de la Calle Real. El vicepresidente le preguntó en tono jocoso que le contara como le había ido de ejercicios espirituales, a lo cual respondió el presbítero Margallo: 'He tenido ejercicios pero propósito de la enmienda ninguno'**²¹⁹.

²¹⁹ Moreno de Ángel, *Santander...*, op. cit, p. 333.

Florentino González, por su parte, rendía culto irónico al jesuítico *aggiornamento* del mismo canónigo, señalándolo como paradójico mentor de las heterodoxias: **‘Siempre he gustado yo de oír a los buenos oradores, y no faltaba nunca a los sermones del Doctor Francisco Margallo. [...] De su boca oí yo los nombres de Voltaire, Rousseau, Raynal, Volney, de los cuales tomaba nota para formarme el catálogo de los libros que me había de proporcionar después’**²²⁰.

Escolares y caballeros

La formación a cargo de exclusivos tutores, pese a librar a Bolívar de los encierros de la pedagogía escolar-masiva, le deparó los sinsabores propios de una cercana convivencia con los preceptores: **Era Miguel José Sanz hombre autoritario, hosco, y desde luego el menos apropiado para entender un carácter como el de Simón Bolívar. [...] Por eso el traslado del niño de la amplia y alegre mansión [...] a la vetusta y por demás sombría residencia del licenciado no produjo ninguno de los buenos efectos que esperaban madre y parientes. [...] Cuentan las crónicas, por ejemplo, que estando un día almorzando trató con manifiesta impertinencia de mezclarse en la conversación [...] lo cual indignó al licenciado, quien bruscamente le dijo: ‘Cállese usted y no abra la boca’.**

El niño dejó entonces de comer, lo cual obligó a Sanz a preguntarle:

-¿Por qué no come?

-Porque usted me ha dicho que no abra la boca –le contestó con tranquila insolencia²²¹. En efecto, la relación del joven Bolívar con sus maestros fue todo antes que idílica: **Don Andrés Bello, entonces muy joven, le juzgó con acerbía y sintió por él mal**

²²⁰ Duarte French, *Florentino González*, op. cit. p. 59.

²²¹ Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar*, Grijalbo, Caracas, 2007 (1ª edición, 1950), p. 35.

disimulada hostilidad, que ni aun los posteriores hechos gloriosos de su discípulo lograron borrar de su espíritu²²².

Para contrapuntar estas tensiones pedagógicas con las que habría derivado Santander de su acudiente, cabe traer a cuento a Fernando González, quien imagina al púber Francisco de Paula tan sujeto a la férula de los jesuitas del Colegio de San Bartolomé como a la de su *avunculus* clerical, el canónigo Omaña: **Solamente los que hayan dependido de un tío sacerdote, o hayan sido gentes de sacristía, monaguillos, sacristanes, podrán saber lo astuta que se vuelve el alma del niño que convive con un clérigo²²³.** González contrasta venenosamente esta propedéutica con las lecciones impartidas a Bolívar por Simón Rodríguez: **Pero el ‘Emilio’ o arte de formar hombres no ha sido aplicado sino una vez en Caracas, por el maestro más propio y en el niño más apropiado. Caracas es ciudad divina²²⁴.** El yugo del tío materno de Santander contrasta con la relativa autonomía del huérfano Bolívar, aun cuando sus tensiones con la familia Palacios le obligaran a convivencias momentáneas –estrechas e incómodas– con su maestro Simón Rodríguez²²⁵. Cabe destacar cómo la muerte del presbítero Juan Félix Jerez de Aristeguieta había librado al Libertador de una tutela clerical. Juan Félix había constituido un vínculo o mayorazgo para el pequeño Simón, condicionado, entre otras, a tutelarlos hasta la mayoría de edad.

En los adultos Bolívar y Santander predominó, por lo demás, una adhesión al modelo que reúne a Lancaster y Bentham. En el sistema lancasteriano de

²²² *Ibíd.*, loc. cit.

²²³ González, *Santander*, op. cit., cita en pp. 32-33.

²²⁴ *Ibíd.*, p. 37.

²²⁵ Cf. José Ignacio García Hamilton, *Simón. Vida de Bolívar*, Mondadori, Caracas, 2004, p. 29.

enseñanza mutua, el tutor se masifica y una generación de aventajados se encarga de formar a otra de novatos.

Bentham, a su turno, denostaba de los planteles oligárquicos: **Las dos grandes universidades públicas, la Universidades de Oxford y Cambridge, nidos y semilleros de corrupción política, en sus formas más odiosas, a causa del raído aumento en la riqueza de este país, se han sobrecargado de más estudiantes de los que pueden sostener... Los gastos de manutención de esas universidades han aumentado tanto que bastan por sí solos a cerrar las puertas a las enseñanzas útiles y a los hábitos generales de aplicación**²²⁶.

La eventual simpatía de Bolívar hacia las pedagogías experimentales de su tiempo riñe con su formulación de un Senado hereditario en el *Discurso ante el Congreso de Angostura* (1819). Una educación excelsa, en planteles para herederos de la hazaña caballeresca, habría de perpetuar las luces de este **poder neutro** (arbitral): **Los senadores en Roma y los lores en Londres han sido las columnas más firmes sobre las que se ha fundado el edificio de la libertad política y social. Estos senadores serán elegidos la primera vez por el Congreso. Los sucesores del senado llaman la primera atención del Gobierno, que debería educarlos en un colegio especialmente destinado para instruir a aquellos tutores, legisladores futuros de la patria.**

Bolívar oscilaba entre los valores de su origen caballeresco y el proyecto de secularización escolar que, a instancias de Santander, decretaba una presencia del ejecutivo en la promoción y el control de la educación, desde la escuela primaria hasta los doctorados, exigiendo a las casas conventuales la organización de aulas primarias y públicas; al efecto se recurría al imaginario militar, en línea con el proyecto

²²⁶ Germán Arciniegas, *Bolívar y la revolución*, Planeta, Bogotá, 1984, p. 241.

modernizador por vía castrense (se auspiciaba una **milicia escolar en sus ascensos y grados**, [que exaltaba como] **oficiales a los más aventajados**)²²⁷.

Las innumerables apariciones del teniente coronel Hugo Chávez Frías a la cabeza de ceremonias de graduación en diversos planteles oficiales de la educación superior venezolana indicarían que el actual relanzamiento del modelo secularizador bolivariano continúa unificando lo escolar con lo militar. En julio de 2010 el teniente coronel presidente se ufanaba de la creación de los siguientes planteles revolucionarios: Universidad Bolivariana de Venezuela (más de 200.000 plazas); Universidad Experimental de las Fuerzas Armadas (más de 200.000 plazas); Universidad de las Artes (2300 plazas); dos Universidades Indígenas; Universidad Experimental del Sur del Lago de Maracaibo (6000 plazas); Universidad Deportiva del Sur (más de 15000 plazas); Seis Universidades Politécnicas (recién creadas); Trece Universidades en el llano; Tecnológico del Estado Bolívar. Estos datos los mencionó el teniente coronel durante una ceremonia de graduación en la Universidad Deportiva del Sur, honrada con la presencia del astro futbolístico Diego Armando Maradona.

(Mientras que esta proliferación de las pedagogías masivas prosigue fervorosamente algo iniciado por Bolívar, no debe sin embargo escamotear los antecedentes criollos que remiten a la tradición caballerisca-militar de Juan Vicente de Bolívar y Ponte, coronel del batallón de los valles de Aragua y oficial de la Compañía de Nobles Aventureros. Los litigios del Libertador con las autoridades granadinas, relativos a

²²⁷ Guillermo Hernández de Alba, "Santander, apóstol magno de la cultura nacional", en H. Rodríguez Plata y J. C. Rodríguez (comp.) *Escritos sobre Santander*, tomo 2, Biblioteca de la Presidencia de la República, Administración Virgilio Barco, Bogotá, 1988 (1ª edición, 1980), pp. 123-148, pp. 128-129.

los grados militares que han de otorgársele (1814)²²⁸, podrían responder menos a una identificación con la moderna jerarquía militar y más a una mentalidad dieciochesca-decimonónica adscrita al escalafón nobiliario).

Cesarismos

Cuando El Libertador Presidente, antiguo opositor del oscurantismo católico, restablece ciertos privilegios eclesiásticos, su viraje anticipa el conflicto entre gólgotas y draconianos; constituye un giro coyuntural del movimiento secular, en la tenaza civil-militar, hacia lo civil-eclesiástico. En último término, la disputa se plantea entre la ortodoxia de los principios liberales y un *cesarismo democrático* dispuesto a relanzar algunas instituciones hereditarias de la monarquía constitucional inglesa. Mientras la ortodoxia liberal (el santanderismo) pugna con corporaciones como la iglesia y el ejército, a las cuales confiere una participación muy limitada dentro del proceso constitucional de la república, el bolivarismo plantea –tarde o temprano– la incorporación de estas corporaciones y sus jerarquías al proyecto secularizador republicano-demócrata. En este orden de ideas, el apelativo “draconiano” que identificará décadas más tarde a la facción liberal partidaria del patronato republicano, vuelve a hablarnos de una concepción cesarista del poder, cínica a la hora de considerar los medios para alcanzar las metas liberales, cómplice o dependiente de alguna colaboración de corporaciones lastradas, estancadas o abocadas al *aggiornamento*, como la Iglesia y el Ejército.

Ello permitiría revisar la disputa trenzada entre civiles santanderistas y milicias bolivarianas: habría puesto sobre el tapete concepciones dispares con respecto al

²²⁸ Cf. Liévano Aguirre, *Los grandes conflictos...*, op. cit., pp. 874-875.

tamaño o la autonomía de clérigos y militares en el orden constitucional, barajándolas según la coyuntura. La eventual adopción del patronato por parte de los gólgotas ²²⁹ resultaría indicativa de esa dialéctica (re)convertible.

Impurezas liberales

La expresión “cesarismo democrático” la habría tomado don Laureano García Ortiz, de manera deliberada o inconsciente, de las tesis de su tocayo Valenilla Lanz, para quien la dictadura de Juan Vicente Gómez en Venezuela (1908-1935) o el gobierno de Rafael Núñez en Colombia (1880-1894, con interrupciones), se aproximan al vitalicio presidente boliviano, providencial corrector de la anarquía de las democracias hispanoamericanas²³⁰.

La presunta ortodoxia liberal de la facción santanderista también habría admitido reversiones como la del último Bolívar, si consideramos que un lustro después de la muerte de éste, Santander impulsa la facción liberal que habrá de conocerse como draconiana, distanciándose de uno de sus más cercanos allegados; el general cucuteño considera entonces impracticable una aplicación radical de los principios liberales; así lo consigna don Salvador Camacho Roldán: **El general Santander, mandatario lleno de experiencia de que la primera condición de regularidad en el gobierno es un tesoro suficiente para todas las erogaciones ordenadas por el congreso, muy poco inclinado a las teorías que después se**

²²⁹ Ley de tuición del 9 de mayo de 1877, relanzamiento “modificado” de la ley de patronato que rigió hasta 1853. Cf. Eugenio Gutiérrez Cely, “El radicalismo (1860-1878)”, en *Gran Enciclopedia de Colombia* no. 2, Círculo de Lectores, Bogotá, 2007, pp. 247-288, p. 279.

²³⁰ Cf. Inés Quintero, “Bolívar dictador, Bolívar revolucionario”, en *El Bolívar de Marx. Estudios críticos de Inés Quintero y Vladimir Acosta*, Editorial Alfa, Caracas, 2007, pp. 29-47. Ver pp. 31-34.

denominaron golgóticas, no fue favorable a la candidatura presidencial del doctor Azuero en 1836, y cometió el error, en mi concepto, de proponer públicamente la del general José María Obando. Esta maniobra, poco estratégica, dividió al partido liberal y permitió el triunfo de la candidatura de reacción del doctor José Ignacio Márquez. El doctor Azuero recibió los votos de la parte teórica o principista del partido, y el general Obando los de la parte política u oficial, y éste fue el principio de ese fraccionamiento entre gólgotas y draconianos, melistas y constitucionales, radicales e independientes, reinante hasta 1880, y el de principistas y oportunistas que empieza a dibujarse hoy (1897)²³¹.

Las semejanzas entre esta reversión draconiana y el clericalismo del último Bolívar son evidentes. Según O'Leary, el Libertador habría restablecido la hegemonía eclesiástica para contrapesar la demagogia de la elite granadina: **resulta[ba] necesario oponer el fanatismo religioso al fanatismo de los demagogos** ²³². La reversión del antaño anti-clerical responde a consideraciones tan coyunturales como las del Hombre de las Leyes con respecto a la viabilidad de los principios liberales en estado puro.

(Re)conversiones

Aunque los **generales de pluma** granadinos se perfilan como un producto de la fragua escolar bartolina, uno de ellos, Santander, participa de la pasión por el naípe característica de las seculares huestes napoleónicas. No difiere de los generales venezolanos del ejército bolivariano, entusiastas de la ropilla o el tresillo. Y tanto como ellos, se entrega al desafuero armado, mientras propicia en paralelo la opinión pública y la masificación

²³¹ Camacho Roldán, *Memorias...*, op. cit. p. 114.

²³² Cf. Bushnell, *Ensayos de historia política...*, op. cit., p. 90.

escolar. Su figura parece conjugar el militarismo venezolano con el atávico civilismo granadino.

Estupefacientes decimonónicos

El juego no será el único estupefaciente de la época, los primeros **cachacos** permutan el tresillo por los raptos y afectaciones del romanticismo literario. Simultáneamente al modelo de plantel anglófilo que Lorenzo María Lleras diseña a su regreso de Estados Unidos (Colegio del Espíritu Santo), los lectores de *Historia de los Girondinos* lucen las prendas de un dandismo estandarizado y secular: **Por primera vez salen a la calle los estudiantes, que hasta entonces se cubrían indecentemente con capotes de calamaco y calzaban feroces botines de becerro, con frac y pantalón de paño azul oscuro y chaleco de piqué blanco, la chaqueta engalanada con botones de metal dorado en cuyo círculo volaba una paloma, guantes de cabritilla y sombrero de copa**²³³.

En los albores de la independencia podría haberse dado así una tensión dialéctica entre el juego como parte de la fantasmagoría decimonónica que estableciera Walter Benjamin y el **espíritu de tahúres [...] que hizo posible la conquista española**. Las chispas surgidas de la disputa entre *dandies* y artesanos aparecerían análogas a las que podrían derivarse de la contraposición entre la tropa compuesta por un **pueblo milagrero y tahúr** y los oficiales del moderno establecimiento militar adicto al juego²³⁴. Vanas y no del todo consecuentes habrían sido a dicho respecto las prédicas de Bolívar:

S.E. observó que [la ropilla] es un juego fastidioso, que no ocupaba bastante la imaginación [...] Siguio diciendo que se debían hacer grandes esfuerzos para desterrar esa pasión funesta que llega hasta pervertir

²³³ Lleras, *Mi gente...*, op. cit., p.72.

²³⁴ Cf. Rueda Vargas, *Escritos*, op. cit., p. 57.

la disciplina, haciendo que el oficial se reuniese hasta con los soldados para jugar.

Que el general Valdés era uno de los que más se habían señalado por esa pasión y por eso era el que había cometido tantas irregularidades; que Urdaneta, Páez, Santander, Montilla y tantos otros son igualmente jugadores, pero no se comprometen a igual grado, y que aunque decía aquello con pena de dicho general, también lo consideraba como uno de los más valientes del ejército, porque todo no ha de ser malo en el hombre.

Por la noche no quiso S.E. jugar ropilla, sino tresillo, diciendo que era más animado, y se continuó hasta las doce²³⁵.

Acorde a estos devaneos de la oficialidad bolivariana, Santander regresa del exilio con un equipaje que delata inclinaciones ludópatas y coleccionistas: En su abundante equipaje se atesoraban muchas excelencias artísticas y espirituales, venían cuadros de notables pintores, recuerdos de eminentes personajes, libros diversos, obsequios a sus familiares, y un lujoso billar, juego al que era muy aficionado, enriquecido con preciosas incrustaciones de concha nácar y preciosa talla. Hoy se encuentra en el museo nacional de Bogotá²³⁶.

¿Qué tanto se relacionaría esto con los furores de esa guerra a muerte en la cual habrían cobrado muchas vidas las determinaciones de la oficialidad mantuana y sus epígonos? Al fin y al cabo el general Santander habría hecho gala de un gesto más mantuano que granadino al fusilar a 38 oficiales del ejército español, el 11 de octubre de 1819, tal y como se infiere de los reproches del doctor Urisarri: **No se colocaron patíbulos, sino que los fusilaban de pie y**

²³⁵ *Diario de Bucaramanga...*, op. cit., pp. 109-110.

²³⁶ Rodríguez Plata, "Santander regresa...", op. cit., p. 334.

sin vendar. Los soldados eran bisonños, y les causaban muchas heridas antes de darles la muerte. A muchos de ellos los despedazaban a sablazos en medio de los gemidos y de los ayes de los moribundos; de modo que más parecía matanza de perros que ejecución de hombres. [...] Terminada tan agradable función, que Ud. presencié atestiguando una grande complacencia, ¿se acuerda Ud. de lo que hizo? Montó a caballo con el señor Zabala y otros, y pasaron casi sobre los miembros palpitantes de los desventurados prisioneros cantando ‘Las emigradas’; y continuaron la misma ocupación por las calles más públicas de la ciudad, hasta después de las doce del día²³⁷. La hermenéutica de los primatólogos, comenzando por la del propio Santander, disculpa el hecho como **un suceso que entonces fue ensalzado por todos los patriotas como que sin él quizá habría sido estéril la victoria de Boyacá, [y que] ha estado sirviendo posteriormente para herir mi conducta**²³⁸. Don Salvador Camacho Roldán, inscribiéndose en este tipo de exégesis, vincula no obstante a Santander con las pasiones engranadas en escenarios como los de la guerra a muerte: **Un jefe formado en nueve años de combates, cinco de ellos de guerra a muerte, envenenado con las crueldades de Lizón y Matute en los valles de Cúcuta [...] tuvo un día de vértigo, la venganza subió a su cerebro en una ola de sangre, y...**²³⁹. Lo cierto es que existen evidentes afinidades entre los vértigos del juego y de la guerra, según lo pone de manifiesto la prolongada euforia de Santander y sus secuaces al cabo de los mencionados fusilamientos.

²³⁷ *Cartas contra Santander...*, op. cit., p. 60.

²³⁸ “Apuntamientos...”, op. cit., p.186.

²³⁹ Salvador Camacho Roldán, “Santander”, en *Escritos sobre el general Santander*, Colección de oro del militar colombiano, vol. XI, tomo 2, Bogotá, 1980, pp. 449-504, cita en la p. 480 [este ensayo inconcluso data de 1892].

No sería gratuito el hecho de que el advenedizo al centro, hijo de oligarcas provincianos de escaso relumbré en Santa Fe, se perfila finalmente como primate de los ejércitos independentistas, emergente que sucede a dos generaciones de santafereños, víctimas fáciles de la vicisitudes de la guerra o del cadalso en virtud de un principio de realidad desdibujado por los **favores de la cuna**. En lugar de unos y otros, tíos de Nariño o ilustrados de la Expedición Botánica, a la cabeza de quienes despiertan al imperativo bélico, retirando de sus pestañas las lagañas ideológicas, emerge Francisco de Paula, leguleyo **sordo a la compasión**, conjugación de militarismo secular y civilismo supérstite.

Apacibles o despiadados

Durante su expedición al sur, Nariño delega el poder en su tío, **Manuel Bernardo Álvarez, hombre respetable y de gran posición, representante genuino de la época colonial, sin prestigio político y sin el menor contacto con la realidad del momento que se vivía**²⁴⁰. Presume nuestro cronista que al hacerlo, Nariño **no comprendió que la verdadera y única fuerza de la revolución en marcha residía en la nueva generación, en los jóvenes [que envió] a Bolívar [...] ese grupo brillante de muchachos que fueron a inmortalizar el nombre granadino en los campos de Venezuela [Girardot, Ricaurte, Ortega, Masa]. [...] ¿Desconfió de aquellos adolescentes mimados hasta la víspera por los favores de la cuna, estudiantes endiablados, calaveras, manirroto, alegres bailarines y tenorios?**²⁴¹

El 29 de junio de 1816 marca en la Cuchilla del Tambo el triunfo de la reconquista española. Previo a dicha batalla, **el espíritu colonial había imperado en la revolución. Hombres mayores de cuarenta años,**

²⁴⁰ Rueda Vargas, *Escritos*, op. cit., p. 32.

²⁴¹ *Ibidem*, pp. 26-27.

septuagenarios algunos, habían mantenido su influencia y habían hecho vacilantes los pasos de la sociedad hacia la independencia absoluta. Los discípulos de la Expedición Botánica [...] habían agitado los espíritus antes del año 10 y habían entrabado, sin quererlo, la marcha de la revolución [...] Eran los intelectuales, los ideólogos de que habló Napoleón, los abogados que le fusiló Morillo a Bolívar de 1816 en adelante. En los pueblos antiguos venían primero los guerreros y luego los estadistas. En Colombia, y a la larga resultó en fortuna, el caso vino invertido [...]

Nariño, el letrado amable a quien repugnaba la violencia, intelectual a caballo quedaba definitivamente desmontado. En el otro extremo de la Nueva Granada, rígido, impasible, sordo a la compasión, el Santander cesáreo que esculpió David [...] parecía anunciar las medidas implacables²⁴².

El 29 de junio de 1816 se plantea el giro de la ingenuidad a la *realpolitik*, cuando en la batalla de marras, **la nueva generación** [presenta] **su certamen** y [asienta] **su derecho a realizar la independencia que los otros habían soñado e iniciado** ²⁴³. Se impone entonces la sangre fría personificada por Santander, quedando atrás **el espíritu apacible y de aspiraciones filantrópicas** ²⁴⁴ que don Salvador Camacho Roldán considerara injustamente denostado en la expresión ‘patria boba’ debida al ingenio de Nariño.

Diez años después, a su regreso del Perú (1826), Bolívar encuentra ya curtido en el realismo político y fortalecido **en el debate público** [a ese] **elemento político que se había puesto en acción en primer plano a tiempo de iniciarse la Independencia**, [...] **el elemento civil**, [...] **la clase intelectual** [...] **cuyos primeros exponentes** [se había tragado] **el cadalso**

²⁴² Ibídem, p. 35.

²⁴³ Ibídem, pp. 35-36.

²⁴⁴ Camacho Roldán, “Santander”, op. cit., p. 470.

pacificador. Los sobrevivientes del grupo, los granadinos Restrepo, Castillo y Rada, los venezolanos Gual y Revenga, servían [por entonces en la administración], y fueron más de una vez su guía y freno al ímpetu desbordado de los militares²⁴⁵.

La proverbial antipatía que se profesan el primate santafereño precursor y el primate cucuteño ejecutor sugeriría que los diplomas, localismos, charreteras y abolengos hacendarios no siempre se oponen ordenadamente a sus presuntos contrarios guillenianos (ideas importadas, centralismo, arrojo económico, migración española). Nariño no sólo es un gran comerciante y financiero cosmopolita, también, por línea materna, el hijo de una familia criolla **de gran posición, de representantes genuinos de la época colonial**. Santander no sólo es un vástago de hacendados cucuteños conectados con el centro mediante un importante clérigo y el Colegio de San Bartolomé: adquiere prestancia asimismo en virtud de su lugar en el escalafón del ejército libertador; los ímpetus de la nueva generación de bartolinos que suspenden la cultura bélica para retomar los fueros de la jurisprudencia granadina los anticipa paradójicamente Santander en tanto norteño exaltado al centro del poder mediante maniobras simultáneamente civiles y militares.

La querella Nariño-Santander correspondería en buena parte a un enfrentamiento entre poderosos hacendados/comerciantes del centro y hacendados de provincia, militarismo hacendario y militarismo secular, intereses centralistas atávicos e intereses centralistas emergentes, ilustración escolar e ilustración cosmopolita, prensa independiente y periodismo mercenario. Todo pone de manifiesto una dialéctica reversible: el hacendado del centro obedece a rasgos provincianos, el

²⁴⁵ Rueda Vargas, *Escritos*, op. cit., p. 113.

ejército nivelador y secular contiene una buena dosis de oficiales más o menos oligarcas; por pugnas de poder personal/grupal, antiguas posiciones centralistas/federalistas revierten en lo contrario y asimismo el ilustrado escolar exilado en Europa, integrante de una elite emergente, se desenvuelve como pez en el agua en el frívolo elemento de *soirées* innumerables, atento a la situación o la genealogía de un elenco interminable de distinguidas personalidades con las cuales alterna en diversas representaciones operáticas, cuyos escenarios detalla con desinhibición.

Instantáneas de Nariño

Nariño había gustado en la Colonia del elixir desvanecedor de los negocios grandes; tesorero de diezmos, metió plata que no era de él en empresas descabelladas y gigantes, [...] importó pastos nuevos, maquinaria para agricultura, libros prohibidos y teorías políticas²⁴⁶. Su cargo como tesorero de diezmos había dependido de los avales y fianzas de la elite granadina, eventualmente sujeta al nerviosismo económico: Sus amigos y compañeros entrañables de la juventud dorada de Santa Fe, todos muy ricos, cuando presumen que Nariño puede tornarle efectiva la fianza que le han dado, por camaradería, para ocupar un puesto de tesorero, se refieren a él con mezquindad y desconfianza ultrajantes, en memorial ante los jueces²⁴⁷.

El tesorero ejercía un periodismo más comprometido que mercenario: Poseyó el gusto y el sentido de la alta política y más que todo la afición a la polémica y a la propaganda. Fue, hasta bien entrada

²⁴⁶ Ibídem, p. 11.

²⁴⁷ Juan Lozano y Lozano, "Antonio Nariño", en *Próceres 1810*, Banco de la República, Bogotá, 1960, pp. 7-18, p. 8.

la vejez, un agitador en la más noble y fecunda
acepción del término²⁴⁸.

Instantáneas de Santander

Santander habría oscilado entre los valores de la generación vencedora (libertadora) y las afinidades atávicas que lo acercan a la nueva generación bartolina: **'Querido general, le escribe Páez a Bolívar, tenemos que confesar que Morillo le dijo a usted una verdad en Santa Ana, sobre que le había hecho un favor a la República en matar a los abogados; pero nosotros tenemos que acusarnos de haber dejado imperfecta la obra de Morillo...'** [1816] **Ahora** [1826] renacía en Santander el estudiante de leyes que en 1810 había dejado el claustro de San Bartolomé para tomar las armas y venía a ser el exponente de las aspiraciones de los de la nueva generación²⁴⁹.

Quizás por pertenecer a un grupo de provincianos advenedizos, habría cultivado un perfil militar: **en general parece que los principales militares bolivarianos eran algo menos distinguidos desde el punto de vista social que los civiles que formaban parte del grupo de íntimos de Bolívar. Durante la dictadura los miembros civiles del grupo referido [...]** provenían sobre todo de las clases superiores tradicionales de Bogotá, Popayán y Cartagena, sectores que nunca habían mirado del todo favorablemente a Santander y a sus amigos advenedizos oriundos en gran parte de Antioquia y de la parte oriental de la Nueva Granada²⁵⁰.

No obstante esta condición emergente, el cucuteño participaba de la más sofisticada producción cultural de occidente, tal y como se infiere de la entrada correspondiente al 12 de junio de 1830 (Londres), en la bitácora de su exilio: **Por la noche fui con Acosta al**

²⁴⁸ Rueda Vargas, *Escritos*, op. cit., p. 27.

²⁴⁹ *Ibíd.*, p. 115.

²⁵⁰ Bushnell, *Ensayos de historia política...*, op. cit., p. 108.

teatro de la ópera italiana, King's Theater. [...] Este es el teatro de moda, el más caro y al que asiste toda la gente rica y *fashionable*. [...] Se representó la ópera de Rossini *La Cenerentola*, o *Cendrillon*; Mme. Malibran hizo el primer papel; Donzelli, Santini y el primer bajo de Europa, Lablache, todos cantores acreditados. Después hubo el baile *Flora y Zephyro*, en el cual danzó la Taglioni de París. [...] Observé con pesar que los ingleses ni conocen ni sienten la música; regularmente aplauden y piden repetición de los pasajes estrepitosos y fuertes²⁵¹.

Paralelo a refinamientos como éstos, se había distinguido como practicante y promotor del periodismo mercenario: Bolívar era el vicepresidente de Colombia; y el vicepresidente en ejercicio sostenía el periódico opositor pagando del tesoro nacional 250 suscripciones, que se repartían en las provincias. Y aun era voz pública que muchos de los artículos de *El Conductor* eran de la pluma del vicepresidente. Por eso [decía] Bolívar en vísperas de su muerte [... :] 'y luego que regresé a Bogotá suprimí el tal papel, que se pagaba de los fondos públicos para que Azuero tuviera una renta, y que no hacía más que propender a la anarquía y zaherirme sin misericordia'²⁵². Pese a la censura bolivariana de estos devaneos periodísticos de Santander ²⁵³ el Libertador también patrocina el servilismo de los *ghost writers*; la misiva mediante la cual rompe relaciones con su vicepresidente, añade a su

²⁵¹ Francisco de Paula Santander, *Santander en Europa. Diario de Viaje 1829-1830*, tomo I, Biblioteca de la Presidencia de la República, Administración Virgilio Barco, Bogotá, 1989 (1ª edición, Banco de la República, 1963), pp. 166-167.

²⁵² Félix Restrepo S. J., "Santander", en H. Rodríguez Plata y J. C. Rodríguez (comp.) *Escritos sobre Santander*, tomo 2, Biblioteca de la Presidencia de la República, Administración Virgilio Barco, Bogotá, 1988 (1ª edición, 1980), pp. 75-98, p. 91.

²⁵³ Cf. Carta de Bolívar a Santander, Babahoyo, 14 de junio de 1823.

ponzoña íntima la pública diatriba del pasquín: *El Reconciliador*, *La Lira*, *El Meteoro* de Caracas, redactados bajo los ojos de Bolívar, el primero por su secretario Revenga, el segundo por su confidente Guzmán, y el tercero por su amigo Carabaño, redoblaron sus afrentosas injurias y atroces denuestos contra Santander. [...]

Bolívar escribió a Santander una carta en marzo de 1827, toda de su puño, anunciándole que no contestaría más cartas suyas en razón de que ya no lo tenía por su amigo, y poco después le mandó el número 1° de *El Meteoro* con esta dedicatoria al pie de la primera hoja: *El autor, en homenaje al general Santander*, y al pie la rúbrica del Libertador²⁵⁴.

Próceres (re)convertibles

Santander, el antiguo federalista de 1813, se había hecho centralista, como sus amigos, al tener el poder en sus manos [1821]. Nariño, entonces, se convierte en defensor de un vago federalismo que en realidad encubre los intereses de los comerciantes y de las viejas generaciones santaferneas despojadas del poder por esa extraña combinación de militares y hacendados que ahora parece tener la aprobación y la simpatía de Bolívar, [... dados] sus proyectos, vastos y 'modernos' de engrandecimiento de la Nueva Colombia²⁵⁵.

Heroísmos dúplices

Esta dialéctica (re)convertible nos remite a Bolívar y a los secuaces granadinos de Santander. El uno, producto de la

²⁵⁴ Francisco de Paula Santander, "Origen de las desavenencias entre el presidente y el vicepresidente de la república" [circa 1829], en O. Delgado (comp.) *Antología Política -Fco. de Paula Santander y Vicente Azuero-*, Biblioteca básica colombiana, Colcultura, Bogotá, 1981, pp. 41-82; pp. 54-55.

²⁵⁵ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 280.

divinización de la lucha y del logro feliz, los otros, manifestaciones del vacilante:

El vacilante **se experimenta efectivamente como alguien que cumple la moral del héroe y la sigue, pero al que no le cabe la suerte del éxito. Ciertamente le domina el ideal, pero no le convierte en un caso ejemplar. Lucha y muere cuando tiene que ser y se puede contentar con la certeza de que está preparado para realizar lo necesario. [...] el vacilante paga con una cierta mediocridad, no está ni muy arriba ni muy abajo [...] Quizá sea una buena señal leer que en los modernos ejércitos, incluso en las altas graduaciones, prospera el soldado vacilante (obedecer más que pensar por sí mismo, ‘ciudadanos en uniforme’)**²⁵⁶.

Por un lado el mantuano impetuoso, por el otro un conjunto de advenedizos de las antiguas provincias de Pamplona y Socorro, descendientes de los insurrectos del común o de personajes instalados en el Nuevo Reino no mucho antes del grito independentista de 1810. Egresados en su mayoría del claustro bartolino, no falta quien los supone partícipes del **modelo de heroísmo representado por los santos de la Compañía de Jesús**²⁵⁷. Un modelo que, dada la inspiración castrense de la Compañía, se anexa plausiblemente a lo mercenario: **el heroísmo se interioriza como la estrella polar de los hombres en una civilización de lucha. [...] La cobardía – que se da en grandes proporciones como materia prima – tiene que ser elaborada y transformada en el heroísmo ávido de lucha [...] Toda la formación de los soldados en la historia mundial de las civilizaciones de lucha trabaja en esta alquimia antinatural**²⁵⁸.

Cabe preguntarse si esta transmutación de la cobardía

²⁵⁶ Peter Sloterdijk, *Crítica de la razón cínica*, Siruela, Madrid, 2003 (1ª edición en alemán, 1983; trad. M. Á. Vega), pp. 332-333.

²⁵⁷ Restrepo, “Santander”, op. cit., p. 80.

²⁵⁸ Sloterdijk, *Crítica de la razón cínica*, op. cit., p. 331.

en arrojo cobija a figuras ya mencionadas como las de Florentino González y Lorenzo María Lleras, primates de nuestra moderna clase política. ¿No son ellos ejemplares elocuentes del culillo valeroso (sic) del vacilante?²⁵⁹ A Lleras, egresado del Colegio Mayor del Rosario, podríamos contemplarlo además como bartolino **honoris causa**, considerada su notable figuración en esa quinta columna de conspiradores inculpadados por Bolívar en la crónica del general Posada Gutiérrez: **Yo estoy aquí [derrotado] porque no quise entregar la República al Colegio de San Bartolomé**²⁶⁰.

Transversalidad

Entre doctores bartolinos y similares, destaca Francisco de Paula Santander como **‘el graduado más eminente de[l] cubil de leguleyos’**. Al citar estas palabras de García Márquez, el profesor Rafael Gutiérrez Girardot olvida las factibles fuentes históricas del novelista, dejándose llevar por el lugar común: **Los leguleyos – abogados no universitarios– no fueron de por sí ‘caciques’, pero todo ‘cacique’ es leguleyo porque conoce y falsifica las leyes para ganar las elecciones**²⁶¹. Tan evidente confusión entre leguleyos de ayer y leguleyos de hoy –acaso debida a la escritura desde y para la universidad europea–, no deja de espejear algo del proceso histórico: un modelo transversal de nuestra diversa y mutante ‘clase política’.

El carácter colectivo e institucional de estos adversarios

²⁵⁹ Duarte French (cf. *Florentino González*, op cit.) insiste en la valentía de González mientras documenta sus evidentes cobardías. Lorenzo María Lleras se perfila en diversas crónicas como epítome del vacilante.

²⁶⁰ Citado aun en la novela de García Márquez, *El general en su Laberinto*.

²⁶¹ Gutiérrez Girardot, “El Bolívar de García Márquez...”, op. cit., pp. 213-214.

de Bolívar sugeriría que en la práctica el cuasi-jesuitismo bartolino no pone en cuestión la divisa del vacilante **(obedecer más que pensar por sí mismo, ‘ciudadanos en uniforme’²⁶²)**; más bien transmuta en ortodoxia colectiva aquello que hoy podría sugerirse como incorrección política del héroe. La distinción entre discípulo de los jesuitas e hijo del colegio que éstos regentaran durante 170 años²⁶³ podríamos asociarla a esa nigromancia que niega el servilismo²⁶⁴ mientras promueve una obediencia de tipo castrense. El vacilante conserva algo del carácter valeroso e intrépido del héroe, sometiéndolo a los valores de la recta opinión que prima en su corporación. Y para que ésta no diluya totalmente la posibilidad del arrojo, condiciona la temeridad al consenso de las camarillas.

Estas palabras habrían complacido a Bolívar, para quien el jesuitismo encabeza una lista de atributos de la duplicidad del político²⁶⁵. En el siguiente fragmento podemos apreciar cómo la unificada antinomia que constituye al vacilante la percibe el héroe caraqueño en uno de sus colegas mantuanos:

[N]adie mejor que [Soubllette] para dirigir al general Páez; [...] pero temo que Páez, al contrario, sea el que dirija al general Soubllette y lo haga entrar en sus miras el día que quiera ponerlas en ejecución. El general Soubllette, a mi lado, es hombre seguro, hará siempre mi voluntad, puedo confiar en él, pero no si se halla distante y cerca de una voluntad fuerte como es la del general Páez. [...] En el día, el general

²⁶² Sloterdijk, *Crítica de la razón cínica*, op. cit., p. 333.

²⁶³ Cf. Restrepo, “Santander”, op. cit., p. 80.

²⁶⁴ Si hay algún antídoto eficaz contra el servilismo, es esa doctrina espiritualista que nos inculca San Ignacio, según la cual cada hombre tiene un reino interior en su conciencia, en el cual se halla cara a cara con Dios y ante el cual no valen nada los poderosos de la tierra. *Ibidem*, loc. cit.

²⁶⁵ Cf. *Diario de Bucaramanga...*, op. cit., p. 140.

Soublette, continuó S.E., parece un hombre diferente del que se mostraba en Venezuela en años pasados, cuando ejercía allí el poder superior. Las críticas fundadas que hicieron entonces de su orgullo, de su genio duro, seco y altivo, y todo lo que se imprimió sobre su autoridad y despotismo han cambiado su exterior y le han hecho tomar aquel tono bondadoso y meloso, aquel aire de calma y aquella *imperturbable serenidad jesuita* que se le ve ahora. Mas su interior no es así; sólo sabe en el día ocultar su violencia, pero es siempre un volcán ardiendo, cuyo cráter está cerrado y no echa ya las llamas hacia fuera. Soublette, pues, en realidad, es el mismo hombre moral, siempre orgulloso, soberbio, despreciador del merito ajeno, colérico, violento y con todo, sin fibra, sin valor moral ni físico. Tiene un espíritu de orden y de pormenores que le impide subir hasta las altas concepciones y ser propio para grandes cosas; de él nunca podría salir un Napoleón, sino un Berthier. Es gran trabajador y tiene el talento y gusto de la burocracia; posee facilidad y buen método para el despacho, [...] es buen administrador. Ha plegado sus opiniones y principios políticos a sus intereses personales y de familia. Bajo la administración de Santander, cuando yo estaba en el Perú, se mostró liberal, propendió al desafuero militar para hacerse un mérito de esto; hizo suspender los ascensos a general en jefe e igualar éstos a generales de división porque estaba muy seguro de que no subiría él a aquel último escalón de la milicia; [...] A mi regreso de Venezuela, en el año 27, abandonó a Santander y volvió a arrimarse a mi persona. Aquella fluctuación fue motivada por el interés de quedarse de ministro [de la Guerra], pero menos por el honor que por el sueldo. Creo que la avaricia es la pasión dominante del general

Soublette²⁶⁶.

Soublette acompaña a Santander en el casillero de los acusados de avaricia, indicándonos que ciertos rasgos del vacilante carácter pequeño-burgués también afectan a uno que otro burgués-aristócrata, si nos permitimos aquí una extrapolación anacrónica a Erich Fromm, para quien las cualidades del carácter anal freudiano –orden, perfil ahorrativo y pertinacia– no serían secuelas necesarias de la homogeneidad de una zona erógena cuanto rasgos derivados de la homogeneidad de unas determinadas circunstancias ambientales. La terca ofensiva frente a las nimiedades, el ahorro impulsivo (con sus expresiones coleccionistas) y la frialdad sádica los asocia Fromm al carácter pequeño burgués del europeo de su tiempo²⁶⁷.

Valga el anacronismo: los aspectos del carácter anal aparecen en el perfil de Soublette esbozado por Bolívar-Lacroix, tanto como en innumerables semblanzas del general Santander; el rasgo de la frialdad sádica²⁶⁸, podemos referirlo así al ámbito de burgueses-aristócratas como los mantuanos: [según] **lo adelantamos, entre lo poco que se conoce de doña María de la Concepción [Palacios, madre de Simón Bolívar], es una carta dirigida a su padre, en la que habla con un tono cortante, seco, pragmático, enteramente comercial, que miraba exclusivamente sus intereses y ganancias, así se tratara de un esclavo o de una mula...Trasladado este estilo a la crianza de Simón, también la vemos esencialmente práctica: si tiene inconvenientes en lactar al niño, pues lo entrega a dos nodrizas, una noble y esclava la otra: si Simón se resiste a la educación con su rebeldía, pues lo**

²⁶⁶ Ibídem, pp. 141-142.

²⁶⁷ Cf. Erich Fromm, *Espíritu y Sociedad. Obra Póstuma No. 6* (compilación de Rainer Funk), Paidós, Barcelona, 1996 (1ª edición en alemán, 1992; trad. E. Fuente Herrero), p. 72.

²⁶⁸ Cf. Ibídem, p. 64.

entrega a los tutores ²⁶⁹ . Las camarillas pequeño burguesas granadinas, por otra parte, agregan a esta frialdad sádica una obediencia como la que habría caracterizado en sus días juveniles al cabecilla de la rosca bartolina de marras:

El cinco de julio de 1824 el Primer Ministro inglés Jorge Canning [...] expuso su opinión sobre los hombres principales de Colombia. Juzga con mucho acierto [...] a Santander [...]: Me dijo mi padre que habiendo preguntado una vez a Bolívar sobre el carácter del actual vicepresidente, le contestó que era un hombre excelente, la criatura más obediente del mundo, a punto tal, que de ordenarlo él, le daría inmediatamente fuego a Bogotá. Se me dice, agregó Bolívar, que en la batalla de Boyacá se ocultó detrás de una casa. (He hid himself behind a house)²⁷⁰.

Esta cita se incluye en la pormenorizada diatriba antisantanderista de un personaje (Laureano Gómez) prohijado por los jesuitas, atento a una lista considerable de elementos censurables en el carácter del prócer cucuteño, y particularmente sensible a la **extraña mezcla de adulaciones, censuras y quejas** que como lector percibe en la correspondencia sostenida entre Bolívar y el prohombre granadino²⁷¹. Acaso a consecuencia de su propia formación jesuítica, Gómez ignora el sesgo implícito en la selección de documentos²⁷². Fustiga las

²⁶⁹ Mauro Torres, *Moderna Biografía de Simón Bolívar*, Ecoe, Bogotá, 1999, pp. 50-51.

²⁷⁰ Laureano Gómez, *El mito de Santander*, Editorial Revista Colombiana Ltda. nos. 5 y 6, Bogotá, 1971 (1ª edición, periódico El Siglo, 1940). Cita de la página 87.

²⁷¹ Cf. *Ibídem*, p. 100.

²⁷² Gómez se declara virtuoso a la hora de abocar el expediente histórico: **Jamás imaginé hacer obra original, sabido como tengo que en historia la originalidad es cosa nefanda y lo único que cuenta es la fidelidad.** *Ibídem*, p. 35.

adulaciones que Santander dirige al Libertador mientras ignora el encomio sistemático que éste dedica a aquél, por lo menos hasta 1825. Desconoce que el mismo personaje que habría presentado a Santander como un borrego dominado por el culillo en la batalla de Boyacá habría asemejado a éste a los héroes espartanos, con una metáfora que transmuta cierta muralla orográfica de Paya en *Termópilas* o colocando al presunto lacedemonio en el filo del martirio durante las acometidas de Gámeza, Vargas y Boyacá (1820)²⁷³.

¿Acaso enceguecía a Bolívar una admiración por Santander? ¿Revertía ésta súbitamente en su contrario? Consideremos otra vertiente interpretativa: Bolívar sigue a Maquiavelo y administra adulaciones, bonificaciones, premios y honores ceñido al cálculo de grandes efectos políticos. A diferencia de la del jesuitismo político, su duplicidad no busca tan sólo acomodarse.

Aparentemente Bolívar se coloca a sí mismo allí donde lo dúplice de la política se confunde con la gloria. Sus actos diabólicos no son tales; pertenecen a la esfera excelsa del genio que trasciende lo histórico. En el *Diario de Bucaramanga*, esto se infiere de las numerosas sindicaciones de falsedad que podrían orientarse hacia el propio fiscalizador Simón Bolívar.

Se sobreentiende que la duplicidad perpetrada en aras del continente americano no llevaría el sello jesuita. Correspondería más bien al realismo político. Pero el hecho de que aparezca también ahí una insoslayable duplicidad moral, impediría finalmente diferenciar entre maquiavelismo y oportunismo jesuítico.

Sustratos de lo jesuítico/maquiavélico

He aquí una muestra de los elogios que dirige Bolívar a

²⁷³ Cf. Laureano García Ortiz, *El general Santander Hombre de las Leyes*, Colección de oro del militar colombiano, vol. X, Talleres de imprenta y publicaciones de las FF.AA., Bogotá, 1979, p. 83.

Santander: Lima, 9 de febrero de 1825: Sucre y Santander, dos prodigios inmensamente gloriosos y el cucuteño, **héroe de la administración pública**. Arequipa, 30 de mayo, con continuación del 7 de junio de 1825: **Sin usted [Santander] ¡qué sería de Colombia, qué sería de nuestro ejército y qué sería de mi gloria!** Arequipa, 8 de junio de 1825: Santander **ha resuelto el más sublime problema de la política: si un pueblo puede ser esclavo o libre**. La Paz, 8 de septiembre de 1825: Sucre y Santander, destinados al mando supremo. Potosí, 21 de octubre de 1825: Bolívar dispuesto a abandonar la presidencia, pero sólo a condición de que Santander le suceda (y no otro general, así se trate de Montilla, Briceño o Sucre).

El *Diario de Bucaramanga* revelaría el carácter maquiavélico de estas loas o el asunto denegado por la posteridad mistificadora: **que Bolívar no sólo fue esencialmente un político, sino que entre los muchos calificativos que cuadran a la especie le corresponde el de realista, y esto es así por las implicaciones supuestas del término. Por político realista suele entenderse al inescrupuloso, o, en todo caso, aquel que no teme abandonar la esfera de los elevados principios**²⁷⁴.

En dicha línea, las observaciones sobre Páez en el *Diario* revelan la duplicidad inherente al realismo político bolivariano, la radiografía que subyace a los avales concedidos al León de Apure: **El general Páez, mi amigo, es vano y ambicioso; no quiere obedecer, sino mandar; sufre al verme más arriba que él en escala política de Colombia, no conoce su nulidad, y el orgullo de la ignorancia le ciega. Siempre será una máquina de sus consejeros, y las voces de mando sólo pasarán por su boca, pero vendrán de otra voluntad que la suya; yo lo conceptúo como el hombre más peligroso para Colombia, porque posee medios de**

²⁷⁴ Carrera Damas, *El culto a Bolívar*, op. cit., p. 94.

ejecución; tiene resolución, prestigio entre los llaneros, que son nuestros cosacos; puede, el día que quiera, apoderarse de la plebe, de los negros y los zambos. Este es mi temor, que a muy pocos he confesado y que digo a usted muy en reserva²⁷⁵.

En la vena satírica del *Diario* se expresa un héroe diabólico cuya su mordacidad corroee la figura de unos libertadores otrora exaltados y ponderados.

En clave psicoanalítica, el tono confidencial de estas sátiras –indisociables de la presumida gloria de su enunciador– apuntala el lugar de esa oculta fantasía fundamental cuya confrontación puede derrumbar al yo y su principio de realidad²⁷⁶. Al confrontar lo cáustico, Bolívar se acerca peligrosamente a la raíz denegada de su propio maquiavelismo: **Contrariar la moral vigente puede constituir un gravísimo error político. [...] Por eso, el verdadero maquiavelismo es el que sabe poner la moral vigente al servicio de la política. Un maquiavelismo confesado se anularía *eo ipso* en cuanto tal: para ser eficaz tiene que ser hipócrita y rendir tributo a la virtud. Maquiavelo no fue maquiavélico, puesto que escribió *El Príncipe***²⁷⁷.

Heroicos contraataques

El mismo autor que traza la diferencia entre el héroe y el vacilante asigna al héroe un nacimiento extra-uterino²⁷⁸. Según lo sugerido por el cúmulo de referencias en torno al abandono post-natal del infante heroico, su individualización depende de la confrontación con el medio infanticida de su lactancia. De esta manera podría

²⁷⁵ *Diario de Bucaramanga...*, op. cit., p. 89.

²⁷⁶ Cf. Žižek, *The plague of fantasies*, op. cit., pp. 27-30.

²⁷⁷ José Luis Aranguren, *Ética y política*, Guadarrama/Orbis, Madrid, 1985 [Selección de cursos dictados entre 1959 y 1962], pp. 75-76.

²⁷⁸ Cf. Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*, op. cit., p. 71.

leerse el **íntimo y doloroso reproche**²⁷⁹ profesado por Bolívar a las circunstancias de su crianza.

Este carácter expósito lo dilatan la condición de Bolívar como **heredero de un título nobiliario jamás conseguido**²⁸⁰ y la atávica insubordinación anti-castellana de su familia vizcaína. De ahí que el mayorazgo constituido a favor del lactante Simón por su padrino Juan Félix Jerez de Aristeguieta exigiera lealtad al rey.

La conquista del título de Libertador emblematiza el retorno triunfante de Simón al lugar del su frustrado infanticidio. Su admiración por Esparta, plasmada en **El Discurso de Angostura**, refleja asimismo la intención de extender la voluntad heroica al espacio cobijado por sus proezas. A ello lo autorizaría su personificación de la ascesis estoica, evidente en su equitación de 1346 leguas en cuatro meses (**Gran Jornada** de Lima a Caracas, 1826-1827).

Títulos estoicos

El héroe sigue la pista que lo lleva al lugar del delito primordial. Así se encuentra de regreso en el lugar de su abandono, de su alienación forzada [...]. Se convierte en poseedor ejemplar del título que, al principio, se le había negado²⁸¹. La conquista del título de Libertador, bien sea como autoproclamación o como ineludible honor (definición sujeta a la polémica de los intérpretes), culmina la revancha del abolengo heroico.

El título obliga tanto al campeón como a los ocupantes del teatro de sus proezas: **Compárense –decía Bolívar en su mensaje– los gloriosos resultados de los años anteriores a 1822 con los que han seguido [...]. Entonces hubo virtud en el pueblo porque un entusiasmo saludable servía de freno a la corrupción y**

²⁷⁹ Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., p. 33.

²⁸⁰ Pablo Victoria, *La otra cara de Bolívar. La guerra contra Pablo Morillo*, Planeta, Bogotá, 2010, p. 54.

²⁸¹ Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*, op. cit., p. 33.

a los vicios y de estímulo para cimentar el orden. Mas, en el día en que todos hablan de sus derecho y ninguno de sus deberes, los vínculos sociales se han relajado, los vicios y los crímenes se han multiplicado, y, si un recuerdo de nuestros días heroicos no hubiese detenido la república al borde mismo del precipicio, ella habría perecido infaliblemente²⁸². Esta ascesis encarnizada nos remite tanto al estado dórico como a una paradójica liberación de la propia voluntad

Lo que desde los griegos se llama ascesis es, en esencia, labor empleada explícitamente en la resistencia básica; se funda en el intento de sobrepujar, mediante esfuerzos voluntarios, la sobrecarga forzosa, a fin de preservar un campo libre para la voluntad y la satisfacción. [...] Quien se exige hasta el último extremo no será víctima sino autor del esfuerzo²⁸³.

Pero dicho estoicismo provendría de unos mimos irónicos, de la propedéutica de *El Emilio* a partir de la cual un maestro de vida arruinada compensa sus amarguras ofreciendo a Simón la amplitud de un alma ociosa templada en las exigencias del ejercicio físico²⁸⁴. Sazonado con la lectura de Plutarco, el acondicionamiento físico se anexa a una **lingüística del entusiasmo**: **Caigo en la posición entusiasmada sólo como oyente de una voz que me llama hacia mí, me predice a mí y me augura mi camino del propio poder ser [...]. ¿Se hubiera hecho célebre Carlos XII de Suecia con el intento de llevar una vida de héroe mítico en tiempos modernos, sin la lectura de Plutarco?**²⁸⁵

Ahora bien, debido a su condición mimada²⁸⁶, no

²⁸² Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., p. 640.

²⁸³ Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*, op. cit. p.67

²⁸⁴ Cf. Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., pp. 39-42.

²⁸⁵ Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*, op. cit., p. 41.

²⁸⁶ Cf. Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., pp. 33-34.

importa cuán marcada por el abandono materno, cierta flojera libertina campea en medio de la ascesis mientras el héroe se excluye, indemne, del rigor prescrito a la masa que no sabe ser libre (**Nuestros débiles conciudadanos tendrán que enrobustecer su espíritu mucho antes que logren digerir el saludable nutrimento de la libertad**)²⁸⁷. Diagnosticada así la masa, el héroe se relaja en aguas impregnadas de agua de colonia, propiciatorias de su pulcra presentación personal mientras en el mismo campamento unos semidesnudos cosacos suramericanos consumen carne curada en el sudor de la cabalgadura²⁸⁸; como si esto fuera poco, el supremo mantuano se entrega a irresponsables deslices eróticos en medio de batallas decisivas, se retira ante la derrota inminente, maquina subterfugios o *empodera* a los legionarios europeos con tal de descabezar disensos peligrosos.

Valentía y estoicismo revertidos

Reversión del rigor estoico en la autocomplacencia del mimado: Bolívar no habría contado con **la mutua de seguros de los hombres antiguos contra los peligros de la afeminación y del encanto erótico**²⁸⁹. Este alejamiento de Esparta lo revelarían sus modales infantiles y afeminados, si damos crédito al poema del presbítero José Antonio Torres y Peña (1816): **Con aspecto feroz y amulatado,/ De pelo negro y muy castaño el bozo. /Inquieto siempre y muy afeminado. / Delgado de cuerpo y de aire fastidioso. / Torpe de lengua, el tono muy grosero; / Y de mirar turbado y altanero**²⁹⁰. También en esta línea se hallan incidentes como su ausencia momentánea durante la escaramuza de Ocumare, censurada por Marx²⁹¹, a quien replica hoy

²⁸⁷ *Discurso ante el Congreso de Angostura* (1819).

²⁸⁸ Cf. Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., p. 259.

²⁸⁹ Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*, op. cit., p. 67.

²⁹⁰ Victoria, *La otra cara de Bolívar...*, op. cit., p. 24.

²⁹¹ Cf. *New American Cyclopaedia*, vol. 3, 1858 [<http://www>].

un historiador para el cual lo irresponsable no quita lo valiente: **Hay un cierto tiempo en que no se sabe bien donde estaba; y Soublette ha sugerido una aventura amorosa, hecho por demás irresponsable de su parte dentro de este contexto, de ser verdadero. [...] lo cierto es que Bolívar falló en este caso, no por cobardía, como quieren Ducoudray-Holstein y Marx, sino por irresponsabilidad o por insuficiente manejo de sus tropas y la situación**²⁹².

Además protagonizó Bolívar fugas espectaculares. Fugas que la hagiografía convierte en retiradas estratégicas o destierros, si atendemos a las interpretaciones de cierto amarillismo historiográfico²⁹³. Cuando está a punto de desembarcar Morillo desde Venezuela, Bolívar huye/abandona/se destierra de Cartagena en 1815. En su proyecto de Manifiesto del 10 de julio de 1815 se refiere así a su opción por el 'destierro' en medio de su litigio con el general Castillo: **Este sacrificio era el de separarme de mis compañeros de armas y de la Nueva Granada. Para ejecutarlo convoqué una Junta de guerra: le expuse el cuadro fiel de la situación y la convencí de la necesidad en que estaba yo de sacrificar a la salud del ejército de la República mi gloria, mis esperanzas, y el honor de volver segunda vez a libertar a mi patria.**

Pero si en la encrucijada de la fuga y el combate se ensombrece el valor de Bolívar, no menos ominosa resulta la sombra que se cierne sobre la pena de muerte que decreta a generales de la máxima jerarquía como Piar, Padilla o Córdova, acerca de cuya justicia o necesidad discuten los historiadores. Mucha historiografía tiende a reivindicar la eliminación de Piar, en aras de **poner fin a las rivalidades e intrigas**

marxists.org/archive/marx/works/1858/01/bolivar.htm].

²⁹² Vladimir Acosta, "El 'Bolívar' de Marx", en *El Bolívar de Marx. Estudios críticos de Inés Quintero y Vladimir Acosta*, Editorial Alfa, Caracas, 2007, pp. 74-97, p. 68.

²⁹³ Cf. Victoria, *La otra cara de Bolívar...*, op. cit., pp.113-184.

entre líderes patriotas²⁹⁴. Marx, por su parte, señala en la ejecución de Padilla un aprovechamiento maquiavélico de la condición étnica del almirante²⁹⁵. La eliminación de Córdova, por último, parece ceñirse al guión de un ajuste de cuentas entre mafiosos. El general antioqueño muere sin conocer su nombramiento como embajador en los Países Bajos, factible añagaza disuasoria simultánea a la movilización de un elenco de legionarios –incluido aquí el energúmeno castrado Ruperto Hand–, congregado para perpetrar el asesinato ²⁹⁶. La selección que realizan Urdaneta y O’Leary –de legionarios como Castelli, Lützow, Murray, Crofton, O’Carr y Hand–, daría algún crédito a la teoría de Marx que otorga un papel decisivo a la estrategia europea en el ejército libertador colombiano: **The foreign officers suggested to him the plan of making a display of an intention to attack Caracas, and free Venezuela from the Spanish yoke, and thus inducing Morillo to weaken New Granada and concentrate his forces upon Venezuela, while he [...] unite[d] with Santander’s guerrillas and march[ed] upon Bogotá**²⁹⁷.

La delicia de un baño termal en la cruel intemperie nos indica paradójicamente el carácter confrontante del héroe, sin vergüenza en el lugar de su abandono originario, allí donde el encalambrado llanero sustituye a la esclava nodriza. No menos desafiante resulta su subyugación de los criollos, a los cuales seduce con erudiciones y refinamientos que eclipsan los rasgos no europeos de su fenotipo. El héroe en combate con las hostilidades que rigen entre las castas; domador y domesticador de éstas,

²⁹⁴ Cf. Acosta, “El ‘Bolívar’ de Marx”, op. cit., p. 70.

²⁹⁵ Cf. *New American Cyclopaedia...*, op. cit., p. 446.

²⁹⁶ Cf. Pilar Moreno de Ángel, *José María Córdova*, Planeta, Bogotá, 1995, pp. 484-587.

²⁹⁷ *New American Cyclopaedia...*, op. cit., p. 444.

profiere para ellas el imperativo de su gloria, la libertad.

Ilustración, puja heroica, y gloria decimonónica

El joven Bolívar habría demostrado una entereza estoica también en el campo de la ilustración: en Madrid **ha tenido abundantes oportunidades para conocer los refinamientos de una sociedad culta aunque en decadencia, [lo cual] contribuyó sin duda a destacar en él todos los flacos de su formación intelectual, que [...] no dejaron de suscitarle graves preocupaciones. [...] Se separó de sus tíos y de Mallo [...] se acordó de un hombre a quien había conocido en el curso de su vida cortesana y de cuya sabiduría se dio cuenta desde el primer momento: el marqués de Ustáriz. Y, resuelto a aprender seriamente lo mucho que ignoraba, no vaciló en solicitar su ayuda. [...] Adecuadamente distribuye su tiempo para atender las lecciones de los maestros contratados por consejo del marqués [...] Encerrado en sus habitaciones de la calle Atocha o en la grande y mal alumbrada biblioteca del marqués, lee con avidez**²⁹⁸. Este contraataque heroico, esta puja en el campo del refinamiento ilustrado de su estrato nobiliario, facilitará al caraqueño, décadas después, la confrontación con los criollos limeños: **Su gentileza, su extraordinaria simpatía personal y su espíritu fino y superior, no tardaron en cautivar a la sociedad limeña, gratamente sorprendida al encontrar un hombre de mundo donde había esperado hallar al jefe de una tribu de hunos**²⁹⁹. Lima se rinde entonces ante la mundanidad de un campeón convertido en beneficiario sibarita de **su mesa excelente, [...] o de su teatro regular, muy adornado de lindos ojos y un porte hechicero: coches, caballos, paseos, toros, tedeum, nada falta** en esta ciudad³⁰⁰. Pero la puja no

²⁹⁸ Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., pp. 57-58.

²⁹⁹ *Ibidem*, p. 428.

³⁰⁰ Carta de Bolívar a Santander, Lima, 20 de septiembre de 1823.

cesa. El racismo limeño toma nota del fenotipo del triunfador: **el notablato limeño [lo] llamaba 'el zambo'**³⁰¹; uno de los aristócratas peruanos consigna esto en sus memorias: **Apelamos a cuantas personas lo hayan conocido, a que digan si su color, su pelo y toda su fisonomía no estaban cantando que tenía más sangre de Guinea que de España**³⁰².

Para domar a estos criollos, figurantes en la escena de su primordial abandono, el héroe cuenta con las armas de la ilustración, con la ficción de una igualdad entre los hombres: **La naturaleza hace a los hombres desiguales en genio, temperamento, fuerzas y caracteres. Las leyes corrigen esta diferencia porque colocan al individuo en la sociedad para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes, les den una igualdad ficticia, propiamente llamada política y social**³⁰³.

La posteridad ilustrada habrá de santificar lo anterior, canonizando a Bolívar como predestinado del espíritu absoluto hegeliano: **En Bolívar el espíritu no tenía que servirse de argucias para el logro de algo que no era ajeno al héroe. No se sirvió de sus ambiciones de dominio; abiertamente este hombre se propuso lo que el Espíritu quería, la Libertad**³⁰⁴. Estas palabras de Leopoldo Zea proponen a Bolívar como perfecta encarnación del héroe hegeliano. Para Zea, Bolívar –héroe liberador del espíritu, desprovisto de banderas conquistadoras o imperialistas– personifica al redentor periférico de un imperio bastardo de la historia. Tan grandilocuente realización del espíritu absoluto no riñe, por otra parte, con el contraataque heroico en pos de los títulos de la gloria, y en términos

³⁰¹ Victoria, *La otra cara de Bolívar...*, op. cit., p. 22.

³⁰² Ibídem, cita de la p. 23 [José de la Riva Agüero].

³⁰³ Simón Bolívar, *Discurso ante el Congreso de Angostura* (1819).

³⁰⁴ Leopoldo Zea, *Simón Bolívar, integración en la libertad*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, Caracas, 1993 (1ª edición, 1980), p. 19.

igualmente decimonónicos: En efecto, en el republicanismo de aquella época no había contradicción en la asociación de dos pasiones: la gloria y la libertad. Un verdadero republicano luchaba por alcanzar la gloria de liberar a un pueblo de la opresión externa. Pero un republicano no se limitaba a perseguir esta forma de posteridad; también se consagraba, una vez adquirida la emancipación, a obtener la gloria de ser reconocido como un creador y como un legislador de repúblicas. [...] Bolívar, en ese comportamiento, no difería de los grandes personajes políticos y militares de su tiempo [...] para quienes] no era ni escandaloso ni ridículo proclamar [la] ambición personal por alcanzar la gloria³⁰⁵.

Al tiempo de haberse enfrascado en esa invención de sí mismo y del continente arrancado al dominio español que responde al nombre de constitución boliviana, el Libertador debe confrontar a un Páez que abandona su uniforme de general para retomar las prendas exiguas del llanero ³⁰⁶ . Pero una vez unificados los cosacos suramericanos en el bando independentista no es posible abocar a Páez bajo el guión que imperara durante la guerra de las castas. A Bolívar lo paraliza dicha pérdida del libreto justificador de su manía: **Estoy convencido de que si combato triunfo y salvo el país, y usted sabe que no aborrezco los combates. Mas, ¿por qué he de combatir contra la voluntad de los buenos que se llaman liberales y moderados? Me responderán a esto que no consulté a estos mismos buenos y liberales para destruir a los españoles y que desprecié para esto la opinión de los pueblos; pero los españoles se llamaban tiranos, serviles, esclavos, y los que ahora tengo al frente se titulan con los pomposos nombres de**

³⁰⁵ Jaime Urueña Cervera, *Bolívar republicano*, Ediciones Aurora, Bogotá, 2004, pp. 20-21.

³⁰⁶ Cf. Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., pp. 609-619.

republicanos, liberales, ciudadanos. He aquí lo que me detiene y me hace dudar³⁰⁷. Estos frenos se suman a aquéllos que Bogotá impusiera a su campaña del sur. A estos últimos quiso trascenderlos el caraqueño mediante el conjuro de su nombre (**me batiré como boliviano, nombre que me pertenece desde antes de nacer**)³⁰⁸. Chocó entonces con el principio de las leyes invocado por Santander: **Permítame usted que le haga observar que aunque el nombre de su amada República le perteneciese antes de nacer, usted no puede batirse con los brasileños sin comprometer en cierto modo a Colombia, pues ni puede ni debe prescindir del carácter de Presidente de la República de Colombia, y tanto en este concepto como en el de ciudadano colombiano requiere el permiso del Cuerpo Legislativo para tomar las armas contra un enemigo que no es común. Hablo según los principios constitucionales y nada más...**³⁰⁹

El héroe expansivo, huésped fugitivo de criollos, pardos, mestizos, negros e indios de todas las latitudes –a los cuales ha arrastrado o confrontado y a los cuales se propone liberar del estado de sitio³¹⁰ de minúsculas naciones–, no consigue suprimir dirigencias locales como las de su vicepresidente. Su nombre y su presidencia vitalicia los borran esos vivas a la Constitución que pululan en la Nueva Granada a su regreso del sur. Clamor que para el recién llegado invoca el despotismo de las leyes: **ya [es] hora de hablar no tanto de**

³⁰⁷ *Ibíd.*, pp. 642-643; cita de una carta a Urdaneta.

³⁰⁸ *Cf. Ibíd.*, p. 533; cita de una carta a Santander.

³⁰⁹ *Cf. Ibíd.*, p. 534.

³¹⁰ **‘Lucha de clases’ [...] título provisional [...] para los movimientos de cerco de sociedades jerárquicas en las que las llamadas clases dominantes declaran el estado de sitio sobre las dominadas [...] Prevalece la obsesión por el concepto de la genealogía, el parentesco y la propiedad.** Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*, op. cit., p. 60.

violaciones de la Constitución como de la iniquidad de algunas leyes (Fontibón, 14 de noviembre de 1826)³¹¹.

Pero Bolívar no consigue forjar esa sociedad totalitaria esbozada en la constitución boliviana como alternativa a la injusticia de la ley. El monstruoso edificio de las leyes se encuentra ya muy afianzado en la Nueva Granada.

El nombre del héroe

La peregrinación del joven Bolívar a Vizcaya –al ruinoso y escuálido asiento de los Bolívar– mortifica **su orgullo de criollo americano, deseoso de exhibir un solar antiguo y una tradición espléndida y gloriosa**³¹². Su consecutivo contraataque lo credencializa con un nombre-título a la altura de su manía. Cabría pensar aquí en una escenografía originaria del entusiasmo –yuxtaposición o escamoteo de las ruinas modestas del nombre **Bolívar** en el panorama glorioso de la antigua Roma–: cuando Simón Rodríguez y Simón Bolívar **ascienden una tarde al Monte Sacro, ante el magnífico espectáculo que allí se divisa, las emociones acumuladas [...] en el alma de Bolívar estallan, [...] hacia América, [y] en la majestuosa soledad de aquella cima afluyen [...] en la forma del histórico juramento**³¹³. Sublimizado por el título de Libertador, el deslucido apellido entra a denominar códigos constitucionales y colectivos nacionales (Simón Bolívar replica entonces a Justiniano y Napoleón), cuando no a desafiar talanqueras como las impuestas a su campaña del sur por el Congreso colombiano: **Si los brasileños nos buscan más pleitos, me batiré como boliviano, nombre que me pertenece desde antes de nacer... Si usted se desagradó por la ciudad Bolívar, ¿qué hará usted ahora con la nación de Bolívar?**³¹⁴ Lo cual nos

³¹¹ Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., p. 603.

³¹² *Ibidem*, pp. 52-53.

³¹³ *Ibidem*, pp. 78-79.

³¹⁴ *Ibidem*, p. 533; cita de una carta a Santander.

devuelve a Sloterdijk: **los héroes no son otra cosa que héroes del Ser-Yo, paladines de la auto exaltación del saber y de la conquista del propio nombre**³¹⁵.

Se trasluce aquí el definitivo impulso de los héroes **meciéndose en peligros que ellos mismos se buscan por ver si se los traga la resaca de su propia pretensión desaforada**³¹⁶. Con estoica lucidez en el caso de Bolívar: **Consciente de las horas amargas y difíciles que le esperaban, al prepararse a anunciar públicamente su anhelo de constituir la Federación de los Andes, Bolívar escribió al general Santa Cruz: Voy a entrar en un laberinto horrible**³¹⁷.

Fisco, ejército y nacionalismo

En respuesta a las erogaciones fiscales esgrimidas por Santander al negar los recursos exigidos por su campaña del sur, Bolívar critica **la inmensidad de nuestros empleados**³¹⁸, quizás al modo de su Manifiesto de Cartagena (1812), adonde –entre otras– atribuía a la burocracia la derrota del primer gobierno independentista de Venezuela: **La disipación de las rentas públicas en objetos frívolos y perjudiciales y particularmente en sueldos de infinidad de oficinistas, secretarios, jueces, magistrados, legisladores provinciales y federales, dio un golpe mortal a la República**. Este modo de pensar lo entendemos en el siglo XXI como tic característico de mandatarios populistas-plebiscitarios como Uribe Vélez (v. gr. disolución del Ministerio de Justicia en el Ministerio del Interior). He ahí lo problemático del gobierno **sencillo** aconsejado en el Manifiesto de Cartagena. Debemos tener en cuenta que la oposición a la hipertrofia burocrática no resulta necesariamente adversa a las *nomenklaturas*, tal y como lo sugiere el

³¹⁵ Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*, op. cit., p. 35.

³¹⁶ *Ibíd.*, p. 43.

³¹⁷ Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., p. 569.

³¹⁸ Cf. *Ibíd.*, pp. 496-497.

hecho de que el proyecto bolivariano se confundiera en sus orígenes con la institución de un colosal ejército permanente como el señalado en el Manifiesto de Cartagena; en dicha burocracia militar se perfilaron los primeros jefes y los candidatos a la sucesión del poder ejecutivo grancolombiano.

El reciente fortalecimiento de los ejércitos de Colombia y Venezuela define en este sentido a Álvaro Uribe Vélez y Hugo Rafael Chávez Frías como continuadores anacrónicos de la tendencia. Los ministros de defensa civiles –últimamente tan destacados dentro del gabinete como el ministro del interior– propician, en el caso colombiano, un compromiso entre la tradición civilista de la casaca negra o las milicias hacendarias, con la organización militar regular, aliada a un poder civil cada vez más afianzado en la comandancia de unas fuerzas militares cuya institucionalidad comprometen aliados o disidentes milicianos ('paramilitares'). Dentro del nuevo militarismo colombiano seguiría incólume el aparato estatal-burocrático de la dirigencia nacionalista criolla que Bolívar quiso suplantar con su **continentalismo democrático horizontal**³¹⁹, mientras que en Venezuela la renovación de este último proyecto por parte del chavismo amenaza con sustituir la dirigencia tradicional por una *nomenklatura*, la de los así llamados **boliburgueses**, igualmente afianzados en el ejército regular y otras milicias. Hay aquí algo de ironía: el chavismo puede terminar recordándonos la insurrección de Páez; si fracasa en su proyecto continental y sólo renueva una dirigencia nacional, sus banderas de hoy coincidirían con las del León de Apure ayer: **El acierto de la burguesía terrateniente y comercial, más que del propio Páez, consistió en reivindicar el programa de Bolívar, con lo cual se apropiaba un magnífico instrumento de unificación**

³¹⁹ Cf. Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., pp. 644-646.

política, y tranquilizaba a las masas populares al dejarles abierta la perspectiva de lograr unos frutos que tardaban en madurar³²⁰.

Totalitarismo

Para sacar de este caos a nuestra naciente república, todas nuestras facultades morales no serán bastantes, si no fundimos la masa del pueblo en un todo: la composición del gobierno en un todo; la legislación en un todo, y el espíritu nacional en un todo. Unidad, unidad, unidad, debe ser nuestra divisa. La sangre de nuestros ciudadanos es diferente: mezclémosla para unirla; nuestra constitución ha separado los poderes: enlacémoslos para unirlos; nuestras leyes son funestas reliquias de todos los despotismos antiguos y modernos; que este edificio monstruoso se derribe³²¹.

Presunción de heroísmo: hoja de vida de Santander

El vacilante cumple con la moral del héroe, pero no puede erigirse en un caso ejemplar. A dicho perfil corresponden los **reducidos núcleos de estudiantes y hombres de letras, imbuidos en las lecturas de los tiempos heroicos de la Revolución Francesa, [que] comenzaron a reunirse en secreto [...hasta dar con] la idea de dar muerte al Libertador [y así] ‘librar a la República de este tirano abominable’³²²**. Seguidores de Santander, motivados por la lingüística del entusiasmo de los franceses de finales del dieciocho, su arrojo pronto lo sofoca el peso del uniforme ciudadano. En el Hombre de las Leyes el militar de carrera pugna entonces con el cabecilla hacendario, y la fuerza de su guerrera cede ante el prestigio de la casaca civil; su uniforme castrense apenas sí oculta el atuendo del orejón cuya partida de caza improvisa un escuadrón miliciano. Nuestro general

³²⁰ Carrera Damas, *El culto a Bolívar*, op. cit., p. 57.

³²¹ Simón Bolívar, *Discurso ante el Congreso de Angostura* (1819).

³²² Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., p. 655.

se sitúa así en la fragilidad del límite que separa al héroe del vacilante.

Su primer encuentro con Bolívar pertenece a la épica que opone a los oligarcas granadinos, celosos de su frontera nacional, al mandato de guerra a muerte proferido por un héroe al cual obsesiona la gloria continental. Santander aparece entonces como fiel subalterno del coronel cartagenero Manuel Castillo, cuyo puesto militar en los extramuros de la provincia de Tunja rehúsa la orden de Bolívar, de incursionar en Venezuela desde el Valle de Cúcuta³²³. De una u otra manera – cobarde o valerosa según el sesgo de cronistas o intérpretes–, el cucuteño se aparta de las tropas que siguen a Bolívar, y permanece estacionado en los límites que dividen a Nueva Granada y Venezuela, margen adonde ha desplegado ya una pericia militar ponderada por el Libertador³²⁴. En dichos parajes sufre un descalabro que luego repara como segundo del brigadier escocés Mac Gregor³²⁵ y comanda a continuación la retirada de Ocaña (1815). Ésta pone a salvo un destacamento que fungirá después como base de la tropa independentista³²⁶.

³²³ Ignorando las objeciones de Castillo, Bolívar invadió el Valle de Cúcuta tras incursionar en el Zulia: **La noticia de la victoria causó en el Congreso granadino enorme entusiasmo y sorpresa.** *Ibídem*, p. 151. La ulterior incursión en Venezuela, conocida como ‘Campana Admirable’, revirtió poco más de un año después: **En esta campaña pereció la totalidad de la tropa granadina –tal como lo había predicho Castillo– y los oficiales de la Nueva Granada fueron unos hechos prisioneros por las tropas españolas y otros ofrendaron sus vidas heroicamente.** Moreno de Ángel, *Santander...*, op. cit, p. 95.

³²⁴ Cf. *Ibídem*, p. 94.

³²⁵ Cf. *Ibídem*, pp. 105 -117.

³²⁶ **Una abnegada columna de quinientos hombres, mandada por el coronel Francisco de Paula Santander, quedó aislada en Ocaña, como el cuadro legendario de Cambronne en Waterloo en esos mismos días [...] Santander se precipitó al corazón de**

Las hagiografías que sostienen lo anterior lo retoman un año más tarde, en una Nueva Granada herida por los excesos sádicos de la guerra de castas venezolana. Como lugarteniente, padece entonces la derrota final de la patria boba, atado momentáneamente a la ingenuidad de los jóvenes juristas que el grito independentista ha improvisado en el papel de comandantes militares. Acto seguido, desobedece las órdenes impartidas por el frágil gobierno granadino y –en lugar de deponerlo– apoya al general Sérviez en su decisión de trasladar el ejército granadino a la región del Casanare³²⁷.

Oficiales y ejércitos bisoños de la Nueva Granada

[E]n aquella guerra de guerrillas [...] se llamaba ejército lo que en Europa se habría considerado compañía de un regimiento³²⁸.

Formalizada la guerra, se vieron siempre, a la cabeza de [estos] ejércitos de campesinos, muchachos de veinte años. A uno de ellos, García Rovira, se le llamó ‘el estudiante’³²⁹.

Los granadinos ignoraban en absoluto el arte de la guerra, y, como no habían peleado nunca, el valor era

la República por el camino de Río-negro a Girón. Ahí llegó sin perder un hombre ni un fusil [...] La columna salvada de tal manera fue meses después, en los Llanos de Casanare, el núcleo que mantuvo alto el pendón de la independencia en la Nueva Granada. García Ortiz, *El general Santander Hombre de las Leyes*, op. cit., pp. 70-71.

³²⁷ Moreno de Ángel, *Santander...*, op. cit, pp. 142-143.

³²⁸ Maximiliano Grillo, “Santander, el organizador de la victoria”, en H. Rodríguez Plata y J. C. Rodríguez (comp.) *Escritos sobre Santander*, tomo 2, Biblioteca de la Presidencia de la República, Administración Virgilio Barco, Bogotá, 1988 (1ª edición, 1980), pp. 165-187, p. 167.

³²⁹ Germán Arciniegas, “Santander”, en H. Rodríguez Plata y J. C. Rodríguez (comp.) *Escritos sobre Santander*, tomo 2, Biblioteca de la Presidencia de la República, Administración Virgilio Barco, Bogotá, 1988 (1ª edición, 1980), pp. 99-108, p. 99.

para ellos desconocido³³⁰. Tras esta consideración, Max Grillo compara la situación de Santander en Cachirí (22 de febrero de 1816), bajo el mando de Custodio García Rovira, con la vivida por él mismo durante la guerra de los mil días: **Allí [en Cachirí] el organizador de la victoria obedecía a las órdenes de un jefe impetuoso que pretendió hacer con tropas bisoñas lo que había leído que hicieron los grandes capitanes con tropas bien disciplinadas, y en Palonegro un general fatigado, Gabriel Vargas Santos, agotó columnas aguerridas y disciplinadas en una serie de sangrientas escaramuzas, en posiciones donde era imposible alcanzar la victoria**³³¹. No deja de ser significativo aquí el hecho de que el **jefe impetuoso** García Rovira no ostentara grado castrense alguno (había rechazado el grado de coronel en la provincia del Socorro)³³².

Después de esta retirada a Casanare, Santander se perfila como uno de los principales protagonistas de la república exilada en los llanos, lugar que crónicas e interpretaciones describen como naturaleza hostil al invasor³³³, pánica tierra de promisión³³⁴, reducción jesuítica³³⁵ o teatro de opereta³³⁶. Como jefe militar, confronta y neutraliza allí la insubordinación de unos comandantes venezolanos semibárbaros. Las peripecias de la guerra lo arrastran luego a Guyana, adonde conquista un destacado lugar en el séquito del Libertador, y a su regreso al Casanare, se perfila como audaz y heroico arquitecto del combate de Boyacá, victoria decisiva en la disipación de los

³³⁰ Grillo, "Santander, el organizador...", op. cit., p. 165.

³³¹ *Ibidem*, p. 171.

³³² Cf. Moreno de Ángel, *Santander...*, op. cit., p. 114.

³³³ Cf. García Ortiz, *El general Santander Hombre de las Leyes*, op. cit., p. 78.

³³⁴ Cf. Grillo, "Santander, el organizador...", op. cit., pp. 173-174

³³⁵ Cf. Restrepo, "Santander", op. cit., p. 82.

³³⁶ Cf. fragmento infra, 'República llanera'.

enjuiciamientos que asedian al supremo venezolano y tónico definitivo en la constitución de su culto.

Arca de la alianza camino del Casanare

El soldado francés que les mandaba, creyendo conocer a fondo la índole religiosa del pueblo granadino, resolvió cargar –impedimenta rara– con el cuadro de la Virgen de Chiquinquirá, que tenía en el país como imagen milagrosa. Califica Santander de imprudencia de Serviez el haber cargado en un gran cajón con el milagroso cuadro, por suponer el compatriota de Juana de Arco que tras la Virgen de Chiquinquirá seguirían las multitudes, si no con el señuelo de combatir por la patria a lo menos por no abandonar la preciosa reliquia³³⁷.

En el bosque de Quebradahonda procedieron a abandonar el cajón que contenía la Virgen de Chiquinquirá en una choza situada en la altura de Sáname³³⁸.

Por mofarse de Santander, Fernando González olvida completamente al cerebro de la estratégica idolatría (Serviez): En el Santander de esta huída hay algo de Moisés: quiso llevar consigo a la Virgen de Chiquinquirá (arca), y dentro suyo rebullía la latencia granadina³³⁹.

República llanera

¡Mire usted! Aquel rancho, al pie de la palmera, es el Palacio Presidencial; ese hombre joven, carón y apacible, descalzo, en calzoncillos y que tiene el pie derecho sobre la rodilla izquierda, la cabeza agachada muy atentamente, en actitud de sacarse una nigua, es el *Excelentísimo señor presidente de la República*, doctor Fernando Serrano, ex gobernador de Pamplona,

³³⁷ Grillo, “Santander, el organizador...”, op. cit., pp. 172-173.

³³⁸ Moreno de Ángel, *Santander...*, op. cit., p. 147.

³³⁹ González, *Santander*, op. cit., p.133.

amigo de Santander. [...] El ejército son 150 hombres en pelota, por aquí y por allí... [...] ¿Qué problemas de su República bullen en la cabeza de este Comandante que no abandona la hamaca? [...] Sus problemas son que no sabe nadar, colear toros, amansar potros, enlazar un caimán entre el agua sucia [...] que ya no puede salir del rancho, porque los llaneros se ríen del *soldado de pluma*³⁴⁰.

Cuarteles llaneros:

elitismo granadino y populismo bolivariano

La sátira de Fernando González pugna con las hagiografías que presentan al Hombre de las Leyes como un valiente ajeno a la jactancia, pronto a frenar la anarquía de los oficiales venezolanos en el llano: Santander abstuvo de referirnos en sus *Apuntamientos* la energía con que retó a sus malquerientes en aquella ocasión, pues clavando su espada exclamó: ¡venga a desarmar a Santander quien se crea capaz de hacerlo!³⁴¹

Puede inferirse en dichos oficiales un perfil bárbaro, como aquél del entorno de Bolívar: ‘Los oficiales que lo rodeaban eran casi todos de color, excepto los generales Páez y Urdaneta. Pocos de ellos tenían chaqueta. Su vestido consistía en una camisa hecha de pañuelos de diferentes colores, muy ancha y con grandes mangas; pantalones blancos rotos, que les llegaban a las rodillas, y un sombrero de hojas de palmera con penacho de plumas. Casi todos estaban descalzos, pero ceñían grandes espuelas de plata con rodajas de cinco pulgadas, a lo menos, de diámetro’³⁴².

Este cuadro avala la teoría de Guillén acerca del carácter nivelador del ejército bolivariano, al mando de venezolanos, de acuerdo a lo señalado por Max Grillo:

³⁴⁰ Ibídem, pp. 130-131.

³⁴¹ Grillo, “Santander, el organizador...”, op. cit., p. 175.

³⁴² Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit. Cita de la p. 276 [palabras de un oficial británico].

Si se leen las nóminas de los batallones que concurrieron a Ayacucho, se comprobará que, si la mayoría de los generales y coroneles era venezolana, los oficiales subalternos y los soldados eran granadinos³⁴³. Si entre los oficiales subalternos granadinos cabe imaginar a algún oligarca, la nivelación social por la vía militar se hace aún más evidente en la evolución de los altos grados del ejército colombiano, corporación que a pesar de contar con una significativa red de aristócratas mantuanos incondicionales de Bolívar, a alturas de su dictadura encarga del gobierno regional a militares mayoritariamente no mantuanos³⁴⁴. Podría colegirse así que las fricciones del llano entre Santander y los venezolanos, representaran asimismo una evidente tensión entre el modelo incluyente del ejército bolivariano y la axiología excluyente de las capas oligárquicas granadinas. Algo revivido recientemente en la conjugación ejército-pueblo planteada por Hugo Chávez Frías o en el binomio Fuerzas Armadas-Pueblo por encima de los partidos invocado por Gustavo Rojas Pinilla³⁴⁵.

Santander meritorio al lado de Bolívar

Peleándola, y como un bravo, recibe Santander sus galones de Mayor General. Se los ha ganado en Calabozo, en Sombrero, en Ortiz, en la Puerta, en Semen, en Barbacoas nada menos que frente a Boves y a Morillo [...]. Por fin las duras gentes de la llanura acaban por aceptar al granadino. Ha pasado todas las pruebas incluida la más difícil, la de lealtad con Bolívar, negándose a participar en las rebeliones de Mariño y de Piar y salvándole la vida en el Rincón de los Toros. Ahora es uno de los suyos. En adelante,

³⁴³ Grillo, "Santander, el organizador...", op. cit. p. 182.

³⁴⁴ Cf. Bushnell, *Ensayos de historia política...*, op cit., p. 111.

³⁴⁵ Cf. Silvia Galvis, "El Bojote Supremo", en *El Espectador*, 19 de mayo de 1996, p. 7-A.

cuando dé una orden, nadie se atreverá a replicar³⁴⁶.

Aún a alturas de 1826 resulta visible el hecho de que el poder de Santander deriva de su cercanía a Bolívar. Tanto, que al ofrecerle a Páez la zanahoria de dos caballos chilenos, una lanza y una botonadura de oro del Potosí, el comandante caraqueño le enseña también un garrote en el cual fulgura el nombre de Santander; le escribe así al León de Apure (11 de noviembre de 1826, Cúcuta): **Parece que la providencia condena a la perdición a mis enemigos personales, sean americanos o españoles; y vea Ud. hasta dónde se han elevado los generales Sucre, Santander y Santa Cruz**³⁴⁷.

El atañor de Boyacá

La gloria de Santander no puede desligarse del papel que los primatólogos colombianos le asignan como estrategia de los momentos preliminares a la batalla de Boyacá: **Antes de Boyacá, la guerra de emancipación había sido un pugilato sangriento, sin acción decisiva alguna. Correspondió, pues, a Santander, el general que con Sucre comparte en la guerra el don del acierto estratégico, convencer a Bolívar de la necesidad imperiosa de apoderarse de la Nueva Granada para lograr el objetivo de la independencia**³⁴⁸. En la misma línea se expresa Carrera Damas: **El triunfo magnífico [de Boyacá] echaba al olvido una trayectoria militar en la cual no escaseaban, al lado de victorias espléndidas, victorias a medias por mal consolidadas y hasta puras y simples derrotas aparatosas. Poco podía el hiperbolizado brillo de la Campaña Admirable en 1813 en contraste con el abrumador derrumbe de la Segunda República bajo los golpes de José Tomás Boves. Y ese era, hasta el momento, el más notable**

³⁴⁶ Carlos Lemos Simmonds, Jaime Ardila y Camilo Lleras, *Francisco de Paula Santander-Iconografía*, Banco Santander, Bogotá, 1984, p. 36.

³⁴⁷ Cf. Moreno de Ángel, *Santander...*, op. cit, p. 382.

³⁴⁸ Grillo, "Santander, el organizador...", op. cit., p. 181.

hecho militar de Bolívar en tierras venezolanas. No en balde otros jefes, Piar y Mariño entre ellos, no hallaban nada descabellado el equiparar sus propios méritos con los de Bolívar. Pero Boyacá alumbró al Padre de la Patria³⁴⁹.

Vicepresidente de Colombia durante muchos años, su cercanía e intimidad epistolar con Bolívar colapsa finalmente, no tanto en virtud de desacuerdos sobre la constitución boliviana cuanto debido a su infatuación con una indisputable concentración del poder civil en la Nueva Granada, adonde no sólo funge como lugarteniente del poder ejecutivo: también ejerce –de facto– como líder del legislativo. Los titubeos de Bolívar a la hora de detener a Páez lo llevan a aplaudir una insurrección anti-boliviana de legitimidad dudosa y a poner de manifiesto la intensidad de su doble vinculación a los gestos militares y constitucionales: la crisálida –el militar obediente– se estaciona como candelilla (mandatario) en los fueros de la ley. Autoritario, alardea del poder. Pisotea sus propios estandartes leguleyos: incurre en el abuso extra-jurídico. Repite escenas de la excepcional guerra a muerte del supremo Bolívar y sus secuaces venezolanos.

El Militar de las leyes

Según la muy citada sentencia de don José Manuel Restrepo, **‘Criado en los campos de la guerra de independencia, Santander era duro, despótico y no sufría sin irritarse contradicción ni oposición alguna’³⁵⁰**. Pero al asumir como vicepresidente, desaparece la obediencia³⁵¹ en las marcas castrenses de

³⁴⁹ Carrera Damas, *El culto a Bolívar*, op. cit., p. 103.

³⁵⁰ Lemos Simmonds et al., *Francisco de Paula Santander–Iconografía*, op. cit., p. 52.

³⁵¹ La anuencia de Santander a la defección de las tropas de Baraya (de Cundinamarca a las Provincias Unidas) plantea por

su carácter: **‘Bolívar debió convencerse [...] que si Santander, como militar, jamás vacilaba en obedecer puntualmente sus órdenes, como magistrado [...] tenía entereza para sostener la independencia de su puesto’³⁵²**. La dualidad entre carácter militar y carácter leguleyo habría de pautar en lo sucesivo unas posturas oscilantes entre la ejecución y la inejecución del derecho. Un ejemplo elocuente de lo anterior lo encontramos en el cauteloso aval otorgado a Bustamante, el insurrecto del Perú. A una carta de agradecimientos, fechada en Bogotá del 14 de marzo de 1827, se superimpone por otro lado la sombra amenazante de la caución constitucional: **‘Si Bustamante ha vendido sus servicios al Perú, que lo fusilen después de ponerle una corona de encina y grana por sus hechos del 26 de enero’³⁵³**. En la fórmula de la soberanía bicéfala, Santander y sus abogados se reservan la facultad de avalar o no los actos militares del presidente y el vicepresidente usurpa buena parte del fuero de aquél. Tras señalar instancias de esto en la ejecución sin fórmula de juicio de los prisioneros españoles de Boyacá, Jaime Duarte French destaca el alarde de poder asociado a tan fulminante determinación: **La reticencia histórica se funda, a nuestro parecer, en las fallas de procedimiento que le restaron severidad jurídica al acto y lo convirtieron en un simple alarde de poder, inútil y reprochable hasta el máximo, tanto más cuanto el gobierno acababa de iniciar su vida institucional bajo la solemne prevención de observar todas las formalidades que el Estado prescribe para la promulgación y ejecución de**

primera vez la incondicional obediencia del joven Santander a un superior inmediato. Cf. Moreno de Ángel, *Santander...*, op. cit, p. 75.

³⁵² Restrepo, “Santander”, op. cit. Cita del General Posada Gutiérrez en la p. 90.

³⁵³ Moreno de Ángel, *Santander...*, op. cit, p. 390.

sus mandamientos³⁵⁴.

En este contexto debería evaluarse el aval concedido por Santander al código boliviano. Rezan así sus alabanzas del 19 de julio de 1826: **Todo el discurso es eminentemente magnífico [...] Espere usted infinitos aplausos de los liberales de Europa [...] Muchos enamorados tiene su discurso. Vamos a imprimirlo, y no dudo que se hablará bien del proyecto, al menos donde yo pueda tener algún influjo.** A estos elogios los precede una invocación coyuntural de los fueros de la diarquía Libertador-Hombre de las Leyes, dentro de la cual corresponde ahora a Bolívar reprimir al insubordinado venezolano: **Supuesto, pues, que no debe usted venir a desempeñar el gobierno, éste debe autorizarlo plenamente, como lo estaba usted en el sur, para que siga a Venezuela con un ejército a arreglar todo aquello**³⁵⁵.

De manera que no es descabellado imaginar a Santander, en la vena del doctor Urisarri, como un tirano constitucional: **El Congreso no era sólo su colaborador, sino su más fiel aliado, limitándose muchas veces a ratificar las decisiones de esa 'voluntad soberana'. Hubo negocios, inclusive, en que el vicepresidente [...] sustituía en sus funciones al parlamento, casi sin que éste se diera cuenta, pues siempre tenía el buen cuidado [...] de someterle a consulta las cuestiones más delicadas, sobre todo si al decidir las él personalmente dejaba muy al descubierto sus íntimas intenciones**³⁵⁶.

Sinopsis de un heroico vacilante

En su juventud obedece irrestrictamente al código militar. Fiel a Baraya, Castillo, Serviez o Mac Gregor, desobedece

³⁵⁴ Duarte French, *Florentino González*, op. cit., pp. 45-46.

³⁵⁵ Cf. Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit. Correspondencia citada en pp. 592-593.

³⁵⁶ Duarte French, *Florentino González*, op. cit, p.81.

al Congreso de las Provincias Unidas. En el Casanare revierte en adalid irrestricto del código civil, anticipando su conducta ulterior frente a la insurrección de Páez. Bartolino diabólico, avala y simultáneamente censura el levantamiento de la tercera división colombiana acantonada el Lima; soslaya la conspiración septembrina de sus secuaces leguleyos pero, en principio, acepta fungir como ministro (embajador) del gobierno cesarista que dice detestar.

Santander nuevamente denostado

Si continuamos revolviendo uno con otro texto de Sloterdijk, cabría decir que habría un modo heroico y otros cuasi heroicos de venir-al-seno-del-mundo; el contrapunto establecido entre el héroe y el vacilante ubicaría a los héroes fallidos en un grado civilizado de lo heroico, domado o domesticado; de dicho heroísmo controlado habría surgido la figura de Santander, rival y cercana a la figura del campeón monolítico, pero igualmente presta a colapsar en la muy civil y patética figura del paladín fracasado que apenas conoce la condición heroica en dosis homeopáticas.

Heroísmo hipocondríaco

En tanto el héroe monolítico y positivo despliega su fuerza contraatacando el mundo primigenio hostil, permanecen los neurasténicos en su vida disgustada como envueltos en un perpetuo combate indeciso³⁵⁷.

Un síndrome de supervivencia ubicuo en oligoelementos conforma el fundamento de las más altas civilizaciones. A él pertenecen los buscadores de arrimo y los toxicómanos, los dóciles y los irritados, los expectantes y los insumisos, los furiosos y los malhumorados³⁵⁸.

³⁵⁷ Sloterdijk, *Extrañamiento del mundo*, op. cit., p. 36.

³⁵⁸ Ibidem, pp. 35-36.

Mientras que sus hagiógrafos afilian a Santander al despliegue heroico, los adoradores de Bolívar destacan los rasgos vacilantes en la conducta de aquél, acercándolo a la figura del farsante. En dicha línea vale la pena detenerse en algunas líneas de Fernando González, cuya vituperación de Santander corre paralela a su idolatría de Bolívar.

La caricatura debida a la pluma de González, anticipa al Liévano Aguirre que identifica a Santander con otros héroes del nacionalismo criollo, empecinados en forjar *patriecitas*, a contrapelo de la unificación del género humano propugnada por Bolívar.

Para el autor antioqueño el carácter de héroe nacional del prócer granadino encarna la mezquindad arrogante de los límites. El Hombre de las Leyes es el embrión de una clase política apuntalada desde entonces en el fraude electoral.

Fronteras y héroes nacionales

- Bolívar es el Libertador, lo cual significa quebrantador de fronteras: formas históricas y psíquicas.

San Martín, Santander [...] son creadores de fronteras, héroes nacionales. Bolívar representa el impulso latente que va unificando al género humano a través de la historia; los demás, al elemento conservador. [...] Los semejantes a Bolívar se llaman semidioses; los otros son los *héroes nacionales*. [...]

¿Cuál es el impulso de los héroes nacionales? Gobernar la Nueva Granada y gobernarla tras el escudo de las leyes y la intriga electoral.

- Creemos que tal deseo [hacer de Santander un héroe nacional] responde a la necesidad de crear las fronteras con Venezuela.
- No tenía intimidad. Porte grave, repelía el acercamiento como el tronco erizado de la palma de corozos; encarnación de la noción de frontera.

- ¿Cuál es el impulso de los héroes nacionales? Gobernar la Nueva Granada y gobernarla tras el escudo de las leyes y la intriga electoral.
- Tenemos pues, que el bulto que llevaba Manuela Omaña Rodríguez era nada menos que [...] la actual República de Colombia, partidos conservador y liberal, Ospinas, Obandos, López, Olayas y Santos: era un bulto de dinamita. Manuela gestaba al *Hombre de las Leyes*...³⁵⁹

Mientras que el único exponente conocido de la pedagogía de Rousseau sabía retirarse en la derrota para fortalecer la contextura de su genio –nos dice–, este engendro del derecho y de los clérigos, astuto y advenedizo, tutelaba oscuros designios en los santuarios de la huida.

*Retiradas del genio natural
y fugas del engendro clerical*

- Pero el ‘Emilio’ o arte de formar hombres no ha sido aplicado sino una vez en Caracas, por el maestro más propio y en el niño más apropiado. Caracas es ciudad divina.
- Al uno [Bolívar] le repiten que todo el mundo lo tiene dentro de sí, que todo lo puede extraer de sí mismo. Al otro [Santander] le enseñan *la forma de proseguir, definir y terminar los juicios ejecutivos y ordinarios, tanto civiles como criminales*. [...] *Al uno: loco es el que pretenda estorbar que nazcan las pasiones. Al otro: peca, pero confíesate*.
- Bolívar se retira siempre a las islas después de sus derrotas, para acumular sentimientos e ideas universales, que luego consume en estos antros de egoísmo de Suramérica.

³⁵⁹ González, *Santander*, op. cit., citas en las pp. 10, 19, 27, 10 y 27, respectivamente.

- Un cura, su tío Nicolás Mauricio, vigiló la cuna y sus estudios, y como diez clérigos le rodearon en su cama mortuoria.
- Cuando era un hombre de 22 años (no le llamaremos joven porque nunca lo fue) [...], parecía] de 35 años, por el cuerpo grueso y por las huellas [...] en su cara. El Hombre de las Leyes nace viejo; las ordenanzas tapan el manantial de la vida.
- [E]ducado por Santafé para ser el hombre del enredo, de los subterfugios [...] hijo de [...] gente pobre que todo lo mendigó: *yo se lo debo todo a mi patria* [...], descendiente de familia que se oculta: casi nada se sabe de sus padres, hermanos y ascendientes.
- Genio del escape, la fuga y el misterio. Sus retiradas de Ocaña a Piedecuesta y luego a los Llanos de Casanare son obras maestras de la fuga.
- El Coronel huye a Los Llanos, llevando la latencia granadina que estallará en la conspiración de 1828³⁶⁰.

A este denostador lo crispa su propia etnia. Atribuye a los ancestros antioqueños del prohombre cucuteño tanto el fundamento como las afinidades de su carácter cicatero. Al igual que a algunos de sus paisanos decimonónicos, contempla a nuestro primate deformado en la perniciencia conventual y leguleya de dos urbes del Nuevo Reino, sórdidas capitales de una jurisprudencia geriátrica y delirante. Lo percibe luego como el prosaico superviviente de la masacre concitada por tan imbéciles turbas del derecho.

Fariseísmo conventual

- Apuntaba para publicarlas las limosnas que daba, como los antioqueños.
- En todo antioqueño habita el usurero. Zea se enamora de Francisco de Paula; le adivina el futuro.

³⁶⁰ Ibídem, citas en las pp. 37, 39, 115, 27, 96, 52, 106 y 115, respectivamente.

Apenas le ve ahorrar, le llama hijo mío. Presiente que muy pronto gastarán juntos algún empréstito...

- ¡Dos antioqueños en el Orinoco! Se unieron Zea y Santander con los estrechos vínculos de la usura. [...] entablarán la más bella negociación: casarse Santander con la hija de Zea, de trece años, a quien no conoce... Santander, más vivo, destruyó sus cartas, pero se conservan las del otro³⁶¹. En lo que se refiere a la publicación de limosnas, es factible que González se refiera a estas palabras de los *Apuntamientos* de Santander: muchas viudas de los mártires de la independencia y de los de la libertad han recibido pensión mensual de mi renta; he pagado la educación de algunos huérfanos, he auxiliado con dinero las escuelas públicas y casas de educación, he socorrido a los arruinados por los terremotos de Pasto y Santa Marta, he ayudado a reedificar iglesias, he dado de comer a los hambrientos y de vestir a los desnudos, he...³⁶²

- Zea, los Restrepos, Uribes, Córdoba etc., actuaron entonces, pero no con personalidad antioqueña. Su acción no fue representativa de tendencias raciales, pues Antioquia estaba amorfa. Intervinieron en calidad de educados en Bogotá y Popayán o influenciados por tales centros. De ellos, Córdoba fue el único indicio de la raza. Los Restrepos fueron escribas, funcionarios payaneses. Zea era apenas antioqueño en cuanto amaba la plata. Pero en todos ellos se alcanza a percibir algo de rabino y de prendero, porque la sangre antioqueña es como la tinta china.

- Las tierras altas atraieron conquistadores frailunos y letrados. Acceso difícil, en ellas quedaron encerrados, teologando y fornicando. Santafé y Quito,

³⁶¹ Ibídem, citas en las pp. 149 y 26, respectivamente.

³⁶² Cf. Rodríguez Plata, "Santander regresa...", op. cit. p. 325.

Pasto y Popayán, paraísos del monasterio, chocolate, latín y Derecho.

- Apenas fundaron en España Junta Suprema para defender los derechos de Fernando VII contra Napoleón, a los viejitos jurisconsultos de Santafé se les alborotó la jurisdicción y cada uno quiso formar una Junta Suprema.
- Este formulismo era el que estaba aprendiendo nuestro hombre. Observemos los distinguos formalistas: *proseguir, definir y terminar*. [...] Aquí termina su aprendizaje, y en 1816 no quedará sino él, Francisco de Paula, que huye a los llanos de Casanare. A los otros, a los jurisperitos, llega Morillo y los fusila o ahorca³⁶³.

Para González Santander representa el atávico acecho granadino. Hasta la Grita o los cuarteles del Casanare debe remontarse el examen de maniobras zalameras como las que utiliza para envenenar a Páez. Desde su juventud habría minado este leguleyo el legado de Bolívar, anticipando el nacimiento de cuatro naciones pusilánimes.

El demistificador señala cómo esto no aparece en el padrón de los escribas oficiales de la historia de la independencia. Y celebra enseguida el alcance de las técnicas de reconstrucción paleontológica en virtud de las cuales podemos exhumar hoy al indefectiblemente jesuítico, repetidor compulsivo del toma y daca de su tío el canónigo.

Realidades tras un archivo encubridor

- En [los] **apuntes de Caballero vemos el odio** [que profesa Santander], **desde la conspiración de La Grita, contra los venezolanos. Nueva Granada, repetimos,**

³⁶³ González, *Santander*, op. cit., citas en las pp. 20, 43, 34-35 y 35, respectivamente.

era realista, apenas quería gobernar en nombre del rey Fernando. Le repugnaba la energía.

- Los mismos partidarios de Bolívar en el Congreso le ponían trabas a su acción; estaban envenenados por el espíritu de Santander, que gobernaba a través de don Custodio. Este triunvirato ejercía entonces la presidencia.

- [S]oldado de pluma, como le llamarán despectivamente los llaneros de Venezuela; [...] Está saturado de Derecho Constitucional, pero sabe ya manejar el arma y conoce a los hombres y sus debilidades.

- [S]us cartas más tiernas, más delicadas, de más fina psicología, serán siempre para Páez... ¡Son Venezuela y la Nueva Granada!

- Queda explicado que ni los antioqueños, ni los caucanos y pastusos [...] tuvimos parte o culpa en la formación de esta república clerical y masónica que celebra ahora, en mayo de 1940, el primer centenario de la muerte del general Santander.

- Pues Santander es superior a César Borgia: más lento y más limpio en el asesinato. [...] Fingió amor y admiración por Páez [...] En tres meses quedó Páez dueño del llano entre Arauca y Apure. [...] ¿Qué aprendió allí Santander? A conocer a Páez (Venezuela). Salió en potencia el que ejecutaría la obra de 1828: LA CONSPIRACIÓN, de la cual nacieron cuatro repúblicas-vergüenzas: Panamá, Ecuador, Venezuela y Colombia.

- Las fuentes de la historia oficial colombiana acerca de Santander son la obra de José Manuel Restrepo y las BIOGRAFIAS de J.M. Baraya. ¡Pues ambos escribieron bajo el dictado de Francisco de Paula Santander!

- Al Santander de los cinco meses de mando en Casanare nadie lo conoce, porque el Libertador no tenía alma delatora [...] y porque la historia al

respecto fue escrita por Santander y su empleado José Manuel Restrepo.

- No llamemos *historia* los veinticuatro tomos del Archivo Santander: son documentos que dejó para cubrirse: monedero falso.
- En su tiempo ya se reconstruía un esqueleto con el hallazgo de un solo hueso; pero no las figuras morales. Nunca sospechó que llegaría el momento en que un solo párrafo de su literatura encubridora nos serviría para resucitarle³⁶⁴.

Un toma y daca clerical

- Si alguna vez riñeren y don Nicolás observare: *Acuérdate que me dijiste... Santander le responderá: ¿Ese día?... Ese día, tío, yo le consolé; sacrifiqué el ímpetu de mi niñez, que me impulsaba hacia la multitud, por consolarle a usted en su fracaso de orador... Así será toda su vida: ‘¿Traicionar yo al Libertador? Tres veces le he salvado la vida y bregué incansablemente por evitarle el abismo de la dictadura sombría del año 29...’ ‘¿Asesinar yo a Mariano París? A todos les consta el amor que profesé a Mariano, mi compañero de armas, y todo lo que he amado a esa familia de Parises’.* (Véase *Apuntamientos para la historia de Colombia y la Nueva Granada*, por Santander).

[Aquí se puede] paladear la perfección a que llegó esta alma grande en la hipocresía.³⁶⁵

Soldados y gobernantes

Después de Boyacá, Santander y su séquito de abogados naturalizan esa diarquía en la cual forcejean el mando

³⁶⁴ Ibídem, citas en las pp. 112, 80, 135, 21, 139, 121, 163, 23 y 61, respectivamente.

³⁶⁵ Ibídem, p. 56.

civil y el militar, hasta la enervación definitiva de la confederación gestada por Bolívar.

La ubicación de nuestro primate, en el umbral que une o separa la tinta leguleya de los alamares del oficial, complica un poco su consagración heroica. No es éste el caso de Bolívar, cuyas retiradas, ejercicios maquiavélicos y derroches literarios pocas veces se interpretan como ambivalencias. En la imagen que domina las percepciones de su oficial posteridad, al comandante caraqueño se lo aparta inveteradamente del umbral del coraje vacilante. Por eso a los impugnadores de Santander los persigue el estigma de la herejía mientras que a los detractores de Bolívar los esperan en el manicomio³⁶⁶.

Resulta irónico que la integridad del prócer cucuteño se cuestione justo adonde éste habría reproducido la severidad sanguinaria del gran primate de la guerra a muerte venezolana. El general granadino parece haber lucido entonces el hábito de Savonarola y, si cabe la expresión, encarnar una versión secular (benthamita) de los paladines de la inquisición.

De lo anterior habría dado fe su cámara ardiente, en pleno corazón del plantel bartolino henchido de una nueva generación de privilegiados leguleyos, entusiastas de los últimos gritos de la ilustración.

Camarilla originaria

**Santander ama el poder, el prestigio, la gloria.
Retirado de los ejércitos en acción, su absorbente**

³⁶⁶ Yo imagino a un destructor de la Nacionalidad mostrando a Córdova patológico, a Nariño leguleyo, a Caldas plagario, anodino a Torres o mezquino a Francisco de Paula Santander. No cito luchas estériles contra el fantasma divino de Bolívar, porque son locas y merecen compasión. Augusto Ramírez Moreno, "Santander arquetipo", en *Escritos sobre el general Santander*, Colección de oro del militar colombiano, vol. XI, tomo 1, Bogotá, 1980, pp. 197-211, cita en la p. 201.

temperamento lo lleva a buscar esas formas de triunfo en el campo civil, entre gentes de levita y letrados ambiciosos, dispuestos a secundarlo en todo momento ³⁶⁷. Santander cataliza séquitos diversos e irregulares de ciudadanos en uniforme, enfrascados en una competencia de sumisión frente a sus dictados de general ³⁶⁸; fenómeno originario de esa variable proliferación de camarillas plurales y virulentas dedicadas al culto y a la protección de un patrón asimismo protector, como esa que en el presente se ha conocido como coalición uribista: **No valía la pena exponerse de cuerpo entero, si se contaba con auxiliares de gran flexibilidad, listos en todo momento –Minute Men– [...] Las gentes ordinarias les daban el nombre de *santanderistas*. [...] El santanderismo [...] carecía de idearios, de tesis, de estructura ideológica, de mística, de organización y de jerarquía. [...] Sólo era un equipo de lucha, un grupo de trabajo al servicio de Santander y no propiamente del país: [...] creó] una mentalidad y una modalidad de naturaleza tan definida, que ha logrado impregnar con ellas de manera viva e intensa todo el desarrollo posterior de la política colombiana**³⁶⁹.

Oficiales y guerreros liminares

Max Grillo señala así la paradójica identificación de los historiadores letrados con los valientes llaneros analfabetas que menospreciaran a Santander por ser un **oficial de pluma sin disposición natural para la guerra: No poseía capacidad para la guerra Santander, sin duda porque ya había leído obras célebres en el mundo sobre táctica y estrategia [...] Para el académico Baralt era indispensable, para ser un buen general, ignorar todos los conocimientos. Que así pensasen, con instintiva nesciencia, los negros**

³⁶⁷ Duarte French, *Florentino González*, op. cit., p. 42.

³⁶⁸ Cf. *Ibíd.*, p. 66.

³⁶⁹ *Ibíd.*, pp. 81-82.

primero y segundo en los llanos de Apure, era natural. Pero que un escritor distinguido como Baralt diga semejantes cosas [...], es sencillamente deplorable³⁷⁰.

Para otro intérprete, Santander no habría sido tal erudito de la guerra; en el contexto caótico de la guerra de independencia su carácter letrado habría hecho gala de la valentía del bárbaro: **El concepto de la guerra de batallas, con su oficialidad y sus Estados Mayores, se abandonó por inútil [...] En aquel mundo revuelto, en aquella anarquía mal disfrazada por una jerarquía de militares, [...] este neogranadino de incuestionable origen civilista no renegó de la herencia. Fue un guerrero a la altura de Páez, pero también un letrado en esa época y ese sitio³⁷¹.**

Merece la pena contrastar el umbral del oficial de pluma (entre la guerra y las letras) con el quicio de las huestes amorfas del Casanare, centauros demoníacos, ni granadinos ni venezolanos³⁷²: comparemos estas dos figuras del umbral en materia de consagración heroica: a la gloria de Santander la complican la dualidad de sus insignias (civiles y militares) mientras que los llaneros analfabetas y semidesnudos se resisten al canon de la fama en razón de su carácter demoníaco, nacionalmente indefinido: constituyen una cantidad prodigiosa pero deleznable, inidentificable en materia de las insignias militares o civiles de la posteridad.

Savonarola

Don Laureano García Ortiz compara a Santander con Savonarola, en una formulación de la cual se distanciará enseguida, contrito, abrumado por las presuntas razones de la historia: **Fue tan sólo hombre de Estado, de vieja escuela española, quizá como Fernando V de Aragón. De ahí vino su impasibilidad ante el cadalso legal. [...] Crueldad sin odio, sin**

³⁷⁰ Grillo, "Santander, el organizador...", op. cit., p. 175.

³⁷¹ Tamayo, "Santander", op. cit., pp. 178-179.

³⁷² Cf. supra, 'Centauros y oligarcas'.

voluptuosidad, como la de un santo que quema herejes³⁷³.

Otra será la frialdad recalcada por Laureano Gómez tras la ejecución de Barreiro y sus hombres: **veinte días después de haber cambiado arreos militares por civiles mostró depravada crueldad [...], en las circunstancias de haber salido a cantar entre los cadáveres, rodeado de gente soez y de dar banquete esa noche en palacio con el vino tomado de la despensa del virrey³⁷⁴.**

Bentham

Del fanatismo benthamita de Santander (quien presuntamente estaba **tan prendado de Bentham que siempre lo tenía abierto sobre su mesa de trabajo³⁷⁵**) tendríamos prueba en una de sus cartas a Joaquín Mosquera, determinando el estudio del filósofo utilitarista en la Nueva Granada: (Bogotá 9 de julio de 1836): **Dios quiera que Bentham no nos haga derramar sangre; por mi parte solo a puñaladas me arrancan órdenes contrarias a las que he dado.** Tras una determinación así de firme quizás asoma la imagen del filósofo utilitarista, avalando a Santander en su querella con Bolívar, según se infiere de la entrada correspondiente al 5 de julio de 1830, en la bitácora de su exilio europeo: **Comí hoy con Jeremías Bentham. Este es un anciano de más de 80 años, alegre, bajo de cuerpo, gordo, robusto, pelo enteramente cano que le cae por las espaldas, vestido antiguo y sencillo, sin corbata ni nada de afeite. Costumbres patriarcales, trato franco y ameno, cabeza despejada aunque ya olvida los nombres de las personas, talentos vastísimos y algún tanto de vanidad. Antes de comer nos paseamos por su pequeño jardín, me mostró la**

³⁷³ García Ortiz, *El general Santander Hombre de las Leyes*, op. cit., pp. 48-49.

³⁷⁴ Gómez, *El mito de Santander*, op. cit., p. 98.

³⁷⁵ Restrepo, "Santander", op. cit., p. 89.

casa donde vivió el célebre poeta Milton, que ahora es de él [...] Durante la comida hablamos de Colombia y de Bolívar, y sus opiniones son eminentemente liberales. Dijo que no había tirano que no tuviera su Timoleón, y que esperaba que no fuera Bolívar la excepción de esta regla consoladora para la libertad. No era novedosa esta implicación de Bentham en los asuntos suramericanos; tiempo atrás había ofrecido a Bolívar cupos en su escuela de Hazelwood³⁷⁶. Por lo demás, los resultados de esta enérgica resolución secularizadora habrían dejado mucho qué desear: La educación, que pretendió fundar en 'los valores propios de las stirpes sajonas', se redujo a inculcar, como quien prensa un embutido, el culto del benthamismo y de las logias masónicas, sin que por ninguna parte aparecieran los protocolos de la ciencia o de la técnica en sustitución de la teología y el derecho [...] Los sacerdotes dieron paso a los demagogos, y el 'excesivo gusto por la burocracia' de los españoles no sufrió ninguna merma en el hombre colombiano³⁷⁷.

Inspiración fúnebre

Durante tres días tuvieron expuesto el cuerpo de Santander, embalsamado y con gran suntuosidad fúnebre, en varios lugares; y recuerdo que le visité con infantil veneración en la Iglesia de la Veracruz, en la sala rectoral de San Bartolomé y en la Catedral.

Parecióme ver la imagen de un grande hombre de los tiempos antiguos, y su fisonomía grave y tranquila en el reposo de la muerte, me causaba una emoción casi religiosa [...]. Comprendí que la gloria era una cosa imponente y sublime, que el patriotismo tenía su aureola superior a la muerte [...]. La idea de la gloria me asaltó desde entonces, y el patriotismo apareció a

³⁷⁶ Cf. Moreno de Ángel, *Santander...*, op. cit., p. 334.

³⁷⁷ Duarte French, *Florentino González*, op. cit., p. 52.

mis ojos no sólo como un deber que ya comprendía, sino también como un resultado necesario del destino inmortal del hombre. Otro tanto me sucedió, tiempo adelante, con [...] el doctor Vicente Azuero y otros hombres importantes. Es cosa notable en mi vida, que las impresiones más decisivas de mi vocación y mi modo de ser me hayan venido de la contemplación de algunos cadáveres³⁷⁸.

Neurastenia originaria

En términos de la dualidad héroe-vacilante, a Santander corresponde la esclavitud del mando. De ahí el comportamiento zalamero, la entrega irrestricta a las relaciones públicas, el calculado equilibrio de los gestos de jactancia, adulación y condescendencia. Pero –según hemos visto– ello no le exime de pugnar en el campo de la soberbia heroica, acorde a su nominación como alter ego de Bolívar. No obstante, algo separa la sublimidad heroica de la sordidez del mando. Los gestos monstruosos del héroe asumen en su delegado un cariz bufonesco. Santander representa a ese estamento burocrático que cuestiona el carácter mágico del poder, a ese conjunto de parroquiales oligarcas que pone en entredicho al príncipe militar³⁷⁹. Sus presuntos gestos jocosos y populistas pueden leerse entonces como breves distensiones en la pesada seriedad de la neurastenia jurídica.

Jactancioso y condescendiente

De Santander, José Manuel Groot dice **‘que era muy popular y alegre y alternaba con la mejor sociedad,**

³⁷⁸ Samper, “Santander en 1840”, op. cit., p. 109

³⁷⁹ Bolívar y el grupo comandado por Santander personificarían la añeja oposición indoeuropea entre el guerrero y el hombre de aldea. Cf. Jean-Pierre Vernant, *Los orígenes del pensamiento griego*, Paidós, Barcelona, 1992 (1ª edición en francés, 1962; trad. M. Ayerra), p. 38.

con el pueblo y con los orejones de la sabana, campesinos honrados y pudientes’.

Manuel de Pombo, por su parte, asegura que era un hombre hermoso y arrogante, de gran talla, robustos miembros y apostura imponente. La palabra sonora y acompasada caía de sus labios llena de grandeza y gracia, en sus modales la distinción y la dignidad se revestían de soltura y de donaire. Afluente, llano y jocoso en el trato común descendía hasta la última escala social hasta cantar, comer y jugar con el pueblo; pero ni aun entonces dejaba de ser quien era; bajaba él hasta ellos, pero ellos no subían un punto hacia él; poseía el raro don de mantener a cada cual en su puesto, por su mero ascendiente y sin imponerse ni suscitar descontento. Trabajador incansable y severo e incontrastable en el mando, era, fuera de él, el hombre más popular; concurría a las fiestas, bailaba en los bailes, replicaba en los certámenes, jugaba ropilla en casa de sus amigos, visitaba a los religiosos en sus conventos y a los soldados en sus cuarteles, paseaba por las calle, tertuliaba en los almacenes de los comerciantes, estaba, en fin en todas partes, sabía toda la crónica, se adaptaba a todas las situaciones y para todo le alcanzaba el tiempo’.

Asimismo, para Laureano García Ortiz el General Santander fue el cachaco colombiano perfecto, hidalgo y generoso, alegre y cultísimo, de buena preparación intelectual, chistoso y ocurrente, en ocasiones algo calavera, patriota sin ostentación, que gustaba siempre de dejar ver sus pequeños defectos y en vano trataba de ocultar cualidades de gran señor que en todos sus actos se mostraban³⁸⁰.

³⁸⁰ Luis Augusto Cuervo, “La juventud de Santander”, en *Escritos sobre el general Santander*, Colección de oro del militar colombiano, vol. XI, tomo 3, Bogotá, 1980, pp. 769-791, cita en las pp. 781-785.

Orígenes y consecuencias de lo anterior: en el joven Santander priman las obediencias del soldado y del bartolino, eventualmente trocadas en ínfulas de jerarca, de miliciano/sacerdote destinado a las altas posiciones de una Corporación poderosa. El contraataque heroico queda reducido en su caso a los gestos de un Libertador de opereta; aun su muerte se dice precipitada por el malhumor consecutivo a un insolente cuestionamiento de sus presuntos crímenes de guerra: **Fue voz general en 1840 que las injurias parlamentarias proferidas por [Eusebio Borrero] en respuesta al general Santander, cuando éste proponía una amnistía como medio de clamar la insurrección de Pasto [...] determinaron el accidente que causó la muerte de aquél**³⁸¹.

Podría concluirse así que en el heroísmo de Santander predominan los tonos grises y civiles de **los buscadores de arriño y los toxicómanos, los dóciles y los irritados, los expectantes y los insumisos, los furiosos y los malhumorados** de los que nos hablara Sloterdijk³⁸². De ahí las incertidumbres acerca de su valentía: **En toda la acepción de la palabra era un buen jefe de estado mayor. Tal vez injustamente se le negaba su valentía, pues se murmuraba que durante la batalla de Boyacá, por un ataque de cólico nefrítico, estuvo obligado a meterse en una casa, de donde no salió sino después de concluida la jornada. No obstante la maledicencia, aquel cólico no era simulado, pues a su muerte se le encontraron varios cálculos en la vejiga**³⁸³.

En los orígenes de Bolívar prima una clase muy distinta de nerviosismo: **Su alma juvenil [...] sólo había sentido esa voluptuosidad [...] que se llama amor; pero**

³⁸¹ Cf. Camacho Roldán, *Memorias*, op. cit., pp. 117-118.

³⁸² Cf. esta cita en supra, 'Heroísmo hipocondríaco'.

³⁸³ Jaime Duarte French, *Las Ibáñez* [Prólogo de Alfonso López Michelsen], El Áncora Editores, Bogotá, 1987 (1ª edición, 1987). Cita de Boussingault en pp. 117-118.

[en Europa presintió] la existencia de otro sentimiento igualmente poderoso: el que nace cuando el hombre se confunde con las multitudes, los pueblos y las grandes causas sociales, cuya emoción toma la forma de amor a la gloria, de comunicación íntima entre un hombre y todo un pueblo³⁸⁴. 'La corona que se puso Napoleón sobre la cabeza la miré como cosa miserable y de moda gótica. Lo que me pareció grande fue la aclamación universal y el interés que despertaba su persona'³⁸⁵.

Engranada así su persecución de la gloria, es dable conceder a la constitución psíquica de Bolívar el poder de diferir un cólico nefrítico para el final de la batalla. Hipótesis que no debe perder de vista la eventualidad de que, en el mismo héroe, el fragor amoroso pueda prevalecer sobre el deber guerrero.

Paradojas del mando

Relativamente suspendido o amenazado durante la polémica relativa a los fueros de su mando, Santander reanuda el encomio retórico de Bolívar una vez que éste lo asegura en el cargo de viceprimer magistrado colombiano. Meses después, en las mazmorras de Bocachica, su retórica emula la del Bolívar que, tras haberlo laureado como granadino espartano, héroe de Paya y dilecto compañero en la cima de los insignes, procede a proyectarlo sobre una pantalla denigrante.

Retórica vertiginosa

Para el general Posada Gutiérrez, Santander habría vuelto a acceder al cargo de vicepresidente incurriendo en **'una contestación tan humilde, que cualquiera otro que la hubiera escrito habría sido calificado de servil'**³⁸⁶. Sobre este particular dice lo siguiente Jaime

³⁸⁴ Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., p. 63

³⁸⁵ *Ibíd.*, p. 75.

³⁸⁶ Duarte French, *Florentino González*, op. cit., p. 108.

Duarte French: **no había, en realidad, tal servilismo. Era sólo una de las modalidades del estilo literario que Santander manejaba [... según] los sentimientos que en cada ocasión lo embargaban. [...] Este episodio de la autorización de Bolívar para que Santander asuma el mando al partir para Venezuela es legítima picaresca. Desde aquel día –dice Posada Gutiérrez– perdió el general Santander el derecho a ser llamado *el Hombre de las Leyes*. Y no sólo eso. ‘Asegurado ya Santander en el mando, volvió a romper con el Libertador haciéndole la guerra de descrédito, con sus amigos, abiertamente’³⁸⁷.**

Pero también Bolívar participaba de esta liviandad retórica. Pocos años antes de postular a Santander como suprema personificación de la demagogia y la mezquindad granadinas, le escribía así desde Lima (1825): **‘Es un prodigio que un gobierno flamante sea eminentemente libre y eminentemente correcto, y, además, eminentemente fuerte. [...] Este gigante es usted. Es una gloria que dos de mis amigos y segundos hayan salido dos prodigios de entre las manos. La gloria de usted y la de Sucre son inmensas. Si yo conociese la envidia, los envidiaría. Yo soy el hombre de las dificultades; usted el Hombre de las Leyes y Sucre el hombre de la guerra. Creo que cada uno debe estar contento con su lote, y Colombia con los tres’³⁸⁸.** Este elogio se sumó al que había comparado el heroísmo de Santander con el arrojo de los *kamikazes* de las Termópilas. Tan desmedidas exaltaciones no fueron óbice para que el enaltecido no tardara en degenerar, sin aparente solución de continuidad, en pérfido insignificante. El así degradado también habría de suplementar las alabanzas a su amado y nunca bien ponderado Libertador, con una lista de reproches: frívolo monigote, adicto a los arcos triunfales y las

³⁸⁷ Ibídem, p. 109.

³⁸⁸ Tamayo, “Santander”, op. cit., pp. 182-184.

adulaciones, ignorante en materia de economía política y legislación universal, minusválido moral, sanguinario, católico retardatario, perseguidor de abogados y literatos, émulo catastrófico de César, Aníbal, Alejandro Napoleón o Washington y, para colmo de males, parásito del erario público³⁸⁹.

A pesar de esta volatilidad lingüística, los discursos de la ilustración sobreviven a la inconsecuente retórica, en virtud tanto de las apariencias revolucionarias como de las peripecias del poder. De manera que durante su presidencia, el **general Santander estimula hasta el máximo [un] cambio en las ideas y los sentimientos religiosos, no tanto por convicción íntima, como por ganar reputación de hombre avanzado. Y porque sabe, además, que el poder político, para que lo sea en verdad en su más alto y lato sentido, debe operar por fuera de toda influencia que tienda a limitarlo. [...]** ‘En cuanto a los sectores profesionales –anota David Bushnell en su libro *El régimen de Santander en la Gran Colombia*–, el joven abogado, comerciante o burócrata típico era un liberal que creía en Montesquieu, Adam Smith y muchas veces en Bentham; era un anticlerical casi por definición. En realidad, si confiamos en el observador inglés John Hamilton, virtualmente todos los jóvenes de la mejor sociedad de Bogotá, eran no solamente anticlericales sino apasionadamente irreligiosos’³⁹⁰.

El duelo retórico entre titanes o infames –según rece la coyuntura retórica–, opone el héroe del Todo (Libertador continental) al representante del Uno (leguleyo de las fronteras). En este forcejeo se proyecta sobre el contexto

³⁸⁹ Cf. Francisco de Paula Santander, “Juicio sobre la personalidad de Bolívar” (1829), en *Antología política...*, op. cit., pp. 77-82.

³⁹⁰ Duarte French, *Florentino González*, op. cit., p. 41.

histórico una carnalidad del mando que a duras penas decae en razón de los valores liberales. Mientras Bolívar acredita la imagen caduca del monarca constitucional y sobreimpone de esta manera lo que fenece a lo que nace, Santander personifica la radicalidad del nuevo orden constitucional.

Poder encarnado

Recordemos algunos motivos aducidos para coronar a Bolívar: *'Los pueblos –le decía Gamarra– [...] no quieren teorías impracticables; quieren salir de la pobreza y descansar de la guerra que los ha oprimido'* ³⁹¹. En pleno corazón del fervor independentista se recula de las ideologías democráticas. Y las banderas de la nueva constitución se confunden con la figura de Santander. Las mentalidades del momento, y quizás aun las que conciben la radicalidad del nuevo ordenamiento, no parecen estar preparadas para asumir el poder como lugar vacío:

De todas las formas de sociedad conocidas, la democracia se distingue claramente por el abandono de la creencia en la implicación de las relaciones humanas en el universo, pero no menos por el abandono de la creencia en una ley divina de la que sería representante el portador de la autoridad. Eso no quiere decir que el 'lugar' del poder ya no procure a la nación el signo de un 'afuera'. Pero desde el momento en que no es nombrable, configurable; desde el momento en que nadie sabría ocupar el lugar de gran mediador y de gran juez, ese lugar es tácitamente reconocido como un 'lugar vacío'. La separación de lo simbólico y de lo real no es sólo mantenida: lo simbólico es sustraído a lo figurativo³⁹².

³⁹¹ Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit. Cita de la p. 574.

³⁹² Lefort, *La incertidumbre democrática...*, op. cit., p. 33

Libertador conservador

No deja de ser irónico que para Liévano Aguirre la continuidad entre pensamiento boliviano e instituciones coloniales sugiera un modelo original de organización constitucional: para Bolívar **la solución del problema político de América residía en construir, después del gran drama de la guerra de independencia, las instituciones que pudieran representar adecuadamente los dos grandes principios que el pueblo español institucionalizó en la Monarquía y el Cabildo: el bien público y la libertad individual. La constitución boliviana, a diferencia de las inspiradas totalmente por la Revolución Francesa, es un intento original y profundo de incorporar, en nuevas instituciones jurídicas, estos dos elementos básicos de la vida social**³⁹³. Para este autor, mientras que en la Constitución de Cúcuta se consumaba la **claudicación de la inteligencia suramericana ante ideas y sistemas políticos foráneos**, adversos a la existencia de la Gran Colombia³⁹⁴, en el *Discurso de Angostura Bolívar ofrecía a la inteligencia americana la oportunidad histórica de independizarse de la inteligencia europea*³⁹⁵. Quizás en razón de este acto de fe en un presunto pensamiento autóctono, Liévano no se detiene en el rechazo de la dictadura de Bolívar por parte de constitucionalistas y liberales europeos como Benjamín Constant.

El bio-historiógrafo está contrariando aquí una opinión previa, la de don Salvador Camacho Roldán: desde 1819, en la obra de la constitución política de Colombia lucharon **secretamente dos teorías rivales. La de las ideas europeas, de las que era depositario Bolívar, y la de las ideas americanas, alojadas principalmente en el cerebro de Santander**³⁹⁶. Para don

³⁹³ Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., p. 579.

³⁹⁴ Cf. *Ibíd.*, p. 299.

³⁹⁵ *Ibíd.*, p. 297.

³⁹⁶ Camacho Roldán, "Santander", op. cit., p. 490.

Salvador, las ideas americanas se confunden con los ideales del proyecto independentista y el europeísmo de Bolívar con la filosofía positiva de un tiempo ulterior. Bolívar habría señalado lo ineluctable de los hechos (el atavismo de los suramericanos, su condicionamiento histórico y geográfico etc.), anticipando la ideología positivista. Santander, por el contrario, habría cobijado la esperanza y el radicalismo de los ideales independentistas, en línea con **los guerreros de la revolución de los cantones suizos en el siglo XIV, de la revolución inglesa en el XVII y de la revolución americana y francesa en el XVIII** [... convulsiones forjadas en la convicción de] **que aparte de los hechos existentes debían ser tomados en cuenta los hechos nacientes, resultado del movimiento incesante del mundo** ³⁹⁷. Dados antecedentes tan básicamente europeos, es de suponer que para don Salvador el americanismo santandereano deriva del suelo en el cual nacen los hechos de la independencia colombiana.

A pesar de las disparidades evidentes, Liévano Aguirre y Camacho Roldán señalan la dimensión conservadora de Bolívar.

Las ironías: el héroe-aristócrata deviene monigote, y el emergente-vacilante conquista la majestad del mando; el advenedizo arrastrado por la historia a las más altas posiciones gobierna de manera prolongada y contundente, contrario a la timidez dictatorial del campeón vencido, agónico en la resaca de su gloria.

Bastón de mando

Bolívar habría confesado lo incompatible de su autoridad con las pequeñeces del mando: **'Acuérdese usted de lo que le digo: Colombia se va a perder por la falta de ambición de su jefe; me parece que no tiene**

³⁹⁷ *Ibíd.*, p. 493.

amor al mando y sí alguna inclinación a la gloria, y más aborrece el título de ambicioso que a la muerte y a la tiranía’. Así escribe a uno de sus más fieles amigos, al momento de asumir la dictadura³⁹⁸.

El emergente, por otra parte, ejerce el mando sin la flema del aristócrata que, al modo de Bolívar, se afilia a las raíces mágico-heroicas del poder. Esto lo confirmaría el hecho de que otro aristócrata, el presidente Joaquín Mosquera, inicialmente arrogante frente al fracaso del general Urdaneta en su misión de suprimir la insurrección del batallón ‘Callao’, entregara a éste más tarde –y sin empacho–, el bastón de mando, declarándolo Salvador de Colombia³⁹⁹. Años después, el mismo Mosquera reincidirá en su flemático desprecio del mando, expresándole lo siguiente a Santander (carta del 25 de abril de 1833, escrita en Honda): **Solamente la Gaceta me ha instruido de la inadmisión de mi excusa para aceptar la vicepresidencia. Yo no alcanzo a comprender cómo el congreso ha reconocido en algunos consejeros de estado la libertad de aceptar o no el destino, y no me concede a mí el mismo derecho. Siento que usted haya creído imprudente de mi parte el que diese el paso de excusarme. Pero usted se contentó con recordarme el ejemplo de Camilo; y aunque agradezco a usted tal estímulo para seguir siempre el deber de un buen patriota como yo, no me creo capaz de compararme a aquel hombre singular, ni creí tampoco que podía proponérmelo como modelo. [...] miro como una calamidad para mi familia el sacrificio a que se me obliga.**

La dictadura de Bolívar habría sido moderada, también en virtud de una renuencia a asumir el mando de manera prolongada: En calidad de dictador **Bolívar asumió la plenitud del poder, como convenía a la gravedad de la hora. Pero su primera reacción, ya en**

³⁹⁸ Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit. Cita de la p. 648.

³⁹⁹ Cf. Álvarez Restrepo, *Los golpes de estado...*, op. cit., pp. 55-56.

ejercicio de ese mismo mando supremo, fue precisamente la de ponerle un límite, un término infranqueable a su vigencia. No quería que su autoridad se extinguiera al 'establecerse la normalidad', fórmula que tan recursiva resulta a los mandatarios cuando desean arrogarse poderes omnímodos, sino que se remitió simplemente al calendario, señalando por anticipado el día exacto de su extinción⁴⁰⁰ (el día: 2 de enero de 1830).

Lugar quimérico

En términos del secularismo republicano, el monarca constitucional o el presidente vitalicio se asocian a una repelente divinidad del poder. A la luz de ello podrían examinarse las declaraciones de Bolívar en el Congreso de Cúcuta. El héroe a quien habrá de infatuar una aspiración a la presidencia vitalicia (código boliviano), lo irritan y repelen ya las minucias del mando: **Nombrado por el congreso de Venezuela presidente interino del Estado, y siendo vuestra representación la de Colombia, no soy yo el presidente de esta República, porque no he sido nombrado por ella; porque no tengo los talentos que ella exige para la adquisición de su gloria y bienestar; porque mi oficio de soldado es incompatible con el de magistrado; porque estoy cansado de oírme llamar tirano; y porque mi carácter y sentimientos me oponen una repugnancia insuperable**⁴⁰¹. La gloria vitalicia del campeón reclama desde entonces su muerte-consagración en la efigie del Coloso. En la misma medida, el trabajo sucio de la conspiración septembrina, al exceptuar a Santander, coloca al tirano constitucional en un espacio ajeno a la minucia de las órdenes: uno

⁴⁰⁰ Duarte French, *Florentino González*, op. cit., p. 135

⁴⁰¹ Acta 2ª, *Actas del Congreso de Cúcuta, 1821*, Tomo I, Biblioteca de la Presidencia de la República, Administración Virgilio Barco, Bogotá, 1989 (1ª edición, 1923), p. 5.

que lo aparta, en la conjura, de la vulgaridad secuaz de su (co)mando.

Arco triunfal

El emergente usurpa finalmente la iconografía gloriosa del semidiós: sus edecanes europeos, sus efigies litografiadas o perfeccionadas en el Viejo Mundo, su majestad en los salones. Ha conseguido que la cuna carismática del campeón se confunda con la irresistible mundanidad del alto burócrata, del gran ciudadano en uniforme: observador puntilloso de las apariencias jurídicas, tendrá reclamados sus sueldos pendientes desde los umbrales del exilio, defensivo ante cualquier impugnación de su potestad por razones vulgares.

Es importante revisar los móviles de este recato. Si nos detenemos en la conducta observada por Santander durante la insubordinación de Páez, sus motivos tendrían menos de escrúpulos que de jesuíticas valoraciones de la coyuntura o del juego de las apariencias. Encarnan una sensibilidad que medra en salones donde el héroe vale tanto como el supremo vacilante. Éste termina transformándose así en nueva víctima propiciatoria del naciente orden democrático, en primate envenenado por la obligación de deponer la carnalidad magnífica de sus alamares de libertador, asediado por las literarias levitas de sus aduladores y compañeros, arrancado –en aras de su pose liberal– de la cumbre en la cual bebía el olvido de su propia insignificancia. Ancestro totémico reclamado, a la par, por conservadores y liberales draconianos.

Ícono

Edecanes: Pedro Bonaparte venía invitado por Santander y con la intención de ser su edecán, nacionalizarse colombiano y residenciarse en nuestra patria⁴⁰².

⁴⁰² Rodríguez Plata, "Santander regresa...", op. cit., p. 314.

Retratos: miniaturas, litografías, acuarelas (algunas sobre marfil) o un altorrelieve en bronce realizado por E. David, se añaden a los óleos granadinos atribuidos al taller de los Figueroa o aquél de José María Espinosa, quien también había diseñado litografías o pincelado acuarelas de nuestro prohombre. Todo culmina en el grabado de Reynolds (grabador del rey de Inglaterra), indigesto para los estómagos republicanos: **el Vicepresidente de Colombia aparece en un vistoso uniforme de húsar, muchas medallas, la espada en una mano y en la otra el rollo de papeles de estado. Es una figura ligeramente estrambótica, que no representa al adalid de la libertad y de la democracia y que en la extensa iconografía del prócer ofrece un aspecto en oposición al medio o a las ideas del Continente**⁴⁰³.

Celebrity status: he aquí un índice de agasajos a Santander en Europa: **Son de recordarse los agasajos como a príncipe con que lo recibieron las ciudades libres y hanseáticas de Alemania, las atenciones de las Cortes, en especial la de Luis Felipe, rey de los franceses, y el cordial acogimiento de personalidades como Lafayette, Chateaubriand, Sismondi, Benjamín Constant, píncesa de Salm, conde de Sainte-Aulaire, Barón de Ternaux, el obispo Gregoire, Arago, Brogniard, David D'Angers, Destutt de Tracy, Bentham, Canning, Rothschild y otros tantos**⁴⁰⁴.

Elegante fariseo

Santander se proyecta majestuoso. Pervierte el dictado de Bolívar de *imitar a la Santa Alianza en todo lo que es relativo a la seguridad política* mediante el eficiente mecanismo de los ejércitos de ocupación ⁴⁰⁵. Esta emulación estratégica se transforma en juego de salón.

⁴⁰³ Cuervo, "La juventud de Santander", op. cit., p. 787.

⁴⁰⁴ García Ortiz, *El general Santander Hombre de las Leyes*, op. cit., p. 141.

⁴⁰⁵ Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., pp. 485-486.

Así lo consigna el *Journal de Commerce* de París, perplejo ante la frivolidad de Santander, en palique con el gran duque de Toscana: **La sorpresa del periódico estribaba en que un monarca, sobrino de Fancisco I de Austria, uno de los reyes más conservadores de Europa y uno de los Fundadores de la Santa Alianza, pudiera invitar y departir amigablemente con el general colombiano** ⁴⁰⁶. Esta comunión de poder con el adversario difiere del protocolo de las conversaciones de paz entre Bolívar y Morillo, dándonos a entender el punto que separa la conducta heroica de su contraparte vacilante: Bolívar **vestía sencillamente una levita azul y gorra de campaña. ¿Por qué este hombre, inclinado a los brillantes uniformes, se presentaba a la histórica cita ataviado en forma tan sencilla, que hacía contraste con el lujo desplegado por su rival?**

Bolívar quiso evitar la ostentación que suelen desplegar quienes desean aparentar más de lo que significan [...] Morillo esperaba encontrar a un caudillo vanidoso y susceptible de ser impresionado por los símbolos del poder tradicional que él representaba y exhibía. En cambio, sólo encontró un hombre sobrio [...] que desde el principio ejerció un dominio absoluto sobre las deliberaciones, por el espontáneo ejercicio de esa voluntad suya que en las más altas posiciones históricas se sentía mejor respaldada por la tradición de una antigua estirpe de señores, que nunca pusieron en duda su derecho a ser obedecidos ⁴⁰⁷. No obstante, esta aguda observación ignora algo que comparten Bolívar y Santander, la ruindad enmascarada por el sobrio atavío (presumiblemente la de las manos ensangrentadas del burgués-aristócrata): **Si la conciencia burguesa se ha puesto tan aseñorada, es por razones semejantes a las que tenía Arsene Lupin para no abandonar la levita; una buena**

⁴⁰⁶ Moreno de Ángel, *Santander...*, op. cit, p. 520.

⁴⁰⁷ Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., pp. 339-330.

ropa supone, *prima facie*, una conducta honorable y una fuerte posición en el mundo. Y esto es lo que la conciencia burguesa estaba empeñada en hacer creer que tenía: honorabilidad y fuerza⁴⁰⁸.

Y así como Bolívar disfrazaba al militar sanguinario de burgués sobrio y señorial, Santander velaba porque sus ambiciones filisteas no comprometieran su soberana majestad, mostrándose al regreso de su exilio, **‘imperativamente obligado a liquidar [una] cuenta [de sueldos atrasados] y obtener el pago de su acreencia, antes de encargarse del gobierno porque de otra manera aparecería, como presidente, interviniendo y determinando esa liquidación y ese justo pago’**. Cobro cuya justificación finiquita así don Laureano García Ortíz: el ex vicepresidente exiliado había incurrido en cuantiosos gastos, demandados por **su propio decoro y el del país del cual había sido libertador y gobernante; había enajenado en Alemania su vajilla de plata y algunas joyas de valor como su alfiler de diamantes, piezas algunas de éstas heredadas de sus antepasados que habían sido pudientes**⁴⁰⁹.

Estratega de las apariencias

Para Santander **lo fundamental en aquella dramática hora [de la insurrección de Páez] no era la supervivencia de las instituciones vigentes hasta 1831, como lo creen quienes le atribuyen un criterio leguleyista, sino obtener de Bolívar que sostuviera la Constitución contra la rebelión de Páez, aunque después, con sutilezas interpretativas, se anticipara a la convocatoria de la Convención Constituyente, para adoptar en todo o en parte el Código boliviano**⁴¹⁰.

⁴⁰⁸ José Luis Romero, *El ciclo de la revolución contemporánea*, Fondo de Cultura Económica, México, 2006 (1ª edición, 1948), p. 67.

⁴⁰⁹ Cf. Rodríguez Plata, “Santander regresa...”, op. cit., pp. 320-321.

⁴¹⁰ Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., p. 595.

Según esta interpretación, Santander, determinado a afianzarse en el poder, esgrime táctica o maquiavélicamente su compromiso con la Constitución de Cúcuta, mientras se emplea de lleno en un pulso por la soberanía. De ello habría indicios en la misiva conminatoria que dirige al iletrado comandante venezolano, exhortándolo a revisar los trances de Camilo, Coriolano, Pisítrato, Mario, Aristides, Cromwell y Napoleón. Es plausible que Páez haya sentido esto como un despliegue humillante del oficial de pluma granadino, tal y como lo comprobarían sus ulteriores palabras a Bolívar: **‘Querido General, tenemos que Morillo le dijo una verdad a usted en Santa Ana sobre que le había hecho un favor a la república en matar a los abogados; pero nosotros tenemos que acusarnos de haber dejado imperfecta la obra de Morillo’**⁴¹¹. Por lo demás, en la correspondencia de Santander encontramos indicios de su forma de conectar letras y gobierno; v. gr. en carta al ministro del interior relativa a los nombramientos de gobernador comandante general y gobernador político para Santa Marta (13 de agosto de 1821, Bogotá): **El 2º destino exige un letrado, ya porque el que lo desempeña es asesor de la comandancia, y ya porque es juez de apelaciones en los negocios de menor cuantía [... el nombrado, Munive, no es letrado] Pero para que él no se resienta, considero de absoluta necesidad que el que se nombre en su lugar sea letrado, de quienes hay una escasez absoluta. Los que pueden servir se hallan en el congreso, donde el bien público requiere que salga alguno con ese destino.**

Acto seguido, propone nombrar al honorable doctor Diego Gómez.

⁴¹¹ Moreno de Ángel, *Santander...*, op. cit, p. 364.

Héroe político

Al heroísmo político del vacilante (valga la enrevesada expresión), a su inflexible determinación de permanecer en la máxima posición de mando, se oponen los estandartes liberales. Ocurre que tras la elección de Márquez como presidente (1837), Santander sufre un trance semejante al de Bolívar frente a Páez insurrecto: **‘varios militares de sangre ardiente que adoraban a Santander’ le propusieron a éste que desconociera las elecciones del Congreso y no abandonara el mando [...]** Pero Santander **‘que apreciaba demasiado su reputación, no quiso empañarla [...], encareciéndoles la necesidad de respetar las resoluciones del cuerpo legislativo’**⁴¹².

Tótem de los partidos

Discípulos suyos –formados a su imagen y semejanza– fueron Lino de Pombo y Rufino Cuervo, jefes espirituales del conservatismo neogranadino; y Francisco Soto y Vicente Azuero, conductores del liberalismo santanderista⁴¹³. Otro comentarista del siglo XX le sitúa asimismo en el fundamento de los principios seculares del partido conservador: **si tomamos en sentido corriente y no filosófico el término liberalismo, es decir, como amor por la libertad, respeto al derecho, garantía para las lenguas y las plumas, tenemos que González Valencia, Restrepo, Concha, Suárez, Ospina y Abadía Méndez, realizaron el liberalismo en el poder y que el país, por tanto, cabe en dos síntesis: el colombiano es católico y liberal; el partido que gobierne [...] es siempre mayoría en Colombia**⁴¹⁴.

Por lo demás, el fervor extático del joven José María Samper durante la cámara ardiente del general

⁴¹² González, “La guerra de los supremos”, op. cit., cita de la p. 190 [Gustavo Arboleda].

⁴¹³ Tamayo, “Santander”, op. cit., p.175.

⁴¹⁴ Ramírez Moreno, “Santander arquetipo”, op. cit., p. 204.

cucuteño sugiere que, en este culto totémico, también ha de incluirse a uno que otro liberal gólgota.

Encarnaciones o quistes del poder: vaivenes de Mosquera

Desde nuestro totémico general de pluma, sugerido a la posteridad como una marea que disuelve la violencia de las armas en el remanso de las leyes (como si en esa calma chicha no latiera terrorismo alguno), Colombia ha conocido una violencia del civilismo fácilmente identificable con su presunto adversario bolivariano. En la pugna inicial de las facciones políticas, el bastón de mando de Santander sufre un revés significativo cuando gana las elecciones José Ignacio de Márquez, quien de áulico pasa a encabezar una variopinta facción opositora que incluye entre sus huestes a partidarios de Bolívar. Podemos apreciar que la casaca negra de Márquez se impone entonces sobre el atuendo marcial de Santander, secundándose, por otra parte, en valores remanentes aún más marciales.

Casacas impuras

En los fanatismos civilistas y militaristas de la primitiva Colombia rige la figura de Santander, dividida entre la gloria del militar libertador y aquélla del campeón de las leyes. Esta imagen dialéctica riñe con aquélla del gladio relevado por la pluma, hasta el punto que sugiere en lo siguiente la presencia de una burda retórica autocomplaciente: cuentan los biógrafos de Santander **algo que define su carácter y su resolución democrática. En su despacho algunos militares se sorprenden de que su espada desnuda aparece cubierta con un breve cuaderno. Es el texto de la Constitución. Y al interrogarlo [...] responde [...]: ‘Significa que la espada de los Libertadores tiene que estar de ahora en adelante sometida a las leyes de la República’**⁴¹⁵.

⁴¹⁵ Otto Morales Benítez, “La concepción democrática de

El perfil del liberal draconiano, marcialmente adverso a la radicalidad de su propio credo, se anuncia por igual en las figuras de Santander y Márquez, quien se opone a aquél desde un **partido que el pueblo bautiz[a] como de la casaca negra**, [conformado por] **la facción del partido liberal opuesta a Santander y sus partidarios y los restos de la antigua facción boliviana**⁴¹⁶.

Pese al sustrato de antiguos bolivarianos que le apoyan, Márquez no deja de suscitar hostilidad en otros tercios de estos mismos ‘libertadores’: **Ahora gobierna Márquez y se comienzan a sentir en toda la nación los gruñidos de los veteranos de la guerra magna, insatisfechos de verse sometido a un hombre de levita**⁴¹⁷. ¿De qué (si no de una tensión nunca resuelta) nos habla esta disputa entre un chaleco negro con socios militares y un soberbio uniforme aliado de las leyes?

Pero este enredo de uniformes y casacas apenas se perfila. Su genuina escena original tiene lugar el 7 de marzo de 1849, cuando la facción conservadora se divide y los resultados del sufragio restringido debe ‘perfeccionarlos’ el Congreso. Según el recuento de don Salvador Camacho Roldán, las barras mayoritariamente liberales ponen entonces muy nervioso a Mariano Ospina Rodríguez, quien pese a la garantía del monopolio de la fuerza que avala a su facción, sumada a una relativa docilidad de las barras frente a los mandatos que las excluyen o silencian,

Francisco de Paula Santander”, en *Escritos sobre el general Santander*, Colección de oro del militar colombiano, vol. XI, tomo 1, Bogotá, 1980, pp. 111-153, cita en la pp. 123-124.

⁴¹⁶ Moreno de Ángel, *Santander...*, op. cit, p. 708.

⁴¹⁷ Alberto Lleras Camargo, “Tomás Cipriano de Mosquera: una vida prodigiosa”, en *Reflexiones sobre la historia, el poder y la vida internacional*, Tercer Mundo Editores/Uniandes, Bogotá, 1994, pp. 64-79, p. 70.

emite un voto empapado de mala leche, dando a entender cierta ilegitimidad del proceso ('Voto por López para que no sea asesinado el Congreso'⁴¹⁸). Pero lo que puede ser más relevante aquí es el hecho de que la figura del pueblo, representada en las Sociedades Democráticas patrocinadas por liberales gólgotas como Camacho Roldán, apenas sí se tolera en las galerías: así de celosa y presuntuosa resulta ser esta democracia censitaria, cuyos dominantes del momento parecen sentirse atornillados a un poder que al compás de los altibajos de las elecciones 'perfeccionadas' por el Congreso escapa de sus manos. Digo esto porque en medio de la zozobra, el general Mosquera, entonces presidente, alcanza a felicitar como sucesor suyo a Rufino Cuervo, de la facción conservadora entonces dominante. Y cuando aparece que el resultado final favorece al liberal José Hilario López, en su crónica don Salvador Camacho Roldán se muestra perplejo acerca del hecho de que Mosquera conceda la victoria a su inveterado adversario, sugiriéndonos que ello obedece al poder la turba:

Cuando a las cinco de la tarde regresaba solo al palacio de San Carlos, lo sorprendió la multitud que [...] al verlo [...] dando vivas al general López, al congreso y al general Mosquera, corrió hacia él y le anunció lo que acababa de pasar.

– Cómo –exclamó con sorpresa–, me habían dicho que el doctor Cuervo era el elegido.

Habiéndole explicado lo ocurrido uno de los presentes, [...] viéndose solo en medio de una multitud inmensa, ejecutó una de las evoluciones propias de su carácter.

– ¡Viva el presidente elegido por el congreso! ¡Viva el general López, presidente de la república! –exclamó en voz llena y arrojando su sombrero a lo alto.

⁴¹⁸ Camacho Roldán, *Memorias...*, op. cit., p. 43.

El gentío contestó con aplausos y vivas al general Mosquera, quien entonces ya no fue dueño de su emoción. [...] Una vez [en su residencia particular], seguido siempre por el gentío, salió al balcón y peroró al público diciendo que sus sentimientos siempre habían sido republicanos y liberales y que la aristocracia era para él una cosa sucia⁴¹⁹.

Aristócrata politiquero

El arrogante general de marras, no era del todo ajeno a conductas que podrían atribuirse en principio sólo a la emergente clase política: Mosquera y sus gentes [trabajaban] los 'barrios' artesanos con cerveza, música, cohetes, *chicha* y asados, peleas de gallos u periódicos. [Trazaban] carreteras para satisfacer este o aquel pueblo, [... estorbaban] constantemente a los seguidores de otros candidatos⁴²⁰.

El sombrero lanzado al aire –acto que Camacho Roldán plantea como acontecimiento o inesperada *evolución propia del carácter* de Mosquera–, pone en escena una primera insinuación del lugar vacío del poder, prácticamente inconcebible para una democracia inspirada en el modelo helénico (alternación de las magistraturas dentro de una comunidad de ciudadanos reconocidos), adverso a esa patencia de lo irrepresentable que deriva de la muchedumbre anónima (contingencias del sufragio universal).

Poder contingente

El número sustituye a la sustancia. Es significativo que esta institución se haya topado durante tanto tiempo, en el siglo XIX, con una resistencia no solamente de los conservadores, sino de los burgueses liberales y de los socialistas; resistencia que no

⁴¹⁹ Ibídem, pp. 43-44.

⁴²⁰ Lleras, *Mi gente...*, op. cit., p. 208.

podemos imputar solamente a la defensa de los intereses de clase, sino que suscitaba la idea de una sociedad llamada en lo sucesivo a acoger lo irrepresentable⁴²¹.

Camacho Roldán da a entender el drama que para el grupo dominante representa entonces su separación del poder. El resentimiento hacia el populismo liberal se expresa con virulencia en la conducta de José Eusebio Caro –totémico precursor de la futura ‘Regeneración’– quien como forjador de opinión pública y como figura visible en la palestra nacional opta por el exilio en lugar de batirse en la arena local. Su caso es apenas uno entre otros que presumen el ineluctable monopolio conservador de las competencias de gobierno y la irremediable impericia de los liberales emergentes en materia de asuntos de Estado.

Caro se presentaba tan insustituible en la contabilidad general de la república como el señor Lino de Pombo en la presidencia del tribunal de cuentas. El cronista sugiere que igualmente dramática habría sido la separación del doctor José Ignacio del Márquez de su cargo como rector del Colegio de San Bartolomé, ejercido durante tres años contra la libre opinión política del alumnado.

En este orden de ideas, la frase ‘Voto por López para que no sea asesinado el Congreso’ condensa una coartada sintomática de los mandarines de la joven república, renuentes a acoger a la plebe en los rituales del sufragio de su república oligárquica y prontos a cerrar filas en torno a una figuración del poder inseparable de un conjunto identificable de patricios⁴²², incluidos aquí,

⁴²¹ Lefort, *La incertidumbre democrática...*, op. cit., p. 49.

⁴²² Los conservadores presentaron los nombres de Rufino Cuervo y José Joaquín Gori, genuinos representantes de dos vertientes del partido en pugna. Gori tenía a su lado grupos de campesinos desarraigados y militares fanáticos de poca

según lo plantea el caso de Ospina Rodríguez, advenedizos dignificados mediante esfuerzos de incorporación a las segregativas instituciones educativas (soldados al bloque excluyente en virtud de lazos matrimoniales con familias más establecidas).

¿Cabría leer simbólicamente la expresión ‘asesinar al congreso’ como ‘liquidar el monopolio de los derechos políticos’?

De ser así, tras de ello latén tanto las ideas constitucionales de Bolívar como las de Santander y su séquito. Cuando Vicente Azuero⁴²³ se expresa contra la insolencia de la nobleza y los privilegios hereditarios o exalta la democracia representativa como destructora de los privilegios de la riqueza (v. gr. los mayorazgos), y de la pernicié de los faccionalismos, cuando plantea este régimen como una panacea igualitaria en la cual predomina el talento, sus afirmaciones riñen hasta cierto punto con su hábil manipulación de los hilos del poder político y económico en beneficio propio, al amparo de oportunos disloques de origen calvinista ⁴²⁴. Este

graduación, regulares del antiguo y extinto bolivarismo. A Cuervo, en cambio, lo rodea la parte civil del partido, aquella culta y distinguida, nombrada progresista y manifiesta como grupo durante la administración de Márquez. Juan Pablo Llinás, *José Hilario López*, Intermedio Editores, Bogotá, 2007 (1ª edición, 1983), p. 131.

⁴²³ Cf. Francisco de Paula Santander, “Paralelo entre el gobierno monárquico constitucional y el gobierno republicano puro con relación a Colombia (1829)” [Impugnación de la 4ª meditación colombiana, **en que el recién aparecido García del Río tuvo la necia temeridad de erigirse en juez de sucesos y procedimientos que él no había presenciado**], en *Antología política...*, op. cit., pp. 289-333; pp. 289-290.

⁴²⁴ Cf. Alfonso López Michelsen, “La estirpe calvinista de nuestras instituciones políticas”, en *Los últimos días de López y otros escritos*, Biblioteca Banco Popular, Bogotá, 1974, pp. 79-147, particularmente la cita de Tawney en la p. 120 y el texto de la p.

constitucionalismo antibolivariano aparece así como una cortina de humo erudita que asume las banderas de un relativo igualitarismo como argumento legitimador o encubridor de las prácticas excluyentes de la democracia censitaria⁴²⁵.

El abominado Bolívar, con su monarquía constitucional, también mitifica un grupo relativamente consolidado en el poder, de manera abiertamente hereditaria y sin disfraces meritocráticos. La complejidad de su pensamiento constitucional, que aparte de los filósofos del momento (Rousseau, Montesquieu, Volney etc.) recurre al 'fondo de la oscura antigüedad' (*Discurso de Angostura*) aparece ante nuestros anacrónicos ojos del siglo XXI como parte de esa misma *episteme* que hibrida el pensamiento ilustrado de franceses e ingleses con el panorama constitucional de la antigüedad clásica. El desprecio del cual hace blanco Bolívar a los señores lanudos que edifican **sobre una base gótica un edificio griego al borde de un cráter**⁴²⁶, bien puede extenderse a su propia retórica, llena de Espartas, Atenas, Solones, Pisístratos, Termópilas, cónsules etc.

Ello riñe con lo alegado por Jaime Duarte French o Jaime Urueña Cervera. Según estos autores la compleja trama de influencias y referencias del republicanismo bolivariano, enriquecida por un conocimiento etnológico aparentemente profundo del continente suramericano, no admite comparaciones con el diletantismo teórico de sus adversarios escolares (bartolinos). A Santander no podría atribuirse la autoría de una tesis de gobierno y de las páginas de Azuero difícilmente podría sacarse en limpio **remanente alguno para la formulación de prospectos**

121.

⁴²⁵ [L]a ficción de un gobierno representativo permite a la burguesía ejercer un gobierno de clase a nombre de la colectividad. Ibídem, loc. cit.

⁴²⁶ Carta a Santander desde San Carlos, 13 de junio de 1821.

doctrinarios ⁴²⁷. Los bartolinos apenas sí habrían desplegado una burda **albañilería constitucional** [... basada en] **moldes previos**⁴²⁸.

Pensamiento republicano original o puramente albañil, lo cierto es que a la luz de la incertidumbre democrática, unos y otros, monárquicos antipardócratas con discurso populista o demócratas censitarios tortuosamente elitistas representan un pensamiento hostil al surgimiento de un poder irrepresentable y en dicha medida se perfilan como republicanos grecolatinos en discordia con las corrientes democráticas de su tiempo.

Monarquía constitucional avala joven república

Palabras de Bolívar, exultante ante el reconocimiento de Colombia por parte de la **señora de las naciones**: **He recibido ayer, con un gozo inefable [...] el reconocimiento de Colombia por la señora de las naciones, la Gran Bretaña. Yo me congratulo a mi mismo, a mi patria y a V.E. [...] Gloria al gobierno que ha sido el arquitecto de esta prodigiosa creación**⁴²⁹.

Examinemos a la luz de lo anterior el gesto populista de Tomás Cipriano de Mosquera al declarar la aristocracia como una cosa sucia. (No olvidemos que este general constituye una recurrente figura del poder pleno y representable: a sus insignias de edecán y secretario de Bolívar agrega aquellas que le señalan como descendiente de héroes, mártires y jerarcas del imperio español⁴³⁰. No

⁴²⁷ Cf. Jaime Duarte French, *Florentino González*, op. cit., pp. 83-84 y 110.

⁴²⁸ Gilberto Alzate Avendaño, "El redescubrimiento del Libertador" (1938), en *Antología del pensamiento conservador en Colombia*, Tomo II, Biblioteca Básica Colombiana, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1982, pp. 703-737, p. 704.

⁴²⁹ Carta de Bolívar a Santander. Arequipa, 8 de junio de 1825.

⁴³⁰ Lleras Camargo se refiere así a su fallida biografía de Mosquera, prematuramente publicada con el título de

en vano accede en cuatro oportunidades al solio presidencial). En el contexto de los actos arrogantes del condotiero, aquel sombrero lanzado al vacío puede representar no tanto un fugaz anonadamiento cuanto un astuto oportunismo cesarista: el patricio asegura su capital político, declarándose en sintonía con la efervescencia popular. El fondo de esto nos remite a la personificación del poder encarnada a ojos del pueblo en figuras como las de Nariño y Bolívar. El hidalgo que liquida simbólicamente a la nobleza afirma de esta manera el Estado y en dicha medida su propia condición de monarca transicional, instancia soberana del antiguo régimen dispuesta a evaporarse algún día. En el ínterin, en este trance de duración incierta, prevalecen la genealogía y los poderes y prestigios anexos a ésta.

Heredero arbitrario

La tenaz concepción de un poder pleno y personificado priva no sólo en cierta dimensión reaccionaria de los revolucionarios del temprano siglo XIX: la figura del caudillo carismático fascina aun a historiadores del siglo XX atentos a los resortes económicos y políticos del poder. Liévano Aguirre infiere de esta manera la supuesta estrategia del Bolívar que arriba a Cartagena en septiembre de 1814: **Bolívar advirtió entonces que el relajamiento de las energías revolucionarias [...] sólo podía detenerse por el imperio de una autoridad fundada en el hecho más hondo, elemental e inmodificable, que a través de la historia humana ha dado origen a todas las formas de autoridad: el**

Transcurso legendario de una gota de sangre: Se trataba, en realidad de un torrente bermejo que lo mismo daba soldados al Perú, que monjes, mártires, regentes a España y una infinita variedad de funcionarios y gobernantes a la América y, en especial, a Popayán. Alberto Lleras Camargo, “Tomás Cipriano de Mosquera...”, op. cit., p. 67

prestigio de la persona que la ejerce⁴³¹.

En este talante cabría examinar las maneras imperativas de Mosquera, semejantes a las del monarca que hereda el poder y prevalece sobre sus pares: **rechazó la pensión que le ofrecían los constituyentes de Rionegro, recordándoles, entre dientes, para disimular la altanería, que ‘había nacido sobre el oro’**⁴³². **Aristócrata, unas veces, hace alarde de la pureza de su sangre y de sus relaciones con las grandes casas reinantes en Europa, y después, una mañana cualquiera, enfila sus odios contra los magnates de la época, contra los ‘señores’ principales de la sociedad de Bogotá**⁴³³.

En la misma línea, derrocar a un plebeyo usurpador (Melo) se traduce en empresa personal: **Mosquera determina viajar a ponerse al frente de la reconquista del poder civil, maltratado por un general –de Junín, es cierto– pero de segunda categoría en las listas de los próceres que él encabeza. Con tropas que él mismo paga, con barcos que él mismo compra, sube el Magdalena y [...] entra en Bogotá al tiempo con López, Herrán y Márquez**⁴³⁴.

Vuelve a jugar aquí la figura de Bolívar como aristócrata garante de una transformación revolucionaria hundida en la dualidad colonial monarquía-cabildo. De tal suerte habrían jugado los antecedentes bolivarianos de este general payanés, puntal de unos radicales cuyo civilismo belicista él intimida en Rionegro (1863) con su espada mercenaria. El poder político del siglo XX exaltará sus virtudes de condotiero moderno y modernizante,

⁴³¹ Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., p. 200.

⁴³² Lleras Camargo, “Tomás Cipriano de Mosquera...”, op. cit., p. 67.

⁴³³ Álvarez Restrepo, *Los golpes de estado...*, op. cit., p. 104.

⁴³⁴ Lleras Camargo, “Tomás Cipriano de Mosquera...”, op. cit., p. 71.

homologando su cuna a la de la ciudad estado renacentista.

Carisma decisivo

[P]arte del proceso que [...] había mantenido [a los Radicales] en los puestos de mando dentro de la vida nacional lo habían obtenido gracias a Mosquera, porque era él, y sólo él el que había logrado sostener el liberalismo en el poder⁴³⁵. Si Mosquera entra en acción [...] no se detiene ni se enreda entre los artículos de la constitución ni en los mandatos estorbosos de las leyes. [...] La propia Convención de Rionegro, una asamblea integrada en su mayoría por varones de calidad cimera, todos liberales, estuvo durante el período de sus deliberaciones dominada por la preocupación de lo que podría hacer aquel hombre que tomaba parte en sus debates mientras que su guardia de confianza acampaba en las inmediaciones del poblado⁴³⁶.

No obstante, los radicales intimidados también confrontan a su patrón en el campo del prestigio bélico: **Mosquera no puede evitar que lleguen las grandes espadas del radicalismo, que se han cubierto de gloria a la Convención de Rionegro⁴³⁷.**

Quien habría de perfilarse como el ex presidente más reverenciado por los historiadores a comienzos del siglo XXI, virtual heredero de aquellos radicales, canonizará al Mosquera condotiero en el siglo XX, reconociendo a su ciudad natal los blasones del caso:

Lo que es asombroso en esta gente, de la cual Tomás Cipriano de Mosquera no es una excepción, sino uno más de los miembros de la aristocracia payanesa, es su integración, su fusión con la ciudad en

⁴³⁵ Álvarez Restrepo, *Los golpes de estado...*, op. cit., p. 111.

⁴³⁶ Ibídem, pp. 102-103.

⁴³⁷ Lleras Camargo, "Tomás Cipriano de Mosquera...", op. cit., p. 75.

donde nacieron y vivieron. Y esa ciudad, mucho más importante y rica que las demás del reino, es, sin duda, un caso excepcional en la historia neogranadina. [...] Sólo hay en los relatos de la humanidad pocos ejemplos semejantes: Florencia, [...] que de repente (...) da reinas a otras naciones; a Roma, pontífices, y a la raza de los hombres, para su eterno pasmo, los más grandes artistas, poetas y arquitectos⁴³⁸.

Mosquera da figura al fenómeno originario del caudillo oligárquico que oscila con facilidad entre antiguos y nuevos valores, quizás porque considera que la carnalidad del poder predomina sobre la disputas entre viejos y nuevos regímenes, tarde o temprano arrastrados a coincidencias paradójicas: **A Mosquera se le da una higa toda esa discusión en que coinciden escandalosamente los conservadores y los radicales en sus aspiraciones últimas sobre la forma de gobierno⁴³⁹. Ha cambiado él mismo de partido y de ideas políticas, como la nación ha cambiado de nombres, y tal vez más. Pero es siempre el mismo. Él juzga, y lo dice, que no es él quien varía, sino los partidos. [...] llevaba sus ideas como condecoraciones que se podían cambiar de acuerdo a las circunstancias⁴⁴⁰**. En virtud de una asunción tan personal e ideológicamente inconsecuente del poder, la faena intelectual de los radicales se reduce, en Rionegro, a confeccionar una constitución **párrafo tras párrafo, pensando en él y tratando de cerrarle el paso a**

⁴³⁸ Ibídem, pp. 67-68.

⁴³⁹ Ibídem, p. 73.

⁴⁴⁰ Ibídem, p. 78. No deja de ser significativo que quien así plantea las cosas sea el artífice decisivo de ese armisticio de las elites conocido en el siglo XX colombiano como Frente Nacional (Alberto Lleras Camargo). Intérprete heredero de los radicales, canoniza al rival de éstos, y, a su turno, se ve canonizado por los historiadores, en el siglo XXI, como el mejor presidente de Colombia en su historia.

sus cesáreas inclinaciones⁴⁴¹. Escena refrendada tres años después, cuando es derrocado tras su clausura del Congreso.

No obstante, y quizás debido a la volatilidad ideológica del mercenario, la interpretación de don Salvador Camacho Roldán (para quien resulta harto sospechosa la condescendencia del condotiero ante la plebe), difiere de la de otros intérpretes que, basados en las palabras de un artesano (Ambrosio López) y de un gólgota contrito (José María Samper) definen a las barras de la Sociedad Democrática en la línea de una inercia política violentada por los radicales. Esta versión depende mucho de la definición de Mosquera como un varón respetuoso de las instituciones democráticas:

El señor Samper es honesto cuando dice que la sociedad Democrática se fundó sobre el engaño a los artesanos, halagándolos en sus pasiones, que hasta el momento no las tenían o por lo menos no eran tan violentas y sanguinarias como lo fueron después, al ponerse al servicio de la causa liberal y de la candidatura de López [José Hilario]. El jefe de los artesanos, Ambrosio López, [...] no era ni clerical ni conservador [...]. Ambrosio López y sus amigos no eran enemigos del gobierno de Mosquera, pero no porque fueran conservadores, sino por el respeto que el gran general profesaba a las ideas políticas de sus adversarios, y por el empeño que había puesto en preservar el orden y las instituciones. Ambrosio López era por antonomasia un pacifista⁴⁴².

De estas dos imágenes –caprichoso condotiero y general respetuoso de la pluralidad política– la segunda palidece ante el hecho de que a la capital del país granadino sólo la estremeció un ejército regional, el del mismísimo

⁴⁴¹ Álvarez Restrepo, *Los golpes de estado....*, op. cit., p. 114.

⁴⁴² Duarte French, *Las Ibáñez*, op. cit., p. 352.

Mosquera, en 1861⁴⁴³. Debido a los arrestos de este militarismo carismático, se diría que el supremo payanés brilla menos como adalid de los procedimientos democráticos que como amenaza de los mismos. Su figura marcial precipita esa escena original de un civilismo' que, nervioso ante las ambiciones del general aristócrata, conduce a la nación granadina hacia una extrema fragmentación política:

Después de la independencia, uno de los soldados más ilustres, aristócrata como para haber fundado una dinastía, invicto y audaz, que solía atravesar de un extremo a otro la República paseando sus banderas como un caballero desafiante, pudo ser dictador. Lo contuvo un constituyente. El general volvió su espada a su vaina sometiendo su ambición a la suerte de unos discursos. Al dictar la constituyente la nueva carta [...] refirió fraccionar el país en nueve pequeños estados, cortarle los poderes al presidente, anular casi el gobierno federal, para que ni el invicto Tomás C. de Mosquera, ni nadie, ni entonces ni nunca, pudiera hacer de la República un feudo⁴⁴⁴.

⁴⁴³ Cf. Deas, "La tradición civilista", op cit., p. 38.

⁴⁴⁴ Arciniegas, "Santander", op. cit., p. 106.

Sergio Ramírez Lamus

Segundo desglose: por el camino reinante

Virulencias y autoinmunidades

(En la impronta de Fernando Guillén Martínez II)⁴⁴⁵

El proyecto frustrado de Bolívar y su ejército o la consecuente imposibilidad de **eleva**r a los **pueblos hispanoamericanos a la categoría de gran potencia mundial** ⁴⁴⁶ determinan indirectamente el fracaso revolucionario de Melo y los artesanos. Dicha masa comandada por un militar de carrera habría retomado el empeño bélico bolivariano, regido por la convicción de que no existe **en realidad, fuera del ejército, ninguna forma de asociación solidaria** [capaz de] **vencer las resistencias de los impulsos desintegradores**⁴⁴⁷. La elite granadina que en 1854 cierra filas en torno a Manuel María Mallarino, obedece por otra parte a un modelo alterno de **nacionalización burguesa de la vida social**⁴⁴⁸. Uno que se impone sobre la masificación de corte militar

⁴⁴⁵ Cuando en esta sección aboco la polaridad comunidad-inmunidad, escribo al tenor de los siguientes textos: Roberto Esposito, *Communitas. Origen y destino de la comunidad*, Amorortu, Buenos Aires, 2003 (1ª edición en italiano, 1998; trad. C. R. Molinari); y Roberto Esposito, *Immunitas. Protección y negación de la vida*, Amorortu, Buenos Aires, 2005 (1ª edición en italiano, 2001; trad. L. Padilla López).

⁴⁴⁶ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 274.

⁴⁴⁷ *Ibidem*, p. 275.

⁴⁴⁸ *Ibidem*, p. 277.

mediante la deportación del grueso de la muchedumbre insurrecta⁴⁴⁹, en una dialéctica de relevo que neutraliza a la masa castrense (se liquida el ejército permanente). El vicepresidente Mallarino gobierna entonces **con el solo auxilio de 400 hombres de tropa, apoyado por la eficaz custodia de los 14.000 peones en armas que los generales antimelistas habían movilizado contra los artesanos y los militares**⁴⁵⁰.

Expresiones microsociológicas de los dos modelos de nacionalización de la vida social en pugna las habría descrito don Salvador Camacho Roldán, al atestiguar cómo en las sociedades democráticas donde fungía como preceptor al lado de otros jóvenes (José María Samper entre éstos), las sesiones se acaloraban más por el lado político que por el de sus cometidos pedagógicos, en medio de una concurrencia en la cual sobresalían **liberales de las clases militar y empleados público [... y] ya no se miraba con simpatía a los miembros que habían recibido educación de colegio y usaban vestidos de mejor clase que la ruana y la chaqueta**⁴⁵¹.

El indumento **de mejor clase** rompe entonces con cierta uniformidad de la masa en trance de *conscientización*; ésta entra en pugna con el pasado encomendero/hacendario; las ruanas seculares riñen ahora con la indumentaria o la tutela de los colegiales preceptores; se agrieta la dominación pseudo-castrense del atuendo orejón.

Por primera vez un conjunto de granadinos dominados rompe con el **angustiado mimetismo con**

⁴⁴⁹ José de Obaldía, firmó como vicepresidente encargado [...] el decreto que confinó a muchos de ellos a las prisiones de Chagres, en Panamá, donde murieron casi todos. Cf. *Ibídem*, p. 333.

⁴⁵⁰ *Ibídem*, loc. cit.

⁴⁵¹ Camacho Roldán, *Memorias...*, op. cit., p. 82.

relación a los símbolos de poder⁴⁵² instaurado por la encomienda; tan provocadora situación conduce al pogromo de los artesanos y a ese momento crítico y final que licencia a la masa militar y consolida la hegemonía de la hacienda.

Y así, al menos en buena parte del centro granadino, tras la sublevación militar-artesana, nuevos señores lanudos, doctores alternatively radicales o ultramontanos, se remozan mediante la incorporación en sus filas de algunos de sus protegidos más caracterizados. Por eso, mientras que el clima malsano de Chagres cobra la vida de numerosos artesanos, uno de ellos, el sastre Ambrosio López, ingresa al elenco de ilustres antepasados de dos políticos del siglo veinte colombiano (López Pumarejo y López Michelsen), émulos iconográficos de los lores británicos⁴⁵³. Todo puede trazarse al modelo asociativo que hermana a peones con doctores, hasta el punto en el cual un mayordomo puede llegar a sustituir los zamarros **motosos negros o barrozos** por el bayetón del propietario. El caso del sastre López –a la buena sombra de la familia de su preceptor José María Samper– nos indicaría cómo el señalado **mimetismo con los símbolos de poder** no se esfuma bajo los respingos de la ruana artesana o el uniforme militar, si los portadores de esta indumentaria acceden finalmente a los paños ingleses, ya no desde el costurero sino desde los entresijos del poder.

En el primer cuarto del siglo XX don Tomás Rueda Vargas, erudito historiador y educador de las élites del centro nacional, expresa su rechazo a los nuevos avatares de la masa artesana decimonónica; anclado en una visión

⁴⁵² Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 87.

⁴⁵³ Debe señalarse que López Michelsen combinó momentáneamente dichas iconografías con las de la izquierda de los sesentas y las del vallenato asociado a sus antecedentes costeños (familia Pumarejo).

romántica de los zamarros o del rejo de enlazar, denigra del pueblo urbanizado **de botines, ignorante, orgulloso y esencialmente estúpido**⁴⁵⁴, electrizado por las plebeyas ensoñaciones del siglo veinte. Pero si el mismo don Tomás nos proporciona el cuadro del orejón y su peonada entrelazados en una comunidad radiante, su noción paternal de **nuestro pueblo de todos los tiempos**, reacia a la secularización de la entraña plebeya, también advierte la (in)comodidad de un cordón inmunitario tendido entre la antigua élite y la masa entrañable⁴⁵⁵. Aquí juega un papel el automóvil. Es así como el educador residenciado en la sabana reprende a un público de distinguidas señoras, procediendo a señalar como aquellos mozos que en el camino han arrinconado **los novillos al lado de la carretera para dar paso a su majestad la gasolina** sin reparar en las marcas de los vistosos carricoches (Lincoln, Rolls Royce), son nada menos que vástagos **de los chinos que nacieron del regimiento en el vivac de Pisba o de Morcote [...]** **altorrelieve de la Independencia grabado en siglos sobre el espejo de piedra del camino**⁴⁵⁶.

Zamarros y bocinas

Según don Tomás Rueda Vargas los escuadrones bélicos de la patria boba relanzan los pintorescos escalafones indumentarios de las partidas de caza orejonas: **los zamarros de cuero de soche a media pierna en los peoncitos más pobres, de res y sin curtir [...]** **en los otros, desechos de los amos en los chinos,**

⁴⁵⁴ Cf. Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 434.

⁴⁵⁵ Según podrá verse enseguida, Rueda Vargas anticipa la siguiente acotación de Germán Colmenares: **el primitivo latifundio, eje de la economía granadina, se revela impotente para renovarse a sí mismo [...]** El abismo que separa a un propietario de sus dependientes basta para colmar la **ambición mediocre de un hacendado**. Colmenares, *Partidos políticos...*, op. cit., p. 47.

⁴⁵⁶ Cf. Rueda Vargas, *Escritos*, op. cit., pp. 54-55.

motosos negros o barrozos en los gamonales, mayordomos y chalanes, que harían de cabos y sargentos⁴⁵⁷.

El estoicismo de estos cuerpos al amparo de las gastadas prendas del amo depende además de un útil civilizatorio heredado de la gesta conquistadora –el rejo de enlazar–: **Sin él [rejo de enlazar, ‘elemento civilizador de primer orden’], la epopeya de los marinos del descubrimiento y de los soldados de la conquista habría quedado trunca; sin él, la tarea de sacerdotes, jueces y magistrados, se habría entorpecido y demorado⁴⁵⁸.**

Para don Tomás este pueblo épico, conquistador, hacendario y laborioso se arruina en su avatar urbano, estólido, y tanto **más estúpido cuanto que parecía instintivamente rechazar los procesos socializadores provenientes de la hacienda y cristalizados en la educación convencional de colegios y universidades urbanas⁴⁵⁹.**

Las prendas urbanas ponen en entredicho la pureza del peón en cuyo fondo brilla ese altorrelieve heroico que descuidan los hacendados cada vez más ausentes y motorizados de Bogotá. No es de extrañar entonces que a alturas del XX al idolatrado indumento del orejón lo sustituyen prendas tecnológicas como aquélla que abuchea al último José María Melo desde una caravana automovilística: **Cuando el 10 de mayo de 1957 Rojas Pinilla imaginaba que esas clases medias, a las cuales había cortejado demagógicamente, formarían un frente común con trabajadores y militares, frente a las oligarquías, se encontró con que las multitudes de empleados privados y aun públicos lanzaban gritos de júbilo asociándose a las instrucciones y al triunfo de los grandes hacendados, financistas e industriales y hacían sonar rítmicamente las bocinas de sus**

⁴⁵⁷ *Ibídem*, pp. 14-15.

⁴⁵⁸ *Ibídem*, p. 16.

⁴⁵⁹ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 434.

automóviles en las calles de Bogotá, en una doble afirmación de su voluntad de obtener prestigio social: la posesión del automóvil y la solidaridad con los intereses de las ‘altas clases sociales’⁴⁶⁰.

Este tecno-concierto re-apuntala la amenazadas tradiciones del statu quo, sugiriéndonos cómo, en su larga duración, el modelo hacendario consigue pautar *la violencia* acaecida a mediados del siglo XX colombiano: **El mecanismo de las lealtades hacendarias que se funda en el compadrazgo y en el gamonalismo, es la red asociativa que une a los estamentos de la población específicamente allí donde la herencia de la encomienda y de la hacienda han dejado su huella más profunda: en Cundinamarca, en Boyacá, en los Santanderes, en el Tolima. Y luego en el Llano, donde la influencia social y política de la zona andina de Boyacá fue casi única y predominante a lo largo de todo el siglo XX⁴⁶¹.**

El altorrelieve de ese pueblo monumental imaginado por don Tomás no en vano alude a una naturaleza fósil, indispuesta con la moderna masa que quizás traza su origen a los demócratas artesanos, extirpados del organismo colombiano, en lo sucesivo inmune al virus de la soberbia popular. La inofensiva dosis, la vacuna, habrá de responder a nombres como el de Ambrosio López, integrado a un árbol genealógico en el cual figuran apellidos como Ibáñez, Uribe, Pumarejo y Michelsen, claramente ligados a la dinámica que concede abolengos bogotanos tanto al emergente de la provincia como al burgués aventurero de procedencia europea.

Son muy antiguos estos acomodos que plantean la sanción del poder económico como secuela de un creciente poder político⁴⁶². Sus primeras trazas datan de

⁴⁶⁰ Ibídem, p. 468.

⁴⁶¹ Ibídem, p. 452.

⁴⁶² Cf. Ibídem, op. cit., p. 395.

las *composiciones* del período encomendero, persisten luego en casos como los de los Almeyda y Santander (cucuteños que consiguen apropiarse de significativas haciendas en el centro) y en épocas recientes se advierten en tráficos de influencias como aquellos que consiguen extender una carretera hasta el hato de La Libertad (familia López Caballero) o acrecientan el patrimonio de la familia Uribe Moreno, última co-propietaria de un lote en la circunstancial zona franca del municipio de Mosquera⁴⁶³.

Intereses privados y vicios públicos

Por la composición se permitía al ocupante de tierras usurpadas o invadidas irregularmente, legitimar su dominio mediante el pago de una suma a la Corona⁴⁶⁴.

Se plantea aquí el fenómeno originario de la **circulación de elites** (Pareto) que en Colombia otorga poder económico (prestigio diferido) a mestizos, libres y españoles advenedizos.

Dentro de tan primordial mecanismo puede inscribirse la colusión mediante la cual Hatogrande pasa a manos de Santander: **mientras desempeñaba la Vicepresidencia [Santander] consiguió que el gobierno depositara esa hacienda en manos de ‘un tercero’, [...] el compadre Ambrosio Almeyda, el antiguo guerrillero de los tiempos de Morillo**⁴⁶⁵. El asunto se detallará en otra sección de este trabajo.

⁴⁶³ Otras familias presidenciales podrían citarse aquí, v. gr. los Moreno Rojas, sindicados durante la dictadura de Rojas Pinilla de vender juguetes importados con dineros oficiales y, ya muy recientemente, del cobro de comisiones durante la alcaldía de Samuel Moreno Rojas. Puede mencionarse también la presunta financiación de Datos y Mensajes, de la familia Pastrana Arango, con auxilios parlamentarios.

⁴⁶⁴ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 177.

⁴⁶⁵ *Ibidem*, pp. 284-85.

De momento, pueden citarse aquí otras instancias primigenias del tráfico de influencias colombiano o del torniquete que en nuestra nación facilita los vaivenes entre el cargo público y la empresa privada. 1. En el empréstito suscrito durante la vicepresidencia de Santander, la joven república atestigua cómo quienes **habían contratado el empréstito, [...] en lugar de viajar con unos viáticos y unos gastos de representación, como plenipotenciarios de una república independiente, habían ido con el derecho reconocido por el gobierno de entonces de percibir una comisión de 1% sobre la cuantía del empréstito.** Eran, a la vez, los mayores tenedores de la deuda del tesoro con los particulares y los gestores del empréstito con que tal pasivo debía cancelarse. Peor aún, el señor Hurtado, nombrado por el gobierno nacional, ministro en Londres y a la vez agente fiscal de la República, no vacilaba en comprometerse en toda clase de tratos particulares en la capital inglesa, inclusive en la Casa Goldsmith, figurando en ocasiones como presidente de las asociaciones que conformaba con esta firma, acreedora de la República **que él representaba**⁴⁶⁶. 2. Esto último vuelve a repetirse al poco tiempo, cuando Florentino González [proponer] a Butterworth y Brooks cobrar prejuicios a su propio país, cuyo procurador general era en ese instante⁴⁶⁷.

Poco puede extrañar así el que a alturas de la Regeneración **La Casa Montoya Sáenz [... consiga] casi siempre que su representante en Londres [sea] a la vez cónsul general de la Nueva Granada en esa ciudad**⁴⁶⁸.

Para caracterizar alguna actualización de lo anterior en pleno siglo XX, podemos citar un artículo de prensa de Lucas Caballero Calderón, del 18 de febrero de 1977: **La gente nueva tiene visión anticipada de los negocios. Una intuición de la valorización de la tierra**

⁴⁶⁶ López Michelsen, *Esbozos y atisbos*, op. cit., p. 197.

⁴⁶⁷ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 332.

⁴⁶⁸ *Ibidem*, p. 309.

muy superior a la que tuvo en su tiempo otro pariente político mío, el abuelo de Isabelita, mi papá Pepe Sierra. Él, sin embargo, necesitó toda una vida para hacer lo que a mi sobrino Juan Manuel le ha tomado únicamente dos años. [...] El chino tuvo la corazonada de que 'La Libertad' iba a centuplicar su precio cuando se construyera una carretera alterna al Llano. Y la carretera se construyó⁴⁶⁹.

En una de las aristas del caso Uribe Moreno es nítida la ruptura con la comunidad hacendaria (el abandono de obligaciones recíprocas entre dominantes y subalternos): una empresa de reciclaje de dichos hermanos (*Residuos Ecoeficiencia S.A.*), afecta sin consideración alguna a una masa de recicladores del municipio de Mosquera, despojándolos de su precaria fuente de sustento. Este exceso inmunitario, que calcula de manera bastante ciega sólo las cifras astronómicas del propio beneficio, compromete los privilegios obtenidos. La ferocidad dual comunitaria-inmunitaria del modelo hacendario termina aquí desbordada por su componente inmunitario, como un cuento de los hermanos Grimm *aggiornato* por Oliver Stone o Quentin Tarantino.

Podemos ir más lejos, a las raíces de la familia Uribe Moreno. Esto nos lleva a comparar la constelación hacendaria del centro-oriente colombiano con el grupo de pequeños mineros (mazamorreros del oro) y comerciantes trashumantes que en la colonia desplazaran a los esclavistas de la provincia antioqueña, conformando un grupo de trabajadores emancipados del dominio ligado a la gran propiedad. Calificados de holgazanes por las autoridades coloniales, cambiarán de carácter al constituirse en colonizadores de tierras, gracias a la

⁴⁶⁹ Lucas Caballero, "El llano, tierra de la libertad", en *La Segunda Esperanza. Selección de artículos periodísticos: 1973-1981*, El Áncora Editores, Bogotá, 1982, pp. 74-75.

reforma de Mon y Velarde⁴⁷⁰. Para Guillén, el antioqueño se asocia entonces de un modo que **no da a la propiedad de la tierra el valor subjetivo que tuvo para sus abuelos españoles**. Ello es así en virtud de una economía monetaria en la cual **el número de bienes o privilegios adscritos, materiales e inmateriales, es casi nulo**⁴⁷¹.

Los Uribe Moreno, exponentes contemporáneos de este grupo, nos permiten reconocer la persistencia de las tradiciones surgidas del patrón oro y la **técnica financiera: La tierra se convierte en Antioquia en un bien de capital con el cual se negocia y se especula liberándola de sus connotaciones de honor y de prestigio, para convertirla en simple apoyo económico individual y en herramienta financiera para la seguridad familiar** ⁴⁷² . El modelo asociativo no-hacendario a que esto da lugar exhibe los rasgos de un monetarismo inmune a las obligaciones derivadas del honor/prestigio anexo a la posesión territorial. La fricción entre comunidad e inmunidad es de otro orden. Las colectividades antioqueñas comparten rasgos con las congregaciones de la Norteamérica protestante, y como los *prayer meetings* de éstas, las parroquias de aquéllas se erigen en modo **de asociación voluntaria y escuela viva respecto a las formas de participación comunitaria**⁴⁷³. Pero la agrupación resultante plantea una comunidad menos intensa que la tejida en torno a la hacienda. El elemento monetario resta fuerza a los deberes y obligaciones recíprocos; facilita una movilidad social tan desconocida para los peones del latifundio como el carácter abstracto e inclemente de los intercambios económicos desprovistos de obligaciones paternalistas.

⁴⁷⁰ Cf. *Ibíd.*, p. 150.

⁴⁷¹ *Ibíd.*, p. 148.

⁴⁷² *Ibíd.*, p. 150.

⁴⁷³ *Ibíd.*, p. 152.

La dialéctica entre estas dos formas de comunidad resulta compleja y equívoca. A comienzos de la independencia, por ejemplo, **la rebelión de Córdoba [(1828) anticipa una] Antioquia [...] reacia [...] a participar en las guerras civiles de los 'generales-hacendados'**⁴⁷⁴, mientras que a alturas del siglo XX **la conversión de la clase hacendaria en una pseudoburguesía industrial [...] no es explicable sino como resultado de la confluencia entre la estructura hacendaria tradicional del centro del país y la estructura mercantil-parroquial que emerge de la zona antioqueña**⁴⁷⁵.

En el siglo XXI, por otra parte, individuos del grupo antioqueño se ven involucrados en una modalidad colonizadora latifundista que en el Magdalena Medio corre cercas y **compra poco a poco las parcelas de los campesinos beneficiarios de la Reforma Agraria y otras propiedades para asegurar el dominio sobre las mejores tierras del Valle del Sinú**⁴⁷⁶. En este proceso el nuevo colono se confunde con el comandante paramilitar: ya no actúa como el pequeño propietario de antaño: aunque conserva su perfil de especulador monetario, se proyecta como hacendado ganadero; sus predios los demarcan cercas eléctricas y fosas comunes⁴⁷⁷.

Llama la atención el hecho de que estas propiedades tengan antecedentes a comienzos del siglo XX, en las adquisiciones de un presidente de la nación⁴⁷⁸, así como que el modelo de microestado paramilitar lo haya avalado en 1985 otro representante del ejecutivo, también

⁴⁷⁴ *Ibídem*, p. 289.

⁴⁷⁵ *Ibídem*, p. 417.

⁴⁷⁶ Iván Cepeda y Jorge Rojas, *A las puertas de El Ubérrimo*, Mondadori, Bogotá, 2008, p. 33.

⁴⁷⁷ Cf. *Ibídem*, p. 42.

⁴⁷⁸ Cf. *Ibídem*, p. 24.

antioqueño⁴⁷⁹. Tal vez se incubaba desde tiempo atrás una especie de modelo neo-hacendario, tan fuerte como el antiguo en materia de nexos con el poder político nacional o el mundo universitario⁴⁸⁰.

Empresa monetaria

Antioquia asiste a una mutación de sus gentes, unas que en la descripción colonial de Mon y Velarde **‘viven en miseria y adormecidos en el regazo de la ociosidad’** y que para la época independentista **mudan espectacularmente de carácter al abrirse el paso la colonización popular**⁴⁸¹.

El grupo antioqueño va ciñéndose entonces a una ética laboriosa y comunitaria, contraria al predominio patronal de los terratenientes del centro granadino, tan ajenos a las modernas jerarquías militares como al arbitrio de personajes no suficientemente avalados por la tenencia territorial: **Córdova nunca pudo comprender que la fuerza de López, de Herrán, de Santander, no derivaba de sus grados militares, sino de su previo poder social, íntimamente vinculado a la estructura asociativa de la hacienda**⁴⁸².

Según esto, en la acción del general antioqueño contra Bolívar habría jugado un papel la cultura monetaria antioqueña; el error de juicio frente al carácter histórico del escalafón militar y de la hacienda sería atribuible a la brecha que separa el naciente *habitus* monetario de la atávica moral latifundista. En la misma línea cabría leer al Bolívar del **Diario de Bucaramanga**, que imputa a Córdova una **soberbia ridícula**⁴⁸³.

Recientemente, sectores de esta etnia laboriosa

⁴⁷⁹ Belisario Betancur. Cf. *Ibíd.*, p. 45.

⁴⁸⁰ Cf. *Ibíd.*, pp. 86 y 142-143.

⁴⁸¹ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 150.

⁴⁸² *Ibíd.*, p. 289.

⁴⁸³ *Diario de Bucaramanga...*, op. cit., p. 156.

estimularon con su *know how* y sus caudales monetarios el **proyecto paramilitar** [surgido] **en el Magdalena Medio como reacción a la guerrilla**. Allí se vio a **personajes oriundos de Antioquia que compraban fincas e invertían grandes cantidades de dinero en la ganadería, que construían imponentes casas en las selvas de Uré y que realizaban negocios en el sorprendido departamento de Córdoba**⁴⁸⁴. En estas inversiones participaba (1982) el futuro presidente Uribe Vélez, atento al prometedor futuro turístico y biotecnológico de dichos activos⁴⁸⁵.

El presidente Uribe seguía las huellas de su antecesor, Pedro Nel Ospina⁴⁸⁶, figura quizás híbrida entre el general hacendario y el propietario parroquial antioqueño. (No olvidemos que es hijo de uno de los exponentes de la clase política bartolina [de origen humilde], cuyos valores hacendarios consolida un vínculo matrimonial con terratenientes de Antioquia).

El antioqueño termina perfilándose, por último, como líder de un proceso de apropiación territorial con fines comerciales que paramilitariza a los estamentos tradicionales y emergentes que dominan el Magdalena medio. (Al punto de que Uribe responde a **la clase política local, que [acude] al Ubérrimo a reclamar un ministro cordobés en el gabinete [...]: ‘¿Para qué necesitan una ministro, si tienen un presidente!’**)⁴⁸⁷.

Pero a diferencia del antiguo modo asociativo, en éste predomina la inmunidad sobre la comunidad. La porosidad del cordón inmunitario en torno al viejo doctor/general hacendado la sellan ahora las balas de los escoltas y la electricidad de las cercas. Lo cual no significa un relevo radical del paternalismo hacendario. La

⁴⁸⁴ Cepeda y Rojas, *A las puertas del ubérrimo*, op. cit, pp. 127-28.

⁴⁸⁵ Cf. Ibídem, pp. 133-34.

⁴⁸⁶ Cf. Ibídem, p. 24.

⁴⁸⁷ Ibídem, p. 34.

presencia de estos nuevos terratenientes en las altas esferas del Estado colombiano reviste a la atávica parroquia antioqueña de un vetusto cariz magnánimo, extendido al conjunto de la nación (concejos comunitarios del presidente Uribe Vélez).

El clientelismo ‘parapolítico’ que traduce el control territorial en representación política ⁴⁸⁸ apuntaría asimismo a un carácter nacional de tal corporación neo-hacendaria, tan visible en los nexos de tradicionales familias oligárquicas con Uribe Vélez (v. gr. los Santos) como en la zona franca negociada por los Uribe Moreno. Sin embargo, sería desacertado considerar que la asamblea parroquial antioqueña muta de buenas a primeras en corporación hacendaria paramilitar. No olvidemos que el viejo modelo hacendario despliega también ejércitos no regulares, o que puede reconocerse en Antioquia alguna presencia del vetusto modelo hacendario. El decisivo papel de las comunidades antioqueñas en la sociedad colombiana habría sido el de suministrar **una nueva máscara ‘modernizante’ a las viejas pautas de poder y prestigio del resto de la nación** ⁴⁸⁹. Queda por ver, no obstante, si la señalada exacerbación del componente inmunitario puede ser algo más que un superficial cambio de máscara en las formas de dominio heredadas del complejo hacendario. Por ejemplo: las reciprocidades inherentes a éste no se destacan ni en la conducta de los estancieros emergentes de Córdoba ni en la rapacidad negociante de los Uribe Moreno. Y, sin embargo, el padrino de procesos inmunitarios tan bárbaros está a la cabeza de una línea de gobierno que relanza el modelo comunitario antioqueño bajo la impronta paternal de los atavismos hacendarios. Lo anterior daría a entender una línea divisoria entre la dinámica de la nueva riqueza y la del poder político que

⁴⁸⁸ Cf. Ibídem, p. 86.

⁴⁸⁹ Cf. Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 421.

la apalanca. De suerte que aunque en el caso de *Residuos Ecoeficiencia* no sea visible una cooptación de líderes populares (v. gr. de los recicladores desplazados), en la política post-uribista sí se afianzan cooptados de los sectores subalternos, según lo indica el que la fórmula vicepresidencial de Juan Manuel Santos haya surgido de esa **estructura asociativa** [post-decimonónica] **que** [habría de determinar] **espectacularmente la vida política de la nación**⁴⁹⁰, el sindicato industrial. ¿Cómo interpretar la progresiva integración de éste y otros sindicalistas al orden atávico? ¿Acaso no es evidente aquí la persistencia, en tan moderna estructura asociativa, de ese **mimetismo hidalguizante** de la encomienda que, a partir de **papeles vitales difusos** [... deslizaba] **sinuosamente** [a algunos] **hacia el gran poder**?⁴⁹¹

La respuesta afirmativa puede conducir a nuevas preguntas. Los recicladores, los desplazados, el carácter cada vez más ocasional y los derechos cada vez menos estables del trabajo, señalan que Colombia no es ninguna excepción en el contexto mundial, adonde se perfila un acelerado crecimiento de poblaciones al margen de la ciudadanía. Pero, ¿acaso aquellos **infelices cazados como fieras** durante el reclutamiento de los escuadrones de la hacienda no revelan ciertos desafueros inmunitarios acaecidos en el marco de la comunidad hacendaria? ¿Querría esto decir que en nuestro medio las barbaries del actual capitalismo salvaje sólo potencian una violencia preexistente?

Con todo y padecer los antagonismos que garantizan el poder de unos pocos, ¿no disponían los peones de la hacienda del poder de obligar a sus amos? ¿Podría hablarse hoy de algo semejante? ¿Era la masa del latifundio menos dócil que la de los asalariados urbanos

⁴⁹⁰ Ibídem, loc. cit.

⁴⁹¹ Ibídem, p. 87.

del presente? ¿Se reducía aquel poder de la peonada tan sólo a obligar a la guerra?

El intento de responder a estos interrogantes debe tener en cuenta que la nación encomendera/hacendaria vivía diversas dinámicas inmunitarias. Aparte aquéllas que distanciaban al dominante del subalterno, atestiguamos –en el interior del estrato hacendario– otras decididamente autoinmunes. Una instancia trágica y pintoresca de las mismas la constituye el caso del prócer Antonio Ricaurte, nieto del marqués de San Jorge, y víctima del rechazo que éste profesara a su padre don Esteban Ricaurte. Como consecuencia de ello, el prócer y sus hermanos se ven abocados a una radical orfandad, cargada de resonancias melodramáticas: Mientras se definía su custodia **‘los tres huérfanos vagaban por las calles de la ciudad en lamentable abandono. Si hemos de creer a uno de sus tíos, hubo ocasión en que los atrios y los pórticos les sirvieron de duro y desabrido lecho’**⁴⁹².

El conflicto autoinmune habría de extenderse además a la etapa juvenil del prócer. En los enfrentamientos de la Patria Boba la escena del caso parece imaginada por Shakespeare: Antonio Ricaurte se debate indeciso, trincado por lealtades políticas y dramas de linaje: **Baste recordar que cuando salió de Santafé con las tropas de Nariño [...] iba al encuentro de su propio hermano Manuel que venía de Tunja con la división de su tío don Joaquín Ricaurte, bajo el mando general de su primo hermano don Antonio Baraya**⁴⁹³. De ahí el enrevesado comportamiento descrito por el sargento José Gabriel Sánchez: **‘Lo que puedo asegurar [...] es que el expresado capitán Ricaurte en el último ataque que ha habido con los de Tunja, no se condujo como un oficial**

⁴⁹² Liévano Aguirre, *Los grandes conflictos...*, op. cit., p. 778.

⁴⁹³ *Ibidem*, p. 779.

nuestro, sino muy al contrario ⁴⁹⁴ . Trance sintomáticamente melancólico, impulsado al auto-sacrificio expiatorio: **Según refieren [...], por aquellas fechas se vio a Ricaurte ‘recostado en la puerta de una tienda’ y ‘reflejando en su semblante’ la ‘congoja y la tristeza’. Amargado e insatisfecho de sí mismo [...] se aisló [en su hacienda de Anolaima] hasta el momento en que la suerte le deparó la oportunidad de actuar en un nuevo escenario. En las campañas de Venezuela y a órdenes de Simón Bolívar, el Capitán Ricaurte se libertó, por fin, de los tentáculos de la fronda santafereña [...] y con su heroica y voluntaria inmolación en la casa del polvorín de San Mateo, borró gallardamente el recuerdo de su injustificable conducta en Ventaquemada**⁴⁹⁵.

Estos procesos autovirulentos que mortifican a la etnia de criollos santafereños se remontan al fantasma de la “mancha” que acompaña al mestizaje ocurrido en la península ibérica, recrudescido en América, adonde –por ejemplo– para acceder a la educación privilegiada del Colegio de San Bartolomé es imperativo demostrar **limpieza de sangre**. Este complejo autodiscriminatorio relanzado en tierras americanas, induce a Camilo Torres, vocero de los criollos agraviados, a declararse tan godo como don Pelayo, a tono con esa virulencia autodespreciativa que declara **manchados por la tierra** a los hispánicos oriundos de América. En la colonia no dejan de presentarse paradojas, como la del ingreso de Francisco de Paula Santander al Colegio de San Bartolomé con base en testimonios de pureza de sangre que soslayan la presencia de lo indígena en su árbol genealógico. Todo sugiere un fuerte complejo autonegador en los estamentos emergentes de la colonia, que a duras penas pierde vigencia en la constelación

⁴⁹⁴ Ibídem, p. 780.

⁴⁹⁵ Ibídem, pp. 782-783.

hacendaria. En el ínterin la tierra va dejando de manchar, porque su tenencia se asocia a los emblemas privativos del fenotipo hispánico.

La importancia otorgada a las credenciales fisonómicas se nota en el discurso de los ideólogos-historiadores colombianos aun a alturas del siglo XX. Éstos son dados a recalcar la filiación española de los próceres. Es así como en una serie de recuentos, los linajes ibéricos de Francisco de Paula Santander suelen predominar sobre cierto **hilo de sangre indígena** insinuado en su semblante⁴⁹⁶. Se llega aun a declarar que en este primate **lo español dominaba lo indígena**⁴⁹⁷. De manera inversa, en una línea irónica, el componente indígena pueden destacarlo los impugnadores del prócer. Habría que preguntarse si incluso la asunción desenfadada del ingrediente aborígen por parte del estamento dominante, especie de licencia cometida por la audacia literaria o la vena liberal del cronista, no resulta indisociable del deseo de invisibilizar dicho componente (reducido a cantidad deleznable). Esto querría decir que aun en casos de aparente reconocimiento, la elite desvaloriza uno de sus elementos constitutivos, en un movimiento similar al del marqués de San Jorge en discordia con sus vástagos.

Puros, impuros o purificados

El rey visigodo Don Pelayo derrota en 722 a las huestes musulmanas (victoria de Covadonga). La igualdad entre criollos y peninsulares reclamada por Camilo Torres en su *Memorial de Agravios*, afiliándose a dicho rey, reafirma el aborrecimiento godo de los moros y

⁴⁹⁶ **Bien parecido, de figura interesante, los ojos algo oblicuos, señal de sangre india, instruido, muy trabajador.** Con estas palabras se refiere a Santander el viajero Jean Baptiste Boussingault. Cf. Duarte French, *Las Ibáñez*, op. cit., pp. 117-118.

⁴⁹⁷ Grillo, "Santander, el organizador...", op. cit., p. 178.

afianza por lo tanto un complejo racista en donde el acecho de la mancha redobla ahora su fuerza en el denegado útero indígena de la tierra colonizada; dicho en palabras de Fernando González: **¿Qué encontramos en las almas de Custodio García, Camilo Torres, los Restrepos, Lozanos y Francisco José de Caldas? Vergüenza de las castas inferiores. Las desprecian aún más que los españoles, pues se sienten humillados al saber que están con ellos dentro del término colonos. [...] Mestizos, mulatos, indios y negros odian a los criollos, porque éstos se avergüenzan de ellos. Al chapetón lo admiran y le aman: se ama lo que nuestro enemigo odia**⁴⁹⁸.

Ni aún consumada la revolución se supera la atención prestada a ciertas minucias fenotípicas, tal cual se infiere de las liberales palabras de Alberto Lleras, relativas al fenotipo de uno de sus tíos políticos: **Pedro José Sarmiento, casado con Matilde Lleras Triana, hermana de mi padre [...] Era humilde, alto, desgarrado, fuerte. En los pómulos prominentes y el triste bigote ralo [...] dejaba ver algún mestizaje indio, que en el color de la piel era invisible**⁴⁹⁹.

Y aun en la mocedad post-revolucionaria del país post-colonial, don Salvador Camacho Roldán no dejaba de reparar en **la coloración algo morena** [del general Santander], **como si en su familia hubiese habido alguna mezcla de sangre indígena**⁵⁰⁰.

Ahora bien, en días de la colonia, tal evidencia del ancestro indígena de los Santander Omaña no privó a éstos del certificado de pureza de sangre exigido por el Colegio de San Bartolomé. En tan reverenda institución (Colegio de San Bartolomé) prevaleció –como en el conjunto del Nuevo Reino– una laxa interpretación de la ley, auspiciando así el que muchos mestizos se declarasen **paladinamente blancos y limpios de**

⁴⁹⁸ González, *Santander*, op. cit., p. 41.

⁴⁹⁹ Lleras, *Mi gente...*, op. cit., p. 35.

⁵⁰⁰ Camacho Roldán, *Memorias...*, op. cit., p. 113.

sangre, aunque aceptasen haber tenido un antepasado indígena. Tal es el caso de Xaviera Gorraes [...] aunque la madre de Xaviera fue tenida como india, 'mi parte como hija del dicho Gorraes, sujeto de distinguida calidad, nació ya mestiza y casó con Fernando Zerda, *mestizo limpio*, de cuyo matrimonio han tenido y esperan tener algunos hijos que también son y serán cuarterones o blancos'⁵⁰¹. Quedaba establecido que la mancha o sangre de la tierra podía ir desapareciendo, sin que ello restara pie a feroces disputas simbólicas acerca del derecho a detentar signos de limpieza de sangre como el gorro hidalgo o el título de 'don'⁵⁰². De cualquier forma, es claro que el soslayo de los indicios o evidencias del ancestro indígena poco modera la autovirulencia nacional colombiana. O si no que lo diga el racismo de próceres independentistas como Camilo Torres o José Miguel Pey, decididos a negar entidad republicana a Sogamoso, población reducida al no-estatus de *miserable pueblo [...] dependiente de Tunja, que sólo se compone de indios que no han adquirido ni adquirirán en muchos años los derechos activos de la representación civil, por la estupidez en que yacen*⁵⁰³.

Este abanico de discriminaciones alentó perversamente el mimetismo con los criollos dominantes y estableció las directrices del proceso

⁵⁰¹ Jaime Jaramillo Uribe, "Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII", en *Ensayos de historia social. Obras Completas*, Cesó/Uniandes/Icanh/Alfaomega, Bogotá, 2001 (1ª edición, 1968), pp. 121-166, p. 137.

⁵⁰² No sobra destacar aquí un curioso antecedente prehispánico del gorro hidalgo. Según Jiménez de Quesada, entre los muiscas '**algunos caciques principales** [traían] **algunas veces bonetes... y algunas mujeres de las principales unas cofias de red, algunas veces**'. Hermes Tovar Pinzón, *Colombia-imágenes de su diversidad (1492 hasta hoy)*, Educar, Bogotá, 2007, p. l 31.

⁵⁰³ Liévano Aguirre, *Los grandes conflictos...*, op. cit., p. 654

autoinmune que consagraba, si no un único fenotipo, por lo menos sí el prestigio de sus activos o insignias: **En una sociedad donde el fenotipo está asociado estrechamente al *status* social, por cuanto el tipo indio indica una calidad subordinada jurídica y socialmente, la posesión o la propiedad de la tierra tienen un valor simbólico, que unido a otras expresiones inmateriales, permiten a quien la obtiene la sensación de estarse acercando al tipo social ‘blanco’, es decir, la libertad individual típica del español conquistador o colono; en un *continuum* muy difícil de detallar, el minifundista y el peón van adquiriendo dentro de la hacienda la posibilidad de apropiarse poder y el tratamiento social de ‘don’, al menos en el ámbito restringido de los demás mestizos⁵⁰⁴.** He aquí la ironía: la tierra, el origen de la mancha, constituía ahora la clave de su remoción.

Considerado todo esto, no debe extrañarnos que en el estamento de los arcontes del siglo XX haya permanecido indemne la reducción del componente indígena de los padres de la patria a proporciones insignificantes. Es ésta la vena que rige la reseña realizada por Fabio Lozano y Lozano, donde a los honrosos cargos de los antepasados de Santander se añade la heráldica vasca/peninsular del primate, en relativo desmedro de sus antecedentes aborígenes: **El primer Santander que vino de España –hacia 1612– fue el Capitán don Francisco Martínez de Ribamonatán Santander, hidalgo de raza vasca, [...] dueño y señor de casa infanzonada, como aquel don Simón Bolívar que llegó a Venezuela en 1590 [...] Como la de Bolívar en Venezuela, la sangre de Santander en Nueva Granada se cruzó [...] con la de Ramírez de Arellano, que remonta sus orígenes a la Casa Real de Navarra y al celeberrimo Cid Campeador [...] También llevó nuestro prócer un hilo de sangre**

⁵⁰⁴ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 129.

indígena en las venas. Entre sus abuelos encontramos a Ana Sanz, ‘india de pro’ natural de Suba [...], compañera que fue del conquistador Diego de Colmenares. [...] Un Bolívar es un milagro [...] Un Santander resume todas las excelencias [...] de lo que hoy puede llamarse raza hispanoamericana⁵⁰⁵. En tono similar, pese a teñir lo indígena de una dignidad caciquil, otro arconte subraya la personalidad peninsular del prócer: **Su vivir de hombre americano arranca de la unión del conquistador Diego de Colmenares y la hija del cacique de Suba; mas por las condiciones distintivas de su inteligencia, por la formación espiritual de su personalidad, por las profundas raíces de su genio, se mostró castellano, portándose como tal en cuanto ello presupone hidalguía y calidad de ánimo**⁵⁰⁶.

En pleno siglo XX encontramos también criollismos recalcitrantes, tácitos cotejos de próceres no tan puros con pura sangres como don Camilo Torres: **De alta estatura y anchos hombros, [la] figura [de Torres] es atlética, pero sus modales finos y señoriales. Devastada la inmensa frente, el rostro cuadrado atravesado por una boca grande de labios delgados, irá al cadalso como el gran señor que es, con paso**

⁵⁰⁵ Fabio Lozano y Lozano, “Orígenes y formación de Santander”, en *Escritos sobre el general Santander*, Colección de oro del militar colombiano, vol. XI, tomo 3, Bogotá, 1980, pp. 793-809, cita en las pp. 796-799.

⁵⁰⁶ Joaquín Tamayo, “Santander”, op. cit., p. 174. Debe destacarse aquí cómo Pilar Moreno de Ángel prácticamente desmiente la especie relativa a la cacica de Suba, indicándonos que lo acertado referiría más bien a los indios subas, vecinos de la encomienda pamplonesa de don Diego: **Es presumible, entonces, con sobrada razón, que Diego de Colmenares hubiera mantenido relaciones extramatrimoniales con una indígena de su Encomienda perteneciente a los indios Suba en la jurisdicción de Pamplona.** Moreno de Ángel, *Santander...*, op. cit, p. 17.

firme y lento, las cejas enarcadas despectivamente, vistiendo frac negro, ceñidos pantalones con trabilla, corbata y chaleco blancos⁵⁰⁷. Para este descendiente del sobrino de un virrey, la elevada talla de Santander no se compara con la del godo don Camilo. La proverbial estatura del cucuteño la rebajan los rasgos de *otra* apostura, adjunta al resentimiento: la **apostura enjuta** [de Santander] **se desbordará en prematuras adiposidades; se dejará crecer un bigote ralo; su piel, ya de suyo aindiada, como que descende de la cacica de Suba, tomará un tinte hepático, y se le llamará a hurtadillas El Buchón Santander. A hurtadillas; porque es irascible y vengativo**⁵⁰⁸.

Con todo, este mismo entramado racista puede destacar el parentesco de un elenco de sus primates con la nobleza incaica, v. gr. Juan de Dios Aranzazu, Mariano Ospina Rodríguez, Carlos E. Restrepo, Pedro Nel Ospina, Mariano Ospina Pérez y Alfonso López Michelsen⁵⁰⁹.

Un complejo de mestiza bastardía pudo tocar también a Bolívar. No es gratuito que el odio de sí tuviera un lugar central en la guerra de castas venezolana. Es así como al pardo general Piar lo acompaña la leyenda de una noble y abominable ilegitimidad. Y aun en torno a un inmunizado en materia de litigios de pureza de sangre como el mantuano Bolívar, surgen leyendas relativas a las motivaciones fenotípicas de sus proyectos de mestizaje: otras caras de lo expresado por Fernando González en el curso de su diatriba anti-santanderista, adonde la grandeza de Bolívar estriba en un proyecto de igualación étnica, supuestamente consumado en los territorios de la Colombia bolivariana.

⁵⁰⁷ Caballero Escobar, *Incienso y pólvora...*, op. cit., p. 247.

⁵⁰⁸ *Ibidem*, p. 295.

⁵⁰⁹ Cf. Stephen J. Randall, *Alfonso López Michelsen. Su vida, su época*, Villegas Editores, Bogotá, 2007 (trad., P. Gómez), p. 21.

Guerra de castas

En el curso de la crisis del dominio español, la composición étnica de las clases venezolanas económicamente activas habría desencadenado un contradictorio odio de razas en medio del cual los pardos atacan a los criollos, aliándose con los españoles. La declaratoria de guerra a muerte a los españoles suele presentarse como medida indispensable para suspender la amenaza de los pardos, (re)convirtiendo –en virtud de coacciones mortíferas– el resentimiento hacia los criollos en rechazo a los residentes o militares ibéricos. He aquí algunos apartes de Liévano al respecto: 1. La **alianza entre los peninsulares y los estratos no privilegiados de la sociedad venezolana fue posible porque los españoles constituían en la Costa Firme no una clase social, sino una casta política, que vivía usufructuando los gajes y prebendas de la administración colonial, sin tener hondas vinculaciones con la economía venezolana y las relaciones sociales propias de esa economía.**⁵¹⁰ 2. La Guerra a Muerte ni fue inútil ni fue simple represalia [... obedeció al] propósito de Bolívar de crear una frontera definitiva entre España y América, en el cual se engendrará la conciencia americana frente a la Metrópoli⁵¹¹. ‘Recuerde usted los violentos resortes que he tenido que mover para lograr los pocos sucesos que nos tienen con vida. Para comprometer cuatro guerrillas, que han contribuido a libertarnos, fue necesario declarar la Guerra a Muerte’⁵¹².

Contaminación y beligerancia

El adolescente [Simón Bolívar] estaba muy orgulloso de su rango y uniforme pero seguía sintiéndose objeto

⁵¹⁰ Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., p. 158.

⁵¹¹ *Ibidem*, pp. 163-164.

⁵¹² Carta de Bolívar a Santander del 1 de noviembre de 1819.

de un gran peso: para su tío Carlos era vástago de una familia bastardeada por su sangre indígena o negra; y para sus amigos y criados gozaba de unos privilegios de sangre que había heredado sin mérito alguno. Sentía que, para todos, él no tenía otro valor que el dinero que había recibido en herencia⁵¹³.

En Venezuela la compleja interacción entre las castas alcanzó aun a revertir el orgullo peninsular. Tal el caso del español Boves, Atila para los blancos mantuanos e imagen especular de la autoinmunidad de su paisano Campo Elías, aliado de los patriotas: **'La raza maldita de los españoles –decía Campo Elías– debe desaparecer; después de matarlos a todos, me degollaría yo mismo para no dejar vestigios de esta raza en Venezuela'**⁵¹⁴.

El fenotipo del general Piar confirma el carácter intrincado del asunto: **Recio aunque no alto, de piel blanca, cabello rubio y ojos celestes**, la contradicción entre su supuesta condición de mulato y su aspecto europeo le daba a Manuel un aura de leyenda, acentuada por el misterio de su origen⁵¹⁵. Para algunos, Piar era el fruto de los amores secretos de Soledad Jerez y Aristeguieta y del príncipe Carlos de Braganza del Brasil, cuya visita a Caracas dio cierto color a esta leyenda. Otros pensaban que Manuel Piar era hijo de la misma Soledad Jerez y de don Manuel Ribas, padre del general José Félix Ribas, y la indisoluble alianza establecida a última hora entre estos dos hombres para combatir a Bolívar permite pensar en la verosimilitud de este secreto vínculo de sangre. Por último, para muchos Piar era hijo de un noble mantuano y una esclava negra; así, la calidad de **'pardo'**, tan infamante por estos tiempos en Venezuela, cubría de sombras el principio de esta vida, en cuyo curso brillarían fulgores que darían un

⁵¹³ García Hamilton, *Simón. Vida de Bolívar*, op. cit., p. 32.

⁵¹⁴ Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., p. 183.

⁵¹⁵ García Hamilton, *Simón. Vida de Bolívar*, op. cit., p. 153.

tono trágico a la epopeya de la emancipación venezolana⁵¹⁶.

Ignorando deliberadamente estas leyendas, Piar atribuye a una motivación castiza su destitución por parte de Bolívar: *'Yo he sido elevado a general en jefe por mi espada y por mi fortuna, pero soy mulato y no debo gobernar la República; no obstante, yo he penetrado el gran misterio de la administración actual y he jurado a mi honor restituirle la libertad a tanto inocente que está derramando su sangre por encadenarse más y más en una esclavitud vergonzosa; [...] estoy seguro que haciendo resonar por todas partes la justicia de mis sentimientos y la necesidad en que nos ponen de tomar armas cuatro mantuanos, por la ambición de mandarlo todo, y de privarnos de los derechos más santos y naturales, no quedará un solo hombre que no se presente a defender tan digna causa'*⁵¹⁷.

Pero si predominaba aquí el estatus del nacimiento más que las evidencias fenotípicas, hay quienes no dejan de atribuir a lo moreno del Libertador mantuano el deseo de eliminar las consideraciones o discriminaciones derivadas del fenotipo: **Ordenó que Felicia Bolívar Tinoco, su sobrina hija de Josefa, contrajera nupcias con el rudo y vulgar general [el mulato José Laurencio Silva ...] Este enlace obedecía a los designios bolivarianos de hacer parir a los vientres blancos una nueva aristocracia parda, como él**⁵¹⁸. Fernando González da otro contexto al mismo hecho: **Bolívar hizo guerra de montoneras. Murieron los criollos, mezcló sangres, ennobleció indios, negros y mestizos. Casó la sobrina con un hombre de color. Libertad de los esclavos, guerra a muerte**⁵¹⁹.

⁵¹⁶ Liévano Aguirre, *Bolívar*, op. cit., p. 245.

⁵¹⁷ *Ibidem*, p. 263.

⁵¹⁸ Victoria, *La otra cara de Bolívar...*, op. cit., p. 111.

⁵¹⁹ González, *Santander*, op. cit., p. 41.

Y para concluir: **Pues bien: los mineros y usureros de Antioquia; los bogas del Magdalena; los indómitos pastusos y todas las horda salvajes que vegetábamos cuando la guerra de independencia, estamos ya unificados racialmente, y ¡Santander no puede ser nuestro héroe!**⁵²⁰ Los blancos murieron en Venezuela y muchos en la Nueva Granada. Los que triunfaron con Bolívar fueron las gentes de color: por eso hemos tenido presidentes hijos naturales, negros y mulatos: Obando, Mariano Ospina (indio), Hilario López y Suárez.

Sociológicamente, ese horno de razas que atizó Bolívar fue la causa de la intranquilidad posterior, hasta 1900. Pero hoy tenemos que Colombia y Venezuela presentan poblaciones completamente suramericanas, compactas, sin oligarquías raciales. Argentina y Chile quedaron bajo la bota férrea de pretendidos nobles y progresaron económicamente. Pero sucede que hoy no tienen tipo humano propio, que sus pueblos son parias, sujetos a Europa por intermedio de sus noblezas corrompidas. El porvenir, indudablemente, es de Colombia y Venezuela⁵²¹.

Sí habría indicios de que Bolívar consideraba crucial la eliminación de la 'pureza de sangre', aun entre las etnias subalternas. De ello habría dado fe su respuesta a un Santander preocupado por la oposición de los propietarios republicanos al reclutamiento de sus esclavos: **los negros deben ganar sus derechos en el campo de batalla. Y es bueno que su amenazante número vaya disminuyendo por métodos fuertes y legales**⁵²².

Existen evidencias de que el mestizaje no cura el racismo, v. gr. la matanza de indígenas guahibos ocurrida en las

⁵²⁰ Ibídem, p. 21.

⁵²¹ Ibídem, pp. 45-46.

⁵²² *Bolívar. Vida de Simón...*, op. cit., p. 185.

llanuras colombianas durante el siglo XX. La estepa compartida por venezolanos y granadinos, el presunto **crisol de razas** llanero del cual surgieran los ejércitos semidesnudos de la independencia, albergó entonces al mestizo etnocida, factible producto de una fallida asociación hacendaria, de pastores nómades satelizados por los 'hatos' de los blancos, sujetos de una coalición **ocasionada por el común peligro, [sin más] autoridad que el precario y ocasional sometimiento al más valiente**⁵²³. Fenómeno originario de las guerrillas colombianas de izquierda y derecha, sus últimas peripecias bien cabrían dentro de los yermos malignos que pueblan las recuas y ruinas humanas fabuladas por Joseph Conrad.

¿Crisol de razas?

Los caribes y el ganado traídos de España y abandonados libremente en las llanuras no tardaron en adaptarse a ellas y con el tiempo formaron inmensos rebaños, tras de los cuales se desplazó una importante corriente colonizadora, que fue mezclándose con las belicosas tribus de indios caribes que habitaban inmemorialmente los llanos. De manera periódica y, en busca de refugio, llegaron también las bandas de esclavos escapados de las plantaciones del norte, y el llano se convirtió así en un inmenso crisol de razas, en tierra de amalgamas fecundas⁵²⁴.

Intensidades y paradojas del centro granadino

Descendientes de [Miguel Saturnino Uribe] son varias familias que pudieran considerarse raizales bogotanas, pero no santaferneas, como que no habían radicado en la Ciudad en los años anteriores a la República, cuando Bogotá era Santa Fe, son: Los Michelsen Uribe, los

⁵²³ Liévano Aguirre, *Los grandes conflictos...*, op. cit., p. 845.

⁵²⁴ *Ibidem*, p. 844.

Samper Uribe, los Uribe Holguín, hijos los unos de la unión Uribe-Ibáñez, los otros de la Uribe-Maldonado⁵²⁵.

Estas palabras se leen en el prólogo de Alfonso López Michelsen al libro **Las Ibáñez** de Jaime Duarte French. Aluden a una dinámica en el curso de la cual familias originarias de la provincia colombiana se consolidan como miembros de la cúpula social capitalina, dando lugar a un proceso centralizador de las clases dominantes colombianas.

Ya en la época de la independencia una familia de guerrilleros cucuteños se asentaba en el altiplano central, adueñándose de vastas extensiones de tierra, gracias a su parentesco con acendradas y poderosas familias santafereñas. Los Almeyda, latifundistas de Cúcuta, habían emigrado a Santafé en 1814 y el teatro de su guerrilla –resistencia hacendaria a la embestida de Morillo– había coincidido *asombrosamente con la región más densamente poblada por los muiscas precolombinos*⁵²⁶. La inserción de esta familia en el centro del país se ve pautada por la compra de **una amplia casa en el mejor barrio de la capital y una hacienda denominada ‘Tibabuyes’ [.] ‘una enorme extensión de tierra en los vecindarios actuales de Funza, Engativá, Cota y Tenjo’**⁵²⁷. Más adelante uno de los Almeyda, compadre de Santander, se presta para la maniobra que transfiere la hacienda Hatogrande a manos del primate cucuteño. Otro implicado en esta adquisición será Vicente Azuero, cuyos amaños en el campo de la adjudicación de baldíos dan cuenta de su privilegiada posición económica⁵²⁸.

⁵²⁵ Duarte French, *Las Ibáñez* [Prólogo], op. cit., p. 24.

⁵²⁶ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 259.

⁵²⁷ *Ibidem*, p. 260.

⁵²⁸ *Ibidem*, pp. 297-298.

Ardid

Tiempos buenos para el general (...) [quien] puso el ojo sobre la hacienda de *Hatogrande*, que le expropiaran a un clérigo de apellido Bujanda, y se la hizo adjudicar en recompensa justa por los trabajos y padecimientos del héroe distinguido. Y tiempos malos para la legión de héroes humildes cuyos trabajos y padecimientos nadie recompensaba. Los clérigos Bujanda y las haciendas *Hatogrande* apenas alcanzaban para los altos jefes⁵²⁹.

Un descendiente de capitanes comuneros de la región de Cúcuta (Santander) se convierte en propietario de una hacienda del centro (*Hatogrande*) al tiempo que su amigo Azuero, oriundo del Socorro, medra en el altiplano. Tan definitiva inserción en el curubito del poder supera la derrota de los Comuneros: finalmente encontramos a la provincia del Socorro vinculada económicamente **a las pautas y a los intereses de los hacendados de Tunja y de la Sabana de Bogotá**⁵³⁰. El proceso centralizador transforma a antiguos integrantes del común en prestantes **reinosos**. Tal es el caso de Miguel Saturnino Uribe, socorrano patrocinado por Vicente Azuero: al cabo de un siglo figurará como ancestro totémico de la elite bogotana. Así lo establece la anécdota que protagoniza la señora Bernardina Santamaría de Restrepo, quien según don Álvaro Holguín y Caro habría colocado a Miguel Saturnino en el lugar del padre esencial de la oligarquía bogotana: **Preguntó una vez a alguien: ‘¿De quién es hijo fulano?’ Y el otro le contestó: ‘De don Miguel Saturnino Uribe’.** Y entonces ella le dijo: **‘Pregunto es quién es la madre, pues en Bogotá todos somos hijos de**

⁵²⁹ Enrique Santos Molano, *José Asunción Silva*, Planeta, Bogotá, 1996 (1ª edición, 1992), p. 45.

⁵³⁰ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 298.

don Miguel Saturnino⁵³¹. El padre totémico socorrano lo es en virtud de que su paisano y mentor (Azuero) había establecido antes alianza matrimonial con la familia Ricaurte, casándose con una hija del prócer Joaquín Ricaurte Torrijos⁵³². Miguel Saturnino habría afianzado estos nexos con el centro, si bien por la irónica vía de vínculos ilegítimos con un linaje provinciano bastante matrimoniado en la capital.

Capitalinos por alianza

La ciudad de Bogotá había tenido ya la oportunidad de recibir y ver triunfar en sus salones, aulas universitarias, periódicos, tribunas, congresos y dependencias administrativas a gentes de [las provincias del Socorro y Pamplona] entre los cuales sobresalieron José Fernando Gómez, Vicente Azuero, Florentino González, Francisco de Paula Santander [...] Frutos Joaquín Gutiérrez [...] Francisco Soto [...] Fernando Serrano [...] Pedro Fermín de Vargas [...] Todos eran brillantes, inteligentes y activos. Esa colonia gozaba entonces en Bogotá la buena fama de estar constituida por gentes de cultura superior, y de prestarse en todo tiempo mutua ayuda, en beneficio del indudable prestigio que el nombre *santandereano* originaba. Miguel Saturnino Uribe, que así se llamaba el joven socorrano de quien dijimos que había llegado por primera vez a Bogotá en 1821, parece que contó en esos días para su acomodo en la ciudad con el respaldo y el consejo del hombre público, gran político y ocasional magistrado y ministro Vicente Azuero⁵³³.

Miguel Saturnino es el plausible progenitor de la bisabuela de López Michelsen, Carmen Uribe, hija

⁵³¹ Duarte French, *Las Ibáñez*, op. cit., pp. 314-315.

⁵³² Cf. Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit. Cita de la p. 349.

⁵³³ Duarte French, *Las Ibáñez*, op. cit., pp. 199-200.

ilegítima de Bernardina Ibáñez, objeto de los intereses eróticos de Simón Bolívar (Bernardina, cónyuge de Florentino González, hermana de Nicolasa, a su turno madre de José Eusebio Caro, abuela de Miguel Antonio y amante de Santander).

La familia Ibáñez Arias, de origen cartagenero-ocañero, no sólo se caracteriza por los devaneos de sus hijas con los primates Bolívar y Santander. Miguel Ibáñez Arias casó con doña Juana Lozano, hija del marqués de San Jorge; Antonio Ibáñez Arias, a su turno, con doña Mercedes Nariño, hija del precursor. Y Vicente Ibáñez Arias, activo comerciante, adquiere propiedad sobre varias haciendas ganaderas en la sabana de Bogotá⁵³⁴.

Quizás presenciemos aquí el proceso de integración de los comerciantes ibéricos a la elite criolla, pues los abuelos paternos de estos nuevos santafereños habían sido comerciantes peninsulares; su vástago, el patriarca Miguel Ibáñez y Vidal había conseguido doctorarse en la Universidad Tomística, integrándose de esta manera a **la más rancia y tradicional burocracia** granadina⁵³⁵.

Jaime Duarte French detalla el accidentado matrimonio de Nicolasa Ibáñez Arias con Antonio José Caro, personaje **sin héroes, ni conquistadores, ni fundadores entre sus seculares antepasados**⁵³⁶ y al cual las peripecias del destino degradarían de **empleos de consideración**⁵³⁷ al estatus de **pobre de solemnidad**⁵³⁸. De modo que el apellido Caro, hoy asociado a los más rancios abolengos de la capital, proviene de este advenedizo pequeño burgués, de cuya ruina física y moral se acusa, aparentemente de forma injustificada, a Francisco de Paula Santander⁵³⁹. Al sumar esto al

⁵³⁴ Cf. *Ibídem*, pp. 65-68.

⁵³⁵ Cf. *Ibídem*, p. 163.

⁵³⁶ *Ibídem*, p. 44.

⁵³⁷ *Ibídem*, p. 37.

⁵³⁸ *Ibídem*, p. 192.

⁵³⁹ Cf. *Ibídem*, pp. 160-163.

adulterio del prohombre con Nicolasa, obtendríamos los motivos de la animadversión profesada por don Miguel Antonio Caro al primate cucuteño.

La incorporación de socorranos y similares habría permitido a Bogotá diluir su carácter parroquial, su condición de capital insignificante o lugar remoto desde la perspectiva de las redes del comercio. Los emergentes santandereanos, aquéllos que David Bushnell identifica durante el régimen de Santander como regionalistas adversos a los conservadores partidarios de Nariño, relevan la antigua oposición entre hacendados y comerciantes, establecidos del centro y advenedizos a éste. Por lo demás, los rancios del centro se plantean desde antiguo como una fuerza que, en el panorama convulsionado de la invasión napoleónica de la península, sólo saben aferrarse a privilegios menoscabados por las reformas borbónicas: carecen de realismo político.

Centro paradójico

En realidad, Santafé es un archipiélago y no una comunidad. Allí, cada casa es una isla. Las calles no son, como en Caracas, como en Lima, como en Cartagena, una prolongación ruidosa y cálida de la vida familiar. Son lugares de paso por donde se camina rápidamente, entre dos diligencias, para regresar, huyendo de ese ambiente hostil, junto a la mujer, junto al chocolate, junto al devocionario. Al calor del brasero. Lejos del frío, de la llovizna, de la maledicencia, de la suciedad⁵⁴⁰. Y aún más de medio siglo después Bogotá no ha cambiado tanto: **Colón y Panamá eran entonces [1885] las ciudades más populosas, comerciales y cosmopolitas de Colombia.**

⁵⁴⁰ Lemos Simmonds *et al.*, *Francisco de Paula Santander–Iconografía...*, op. cit., p. 20.

Bogotá era para ese tiempo un villorrio⁵⁴¹.

Una elocuente puesta en escena del parroquialismo santafereño habría correspondido a don Manuel Bernardo Álvarez, tío de Nariño y presidente sustituto de Cundinamarca: **En lugar de hacer de la Capital, como lo hacía Nariño, el núcleo dinámico de la reconstrucción centralista y democrática del país, el señor Álvarez se inclinó a favor de un parroquialismo hirsuto y negativo, que inhabilitaba a Santa Fe para servir de centro de gravedad a la nacionalidad. [... Propició] el progresivo control de [Santa Fe] por los elementos que representaban más definidamente la supervivencia del orden colonial: el clero españolizante y los oficiales de las antiguas milicias del Virreinato. A las doctrinas políticas de los magnates criollos, reunidos en Tunja, se contestó en Santa Fe con procesiones religiosas, sermones de los curas realistas y con la injustificable renuncia al derecho de *capitalidad*, suponiéndose que era posible fundar una nación de juguete en el centro de la Nueva Granada**⁵⁴². A alturas del siglo XVIII Santafé de Bogotá no sólo es una de las capitales menos populosas de las colonias iberoamericanas, cuanto un centro ficticio, ajeno a la cultura cosmopolita de Lima, Caracas, La Habana etc., con unos artesanos marginalizados y, al igual que otros polos urbanos de la Nueva Granada, reducida a ser **apenas el órgano político y administrativo del poder “hacendado”**⁵⁴³. De ahí que Jaime Duarte French identifique a esta ciudad como **capital [inimaginable] de un virreinato tan extenso como la Nueva Granada**⁵⁴⁴.

Paulatinamente, la capital colombiana habrá de constituirse, desde el punto de vista económico, en uno

⁵⁴¹ Eduardo Lemaitre, *Rafel Reyes. Caudillo, aventurero y dictador*, Intermedio, Bogotá, 2002, p. 39.

⁵⁴² Liévano Aguirre, *Los grandes conflictos...*, op. cit., p. 869.

⁵⁴³ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 135.

⁵⁴⁴ Cf. Duarte French, *Florentino González*, op. cit., p. 15.

de los lugares más irónicos y paradójicos del continente, configurando un **centro absurdo desde el punto de vista financiero**, pues multiplicaba localmente los costos de transporte. [A] pesar de ello, [Safford] ha calculado que por lo menos un 40% del comercio total de la ciudad correspondía a importaciones extranjeras⁵⁴⁵.

*Regiones, política, economía,
y galimatías historiográficos*

En respuesta al sermón anti-benthamita del canónigo Margallo y Duquesne (9 de mayo de 1824), Francisco Soto propone trasladar **la capital de la República a otra parte, donde pueda deliberar la Representación Nacional con toda la libertad de que carece en Bogotá**⁵⁴⁶. Y en carta a Santander, fechada el 19 de octubre de 1831 (Bogotá), reaparece su animadversión al centro santafereño: **Usted recordará que la manía de los que habitan en Bogotá es suponerse infalibles, y por lo mismo desechan el concepto de los que residimos en las provincias.**

Esta rencilla nos remonta la divisoria entre comerciantes peninsulares y hacendados santafereños: **Casi todos los comerciantes al por mayor, al final del siglo XVIII en Santa Fe, por ejemplo, son nativos peninsulares o hijos de inmigrantes recientes como don Antonio Nariño. Las viejas familias latifundistas, aunque se vinculen por alianzas matrimoniales con tal tipo de advenedizos, conservan una actitud de vaga reserva respecto del lucro racional y, a la larga, entran en conflicto con los grupos de comerciantes que parecían haberse fundido con ellos, como se verá apenas al alborear los tiempos de la primera República**⁵⁴⁷. No por mera casualidad habían elegido los próceres latifundistas como ‘cabeza de turco’ para

⁵⁴⁵ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 315.

⁵⁴⁶ Duarte French, *Florentino González*, op. cit., p. 63.

⁵⁴⁷ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p.135.

iniciar la insurrección de 1810 a un español comerciante⁵⁴⁸.

Este trasfondo obligaría a revisar el carácter de la pugna entre santaferños raizales y provincianos obligados a residenciarse en el centro en razón de la economía política (v. gr. el citado Francisco Soto). Las observaciones de Bushnell con respecto a estos roces no serían del todo acertadas según Guillén Martínez: **En realidad, no se trata de una pugna entre regiones sino del [atávico] conflicto entre hacendados y comerciantes.** ⁵⁴⁹ Desde la perspectiva guilleniana, Bushnell habría soslayado la dimensión comerciante de algunos doctores-hacendados-generales del centro, al punto de colocar a un conflicto de superficie (capital-región) en el lugar de otro más histórico y estructural (centralismo-federalismo, capital financiero-doctores hacendados). Guillén da pie a pensar el siguiente galimatías: los doctores provincianos, hacendados-emergentes, se oponen a los doctores hacendados consolidados de Santafé, conflictivamente vinculados, a su turno, con la facción comerciante. Quizás es éste el guirigay que de alguna manera resuelve Frank Safford, al desvirtuar cualquier separación nítida entre intereses comerciantes y hacendarios en la elite granadina, punto eventualmente asumido por Guillén.

En la interpretación de don Tomás Rueda Vargas, por otra parte, el núcleo santaferño del virreinato granadino carece de la presencia de ánimo de los provincianos: Nariño **sentía la inferioridad de quienes le rodeaban. Había ciertamente en el país hombres de gran mérito y capacidad, pero la mayoría de ellos eran hombres de provincia, y como tales habían abrazado la causa de la federación**⁵⁵⁰. Vuelve aquí el enredo: los ineptos santaferños pertenecen a la línea hacendaria

⁵⁴⁸ Ibídem, p. 257.

⁵⁴⁹ Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 348.

⁵⁵⁰ Rueda Vargas, *Escritos*, op. cit., p. 13.

encarnada en el linaje materno de Nariño, comerciante paradigmático.

Emergentes y magnates en el centro granadino

Aquel provinciano cuyo jesuitismo supera la ingenuidad política de los ilustrados de la Expedición Botánica, aquél que se articula luego a la hegemonía de una nueva generación de jurisperitos bartolinos, constituye finalmente, para Liévano Aguirre, la comandancia indiscutible de la oligarquía granadina⁵⁵¹. En esta transformación resulta esencial la ciudad de Santa Fe como pendón de los valores civilistas. Unos que, a su turno, derivan de cierta hegemonía colegial/universitaria⁵⁵² cuya huella en el presente lo constituiría el sórdido título de ‘doctor’, otorgado de manera indiscriminada a toda laya de funcionarios gubernamentales en Colombia.

Santafereno excepcional

No se podía explicar a Santander sin colocarle como telón de fondo a Santafé de Bogotá. No se comprende su equilibrio entre letras y armas, su tranquilo espíritu de justicia, sin penetrar en el espíritu de la ciudad del altiplano, fría y poco luminosa, que a los pocos años de fundada tenía ya varias universidades, y cuyos habitantes, no enriquecidos por mina que no tuvieron, o llevaban una vida rural en las encomiendas, o leían a fray Luis de Granada. [...] Los bogotanos han entrado en las guerras civiles [...] y llegados a los términos de la paz, encuentran demasiado ostentoso el uniforme, estridente el brillo militar, y se acogen a la luz de Santafé, que es una luz

⁵⁵¹ Cf. Liévano Aguirre, *Los grandes conflictos...*, op. cit., p. 743.

⁵⁵² Simón Bolívar una vez describió a la Gran Colombia con una frase: ‘Caracas es un cuartel, Santa Fe, una universidad y Quito, un convento’. Deas, “La tradición civilista”, op. cit., p. 35.

tranquila. Viendo así las cosas, Santander resulta una interpretación perfecta del carácter bogotano, del carácter que la capital impuso al país, y que ha venido a ser el rasgo distintivo de la democracia colombiana⁵⁵³. Don Tomás Rueda Vargas reitera la anterior percepción: Ciudad fría, aislada, ciudad de tertulia y de corrillo, propensa a la conversación y el estudio, Bogotá ejerció entonces influencia sobre el joven vicepresidente. Sin lograr hacerlo bogotano, que jamás lo fue este norteño de aristas duras y precisas, vino el ambiente legalista y antiguerrero de Bogotá a enrocarlo en la defensa obstinada de la constitución, no tanto por ser ley sino porque representaba ese partido el mantenimiento del espíritu civil que despuntaba frente al militarismo fanfarrón y ocioso. Las casacas negras contra las casacas rojas⁵⁵⁴.

El civilismo santafereño postula como paradigma del gobierno nacional a eruditos y abogados entregados a reconcentradas tertulias y salas capitulares. De ahí que Florentino González descalificara a las gentes de provincia para el ejercicio de cargos públicos: esta objeción parece tener un fondo oculto y oscuro [...] En efecto, lo que el señor González pretende no es desconceptuar por parejo a todos los ciudadanos para las delicadas funciones del poder público, sino disminuir hasta el máximo la posibilidad de que, a través de los gobiernos seccionales, lleguen a escalar posiciones administrativas algunos militares que no sean de la cuerda de Bogotá. [...] La tesis centralista de 1827 se apoya en la necesidad de excluir los elementos militares del gobierno de las provincias, formulándose de paso la radical afirmación de no contar ellas con ciudadanos idóneos para el desempeño de las altas dignidades. Es la tesis de

⁵⁵³ Arciniegas, "Santander", op. cit., p. 101.

⁵⁵⁴ Rueda Vargas, *Escritos*, op. cit., p. 115.

Bogotá, que favorece a sus letrados y políticos, y contra la cual se habían pronunciado las provincias desde el propio año de 1810⁵⁵⁵. Ello levanta ampollas como aquella que induce a Cartagena a proponer a Medellín como capital⁵⁵⁶.

Letrado del centro

El general Santander se perfila como el doctor gubernamental por antonomasia. En el paso de la Colombia bolivariana a la Colombia contemporánea se afianza el culto del presunto doctor, cuyas débiles credenciales militares mutan en fastuosas enseñanzas eruditas; ello se infiere de las siguientes palabras del general Uribe Uribe: **Tal vez porque conocía los clásicos y había leído a Jenofonte en griego, fue por lo que, Coronel a los veintitrés años y enviado en 1815 por el gobierno federal de Tunja con una expedición a Ocaña, en cuanto sintió a Calzada, en Pamplona, con su fuerte ejército, pudo ejecutar, sin perder un hombre ni un rifle, esa retirada que los expertos elogian con justicia [...] Quizá porque había leído en latín a Quinto Curcio, pudo realizar con la División de Vanguardia esa marcha admirable que terminó en Boyacá, como la de Alejandro en Gránico [...] Porque había sido y toda su vida fue lo que los ingleses y norteamericanos llaman un *scholar*, un hombre de escuela y libros, un universitario, un estudiante, fue por lo que [...] pudo organizar la nación**⁵⁵⁷. El asunto vuelve a reiterarse en el siglo XX, recalcándose ahora una presunta sapiencia militar santandereana, anclada en el estudio de los estrategas del mundo clásico: **Imposible seguirlo al través [...] de su temperamento**

⁵⁵⁵ Duarte French, *Florentino González*, op. cit., pp. 122-123.

⁵⁵⁶ Cf. *Ibidem*, p. 123.

⁵⁵⁷ Rafael Uribe Uribe, "Santander", en *Escritos sobre el general Santander*, Colección de oro del militar colombiano, vol. XI, tomo 1, Bogotá, 1980, pp. 297-314, cita en las pp. 299-300.

de guerrero letrado, que había aprendido el arte militar leyendo a Jenofonte en griego y a Quinto Curcio en latín⁵⁵⁸.

Quién sabe qué tendría en mente Bolívar cuando en su famosa carta a Santander desde San Carlos, el 13 de junio de 1821 (diatriba contra los señores lanudos granadinos), ignoraba la índole de su destinatario, descontándolo de dichos falsos **númenes enviados del cielo a la tierra, para amontonar escombros de fábricas monstruosas, y para edificar sobre una base gótica un edificio griego al borde de un cráter.** (¡Como si el propio Bolívar no hubiera honrado en Angostura el **fondo de la oscura antigüedad!**). Imposible saber si al Libertador lo engañaba el nacimiento cucuteño de Santander o si lanzaba a su lugarteniente el dardo venenoso de una indirecta.

Algo de este fraude se insinuaba ya en días del máximo primate de esos letrados generales que, a diferencia de Bolívar o Tomás Cipriano de Mosquera⁵⁵⁹, cifraban su ilustración menos en el fasto de una ‘nobleza’ ilustrada y más en la adocenada sencillez del aula, virtual prolongación de las calles lánguidas de Santa Fe.

Ahora bien, esta divisoria entre emergentes y magnates la desdibuja el hecho de que aún en un virreinato de grandes proporciones como el de la Nueva España el núcleo de aristócratas titulados se ve signado

⁵⁵⁸ Carlos Lozano y Lozano, “Francisco de Paula Santander”, en *Escritos sobre el general Santander*, Colección de oro del militar colombiano, vol. XI, tomo 2, Bogotá, 1980, pp. 207-245, cita en la p. 213.

⁵⁵⁹ **Hacia fines de 1817, [...] Tomás le informó a su padre que estaba traduciendo del francés el poema épico en veinte cantos *La Jerusalén liberada*, del poeta italiano Torcuato Tasso.** William Lofstrom, *La vida íntima de Tomás Cipriano de Mosquera (1798-1830)*, Banco de la República/El Áncora Editores, Bogotá, 1996, p. 87.

por la precariedad⁵⁶⁰. La demarcación se esfuma todavía más si consideramos la continua renovación del grupo criollo mediante la acogida de advenedizos peninsulares. Debemos relanzar aquí el paradigma propuesto por Guillén Martínez. Si la corona impedía la consolidación de una nobleza criolla a partir de la tenencia y el dominio territoriales ⁵⁶¹, la constelación hacendaria granadina deriva indefectiblemente de cierto elemento pobretón y parroquial de la élite del altiplano colombiano, de su dominio mediocre de tierras y aparceros o de sus ambivalentes alianzas con el cosmopolitismo comerciante.

Lujo y endogamia

La mentalidad burguesa resuena en ‘aristócratas’ cosmopolitas como Bolívar o Mosquera y en comerciantes como Nariño. Sobre el particular pontifica Fernando González: **[E]n Santafé había también olor a Francia: es Nariño, centro aparte. No pertenece a la Universidad, pero tiene seis mil volúmenes. No es silogista. [...] Toda su vida le odiará el discípulo de los rúbulas, Francisco de Paula Santander** ⁵⁶². El aburguesamiento de los nobles caraqueños o payaneses habría mortificado al ascetismo agrario de la masa de escolares granadinos.

Viene al caso recordar cómo José Luis Romero traza la asimilación nobiliaria del lujo burgués –colecciones de libros y objetos apreciables– a los espacios señoriales del siglo XII: **Los señores se enriquecieron, como los burgueses, y empezaron a modificar su estilo de vida.**

⁵⁶⁰ [L]a impotencia política de la élite mexicana en el seno de su propio país constituyó otro obstáculo serio para la defensa y fortalecimiento de sus intereses económicos y para su *status* de nobles. *Ibidem*, pp. 26-27.

⁵⁶¹ Cf. *Ibidem*, p. 26, con respecto a lo estipulado en los censos eclesiásticos.

⁵⁶² González, *Santander*, op. cit., p. 49.

En el castillo se agrandan las ventanas, se tapizan las paredes y se organiza la corte, con mujeres, bailes y banquetes, trovadores y bufones⁵⁶³.

La pugna entre el lujo burgués de los aristócratas cosmopolitas y la rusticidad de la medianía terrateniente habría cobijado al conjunto de las colonias hispanoamericanas: **La distinción que hace John E. Kicza [...] entre las 'grandes familias' y el estrato social de los que eran meramente ricos y respetados, es valedera para [ciudades coloniales como la Popayán] de principios del siglo pasado⁵⁶⁴.**

La medianía terrateniente accede al lujo cosmopolita gracias a la periódica incorporación, al curubito criollo, de advenedizos peninsulares. Aun en la élite criolla particularmente endogámica de Popayán, **un empresario peninsular con buenas recomendaciones, con capitales y con un espíritu emprendedor podía llegar a integrarse, o podía lograr mediante el matrimonio la integración de su hijo al grupo criollo dominante. De acuerdo con Marzahl, hasta el siglo XVII la élite payanesa no se sentía amenazada con la llegada de 'nueva sangre', porque su posición en la comunidad estaba asegurada por la preeminencia y los méritos de sus ancestros, o en algunos casos por títulos de nobleza conferidos por la Corona⁵⁶⁵.**

No obstante lo anterior, el hermetismo endogámico de los criollos payaneses supera con creces al de otras ciudades granadinas: **Es interesante notar, según Quintero, que Tomás Cipriano de Mosquera, al contrario de Torres, Caldas, los Pombos, y otros próceres, no descende de inmigrantes cercanos, con la única excepción de D. Martín de Arrachea⁵⁶⁶.**

⁵⁶³ José Luis Romero, *Estudio de la mentalidad burguesa*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, p. 31.

⁵⁶⁴ Lofstrom, *La vida íntima de Tomás Cipriano...*, op. cit., p. 24.

⁵⁶⁵ *Ibidem*, pp. 40-41.

⁵⁶⁶ *Ibidem*, p. 43.

Paradigma paradójico

La figura de don Antonio Nariño emblematiza el tire y afloje entre el establecimiento criollo y sus enrolados peninsulares. Pariente e integrante de **la gran tribu doméstica de notables de Santafé, [...] no se le perdonaban su indiferencia y despreocupación por los intereses de la rosca gobernante**⁵⁶⁷. Pero aún si contemplamos la prevalencia de los intereses hacendarios en la camarilla de marras, el perfil ideológico de Nariño no resulta homologable al del mercader radicalmente adverso a la hegemonía latifundista; no en vano radicaba su actividad en la inaccesible Santafé: **‘¿Por qué –escribía– es que en Cartagena, Santa Marta, Maracaibo y Coro reconocen la Regencia? La razón es bien sencilla: porque son pueblos comerciantes, como Cádiz... los puertos de mar mantienen la esclavitud por conservar sus caudales y no perder el tráfico’**⁵⁶⁸.

Podría decirse que durante la Independencia los *meramente ricos* de provincia acceden al núcleo poderoso de la sabana y su capital⁵⁶⁹, relevando a los empresarios españoles de antaño en sus funciones secularizantes. Pero nunca del todo, pues las raíces comuneras de estos recién llegados y su promoción social muy ligada al ámbito escolar, dan pabito a señalados contrastes entre el mundano comercio cosmopolita y la falta de mundo de quien accede por vías escolares al centro del poder.

⁵⁶⁷ Liévano Aguirre, *Los grandes conflictos...*, op. cit., p. 620.

⁵⁶⁸ *Ibidem*, p. 697.

⁵⁶⁹ No está de más preguntarse aquí si, dada la preponderante rusticidad de la cultura material colonial/postcolonial, buena parte de la inferioridad de rango del *meramente rico* dependiera de su exclusión del prestigio asociado a la tenencia de tierras en el altiplano central. Los terratenientes de provincia habrían carecido así de un esencial símbolo de estatus, añadido a una socialización aún menor en materia de lujo burgués.

Cosmopolitismo esencial

No deja de ser significativo que la atmósfera cosmopolita de Cartagena desencadenara el orgullo genealógico del joven Tomás Cipriano de Mosquera, deseoso de emular la distinción deslumbrante del comercio cartagenero: **una serie de cartas a sus hermanos gemelos, de principios de 1818, [...] indican claramente que Tomás les había pedido información sobre su genealogía y sus blasones, seguramente en busca de identidad social en un ambiente más nuevo y más sofisticado**⁵⁷⁰. La puja entre Cartagena y Popayán estaba entonces a la orden del día: **No era Bogotá, como es hoy, el centro principal de cultura de nuestro país. Cartagena y Popayán parece que eran entonces las ciudades más adelantadas. La primera, [...] el foco comercial y político más importante [...] la segunda, [... sede] de las pocas familias aristocráticas que hicieron residencia en el Virreinato**⁵⁷¹.

La insularidad andina, con sus remotos (Popayán) o más recientes (Santa Fe) abolengos, se acerca a la mundanidad de los puertos (Caracas, Cartagena etc.) una vez que los linajes del latifundismo criollo capitalizan los objetos de peninsulares enganchados, según puede apreciarse en el palacete del hijo de un burgués peninsular incorporado a la 'nobleza' criolla (Nariño): **Había logrado reunir cerca de seis mil volúmenes. [...] Abundaban en la estancia los nobles objetos que carecen de utilidad bucólica en la acepción peyorativa y atienden a satisfacciones espirituales de indagación y de belleza. Un retrato de Franklin en marco de ébano incrustado con marfiles y nácar [...] láminas en marcos dorados, pintadas sobre bronces [...], con escenas griegas y romanas [...] También había canapés y sillas de caoba tapizadas de**

⁵⁷⁰ Lofstrom, *La vida íntima de Tomás Cipriano...*, op. cit., p. 90.

⁵⁷¹ Camacho Roldán, *Memorias*, op. cit. p. 97

damasco amarillo pálido, dos globos de armadura de cobre, una máquina eléctrica y otros aparatos de física [...] en torno del vasto recinto, cuyo centro estaba ocupado por grandes mesas de tapices verdes que al oscurecer recibían los candelabros de plata⁵⁷².

Cosmopolitismo contingente

Santander el *scholar*, pese a sus competente desempeño en las dramaturgias del salón, dejaba mucho que desear en materia de las obligaciones rumbosas de su cargo vicepresidencial. El coronel Pedro Hamilton, ministro de la legación británica en Bogotá, se desahogaba así con el subsecretario de Estado de Londres: **El Vicepresidente es un verdadero tacaño. Su vida es la de un miserable, no obstante los 24.000 dólares que le ha asignado el congreso. ¡Durante el tiempo que llevamos aquí, sólo una vez hemos comido con él! El contraste que en este particular existe entre él y Bolívar es muy grande. [...] Yo doy generalmente una comida por semana a los ministros y demás personas del gobierno. Es posible que con el tiempo aprendan a imitar nuestra hospitalidad. [...] Foreign Office, Colombia, 1824 No. 3**⁵⁷³.

Tras su exilio europeo, al otrora vicepresidente lo inspira la elegante austeridad de la mundanidad europea. Advierte entonces a su hermana, acerca de cómo atender al príncipe Pedro Bonaparte: **Deseo mucho que Bonaparte haga buen concepto de Bogotá y de nosotros y por lo tanto voy a advertirte lo que has de hacer según se usa en Europa. Nosotros somos de mesa 16 personas: el lujo en Europa consiste más en el servicio de la mesa que en la comida, por lo cual debes preparar manteles [...] Manda hacer buen pescado si se encuentra, pastelitos... un pavo grande bien asado y ensalada. Con esto basta. Dos o tres**

⁵⁷² Gómez, *El mito de Santander*, op. cit., pp. 58-59.

⁵⁷³ *Ibidem*, p. 60.

postres solamente, dos o tres dulces y frutas. Café después. Mis criados deben servir y disponer la mesa. La profusión que se acostumbra en nuestras comidas es chocante a los europeos y costosa. Tú debes asistir a la mesa con nosotros y componerte como si fueras a un baile⁵⁷⁴.

¿Cómo considerar entonces la destreza del general Santander a la hora de afrontar los salones europeos? ¿Proviene de una continuidad entre las competencias sociales de los austeramente ricos y aquellas de las 'grandes familias' del universo criollo? ¿Deriva de la esforzada pericia del oportunista dedicado a halagar al dominante para medrar en su seno?

En términos de la primera alternativa, el fantasma del conuco de cultivadores de cacao no afecta significativamente los modales o el prestigio del *meramente rico* con pretensiones de hidalguía. En términos de la segunda alternativa, el mismo fantasma atiza los alardes del emergente, apremiándolo a participar en las dramaturgias del poder. En dicha línea, algunos detractores de Santander lo denigran burlonamente, parangonándolo con el comerciante cosmopolita injertado a los linajes del latifundismo santafereño: **Mas la cultura filosófica y política del santafereño [Antonio Nariño] excedía muchos codos sobre la rudimentaria del estudiante de San Bartolomé que el huracán revolucionario arrancó de las aulas**⁵⁷⁵.

De una u otra forma, durante la colonia nuestra capital-archipiélago ha de haber reprimido la veta liviana, burguesa o frívola inherente al surgimiento de un estrato noble-aburguesado, según lo remarca no sólo su axiología hacendaria sino asimismo la ausencia de una teatralidad cortesana aun en virreinos cosmopolitas y seculares

⁵⁷⁴ Rodríguez Plata, "Santander regresa...", op. cit., pp. 332-333.

⁵⁷⁵ Gómez, *El mito de Santander*, op. cit. p. 112.

como el de la Nueva España, adonde alcanza a constituir uno de los factores adversos a la consolidación nobiliaria: en el México colonial **'la gente decente' no tenía acceso – aun en la capital del virreinato– a 'esa elaborada ronda de funciones públicas [tales como] bailes, recepciones y cacerías que constituyó la sociedad en Europa durante este período y que sirvió de foro abierto dentro del cual el status individual y de familia podía ser tasado y comparado'**⁵⁷⁶. Es de suponer una precariedad aún mayor en materia de fastuosos bailes y monumentales cacerías en el universo granadino. El punto relevante lo sería aquí el carácter doméstico, nada suntuoso y más bien privado (restringido) de dichas actividades. Algo que sugiere escasas diferencias entre la disposición social de lo hijos del común y aquélla de los reinosos.

En esta dirección, vale la pena interrogar otro encomio retórico de Bolívar, con respecto a Santander: **V.E. estaba llamado por su nacimiento, valor, virtudes y talento, a ser el primer Jefe de la Nación granadina, pero V.E. ha preferido ser el primer súbdito de Colombia** (Socorro, febrero 25 de 1820). ¿A qué cuna se refería el Libertador? ¿No era Santander el hijo de un enriquecido capitán comunero? ¿No lo constituía esto –como a Vicente Azuero y otros oriundos de las provincias de Socorro y Pamplona– en oligarca emergente? Y en una capital tan poco cortesana y tan reticente a los comerciantes como Santa Fe, ¿no significaba esto una precariedad compartida entre capital y periferia, en materia de las teatralidades del poder?

El parroquialismo de los santaferños explicaría por qué entrado el siglo XX persiste en Colombia una elite letrada de la capital, tan dedicada al humorismo como a un ritualismo ensimismado. Su fenómeno originario lo encontraríamos en la patria boba:

[Y]o personificaría la Patria Boba en los dos hermanos

⁵⁷⁶ Lofstrom, *La vida íntima de Tomás Cipriano...*, op. cit., p. 27.

Álvarez, tíos del Precursor y por él designados para reemplazarlo durante sus campañas en un gesto de nepotismo incomprensible. Y en don Benito de Castro. [...] Había formado parte de la compañía de Jesús, y expulsado ésta, se había quedado, por pereza de viajar, en su inmensa, lujosísima y lóbrega mansión, haciendo vida de cenobita. De él hace Groot un boceto encantador: [...] ‘Se dijo que en un día de aquellos de borrasca fueron a llamarlo del Concejo y que mandó a decir que en acabando de espulgar la perrita iría. Sus versos, sus visitas y cuanto hacía, tenían hora determinada, y no había potencia humana que lo sacara de aquel orden’⁵⁷⁷.

Por lo mismo, y también en el siglo XX, otro lector de la *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada* de José Manuel Groot idealizaba la incompetente irresponsabilidad de aquellos primates:

Colombia sigue siendo eternamente la Patria Boba. Nariño era [...] alegre y despreocupado como siete generaciones de colombianos, desde los Comuneros hasta los generales de la última guerra civil, que hacían las guerras y las perdían porque ignoraban el arte de la estrategia, o no las sabían aprovechar cuando las ganaban porque desconocían la administración pública y la economía política. Al igual que nuestros estadistas del XIX y comienzos del XX, don Antonio era un literato a medias pues su periódico ‘La Bagatela’, lo había echado a perder para la literatura. [...] Buen orador y mal contabilista, y, claro, un pésimo gobernante⁵⁷⁸.

Y hasta llegaba a sugerir secuelas menos deplorables del

⁵⁷⁷ Caballero Escobar, *Incienso y pólvora...*, op. cit., pp. 273-274.

⁵⁷⁸ Don Tomás Rueda Vargas, evocado en Caballero Calderón, *Memorias infantiles...*, op. cit., p. 151.

grito de independencia si el poder hubiese dependido de los más estólicos:

Muchas veces he pensado una herejía. ¿No se habrían arreglado mejor las cosas y solucionado más fácilmente los problemas de aquellos días, que duraron hasta entrado el año 16, bajo la mansa política molondra del padre Manuel [Benito de Castro], que al tronar del verbo elocuente e inflamado pero muchas veces inoportuno de don Camilo Torres?⁵⁷⁹

*El Común, la vieja oligarquía nacional
y los nuevos tiempos inmunitarios*

Es hora de recapitular, de volver al inicio de esta secuencia: en la ascendencia paterna del presidente Alfonso López Michelsen podemos destacar al bisabuelo artesano, el sastre apadrinado por personajes poderosos (sucesivamente, el último virrey del Nuevo Reino, el general Santander⁵⁸⁰ y José María Samper). Las peripecias del último de estos patrocinios conducen eventualmente al abuelo de López Michelsen a la región de Honda, convirtiéndolo en proto-magnate cafetero y aliado matrimonial de una familia terrateniente de la región Caribe. En la ascendencia materna del mismo personaje aparecen, por otra parte, tanto el emergente del Socorro como el judío empresarial de nacionalidad danesa. En este compendio tan determinado por el poder no dejan de insinuarse, por lo mismo, inocultables raíces comuneras⁵⁸¹. Aun quienes remontan sus orígenes al

⁵⁷⁹ Rueda Vargas, *Escritos*, op. cit., p. 19.

⁵⁸⁰ [U]n hombre [Ambrosio López] a quien el presidente Santander apreciaba, refiriéndose a él como 'Lopecito'; lo nombró prefecto de un cantón que luego se convirtió en el departamento del Meta, en la Colombia contemporánea. Randall, *Alfonso López Michelsen...*, op. cit., p. 25

⁵⁸¹ [E]n el Gimnasio Moderno, tanto él [Alfonso López Michelsen] como Pedro se sentían vestidos con pobreza, en

hermano de un Virrey, o a la más acusada tradición hacendaria del centro granadino –v. gr. el escritor Eduardo Caballero Calderón–, testifican el corredor que comunica al señor propietario con los artesanos de la urbe surgidos de *clientelas adscripticias* (Guillén). No falta *el común* en el pergamino genealógico bogotano. Y ello concede entidad al modelo hacendario guilleniano, así hoy éste se encuentre progresivamente reducido a ficción inverosímil, dada una actualidad pautaada por la virulencia de lo inmunitario: gobiernos a la medida de grupos económicos masivos y transnacionales, contratos a término fijo, seguridad privada, políticos en colusión con la delincuencia, grandes contingentes de población desplazada, campos de secuestrados con cadenas y compulsivos protocolos para los rehenes, niños guerrilleros, sectores desposeídos frecuentemente reducidos a inflar cifras como carne de cañón, azarosa volatilidad de las mafias y sus séquitos, espionajes dirigidos desde el alto gobierno, amnistías para presuntos delatores...

La violencia comunitaria del pasado daba un margen al sentido de la obligación, de la comunidad, *del común*, ya prácticamente inexistente entre los promotores o beneficiarios de la actual violencia inmunitaria.

Ascendientes virreinales y travestismos comuneros

El abuelo de un abuelo de Eduardo Caballero Calderón fue uno de esos comuneros del Socorro⁵⁸² traicionados por el arzobispo-*virrey* Caballero y Góngora, familiar cercano de un tataratatarabuelo del mismo Caballero, así evocado por uno de sus descendientes: **El refinado canónigo de la Catedral de Córdoba cree que es cuestión de dignidad viajar a tierra de infieles**

comparación con sus compañeros, más pudientes. *Ibídem*, p. 41.

⁵⁸² Cf. Caballero Calderón, *Memorias infantiles...*, op. cit., p. 102.

tropicales envuelto en un ambiente de lujo y refinamiento ostentoso. Rodeado de una pequeña y obsequiosa corte nepótica⁵⁸³.

Eduardo Caballero Calderón también recuerda a su tío abuelo Alejandro Calderón, contemporáneo de los tumultuosos artesanos decimonónicos y cómplice travestido de sus conductas más relajadas: **Almorzaba por turno riguroso en las casas de los parientes. Acudía a los velorios a tomar café y pescar alguna comida suplementaria. Pero al ponerse el sol se disfrazaba de artesano, con ruana, jipa, medias de lana roja y alpargates de fique, y se emborrachaba como un cerdo en las tiendas y cafetines de mala muerte del barrio de San Victorino, frecuentados por rateros, mendigos, maleantes y prostitutas⁵⁸⁴.**

Epílogo

(imagen hipotética basada en Fernando Guillén Martínez)

Desde los días coloniales, en Colombia han regido en paralelo un poder oficial y un para-poder en proceso de oficialización. La hacienda hereda de la encomienda el autoritarismo angustiado de subalternos que debido a su identificación con la fuerza que los domina, una vez afianzado algún coto de poder, reproducen sus conductas. El peso del centro político nacional, de la capital y sus inmediaciones, no puede aquí subestimarse, al punto de que frente a su clientela electoral, la clase política emergente reproduce unos ritualismos del poder cuyo fenómeno originario remite a los protocolos de dominación de la encomienda y la hacienda en el altiplano cundiboyacense y sus provincias satélites.

Por otro lado, los séquitos de ciertos sectores políticos emergentes, aglutinados en torno a una figura que densifica el poder, lejos de romper con el fenómeno

⁵⁸³ Caballero Escobar, *Incienso y pólvora...*, op. cit., p. 104

⁵⁸⁴ Caballero Calderón, *Memorias infantiles...*, op. cit., p.103.

originario (encomendero-hacendario), reiteran atávicos protocolos del poder y relanzan una ancestral fascinación con el centro.

Servilismo autoritario

He aquí una interpretación del surgimiento del poder paralelo en las colonias hispanoamericanas: **en la América intertropical, por razón de la falta de conocimientos geográficos, no se repartían tierras a los españoles sino indios, localizados en tal o cual lugar delimitado de modo ambiguo [futuras encomiendas]. Una metrópoli remota que desconoce el mérito de los aspirantes otorga amplios poderes al repartidor, a su turno presa de encomenderos a quienes resultaba fácil acabar con la carrera administrativa de un juez o comisionado enviado por el rey, pues ellos ‘manejan’ el gobierno en la realidad de las cosas, inaugurando una especie de ‘gobierno paralelo’ a espaldas de las reales cédulas y provisiones que llegaban de la lejana metrópoli [...] situación similar a la que observamos en España con relación a la nobleza, cuando la corona trató de cercenar su poderío económico, sus privilegios y prerrogativas⁵⁸⁵. En lo sucesivo, la amenazada voluntad de imperio personal del español se restaura en América, pero la presencia de los grupos indígenas atacados y sometidos, impide que se exprese en la forma de ese tradicional igualitarismo (aristocratismo general entre iguales) que fue típico de los siglos XIII y XIV y de la cual quedan huellas tan claras y vehementes en el teatro del Siglo de Oro. El gregarismo ritual de las culturas indígenas al asimilar lentamente los valores ibéricos, [...] da origen a una sociedad afectada profundamente por el recelo, el**

⁵⁸⁵ Juan Friede, “Descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada”, en *Historia extensa de Colombia*, vol. II, Lerner, Bogotá, 1965, pp. 71-75.

temor y la autodesconfianza y, por tanto, una sociedad autoritaria. Y ese autoritarismo como relación irracional entre el poder y la sumisión, es tanto mayor cuanto más bajo sea el estrato social al cual pertenece el individuo⁵⁸⁶.

Laureano Gómez aparece como una figura extrema o desquiciada de esta dinámica. Hijo de un modesto pulpero de Ocaña, transmuta la sumisión autoritaria en práctica sistemática del sabotaje mediático y político. Que Gómez sea la figura más radical del conservatismo colombiano en el siglo XX viene a resultar bastante sintomático. No sólo debe recordarse su retorcida amistad con el liberalísimo nieto del sastre Ambrosio López (el presidente López Pumarejo), sino sus características como personaje de lealtades inestables: dispuesto a aliarse con los liberales en función de sus intereses jerárquicos dentro del conservatismo, católico volátil, adverso a los dignatarios eclesiásticos como sumiso ante éstos, aliado y súbito opositor de presidentes de las dos filiaciones políticas, hispanóphobo e hispanóphilo, todo ello por turnos, según los caprichos de la coyuntura⁵⁸⁷.

Tal y como Francisco Socarrás transcribe la descripción del presidente Olaya Herrera trazada por Gómez, analizándola como una proyección del carácter de éste, su inclinación al espionaje o su poco responsable y agresiva práctica del amarillismo periodístico cabrían considerarse asimismo como proyecciones especulares: en la animadversión que profesa a los secuaces mediáticos de Francisco de Paula Santander yace una poderosa imagen de sí mismo. Son muy provocadores los fantasmas inherentes a este presidente fugaz de la nación colombiana, co-artífice del Frente Nacional y personificación extrema del trastorno autoritario.

⁵⁸⁶ Guillén Martínez, *El poder político en Colombia...*, op.cit., p. 85

⁵⁸⁷ Cf. Francisco Socarrás, *Laureano Gómez. Psicoanálisis de un resentido*, Planeta-Lista Negra, Bogotá, 1994 (1ª edición, 1942).

Aun los *spin doctors* del presente o del pasado reciente colombiano se inscriben dentro de esta combinación de arrogancia y servilismo patente en los secuaces de Santander. Si examinamos el relato del gobierno del presidente César Gaviria (1990-1994) acometido por uno de sus autoproclamados *ghost writers*, veremos cómo éste asume el papel de eficiente correveidile entre ejecutivo, neo-primates políticos y medios de comunicación. El recuento de Mauricio Vargas establece el perfil del moderno *spin doctor* nacional incorporado formal o informalmente al gabinete presidencial; su papel no se limita al manejo mediático: añade a éste la guerra de nervios maquiavélica (el autor de la crónica ejerce como juicioso aprendiz de la maniobra política y, ceñido a las instrucciones de Gaviria, provoca el pánico de Ernesto Samper Pizano, obligándolo a desistir de sus aspiraciones al ministerio de gobierno). Vargas, procedente de una familia costeña establecida en Bogotá, educado en un importante plantel bogotano, se entiende muy bien con el presidente pereirano educado en la Universidad de los Andes. Uno u otro avatar del emergente provinciano que traza su prestancia a una socialización en los círculos escolares elitistas de la capital (llámense ahora liceo francés o facultad de economía) despliegan sus refinadas competencias en el forcejeo político *aggiornato* (*lobby*, *spin* o *ghost writing*), mientras que otros emergentes políticos, desprovistos de esas credenciales sociales y escolares, fracasan estruendosamente en la misma tarea. Es así como Julio César Sánchez pasa de ministro de gobierno a virtual hazmerreir de Gaviria y sus secuaces, dadas sus torpezas en el giro mediático (*spin*) relativo a la confirmación o nombramiento de un nuevo procurador⁵⁸⁸.

⁵⁸⁸ Cf. Mauricio Vargas, *Memorias secretas del revolcón*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1993, pp. 103-112 y 168-172.

Esta pugna entre sectores políticos emergentes y establecidos deriva quizás de la dualidad colonial audiencia-cabildo, cristalización y escenario de las tensiones entre poder local y poder metropolitano.

Infatuación capitalina

Mauricio Vargas detalla los escenarios de las consejas del gobierno Gaviria: norte de Bogotá (apartamento de la calle 74), Gun Club, comedor azul de palacio, casa de huéspedes Ilustres, lujosos *resorts* en la Florida... Esto confirma el embrujo de la escenografía capitalina, ahora refrescada con el aire playero de Miami o Cartagena. En la misma línea, aunque dentro de un estilo más enmarañado y acomplexado, el presidente Uribe Vélez y sus secuaces denigran de la 'aristocracia bogotana', a medida que progresa su aclimatación al centro. Este gesto se remonta a los días de la Independencia, cuando Francisco Soto denostaba de la élite santafereña. Nos habla de cierto complejo de los recién llegados a Santafé, imitadores y renovadores de sus atavismos perversos. Tan conflictiva fascinación con la capital puede alcanzar extremos idealizadores como los que soslayan su corrupción estructural; es así como un ex senador provinciano (historiador *amateur*) representa a la Santa Fe colonial como una arcadia arruinada por la guerra de independencia: **Ya se pueden imaginar la conmoción que se sentía en una ciudad cuyas costumbres eran un trasunto de los hábitos recoletos españoles [...]** Imagínense: los santafereños oían misa diaria, pues muy temprano se levantaban; hacían sus labores cotidianas, almorzaban [...], dormían la siesta, regresaban a sus ocupaciones, tomaban chocolate hacia las cinco, rezaban diariamente el rosario a las ocho de la noche y cenaban a las nueve. [...] Recojo al cronista Juan de Castellanos, del siglo XVI, que a esos tiempos los llamaban 'edad dorada porque todas las cosas florecían: damas, galanes, trajes, invenciones, saraos, regocijos, banquetes, gratas conversaciones,

paz, amistad y vida quieta⁵⁸⁹.

Flor de la provincia

La centralización de prestantes familias provincianas se aprecia elocuentemente en una involuntaria metáfora de Alfonso López Michelsen, cuando al evocar las faenas botánicas de don Tomás Rueda Vargas, yuxtapone floras aclimatadas y linajes de la periferia prácticamente capitalinos: **Lucha de muchos éxitos y muchos fracasos hasta que se logró poder establecer casi definitivamente una flora artificial que a nosotros nos parece que hubiera existido siempre [...], cuando para nosotros está aún vivo el recuerdo de su aclimatación. Fue una conquista de la tenacidad bogotana durante el siglo XIX. Obras también de gentes de toda Colombia: Umañas, Ruedas y Valenzuelas, de Santander; Montoyas, Restrepos y Santamarías, de Antioquia; Jimenos y Dávilas, de la Costa; Pombos, Carvajales y Arboledas, del Cauca Grande**⁵⁹⁰.

Lo anterior tendría que ver con la tenacidad de las formaciones hacendarias colombianas, acuñadas a partir de un centro-modelo en el cual han pugnado desde siempre poder y para-poder. Recientemente hemos asistido a nuevas formas de articulación con el centro, adonde un remedo del vetusto poder hacendario plantea formas violentas de apropiación del territorio, ya no tanto como medio de acceso al control sobre la fuerza de trabajo sino como desalojo de ésta, dentro de un proceso determinado por los requerimientos políticos y tecno-económicos de las modernas narco-economías. En este caso el centro vuelve a reflejar el dominio regional, estimulando el crecimiento de nuevos avatares de una clase política residenciada en la capital.

⁵⁸⁹ Victoria, *La otra cara de Bolívar...*, op. cit., pp. 159-160.

⁵⁹⁰ López Michelsen, *Esbozos y atisbos*, op. cit., pp. 163-164.

Tejido inextirpable

Según Salomón Kalmanovitz, en el siglo XIX colombiano la tierra funciona como un factor extra-económico de dominio político, y a los propietarios los apremia la necesidad de mano de obra. El tributo en trabajo de aparceros o arrendatarios permanece ceñido al viejo modelo de la hacienda aún para una época en la cual el producto agrícola se cotiza bien en el mercado mundial. Según este economista, en Colombia la apropiación de resguardos o de tierras de manos muertas no conduce a una acumulación originaria de capital, y el agro exportador no cambia las relaciones de producción (i. e., de agregados a asalariados)⁵⁹¹. Existiría entonces una pronunciada continuidad entre los repartimientos de la colonia y la dinámica de la hacienda después de la independencia. Las formulaciones de Guillén Martínez, cuestionadas por Marco Palacios en virtud de accesos alternos al poder, independientes de la hacienda, soslayan esta atávica sujeción de grandes núcleos poblacionales a un acreditado del poder del centro (encomendero, doctor/general hacendado) como **sine qua non** de la potestad territorial. Este sería el punto débil del cuestionamiento que procedo a transcribir: **Me parece que, por el contrario, la investigación histórica permite concluir que las relaciones de propiedad no determinaron las formas de acción de las clientelas. Aparte de la influencia de la Iglesia, acentuada después de 1887, las elecciones y la prensa generaron una dinámica propia, e inclusive abrieron la posibilidad de que el oficio de político fuese un refugio contra la posibilidad de que la gran propiedad**

⁵⁹¹ Cf. Salomón Kalmanovitz, "El régimen agrario durante el siglo XIX en Colombia", en *Nueva Historia de Colombia*, vol. 2, Planeta, Bogotá, 1989 (1ª edición 1978, 1981), pp. 101-154 y 105-115.

se convirtiera en soberano unilateral⁵⁹².

Centro-modelo

El centro granadino congrega a unas pocas familias propietarias que detentan el poder económico y político nacional. Si Guillén Martínez plantea una consolidación de la hacienda entre 1750 y 1854⁵⁹³ y el decreto de desamortización de bienes de manos muertas se produce en 1861, tendríamos que todo el proceso que reparte tierras de los indígenas (resguardos) o de la iglesia (terrenos como Hatogrande y bienes de manos muertas) o que titula baldíos, rinde culto al paradigma de un centro monopólico. Creo que las siguientes palabras de don Salvador Camacho Roldán, señalando la existencia de tres monolíticos propietarios en días de la colonia, podrían resultar alegóricas, dada la multiplicidad de alianzas de parentesco de la periferia hacendaria con las familias del centro. Al marqués de San Jorge podríamos considerarlo entonces como una personificación de dichos intrincados complejos familísticos: **Con excepción de la familia Lozano, hoy extinguida, en quien estaba vinculado, con grandes extensiones de fincas territoriales en la sabana, el marquesado de San Jorge, y la de Caycedo, que era dueña de una posesión inmensa en el Tolima, aunque sin título nobiliario, todas o casi todas las que hoy son grandes haciendas en la sabana de Bogotá y en las faldas de la cordillera que la rodea, pertenecían o habían pertenecido a las comunidades religiosas de los jesuitas y de los conventos de monjas y de frailes**⁵⁹⁴.

⁵⁹² Palacios, *La clase más ruidosa...*, op. cit, p. 140.

⁵⁹³ Cf. Guillén Martínez, *El poder político...*, op. cit., p. 293.

⁵⁹⁴ Camacho Roldán, *Memorias...*, op. cit., p. 97.

El autor

Sergio Ramírez Lamus propone aquí una extrapolación a la escritura crónica de determinados principios del montaje, continuando con un procedimiento previamente aplicado al registro periodístico de determinadas coyunturas políticas (“Consumidor en las ruinas: noticias de un lector de periódicos”, en *Simulaciones políticas y consumo de masas en Colombia* [Escuela de Comunicación, Universidad del Valle, pp. 13- 60, 1998] y *Anatomía del estatus: alegorías colombianas de la jactancia al grunge* [Escuela de Comunicación, Universidad del Valle, 2000]). A estos antecedentes se añade un expediente biográfico también abocado a la luz de la teoría eisenteiniana del montaje (“Ruinas de Vallejo, instantáneas de Barba Jacob” [*Hotel Abismo* no. 3, pp. 5-39, 2009]).

Esta conjugación de antropología y teoría del cine, debida hoy a un lector e investigador independiente, remite a trabajos realizados entre 1998 y 2008 bajo auspicios de la Universidad del Valle (parcialmente recapitulados en *Nación semanal y sofoco académico* [inédito]).

Publicó en archivos del Índice *Espectros de 1948: Osorio Lizarazo, Gaitán y el 9 de abril* (Cali, 2007).

Índice

Reconocimientos	7
Preámbulo	9
<i>Saludo al lector [9], Relámpago [9], Secuencia [21], Parangones [25], Coda [32], Advertencia [35]</i>	
Instantáneas de historia política	41
<i>Primer desglose: por el camino del héroe</i>	43
<i>Del centro y sus satélites (en la impronta de Fernando Guillén Martínez I) [43], Atuendos y discordias [72], Soberanía fracturada [83], Propedéuticas [97], Cesarismos [103], (Re)conversiones [105], Heroísmos dúplices [115], Heroicos contraataques [124], Presunción de heroísmo: hoja de vida de Santander [137], Sinopsis de un heroico vacilante [147], Santander nuevamente denostado [148], Soldados y gobernantes [155], Neurastenia originaria [161], Paradojas del mando [164], Arco triunfal [172], Encarnaciones o quistes del poder: vaivenes de Mosquera [178]</i>	
<i>Segundo desglose: por el camino reinante</i>	193
<i>Virulencias y autoinmunidades (En la impronta de Fernando Guillén Martínez II) [193], Intensidades y paradojas del centro granadino [220], Emergentes y magnates en el centro granadino [229], El Común, la vieja oligarquía nacional y los nuevos tiempos inmunitarios [241], Epílogo (imagen hipotética basada en Fernando Guillén Martínez) [243]</i>	
El autor	251

Títulos publicados

Henri Hubert, Émile Durkheim

Breve estudio de la representación del tiempo en la religión y la magia. El porvenir de la religión

Robert Hertz, Jeremy MacClancy y Robert Parkin

San Besse: etnografía, historia y ritual

Marianne Weber

La mujer y la cultura moderna. Tres ensayos

Juan Duchesne-Winter

‘Equilibrio encimita del infierno’: Andrés Caicedo y la utopía del trance

Sergio Ramírez Lamus

Espectros de 1948. Osorio Lizarazo, Gaitán y el 9 de abril

Maude Newell Williams

Los más pequeños de éstos –en Colombia

Stefan Czarnowski

La partición de la extensión y su delimitación en la religión y la magia. La cultura religiosa de los campesinos polacos

Juan Duchesne-Winter

Del príncipe moderno al señor barroco: la república de la amistad en Paradiso de José Lezama Lima

Sonia Muñoz

Los devaneos del docto. El caso de la teoría del consumo cultural en América Latina

Alexander García Düttmann

El año académico

Annie M. MacLean

Trabajar, poseer, educar. Incursiones sociológicas

Thorstein Veblen

Escritos sobre el patriotismo, la guerra y la paz